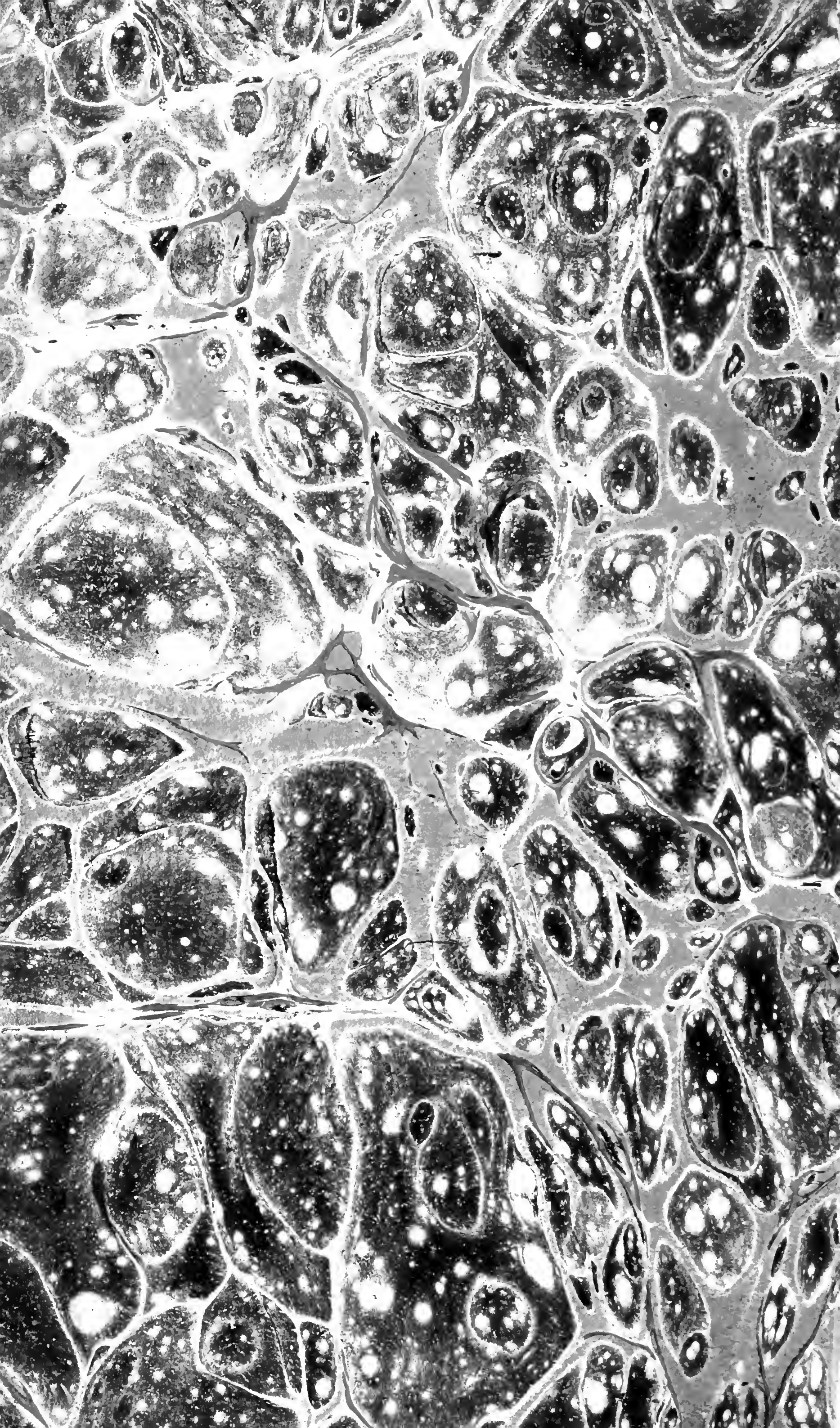
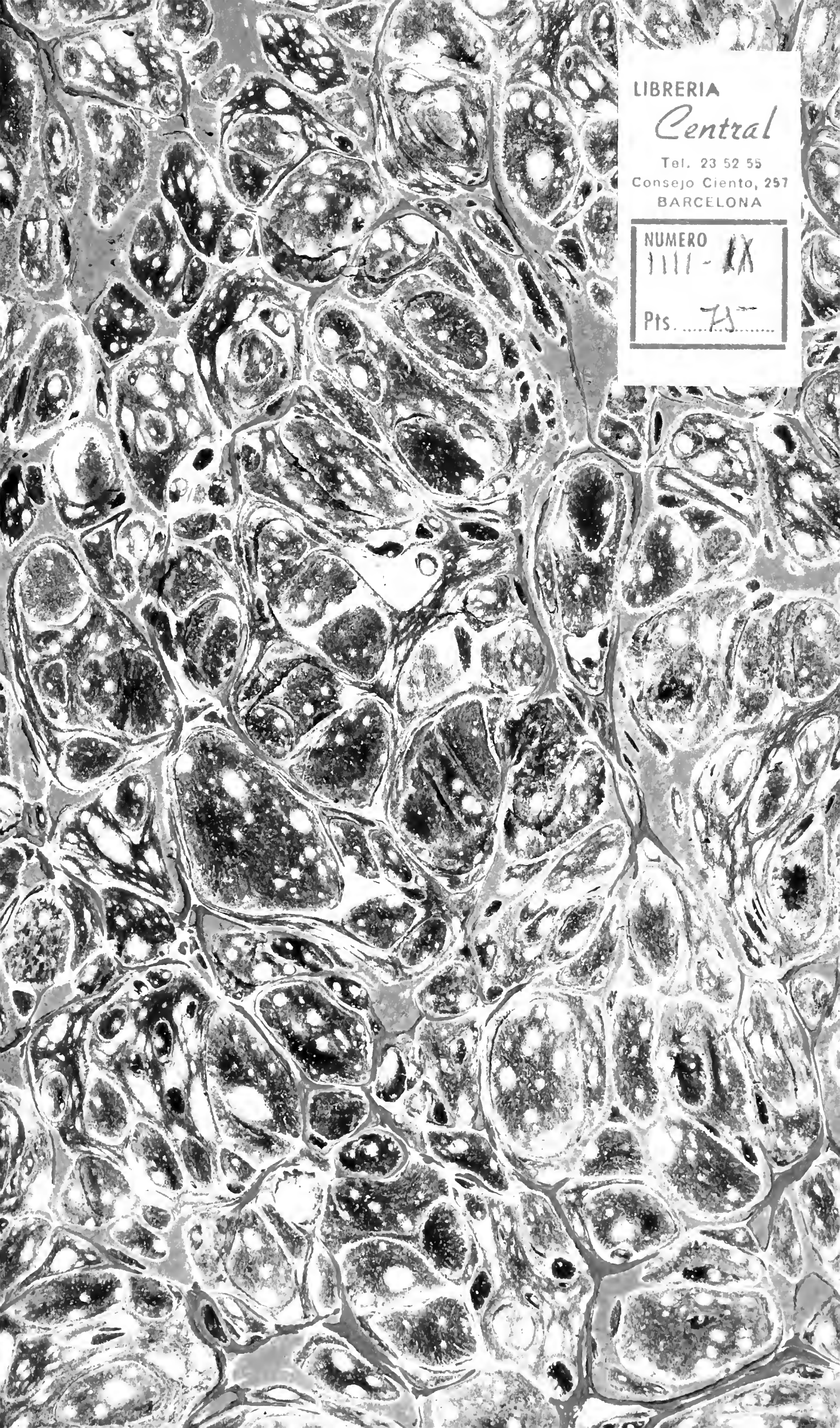





LIBRERIA
Central
Tel. 23 52 55
Consejo Ciento, 257
BARCELONA
NUMERO 1111 - IX
Pts. 75

POESÍAS

DE

D. Juan Arolas.

POESÍAS

DE

D. Juan Arolas.



Barcelona.

IMPRENTA DEL CONSTITUCIONAL.

1842.

..... La plupart des piéces qui composent le recueil.... ont trait à des pensées fugitives soudainement entrevues, et aussitot enchassées dans un petit drame: on sent que l' inspiration est venue abondante, mais que le poéte n' a pas voulu lui donner tout son developpement de peur de lui faire perdre de sa fraicheur: ce sont autant d' epopées à l' etat rudimentaire, d' admirables exquises, mais en fin des exquises....

GALERIE DES CONTEMPORAINS ILLUSTRES. — Par UN HOMME DE RIEN.

Es consolador para el náufrago que se ha asido de una tabla hallar una playa que le acoge compasiva; es consolador para el hombre errante en el desierto ver una luz cercana que le señala la ecsistencia de un bohío. Por estéril y remota que sea aquella playa, no le ha de faltar en ella un rayo de sol para secar su húme-

da vestimenta, ni una nuez de coquetero que mate su hambre voraz y apague su sed abrasadora. Por miserable que sea aquel bohío, la luz le indica que es habitado, y en él recibirá tal vez de la mano de un pescador, sino una rebanada de pan, un plátano ó una yuca. En el mar de dudas en que naufraga la sociedad actual, es dichoso el desdichado que se ase de una creencia para abordar con ella á la orilla de la fe; es feliz el que en el desierto de la vida divisa una luz de esperanza que le indica que allí hay un hombre que cree, un hermano suyo que no le dejará morir desesperado. En la orilla de la fe nunca falta una planta balsámica que contiene una triaca para las ponzoñas del alma, y el que cree en la luz del cielo para disipar las tinieblas de la tierra no atraviesa á oscuras el caos de la ecsistencia. Dios ha querido crear el mal, sin duda para dar al bien la gloria de vencerle; por esto ha opuesto á unos filósofos otros filósofos, á unos poetas otros poetas, á unos tiempos otros tiempos. Vió la religion convertida en instrumento de tiranía, y puso en la boca de Lamennais fraternales palabras que hiciesen de ella un instrumento de emancipacion. Si desprendió de la borrascosa pluma de Lord Byron los desgarradores versos del escéptico, ha creado á Chateaubriand y á Lamartine para luchar contra el poeta inglés y oponer un corazon lleno de fe á un corazon despoblado de esperanzas. Ha creado un puerto al pié de un golfo paraque la hu-

manidad no naufragase. Chateaubriand y Lamartine han sobrevivido á Lord-Byron; el cantor del *don Juan* era mas fuerte de lo que Dios queria, y Dios, como si le temiese, le arrancó la vida en flor, porque, si se la hubiese prolongado, tal vez con el tiempo hubiera asesinado todas las creencias. ¡Tal vez no! tal vez en aquel corazon desierto hubiera brotado algun dia una planta verde y consoladora, porque Dios á menudo ha puesto juntos el veneno y el antídoto. El cuerpo del alacran contiene una triaca para neutralizar la accion de su propia ponzoña; el güao de América hincha el cuerpo del que se acoge bajo su sombra, y él mismo contiene el remedio para curar el mal que ha producido. Dios concedió lágrimas á la Magdalena para lavar su conciencia manchada del pecado, y á las doctrinas primeras de S. Agustin opuso sus últimas doctrinas. Ha querido tambien oponer á Arolas orientalista Arolas religioso.

¡Arolas religioso! ¡Qué poeta ascético ha pulsado jamás con igual maestría el arpa de David! Cuando, siguiendo los harenes y baños del Oriente, nos hace esperimentar una felicidad suprema, presentándonos en las odaliscas una belleza que ya no la sabemos concebir mayor, él solo y no mas que él puede hacernos ver que hay una belleza superior todavía; tiene ángeles para oponer á las sultanas, tiene un paraiso mas delicioso que un serrallo y con la bienaventuranza del paraiso nos vuelve insensibles á todas

las dichas de la tierra. Porque el paraiso sale de su pluma no como nos lo figuramos nosotros, sino como realmente debe de ser; sus versos son el mismo paraiso. Nos pinta á Dios con toda su magestad, con toda su grandeza, y no levantamos los ojos al cielo para buscarle, porque nos parece que con toda su inmensidad se encierra en los himnos de nuestro gran poeta. Si nos deja ver á un sultan irritado que nos estremece con sus ojos, que nos humilla con sus palabras, que manda á cien visires el cordon que ha de segar sus gargantas, y que los visires le obedecen ciegamente, temiendo su poder mas que el martirio y la tumba, nosotros ya no podemos concebir una voluntad mas fuerte que la del sultan, pero veamos á Dios ceñudo tal como nos lo presenta el mismo Arolas, y entonces nos haremos cargo de cuan insignificante es el poder del mas poderoso. *Levanta su brazo, ya todo es abismo.*

Todas las estrofas, todos los versos de los cantos religiosos de Arolas envuelven un pensamiento sublime que parece que nos eleva, al leerlos, sobre nosotros mismos, pensamiento que es mas fuerte que nosotros pues nos lleva consigo, y que goza al mismo tiempo de una naturalidad tan inesplicable que hace su análisis absolutamente imposible. Sus poesías caballerescas y orientales han sido ya analizadas en cuanto lo permite su indefinible mérito por mi amigo D. Pedro Mata, quien me releva de la mayor parte de mi trabajo, permitiéndome com-

pletar con su estensa y bien fundada crítica este ligero juicio.

»¡*Caballeresco y oriental....!* hé aquí dos palabras que anuncian desde luego la poesía, como anuncia el arrebol de levante el nacimiento del sol, como anuncian los preludios del harpa el genio del artista. Los tiempos de la caballería parecen, en efecto, tiempos soñados, tiempos creados en los felices delirios de una imaginacion acalorada por el entusiasmo que inspiran sentimientos generosos; y por lo mismo que parecen soñados, que tanto se diferencian de nuestra vida real, son aquellos tiempos tan eminentemente poéticos, que basta ver carcomida de orin una manopla, ver un pedazo de hacha de armas, leer una estrofa de una balada ó el grito de un heraldo consignados en una crónica de pergamino, para que nuestra fantasía se pierda inmediatamente por entre los pilares de una abadía, los fosos de un castillo y las tiendas de un torneo. La poesía se exala naturalmente de los recuerdos como de la rosa su fragancia, y si lo que estos remueven es ya poético de sí, ¿cómo resistir al encanto de una troba compuesta de estos recuerdos? ¿Qué época de mas poesía que la edad media? ¿Dónde están aquellos monges, que, salidos de entre la plebe, se hacian besar la manga de sus sayos por los monarcas de la tierra, é hincarse de hinojos á sus pies á fieros paladines que no los hincaban nunca sino atravesados por el acero, ó rendidos por la mirada de una hermosa?

¿Dónde están aquellos trobadores revestidos por sus talentos peculiares de un carácter semi-sacerdotal, ruiseñores melodiosos de la soledad de las almenas, Homeros y Virgilios de las hazañas de sus señores? ¿Dónde están aquellos caballeros pundonorosos, tan valientes como corteses por instinto y por precepto, que sin dejar de hacer mal muy á menudo, juraban hacer bien constantemente, siempre prontos á reparar un agravio, desfacer un tuerto, proteger á un desvalido y matar ó morir por una bella? ¿Dónde están, en fin, aquellas damas tímidas como gacelas, que amartelaban á paladines valientes como leones; que eran reinas de la hermosura y recibian los homenages del valor; que sabian leer y escribir como los clérigos, cicatrizar las heridas y templar calenturas como los profesores del arte de curar? Monges, trobadores, caballeros y damas de esta guisa no se hallan sino en la edad media, y aquel colorido espiritual que derrama por todo cuadro donde figure alguno de estos característicos personajes la palabra de Cristo preparada para la vida práctica por los escritos de san Agustin, es un perfume poético que en vano se buscará en todas las demas épocas del mundo. Poesía y grande poesía está brotando aun de los Parténopes, circos olímpicos y jardines epicúreos de la vieja Grecia: los héroes de sus guerras son bien dignos de la epopeya; lo mismo digo del pais del Capitolio, sus grandezas y desdichas. Mas, si es

poético ver al conductor de un carro que sabe domar con destreza muchos caballos y llega antes que todos entre nubes de polvo que disipan las aclamaciones de los espectadores; si es poético el deseo de las matronas romanas de que los desnudos *morituri* que saludaban al César, cayeran con gracia en la arena regada con su propia sangre, lo es mucho mas para mí ver llegar al último palenque donde ya los verdugos encienden la hoguera que ha de reducir á polvo los miembros de una bella judía, á quien no han podido salvar cien lanzas destrozadas por su terrible acusador, un caballero de siniestra vestidura, con un mote en el escudo mas siniestro todavía, cuya visera calada ejercita las imajinaciones de todo un concurso en convulsion, porque no ven de sus facciones sino dos carbúnculos de fuego que son los ojos del adalid indignado contra la cobardía de un mantenedor harto esforzado para contar con la impunidad aunque ultraje la inocencia. Yo confieso que la desnudez del gladiador romano no es tan poética á mis ojos, como la armadura de hierro que acaso envuelve en el misterio las facciones de un monarca aventurero.»

»¡Y el Oriente!... el Oriente, anciano venerable mas que por sus virtudes por sus desgracias; que lo supo todo cuando niño y todo lo olvidó en el decurso de sus años; el Oriente es tan poético con sus cosas actuales, como la misma edad media con sus recuerdos: acaso es porque estas

cosas actuales son ahora las mismas que fueron en los tiempos en que eran actuales tambien las que hoy dia son recuerdos de la edad media. El turbante con que el turco se cubre la afeitada cabeza es hoy dia el mismo que los cruzados vieron en los campos de Palestina: su corva cimitarra está labrada como las que se cruzaron con la espada de Pelayo, y las hermosas cautivas de los serrallos no son menos desdichadas de lo que eran en los tiempos de los califas. Desde la aparicion de Mahoma, el Oriente ha quedado estacionario; el sol de la civilizacion ha abandonado sus comarcas, girando hácia occidente; acaso, como en nuestro sistema planetario, le amanezca otra vez, cuando haya dado la vuelta al mundo, pero entre tanto se conserva en las tinieblas en que lo dejó, aunque pegado sin solucion de continuidad á la porcion de la tierra iluminada. Así los paises del polo giran en la oscuridad en cierta época del año, aunque los paises vecinos disfruten de los rayos del centro de los planetas. Con la sucesion de doctrinas el occidente se ha ido modificando sin cesar, y aunque metido como un golfo de tierra el oriente en la progresiva Europa, se ha conservado en su estado característico, á la manera del peñon de granito primitivo, que aunque asome por entre terrenos modificados bajo la destructora influencia de la admósfera y las aguas, nunca degenera de lo que fué en las primeras edades del globo.»

«Por esto es tan poético el Oriente. Nada descubre uno en él de prosaico, porque nada refleja lo que somos. ¿Quién ha visto en nuestro pais un minarete, un harem, un arenal movedizo? ¿Quién ha visto una carabana sentarse bajo las palmeras de una oásis, y escucha un cuento árabe en tanto que los camellos hacen provision de agua para atravesar un desierto de seis jornadas? ¿Quién ha visto flotar en las aguas del bósforo bultos siniestros, sacos horribles, mortajas de bellas vírgenes estranguladas porque el sultan ha visto revolotear en torno del serrallo abejas que le han parecido querer chupar el néctar de estos botones no desflorados todavía por el liviano soplo del céfiro señor de estas primicias?»

»Por esto los poetas aman tanto el Oriente: allí está el cielo de las inspiraciones, allí se embriagan de este éxtasis que revela á los iniciados la existencia de un mundo mas vaporoso que aquel por donde arrastramos, crisálidas incompletas; y, ya se vé, hacen trobas que no parecen compuestas en la tierra, sino plágios hechos á un ángel caprichoso que se le antojó separarse por un dado tiempo de los coros celestiales, deseoso de merecer tambien los aplausos de los hijos de los hombres. Muchos son los poetas grandes que han cantado la edad media; esta edad ha suministrado materiales á una literatura nueva, lozana y palpitante: tambien los ha suministrado el Oriente, tambien han formado sus aficio-

nados una seccion bajo el nombre de *Orientalismo.*»

«Arolas, que es poeta y poeta aventajado, ha querido ser igualmente caballeresco y orientalista. Difícil era en lo primero salir airoso del empeño. Shakespeare, Byron, Walter Scott y Victor Hugo, al sacudir el polvo de las crónicas donde hallaron los argumentos de sus dramas, novelas y poemas, no tuvieron que luchar con ningun documento característico de los tiempos de estas crónicas, y estos dramas, estas novelas y estos poemas fueron nuevos para sus paises respectivos, tuvieron grande aplauso; porque cuando una produccion no ha de compararse con otra sancionada por el sufragio universal, por pocas cosas que tenga buenas, pasa plaza de magnífica. España, tierra clásica de la caballería, que cuenta precisamente en la edad media grandes hechos, está llena de poesías caballerescas, de romanceros, de comedias, que retratan esta edad; y los famosos nombres de los poetas que todo esto escribieron son para arredrar al mas osado que quiera competir con ellos, escribiendo unas cuantas coplas de este carácter. El jóven Arolas ha osado tocar esta cuerda de su laud, y á la verdad que ha hecho bien porque nos ha revelado un ingenio digno y muy digno de figurar entre los poetas españoles. Léase el mejor de los romances del Cid: léase luego uno de los que ha compuesto nuestro poeta, y dígase franca y desapasionadamen-

te sí le cede en lozania, vigor, facilidad y donaire. Yo estaria por los del poeta que me merece esta justicia, por cuanto á lo bello que atesoran los romances antiguos, añade aquel en los suyos el primor de un lenguaje mas cultivado y unas maneras mas nuestras: sin embargo, no quiero correr cañas contra los mantenedores de la opinion opuesta, y me limito á considerar á Arolas digno de entrar en el catálogo de autores que han dado nombradía europea á este título de literatura española. Todas sus composiciones caballerescas reflejan esa tinta histórica que caracteriza aquellos tiempos de novela: sónle tan familiares sus costumbres, sus vestiduras y sus ideas y lenguaje, que uno se llega á figurar que no son semejantes versos produccion de nuestros dias: la poesía que de estos tiempos brota, como de la varilla de Moises una fuente cristalina, cuando los evoca con sus inspiraciones el poeta, está derramada á manos llenas por todas las trobas que forman la coleccion del tercer título de estos cantos: así Arolas ha querido ser y ha sido en sus escritos *caballeresco.*»

»Por lo que toca á Orientalista no podia dejar de serlo, siendo español. Dice Victor Hugo en el prólogo de sus Orientales, donde tiene cantos de argumento español, que «la España es todavía el Oriente: España es mitad africana; el Africa mitad asiática.» No me declaro por la lógica de este razonamiento, ó mejor, no es su fuerza lógica la que me hace ver entre el espa-

ñol y el oriental algunos puntos de contacto. Mas me agrada buscar su analogía en el zafir de su cielo, en el fuego de su sol, en la risa de sus prados, en el volcan de sus pasiones, y acaso me atreveria á decir, á pesar de tanto certificado de limpieza de sangre como se ha exigido, en las consecuencias inevitables de las mozárabes mezclas. Setecientos años han vivido orientales en España; por todas partes se hallan, cuando no monumentos enteros, vestigios de monumentos que recuerdan la permanencia de un pueblo oriental en nuestra patria, como recuerdan los mariscos engastados en los picos y corazon de las montañas la permanencia del mar encima de ellas. ¿Qué mucho que un español tan apasionado como un árabe, como un asiático, tenga grandes disposiciones para empaparse de toda la voluptosidad poética del oriente, y ayudado de su riquísimo, magestuoso y sonoro idioma, cante ventajosamente la miseria degradante del eunuco, la malograda hermosura de la odalisca, el pérfido sensualismo de los pachás, el ocio, vanidad y presuncion de las sultanas, el incienso de los pebeteros, la fragancia y frescura de los baños, los geroglíficos de flores con que las bellas prisioneras revelan su fuego oculto, el dogal de seda que recibe el amante feliz apenas le ha embriagado el sí de su adorada, el árabe que planta su tienda cada dia en un lugar diferente, y otras mil y mil cosas que seria eterno enumerar, todas igualmente poéticas, todas igual-

mente capaces de inflamar la imaginacion del mas frio aficionado á todo lo que palpita y se esconde baja el influjo del magnetismo de las pasiones y el resplandor de un sol que las crea y alimenta. Yo no sé si Arolas ha visto Constantinopla; lo que si sé es que al leer sus composiciones orientales, se me figura ver un turco que, penetrado de la literatura española, ha cantado su pais en nuestro idioma; tanta es la minuciosidad y plenitud con que este pais va cantado. En Oriente la muerte acompaña al atrevido que idea introducirse en un harem: el que quiera visitar esta dorada cárcel de hermosuras sin peligro, lea una, dos ó mas poesías de Arolas; la ilusion será completa; el riesgo ninguno, como no sea el de aficionarse tanto á su lectura que no le deje de la mano. Y lo que mas me encanta, que nunca deja ver al lector el poeta el sensualismo inseparable de lo oriental, sino al través de una muselina que templa las pinceladas que pudieran reflejar, con un si es no es de lujuria, los rayos encarnados de un sol de fuego: y hay en esto para mí mucha poesía, en esto reside tal vez toda entera. Dénme una belleza toda desnuda que muestre todo cuanto encierra de seductor; ya sé que me llenará todos los sentidos, que mi sangre hervirá, y que, mas ancho y mas tupido mi cerebro, oiré el zumbido que es el clamor sordo é interior de la pasion erótica; mas, dénme la misma beldad medio desnuda que me encubra avara y poderosa lo mas reser-

vado, que yo haya de adivinar con mi imaginacion donde está lo que los sentidos no descubren, y mi placer será mas puro, me dejará mas libertad de sentimiento interior, y lo que el alma gozare de esta manzana voluptuosa no será la misma manzana de sosos sabores, sino el olor balsámico, fugaz, que recogeré con trabajo, es cierto, pero que disfrutaré analizando mis goces.»

»Este es el efecto que me ha hecho el sensualismo oriental de las poesías de Arolas: cada una de ellas es una sultana que se mece perezosa en una hamaca, sin mas movimiento parcial que el de inclinarse á menudo al líquido cristal que la aguarda debajo para bañarla: un pebetero de oro y de marfil que quema aromas sabeos para embalsamar el aire del retrete, donde entra por primera vez la que ha de ser sultana. ¿Y es posible que entre tanta voluptuosidad sin que su efecto se ejerza sobre lo material del hombre? Diríase que es una niña que encantada con la pedrería, oro y plata que ha visto en el cuello y pecho de una favorita, no ha fijado la menor atencion en los dos hemisferios blanquísimos y palpitantes preparados para la mano del sultan, que hubiese devorado con ojos de fuego el eunuco, á no estar privado de la llama que los enciende. Y por todas estas razones ha sido, como quiso serlo, Arolas *orientalista.*»

»Puesto que ha sabido dar á sus escritos caballerosos el color amarillento del pergamino de

las crónicas y la capa rojo-oscura que toma las vestimentas de caballero, puesto que ha sabido dar á sus escritos orientales las risueñas tintas de la aurora y el riquísimo plumaje del pavo real, debe el lector esperarse de su lectura mucha poesía, aun cuando el poeta no hubiese hecho mas que poner en limpio y en lenguaje actual antiguas crónicas y dar pinceladas á la aguada á cuadros litografiados del oriente. Mas no es el genio de Arolas para una mision tan mezquina; no son crónicas lo que pone en limpio y rejuvenece. Son ya chispeantes leyendas, ya cuentos árabes, siempre dramas en embrion que improvisa, que fija para que no se le escapen en un album, indicados con cuatro coplas; dramas que desarrollados con la debida proporcion le proclamarian seguramente por otro de los mas célebres dramaturgos; no son cuadros litografiados que ilumine á la aguada; son lienzos desnudos que él viste con los colores de su propia paleta, como una pintura al óleo, sin que mendigue á nadie las líneas del dibujo que le es propio tambien. Asi hay en sus escritos toda la poesía que brota del objeto y toda la que le añade el artista: es la encantadora georgiana adornada con la seda y pedrerías de que la colma el favor.....»

A. Ribot.

Las Armonías.



Los pinos son las arpas del desierto
Que, entregando á los euros su ramage,
Dan á la soledad largo concierto
Con un eco monótono y salvage.

Que allí donde sin flores se ostentaba
Naturaleza triste, inculta, fiera,
De ese arrullo feroz necesitaba
Para que entre peñascos se durmiera.

Y á la voz general de todo el mundo
Que alaba al Hacedor con sus cantares
Debia responder eco profundo
De pinos y de abetos seculares.

Del mar que cruza el hombre en su osadía
Escuchemos la voz atronadora:
¿Conoceis de las olas la armonía?
¿Ruge el mar ó suspira? ¿canta ó llora?

Esa tremenda voz es la primera
Que dió cuando el gran Ser lo refrenara,
Y una valla de arena le pusiera,
Que, sin poder salvarla, la besara.

Suspira, pues, besando las arenas,
Como esclavo infeliz de sangre hirviente
Que mira con tristura sus cadenas
Teniendo un corazon libre y valiente.

Y una vez las rompió: fué cuando el hombre
Quiso pasar su vida en una orgía,
Y olvidando de Dios el santo nombre
Idolos de metales se fundia.

Y adoraba becerros y serpientes,
Asquerosas harpías y dragones,
Que esos eran los dioses indecentes
Que alzó en el muladar de sus pasiones.

Y llevó á la muger á que los viera
Manchada con los besos del delito,
Con el pecho desnudo cual ramera,
Próxima á dar á luz fruto maldito.

Dijo Dios=«Pruebe el mundo mis rigores"=
Saltó el mar, y sorbióse los jardines,
Y mugeres desnudas y amadores,
Y las galas de orgías y festines.

Rujió entonces con furia y con encono,
Y acordándose á veces de aquel dia,
Se agita en tempestad, y vuelve al tono
Del bramido infernal que despedia.

¡Voz del agua que riega el fértil suelo,
Tú tienes armonías puras, leves,
Cuando cubre el invierno tierra y cielo
Con perezoso manto de sus nieves!

Tú aconsejas quietud tan recogida,
Que al murmullo que formas sobre el techo,
Del sueño magestuoso de la vida
Goza el mortal en abrigado lecho.

Si llega á dispertar, con tu sonido

La alhagas otra vez, le das contento,
Sabrosamente encantas el oido,
Y el párpado se cierra soñoliento.

Esa voz funeral de la campana,
Que resuena en el alto monasterio,
Da sinfonía tétrica y lejana
Con los mas graves tonos del misterio.

Cantora de sepulcros y desiertos,
Marca el instante mismo de agonía,
Es la plegaria triste de los muertos
Y el suspiro que el mundo les envia:

Sarcasmo del placer que hemos buscado,
Nos indica del tiempo el raudo vuelo,
Y hundidos en la sima del pecado
Nos obliga á mirar el alto cielo.

Sonido de la brisa que traviesa
Va jugando entre lirios y espadaña,
Susurro del insecto que los besa,
Murmullo del arroyo que los baña,

Gorgeo de avecilla que enamora,
Canto del ruiseñor que penas calma,
Vosotros sois la música sonora,
Que estasia el corazon y es dulce al alma.

Mas cuando airado Dios omnipotente
Nubla ese cielo de zafir sereno,
Y le presta la luz del rayo ardiente,
Por el espacio retumbando el trueno,

Esa voz de terrible fortaleza,
Es un grito de enojo al hombre reo,
Para el justo una muestra de grandeza,
Y una leccion de fe para el ateo.

Canto Religioso.



I.

¡Señor! pasar veo mis dias de luto
Tal como escuadrones de armados guerreros,
Que sueltan las bridas al rápido bruto,
Clavando en mi pecho sus duros aceros.

¡Oh! ¡cuando me llames al lecho de arcilla
O envuelvas mi rostro con frio sudario,
Y en breves minutos derrumbes la silla
Que ocupo en el cieno del mundo nefario;

Será que allí cierre mi párpado seco
Que vela comido de infausta carcoma,
Cual ave nocturna que gime en el hueco
De torre gastada, pared que desploma!

Ni al viento que silva se escuche mi nombre,
Ni al sol que ilumina mi sombra se vea,
Ni á par de la mia la sombra del hombre
Me hiele las venas, de espanto me sea.

Yo tiemblo á tus iras, cual grímpola leve
Que azotan los vientos en golfo profundo:
Si truenas, me escondo; mi pié no se mueve,
Cual si desquiciases los ejes del mundo.

Yo al rayo que lanzas, distingo tu ceño
Rasgando los lutos que esconden la esfera,
Que entonces el hombre recuerda del sueño,
Y el bronce del pecho se ablanda cual cera.

Si escucho á los euros rujir tempestades,
Conozco que agitas las orlas del manto,
Y el soplo produces que arranca ciudades
Y allana los montes, Dios fuerte, Dios santo.

¿Quién libra estas cañas que suenan vacías
De jugo y de flores, cantando en el suelo,
Si al fuerte castigo señalas los dias,
Cansado de ingratos que escupen al Cielo?

Si envias el hambre, los reyes mas vanos
Que pisan el oro, llorando sus yerros,
Serán como furias que muerdan sus manos,
Y el pan se disputen que comen los perros:

Y á nobles infantes que ensalza su cuna
Colgados de un seno sin fuentes de vida,
Famélicas madres darán por fortuna
Las últimas gotas de sangre perdida.

Si envias la guerra, la aurora que hiciste
Verá hervir el mundo con bélico alarde;
Verá ser el mundo sarcófago triste
La luz amarilla del sol de la tarde.

Y el ancho Danubio lamiendo las rocas
Con lengua rojiza que anuncie escarmiento,
Raudales de sangre dará en cinco bocas
Que corren al fondo del mar turbulento.

Si viertes la copa de airados furores
Dó el rey de los astros sus vuelos encumbra,
Será mancha enorme de opacos colores,
Final esqueleto del sol que hoy alumbra.

Sin hombres la tierra sus ámbitos solos

Verá, si te olvida con ciego idolismo;
Si miras con ceño, vacilan los polos,
Si el brazo levantas, ya todo es abismo.

II.

Cargado de penas pasé mi camino:
Ví al malo en orgías dó el júbilo estalla,
La sangre del justo bebiendo por vino,
Cantando unos himnos beodos...... *Dios calla.*

Volviendo mis ojos trás breve momento,
Volcadas las mesas, ví al malo que muere
Leproso y exangüe, pasando tormento
De vómitos, llagas y pestes...... *Dios hiere.*

Ví al márgen de un rio ciudad deleitosa,
Ramera gastada, que estupros respira,
Sus hijos desnudos, ceñidos de rosa,
Danzaban con hijas desnudas..... *Dios mira.*

Ví sobre sus torres la nube que ardiente
Con flancos de llamas, con furia postrema
Rebienta y abrasa las casas y gente,
Cual leves aristas del campo....... *Dios quema.*

Ví en sólio sublime purpúreo tirano,
Que vastos dominios y estados anhela,
Uncir á los hombres con yugo villano,
Diciendo «sois siervos, sois bestias"..... *Dios vela.*

Ví alzarse los siervos rompiendo sus grillos,
Y hundiendo aquel sólio de púrpura y plata
Herir al tirano con fuertes cuchillos,
Y el cuerpo ser pasto de buitres..... *Lios mata.*

Nacido en Ajaccio, leon sin segundo,
Ví al héroe del siglo correr todo clima;
Que pone á sus plantas los reyes del mundo,
Que llega, vé y vence..... *Dios es quien sublima.*

Ví al héroe que busca por lecho una peña
Que el mar con sus olas y espumas combate;
Va solo en un barco sin gloria ni enseña,
Corriendo al sepulcro..... *Dios es quien abate*.

III.

¡Señor! si adormeces al ángel de muerte,
Si cortas sus alas y embotas su espada,
¿Será que por grande, por santo, por fuerte,
Te rinda sus himnos la tierra cansada?

Da paz á los mares: tu aliento divino
Les rize las ondas con gratas bonanzas;
Da paz á la tierra por donde camino,
Y el bálsamo dulce de tus esperanzas.

Da paz á las penas y afanes del hombre
Que gime en los valles de tétrica hondura,
Y en siglos eternos bendiga tu nombre
Volando á las tiendas que están en tu altura;

Y mientras te vistes de luz esplendente
Y mientras te elevas en alas del Austro,
Las súplicas oye benigno y clemente
De un cisne que canta tu gloria en el claustro.



La Creacion.



HIMNO AL SUPREMO SER.

—

De tinieblas y sombras rodeada,
Con un cetro de fúnebre tristura,
Domina sobre el reino de la nada
Una noche larguísima y oscura,

Sin ningun ser, color, ni movimiento,
Sin voz, sin ningun eco ni sonido,
Sin un soplo de vida ni un aliento
Por el estéril ámbito de olvido.

Es un caos de horrores y de espanto,
Y solo vagar puede en ese abismo
Aquel tres veces justo y tambien santo,
Que fué en la eternidad, y será el mismo.

Lanza sobre esa noche soñolienta
Su mirada de plácidos amores,
Que toda la ilumina y trasparenta,
Convirtiendo en cristales sus vapores;

Y con velocidad la errante sombra,
Pasmada de una ley desconocida,
Se oprime al replegarse, como alfombra
Que en largo funeral se vió estendida.

Nace la vírgen luz, reina brillante,
Que ocupa un éter límpido y sereno,
Con cetro y con diadema de diamante,
Y abrocha con un sol su casto seno.

Y ese sol es gigante de grandeza,
Es un joyél de amor y de alegria,
Con que tu grande autor, Naturaleza,
Marca de creacion el primer dia.

No gastarán tu joya inestimable.
Los siglos con el roce de sus alas,
Su eterna juventud infatigable
Será el mejor adorno de tus galas.

Solo cuando, tu término llegado,
Quiera Dios que desmayes y sucumbas,
Esqueleto de un sol todo eclipsado
Te debe acompañar entre las tumbas.

Sobre tus vastos túmulos desiertos
Será final antorcha, que apagada
Dará un humo á tus sombras y á tus muertos,
El humo primitivo de tu nada.

Reinan por el zafír de los espacios
Mil globos y otros mil con un fin solo,
Fanales de los célicos palacios,
Que encienden doble llama en doble polo:

Y aquel que los adorna y los produce
Les marca su distancia y armonía,
Y á todos con el dedo los conduce
Puestos en escuadron, siéndoles guía.

Mas del gran luminar corriendo el coche

Los rayos va entibiándoles su dueño,
Y en tus horas balsámicas ¡oh noche!
Serán brillante auréola del sueño.

¡Oh luz pura que has nacido
Del fulgor de su mirada,
Como vírgen preparada
Para espléndido festin,
Que disipas de ese caos
Las nieblas y horror profundo,
Fijando la edad del mundo,
Bendice al Señor sin fin!

¡Oh sol, cuna de diamantes,
Rey de nitidos destellos,
Sin rival entre astros bellos,
Que apaga tu hermosa sien,
Joyél del Omnipotente
Sacado de su tesoro,
Minero fecundo de oro,
Bendice al Señor tambien!

¡Oh Cielos, morada y templo
Del artífice que os ama,
Cuyas obras son de llama
Coronadas de esplendor:
Páginas donde su nombre
Se halla escrito con estrellas
Que son polvo de sus huellas,
Bendecid al Criador.

Del sol de topacio
La luz se dilata
Por todo el espacio
Con rayo de plata:
La bóveda toda
Reviste su giro
Con trage de boda,
Color de zafiro:

Su seno que crece
Revela la nube,
La brisa la mece,
La brisa la sube;
Ó en tiendas flotantes
De rojo amaranto
Con varios cambiantes
Divide su manto:
Ó al sol se evapora
Su espuma delgada,
Del astro que adora
De amor abrasada;
Ó es leve cortina
Que cubre la cuna
Dó un angel reclina
Su rostro de luna;
Ó es nave ligera
Que altiva se ufana,
Flotando en la esfera
Con velas de grana.
De un astro pretende
Saber otro luego,
Quien es el que enciende
Sus piras de fuego;
Quien es causa eterna,
Quien reina y en donde,
Quien rige y gobierna;
Y el otro responde:
Que es Dios, que es la vida,
Principio y autor,
Virtud escogida,
La gracia cumplida,
Luz, dicha y amor.

Sentado sobre el trono de la aurora
Estiende por los ámbitos profundos
El Eterno su vista criadora
De soles, y de cielos, y de mundos.

Y aparece la tierra suspendida,
Como por atraccion, de su mirada;
De mares, como fajas, circuida,
Y en sus polos muy bien anivelada.

Aparecen sus montes cual gigantes
Que guardan sus recónditos mineros
De precioso metal y de diamantes,
En cárcel de peñascos altaneros.

Unos su pico elevan orgulloso,
Y otros visten sus cumbres y su falda,
Do bulle el arroyuelo sonoroso,
Del nítido color de la esmeralda.

Y algunos cual tiranos inclementes
Que han de burlar los soplos de huracanes,
Muestran con arrogancia duras frentes
Ceñidas con diadema de volcanes.

Tiende el valle su alfombra de verdura,
La colina su término le sella,
Y dó nace una brisa que murmura
Nace una leve flor que es hija de ella.

El remanso que forma fuente fria
Remeda sombras trémulas, vergeles;
Miente nubes de hermosa pedrería,
Y sauces que desmayan en doseles,

Aves que se columpian en las ramas,
Insectos que festejan á las rosas,
De celajes de púrpura las llamas,
Y ornatos de elegantes mariposas.

El espumoso mar ocupa un centro,
Y aunque amaga su furia turbulenta
Con la tierra chocar en rudo encuentro,
Sobre linde arenosa desalienta.

Y es como ardiente esclavo, que nacido

Para lucha feroz y bramadora,
Con un lazo de flores detenido
Besa el nevado pié de su señora.

Se duerme en las bahías y desmaya,
Se dispierta en los golfos peligrosos,
Y tumbos bullidores en la playa
Levanta con mil juegos ingeniosos.

Lame risueños ismos y arenales,
Y es rey que de mil islas se enamora,
Y les rinde tributo de corales
Y de perlas y de ámbar que atesora.

Le pagan claros rios homenage,
Y algunos tan subidos en orgullo,
Que sienten el humilde vasallage
Y mueren con un hórrido murmullo.

Mil aves que se visten del tesoro
Que tiene abierto Dios para sus galas,
Émulos de la púrpura y el oro
Revelan los matices de sus alas;

Entonan dulces cantos á porfía,
Y celebran del mundo el nacimiento
Con el primer ensayo de armonía
Que, por llegar á Dios, penetró el viento.

Bebiendo luz, el águila pasea
Del éter el Oceano estendido,
Ocupada tal vez de altiva idea
De morar en el sol y de hacer nido.

Se espacian los cuadrúpedos veloces;
Ruje el fiero leon de noble raza,
Y el mundo no distingue entre mil voces
Otra de mayor brio y amenaza.

El rio que dormia sosegado
Llena el caiman de espuma vacilante,

Y tiembla el árbol duro que ha tocado
Con mole ponderosa el elefante.

Estendiendo el pavon sus plumas bellas
Copia con delicada miniatura
Un cielo de simétricas estrellas,
Unico en elegancia y hermosura.

Son los cedros y palmas altaneras
Colosos de las auras que los mecen;
Los cipreses, pirámides ligeras,
Que todas las distancias embellecen;

Y las plantas acuáticas nacidas
En medio de las fuentes y las olas,
Enseñan con pudor, medio escondidas,
En urnas de cristales sus corolas.

¡Oh tierra de luz vestida,
Con su aliento fecundada,
Por su mano regalada
Con un Cielo y un Edén;
Que de vida y hermosura
Tantos gérmenes contienes,
Y gozas de tantos bienes,
Bendice al supremo bien!

¡Oh mar de onda fugitiva,
Sonrosada, azul y verde,
Que en tu inmensidad se pierde,
Y otra toma su color;
Que como á risueña vírgen
Que destinas á tu boda,
Abrazas la tierra toda,
Bendice al supremo autor!

Circula y se eleva
Por todo parage
La savia, que lleva
Frescura y ramage;

Y el céfiro leve
Que vaga y murmura
Con alas de nieve
Por toda espesura,
Derrama rocío,
Que es llanto de aurora,
Y hermoso atavío
De rama sonora.
Con galas distintas
Ostentan las flores
Penachos y cintas
De vivos colores;
Coronas radiantes,
Y gasas delgadas,
Festones, turbantes
Y tazas doradas;
Capullos cubiertos
Con gran simetría,
Y senos abiertos
Al aura y al dia.
Las unas se afanan
Por ser solas ellas,
Las otras hermanan
Corimbos de estrellas;
Desmayan algunas,
Las otras asoman,
Y brillan las unas,
Las otras aroman.
Y en fin leve nube
De esencias combinan,
Que al Cielo se sube,
Que á Dios la encaminan.
En fuentes hermosas
Que en lluvias de perlas
Inundan las rosas,
Que nacen por verlas,
Contempla el insecto,
Zumbando en la rama,

Su talle perfecto,
Su cuerpo de llama;
Y el bosque y el prado,
Vergel y montaña,
Y arroyo cercado
De verde espadaña,
Mar, rios y suelo
Con voz de alegría,
Dan himnos al Cielo,
Formando armonía.
Y al ave que canta
Preguntan las aves,
Quien dió á su garganta
Los trinos suaves;
Quien es causa eterna,
Quien reina, y en donde,
Quien rije y gobierna;
Y el ave responde:
Que es Dios, que es la vida,
Principio y autor,
Virtud escogida,
La gracia cumplida,
Luz, dicha y amor.

A dominio tan vasto y halagueño
Con trono de magnífica grandeza,
No quiso el Hacedor, el sumo dueño,
Que faltase tu rey, Naturaleza.

Y el hombre, el soberano de tus seres,
Compendio de tí misma y tu portento,
En medio del Edén de los placeres
Fué criado por Dios, y de su aliento.

Dióle un alma profunda que midiera
Toda la creacion que era reciente,
Y para que su patria conociera,
Al sol y á su cenit le alzó la frente;

Y habiendo puesto el mundo por santuario
Dó brillase la gloria de su nombre,
Destinó para místico sagrario
El corazon magnánimo del hombre.

Mas deja separar, hombre criado,
Mis ojos del Edén de ruiseñores,
No sea que tropieze en tu pecado,
Que es un áspid oculto entre las flores,

Y el himno que dirijo al que te cria
Se interrumpa con ayes de quebranto,
Y venga á concluir en elegía
Toda mi inspiracion, todo mi canto.



Flores del alma.



Al buen entendedor salud.

Si en la márgen de arroyo que camina
Suspende bello pájaro sus vuelos,
Cuando bebe una gota cristalina,
Levanta el pico de ámbar á los Cielos.

Suenan en el festin del potentado
Los brindis á la suerte veleidosa,
Al ciego amor y al rostro delicado
De las bellas que ciñen fresca rosa;

Y mientras que retumban los salones
Con cánticos de faustos parabienes,
No suben á dorados artesones
Las gracias al dador de tantos bienes.—

De injusticia cruel en un tormento,
De súbito peligro en un espanto,
Se marca en nuestro ser un movimiento,
Que es levantar la vista al Cielo santo.

Si no hubiese metal de acero duro,
Nunca la piedra iman lo buscaria

Para estrechar un lazo tan seguro
Con la fuerza recóndita que envia:

Si despues de la tumba misteriosa,
Entre reinos de luz, gloria y recreo,
No existiese otra vida venturosa,
Nunca la invocaria mi deseo. —

Bajo la planta rústica oprimida
Rinde olor la violeta, y embalsama,
Y es como la virtud, que perseguida,
Como no tiene hiel, perdona y ama. —

Dominarse á sí mismo es noble empeño,
Sufrir la ingratitud es trance amargo,
La vida del placer huye cual sueño,
Pero un dia sin pan es el mas largo. —

En el fuego se prueba la fragancia
Del incienso de Arabia delicioso,
Y en las tribulaciones la constancia
Del varon esforzado y animoso. —

Mas grande que los mares estendidos
Es el alma del hombre en sus arcanos,
Y el polvo de sus restos consumidos
No llenaria el hueco de dos manos. —

De los grandes caudillos ví los nombres
En ciudades, y villas y desiertos
Escritos con la sangre de los hombres,
Que la guerra es la fiesta de los muertos.

Y del cielo en los ámbitos dorados,
Con buril de diamante y rayos vivos
De los sabios los nombres ví gravados,
Que su vida es la fama de los vivos. —

Al impulso del aura procelosa
Se desprende la nuez del cocotero
De su palma elevada y orgullosa.........
Dios le señalará su derrotero:

Cayó en la inmensidad del Océano,
Y flota en los cristales errabunda;
La sublíma y abate el mar insano,
La esconde entre sus senos y la inunda:

Tras agitadas noches con sus dias
Encalla en arenal, en un parage
Do no hay vegetacion ni sombras frias......
Dios señaló su término al viage.

El sol la fecundó: ya va naciendo
La palmera feraz; crece y asombra,
Y sus gigantes ramas estendiendo,
A mil renuevos suyos hace sombra.

El desierto es un cármen aromoso,
Con toldos coronados de rocío,
Y el ave tiene nido delicioso,
Y el hombre tiene sombras en estío.

Así se desarrolla el gérmen puro
De civilizacion y de cultura,
Que en el pueblo mas bárbaro y mas duro
Pone esplendor, riquezas y ventura;

Pues todo lo anivela y lo concilia,
Y arrancando del mundo las murallas,
Hará de todo el mundo una familia,
Sin linderos, ni términos, ni vallas. —

La virginal belleza candorosa
Tiene la propiedad de sensitiva,
Que si un dorado insecto en ella posa,
Lo desdeña, y se cierra fugitiva.—

Hay una Nacion fuerte y aguerrida,
Y un sabio ha escrito en ella en dos renglones,
Que la pena de muerte irá abolida,
Segun el giro actual de las Naciones.

—

Meditacion.



Yo te veo, Señor, en las montañas
Que soberbias se miran en su altura,
Dó reciben la luz con que las bañas,
Antes que este hondo valle de tristura;

Y en el último y lánguido reflejo,
Que recogen del dia moribundo,
Cuando su altiva cumbre es el espejo
De las sombras que caen en el mundo;

Y en su color azul y nieve fría
Que oculta la preñez de los volcanes,
Como encubre falaz hipocresía
De infame corazon pérfidos planes.

Que tú les das la niebla matutina
Que se pierde por leve y vaporosa,
Tú les enciendes llama que ilumina,
Tú su cráter entibias y reposa.

Desataste en sus cimas y pendientes,
Para calmar la sed de los mortales,
Las cristalinas venas de las fuentes
Y escondiste en su seno los metales.

Mas ellos ambicionan el tesoro
Que prevision de un padre les encierra,
No pueden apagar la sed del oro
Y rompen las entrañas de la tierra.

¡Metal de execracion! ¡metal maldito.
Cuya pálida luz cegó los ojos,
Doró deformidades del delito
Y alumbró los desórdenes y enojos!

Yo te veo, Señor, en los breñares
Poblados de malezas muy bravías,
En los altos, difíciles lugares,
Dó el águila renueva largos dias,

El águila que es hija de los vientos,
Con su nido que es campo de batalla,
Lleno de los despojos mas sangrientos
Del vulgo de las aves que avasalla,

Sombría como el sitio donde habita,
De furibundos ojos y de garras
Duras como las peñas que visita,
Corvas como moriscas cimitarras.

Que tú para cortar los aquilones
La fuerza muscular le diste en prenda;
Te busca por las célicas regiones,
Por eso mira al sol como á tu tienda.

Tú contaste sus plumas mas ligeras,
Como cuentas los árboles y frutos,
Los átomos que cruzan las esferas,
Y hasta la eternidad por sus minutos.

Yo te veo en el mar: en la ola verde,
Azul, ó sonrosada que camina,
Que con orla de aljófares se pierde,
Mientras otra mas alta se avecina.

Tambien cuando lo tienes en bonanza

Para el pequeño alcion que á sus cristales
Fia su hermosa prole y su esperanza,
Mientras atas furiosos vendabales.

Y en el cetáceo enorme que entre hielos,
Que muros de cristal pueden decirse,
Alza dos rios de agua hasta los cielos,
Y agita el mar del norte al rebullirse:

Que herido del arpon, iras alienta,
Con su sangre las aguas enrojece,
Y las pone agitadas en tormenta.....
¡Tanto puede su mole que padece!

Tú le diste los mares por presea
Donde tenga por lecho las bahías;
El boreal y antártico pasea;
Por abismos de espuma tú le guias.

Yo te veo, Señor, en el insecto
Que busca en la camelia nido y casa,
Con las galas de adorno tan perfecto
Que unas púrpura son, otras son gasa;

Y en el que enamorado de su pompa
Se contempla en la fuente bulliciosa,
Y en el que chupa almíbar con su trompa,
Y en el que se adormece en una rosa;

Y el que queda suspenso ante las ovas
Mecido en equilibrio con las alas,
Y al parecer les canta dulces trovas
Que solo entiendes tú que á tí te igualas;

Y en el reptil que turba linfas puras,
Que por su cauce nítido se alegra,
Y el que por las musgosas hendiduras
Asoma su cabeza verdinegra.

Tú has vestido de flores las colinas
Cual nunca Salomon se engalanára,

Cuando á ruego de hermosas concubinas
Ídolos en los bosques adorára.

Tú has dado los aromas y canelas,
Papagayos hermosos y parleros,
Búfalos, elefantes y gazelas,
Cedros, palmas, acacias, bananeros.

Que tú eres el principio de tí mismo,
Sin contar el orígen de tus dias,
Grande en la inmensidad y en el abismo,
Dios de eternas venturas y alegrías.



Himno de la noche.



SÚPLICA AL CRIADOR.

—

¡Oh Sol! ¡noble gigante de hermosura,
Y astro rey en un trono de volcanes!
¡Guerrero cuya nítida armadura
Deslumbró en feroz lid á los Titanes!

Las águilas del Líbano altaneras,
Cuando dorabas hoy la antigua Tiro,
Te admiraron subiendo á las esferas,
Yo que pierdo tu luz, tambien te admiro.

Su pupila tenaz osadamente
Se fijó en tu cenit esplendoroso;
Yo al morir en los mares de Occidente,
Te saludo no mas, rey luminoso:

Faro inmortal del mundo á quien das vida,
Eterno en juventud y en el encanto,
Sombra del Hacedor, piedra caida
De la esmaltada fimbria de su manto!

De la muerte del dia plañideras
Le siguen al sepulcro largas sombras,
Que borran la esmeralda en las praderas,
Desatando sus tétricas alfombras.

Su tapiz vaporoso sin colores
Enluta en fuente azul blancas espumas,
Los pétalos de nácar en las flores,
Y en las aves el íris de las plumas.

En el tronco de un árbol carcomido
No duerme enteramente el aura leve,
Pero lánguida vaga sin sonido,
Temiendo desplegar alas de nieve.

Tal vez el bardo así, cuando es de hielo,
Sin juventud ni amor, triste suspira,
Y teme levantar su canto al Cielo,
Recorriendo las cuerdas de la lira.

Roto el prisma falaz de las pasiones,
Que me presenta un mundo de placeres,
Y sobre pedestales de ilusiones
Idolos de jazmin en las mugeres;

Cuando el Edén de mágico contento,
Como insecto de un dia vaga y zumba,
Se vista de color amarillento,
Mostrando en vez de flor, mármol de tumba;

Déme el Cielo en la choza solitaria
Del arpa de Sion la melodía,
Y escríbase en mi losa funeraria:
«*Dios*, *Amor*, *y la dulce Poesía.*"

¡Mas sombras sobre el mundo cada instante!
Pero avanza un lucero á las estrellas,
Mientras detrás del eje rutilante
En lejanas cohortes siguen ellas.

Dime, luz bienhechora, ¿dó caminas?

¿Velas sobre los sueños, les asistes,
Y con el resplandor los iluminas,
Repartiéndolos tú blandos ó tristes?

¿Eres cuna dó el ángel se adormece?
¿O estás cual atalaya prevenida
Que avisas al amante que anochece,
Para que vuele á ver á su querida?

¡Delicioso jardin....! en una rosa
Se duerme una cantárida dorada,
Mientras una nocturna mariposa
Turba el sueño y le roba la morada.

En la hierba fosfórico gusano
Enciende su fanal, ó su lumbrera
Émula del cocuyo americano,
Que si marcha, le sigue compañera:

Y las plantas acuáticas que solas
Aman perenne humor, sacan aprisa
Del cristal adormido sus corolas,
Para gozar los besos de la brisa.

Un insecto de púrpura y topacio
Sobre flexible tallo se asegura,
Y á una cerrada flor que es su palacio,
Estas quejas tristísimas murmura.

«Ábreme, hermana mia, el blanco seno,
«Que vengo fatigado del camino;
«Por estraño pensil de lilas lleno
«Me perdí susurrante peregrino.

«Me persiguió un rapaz de ojos azules,
«Y por huir su mano codiciosa,
«Escondido entre ramas de abedules,
«Me sorprendió la noche tenebrosa.

«Al tiempo de besarse dos amantes
«Cruzé por una gótica ventana,

«Y sus ósculos tiernos y constantes
«Empañaron mis alas de oro y grana.

«Gozaba en su balcon auras amenas
«Una bella de formas celestiales;
«Quise entrar en su pecho de azucenas,
«Y huyó de allí cerrando sus cristales.

«Errante voy, y encuentro poseido
«Todo cáliz, dó bebo la ambrosía,
«De sonoro amador que está dormido:
«Ábreme tu capullo, hermana mia."

Poco á poco la flor va desplegando
Su seno virginal al que la llama
Y ofrece á su cariño lecho blando.....
¡Delicioso jardin!.... esa flor ama—.

¿Dó caminais vosotras, bellas nubes,
Flotando sobre brisas regaladas?
¿Vais á servir de tienda á los querubes?
¿Vais á servir de tálamo á las hadas?

¿Vais á llevar los sueños á otras zonas?
¿Ó á mentir á mis ojos soñolientos,
Con la luz de la luna hinchadas lonas
De bajeles, en mares turbulentos?

Si al ocultarse el sol, segun sus leyes,
Flotabais como ricos pabellones,
Que en las solemnes fiestas de sus reyes
Enarbolan los pueblos y naciones;

Si vestiais de azul y de escarlata,
¿Quién os ha concedido blanco velo
Con profusion de aljófares y plata,
Vestales de la bóveda del Cielo?....

Huid, y el rayo hermoso de la luna
Brille sobre mi rostro tibiamente,

Que le profeso amor desde la cuna,
Y es única corona de mi frente—.

¡Arrecia con furor el raudo viento!
¿Qué suspirais, sonoros vendabales,
En las torres de alcázar opulento?
¿Qué gemis en sus largos espirales?

Murmurais del magnate: cien bugías
En un ambiente de ámbares y rosa
Sus noches aclarecen como dias,
Al estruendo de orquesta sonorosa.

Vense tras de los vidrios, entre sedas
Cruzar nobles y duques y barones,
Y danzar á compás vírgenes ledas,
Ninfas de flor, con alas de ilusiones.

Y mientras el palacio se alboroza,
Duerme el pobre en las piedras de la esquina.
Lo desvela la rápida carroza,
Y otra vez en el polvo se reclina.

¡Ricos!.... en los banquetes abundosos
Si disfrutais placeres, dad al menos;
Si dais de lo sobrante, sois piadosos,
Si de lo necesario, seréis buenos.

Debajo del suntuoso artesonado
No habitáran tristezas que os devoran,
Y el ángel del reposo regalado
De noche os dará sueños que enamoran—.

Dios de la luz, de noches y de dias,
Que pintas el celage de la aurora,
Dios de mis esperanzas y alegrías,
Oye mi voz: mi corazon te adora.

Concede tu esperanza á mi tormento,
Á mi duda tu fé y tus resplandores,

Y el bálsamo feliz del sufrimiento,
Cuando se multipliquen mis dolores.

Tenga tranquilo hogar, pecho sin hieles,
Palabras de tu amor, rostro sin ceño,
El pan de mi trabajo, amigos fieles,
Y de tu santa paz el dulce sueño.



El hombre.

EL ANGEL BUENO, Y EL ANGEL MALO.



Es el hombre sin penas ni reveses,
Ántes de ver la luz que el mundo dora,
Fruto amargo que agrava nueve meses
El seno maternal en donde mora.

Fruto de la muger que poseida
De la fiebre de amor, que abrasa tanto,
Lo compra con placer de corta vida,
Que redime despues con largo llanto.

Fruto, que al árbol mismo que lo cria
Suele siempre abrumar de estraño modo;
Sobre pensil muy breve de alegría,
De las dichas en flor fruto de lodo.

Cuando nace, deslústrase su rama,
Pues se arranca de allí con pena dura:
¿Para tan triste afan la muger ama?.....
¡Oh maldicion que arrastra la hermosura! (1)

(1) In dolore paries filios, *Gen.*

Nace, y apenas sale de su encierro,
Da muestras de dolor con el vagido......
¿Conoce que este mundo es su destierro?
¿Teme cieno pisar, Angel caido?

¿O le muerde tal vez fatiga interna,
Que con voz de suspiro el labio nombra?
¿Serán quejas del alma que es eterna,
Contra el cuerpo que pasa como sombra?

¿O será que aquel aire que respira,
Mientras corre la sangre por sus venas,
Lo corrompe del mundo la mentira,
Y vaga por admósfera de penas?

¿Será que desvalido, sin fortuna,
Ya sabe su destino funerario,
Y contempla un sepulcro tras la cuna,
Y al lado de las fajas el sudario?

Por esto de su madre en el regazo
Parece esconder quiera el alma toda,
Y estrecha el blanco cuello con el brazo,
Cual si huyese un fantasma que incomoda.

Llora porque es mortal: mientras levanta
La frente y corazon al alto cielo,
Lastimado de espinas en la planta,
Vuelve á bajar los ojos á este suelo.

La muerte, cuya idea martiriza,
Tiende á sus pies alfombra de tristura.
Y pisando una tierra movediza.
Viene á caer en honda sepultura.

En mis sueños de amor y poesía,
(Dios sabe tales sueños lo que halagan.
Como llenan el alma de ambrosia,
Y con cáliz de nectar la embriagan)

Yo ví fresco vergel: pieles de armiño

Formaban una cuna de reposo
Festonada de flores, donde un niño
Gozaba de suavísimo reposo.

Así llegando el tiempo apetecido
Que libra al marinero de pesares,
Duerme el pequeño alcion en leve nido,
Sobre la blanca espuma de los mares.

Asi, llegando el héspero, reposa
El cisne sobre un lago de aguas bellas,
Con bordes de alelíes y de rosa,
Que las nubes retrata y las estrellas.

Sobre tranquilo pecho de jazmines
Ambas manos plegaba el tierno infante,
Cual plegaban hermosos serafines
Sobre el arca sus alas de diamante.

Sueño de oro de aquella edad dichosa
Destilaba en su labio la sonrisa,
Y era sueño de cielo y mariposa,
De gruta y de pensil, de flor y brisa.

Otro sueño de dichas y embelesos
De su madre feliz se apoderaba,
Y era sueño de abrazos y de besos,
Que el fruto de su amor le regalaba.

De las nubes del plácido occidente
Que son tiendas del sol, do se engalana,
Sirven de colgadura trasparente,
Y le bordan un lecho de oro y grana,

Ví descender, dejando eternas salas,
Un ángel entre coros escogido,
Que con oscilacion de iguales alas
Posó junto á la cuna del dormido.

¡Largo perfil!.... Su vista penetrante
Mezclada con halago de ternura,

Borraba de mi mente vacilante
Todo mirar de humana criatura.

Revelaba un orígen soberano,
Un principio de luz inestinguible,
Un misterio de Dios, profundo arcano,
Y espresion de un amor indefinible.

En sus ojos midió mi pensamiento
La distancia entre el polvo de mis huellas
Y la bóveda azul del firmamento,
Que por faros se alumbra con estrellas.

Sus cabellos que heria el aura leve,
Como el ébano negros y bruñidos,
Eran gasa de luto sobre nieve,
Por los hombros y espalda desprendidos.

Su túnica bordada de luceros,
Desmayándose en pliegues por la falda,
Dejaba en libertad los pies lijeros,
Que calzaban coturnos de esmeralda.

En su rostro la luz resplandecia
Como el primer albor, cuando amanece;
Era luz nacarada, y no ofendia,
Como rayo de luna que adormece.

Brotó el vergel al punto nuevas flores,
Transformóse en Eden con su llegada,
Que al sitio de deleite y ruiseñores,
Para que fuese Eden, no faltó nada.

Mientras esta vision sin pena alguna
Absorto en su placer me entretenia,
Ví alzarse al otro lado de la cuna
Sulfúrico vapor, niebla sombría.

Abiertas de la tierra las entrañas
Produjeron un monstruo sin segundo:
De conjuncion de torpes alimañas
Produccion infernal, aborto inmundo.

Reconocí á Luzbel; á la serpiente,
Que arrastró del Eden entre las flores,
Y en la dicha de Adan, que era inocente,
Fijó los ojos tristes y traidores.

Silbó un engaño torpe y amañado
De la débil muger en los oidos,
Y así causó la muerte y el pecado
De Adan y de sus hijos maldecidos.

Reconocí á Luzbel..... ¡Cuán diferente
De aquel que se sentaba entre las nubes,
Que pisaba el volcan del sol ardiente,
Entre beatos coros de Querubes!

Ya en las negras cavernas del abismo,
Al llanto del precito siempre sordas,
Es á mas de verdugo de sí mismo,
Torvo adalid de las tartáreas hordas.

Monstruo entre fiera, sátiro y arpia,
Conjunto abominable de torpeza,
Oprobio de la luz, baldon del dia,
Alzaba como escollo su cabeza.

La ensortijaban sierpes por cabellos,
Que en sus sienes surcadas rebullian;
Eran de tigre en furia sus resuellos,
En tanto que las sierpes le mordian.

Cual de cerda que cria en selva brava
Jabalí montaraz, áspero bruto,
Era su luenga barba, y le tapaba
Con feo desaliño pecho hirsuto.

Negra sangre salia de su boca,
De tan amarga hiel, de tal ponzoña,
Que las piedras abrasa si las toca,
Y do cae, la hierba no retoña.

Carbones encendidos son sus ojos,

Ata en nudos su cola serpentina,
Que se agita al rigor de sus enojos:
Tiene rostro infernal, forma ferina.

Apenas vió el Monarca tenebroso
A la tranquila madre y al infante,
Y al ángel que alumbraba su reposo
Con un rayo de luz de su semblante,

Suspiró como el mar en la tormenta.
Recordó su caida vergonzosa
Y de su rebelion la vil afrenta,
Renovando la llaga dolorosa.

Meditó su pasado poderío,
Su alteza, su esplendor y antigua gloria;
Penetró sus medulas dolor frio,
Sudó sangre tambien con tal memoria.

Y el pensil no fué Eden...... bajaron nieblas
Que intentaban mudarlo en cementerio,
Y entre el ángel de luz y el de tinieblas,
Vieron pasar mis ojos un misterio.

ANGEL DE LUZ.

¡Mira el fruto del hombre !!! Su destino
Será llenar la silla que perdiste,
Cuando con el furor de un torbellino
A la region mas alta te subiste,

Y te llamaste Dios.... ¡ locura vana!
Tu orgullo se deshizo como espuma!
¿Lucero fuiste tú de la mañana?
¿Quien al ver tu torpeza lo presuma?

LUZBEL.

¡No nombres mi desgracia! Ya es sabida
Mi empresa que por tí fué contrariada:

Tú no puedes negármela atrevida,
Mientras yo la concedo desgraciada.

Tú sirve á tu Señor: ya que mi anhelo
No consiguió con glorias siempre eternas
Avasallar los ámbitos del Cielo,
Avasalló del Orco las cavernas.

Tú sirve á tu Señor: contrario estremo
Me plugo á mi seguir, y en negra pompa
Proclamarme entre llamas Rey supremo,
Al ronco son de la tartárea trompa.

¡Guarda el sueño de un niño! ¡Yo haré guerra
Contra el usurpador de mi corona!
Yo ví formar al hombre de la tierra,
De un barro que se pisa y se abandona.

¡Nace para morir!.... ¡Sombra mentida
De existencia fugaz!.... tiene por suerte
Ser pasto de pesares en la vida,
Ser pasto de gusanos en la muerte!

Es torre sin cimiento, que derrumba
Con soplo de huracan; su polvo vano
Consumido en el hueco de la tumba,
No llenaria el hueco de mi mano.

ANGEL DE LUZ.

Vituperas la carne que es esclava,
Y te olvidas del alma que es señora,
Que no conoce tumba, que no acaba,
Y que en la eternidad á Dios adora.

El barro que abominas piensa y siente,
Y midiendo el Occeano se avanza,
Sin que arruge el pavor su heroica frente,
Sirviéndole los astros de esperanza.

¿Si la idea del Dios que tú ofendiste

Llena toda su vida transitoria,
Si mide las estrellas que perdiste,
Quieres tú mas afan que ver su gloria?

Yo he dejado las nubes de Occidente
Y reflejé en los mares mi hermosura,
Por la vida de flor de este inocente,
Que reclama mi amparo y mi ternura.

Yo doraré su infancia de ilusiones:
La tela de sus noches y sus dias
Recamaré de rosas en festones,
Bordándola de dulces alegrías.

LUZBEL.

Yo del materno pecho regalado
Le secaré las fuentes abundosas;
A beber le dará seno comprado
La hiel de enfermedades dolorosas.

Vivirá suspiroso, entumecidas
Con el germen letal todas sus venas;
Y de tus ilusiones deslucidas
¿Que piensas quedará? luto de penas.

ANGEL DE LUZ.

¿Quien te igualó en maldad?... La perla pura
Tiene lecho de nácar, donde crece,
Que defienda su nitida hermosura,
Cuando el mar mas altivo se embravece.

Y el seno maternal contra tus males
Tiene su talisman: ¿de que te admiras?
Tiene una cruz hermosa de corales,
Y al lado de la cruz ¿que son tus iras?

No ofenderán al niño tus encantos:
Cual se para festiva mariposa

Sobre los rubicundos amarantos,
Para libar su esencia deliciosa,

Suspenderá sus risas y sus juegos,
Y poniendo en la tierra su rodilla,
Respirará el aroma de los ruegos
Y dirá su oracion pura y sencilla.

Yo subiré al Olimpo su plegaria
Como queja de amor y desconsuelo,
Como arrullo del ave solitaria,
Que desea volar al alto Cielo.

LUZBEL.

Yo acreceré sus miedos y temores
Con horrendas visiones de tortura,
Que le turben la paz y los amores
Y la santa plegaria que murmura.

O bien verá un fantasma que se pierde
Con un rastro de luz amarillenta,
Ó huyendo de una lamia que le muerde,
Dará con un vestiglo que atormenta.

Le mentirán los vientos inclementes
Del precito los ayes mas aciagos;
Le mentirá la voz de los torrentes
Congresos de hechiceras y de magos.

De su cuerpo infantil la leve sombra
Le mentirá en los horridos desiertos
El paño funeral, la negra alfombra,
Que los vivos estienden á los muertos.

El eco fingirá rumor estraño,
Las noches esqueletos que caminan,
Y verá en las bugías con engaño
Las antorchas que el féretro iluminan.

ANGEL DE LUZ.

Espíritu falaz, usa tus artes
De fantástico error, usa tus lazos;
Pero mi protegido en todas partes
Por escudo tendrá maternos brazos.

Defenderá mi celo cariñoso
Su juventud, edad de convulsiones,
Que se alumbra al reflejo peligroso
Del volcan destructor de las pasiones.

LUZBEL.

Yo encenderé en su pecho llama impura;
La seduccion vestida de placeres,
Que disfraza su tétrica figura
Con mimos y caricias de mugeres,

Por vergel de fantásticos hechizos,
Le brindará su copa de tal suerte
Que apure los nefandos bebedizos,
Que enloquecen el alma y dan la muerte.

Los celos con sus furias espantosas,
Aguzando puñales del despecho,
Amagarán su tálamo de rosas,
Como fieras voraces en acecho.

Le haré sentir un áspid venenoso,
Que muerde el mismo seno donde anida,
Y es la falsa amistad, áspid doloso,
Que miente con lisonja fementida.

Yo no tengo otra furia mas ingrata;
La guardo entre las sierpes, cuya boca
Mi sien de maldicion hiere y maltrata,
Y á furor contra el hombre me provoca.

De fortuna los bienes y contentos
Convertiré en dolores y castigos,
Y hambriento ante sus hijos mas hambrientos
Comerá negro pan de los mendigos.

Para agravar sus ansias y su pena,
Cuando mas le consuman los enojos,
Todo el ageno bien y dicha agena
Haré pasar delante de sus ojos.

Y si sucumbe al peso de los males,
Si perdida la fe , no espera gloria,
Si maldice la luz de los mortales,
Si blasfema de Dios....... hé mi victoria.

ANGEL DE LUZ.

En vano á tu maldad pones el sello......
¿Quién tu impotencia ignora? ¿quién tu pena?
No tocarás del justo ni un cabello,
Sin permiso del Dios que te condena....
....

Nada mas escuché , y al punto mismo,
Dejando espesa niebla en este mundo,
Hundióse el fiero mónstruo en el abismo,
Que retumbó con eco muy profundo.

Volvieron de su sueño madre y niño,
Ella con la plegaria y él con lloro,
Y el ángel de la luz y del cariño
Les formó con las alas dosel de oro.



Armonia Religiosa.



EL ALMA.

—

I.

¿Quién eres, huésped noble y generoso,
Cerrado en esta cárcel ó aposento
Caduco, deleznable y arcilloso,
Que seca un sol y polvoriza un viento?

¡Don eterno y espíritu profundo
Prisionero en un vaso cinerario,
Que cuando tú lo llenas, tiene un mundo,
Cuando tú lo abandonas, un osario!

¡Emanacion celeste y escogida
Que desciendes de climas superiores!
¿Cuándo te uniste á mí sin ser sentida,
Para correr la senda de dolores?

En el valle infeliz de las tristezas,
Si la muerte cruel mi paso ataja,

¿Porqué me dejarás entre malezas,
Cubierto con la fúnebre mortaja?

¿Y la lazada fiel que nos unia,
Dulce conformidad en gozo y duelo
De tanta negra noche y claro dia,
No podrá detener tu pronto vuelo?

¿Y el diente del gusano codicioso
Que bullirá en mi carne abandonada,
Minando mis entrañas sin reposo,
Dará tristes despojos á la nada?

¿Porqué te has escondido en este encierro
Que tiene los pesares por carcoma?
¡Cuán apartado gimes tu destierro
De tu patria feliz, fenix de aroma!

Aguila que apeteces tus regiones,
Aguila que suspiras tus esferas,
Tus plumas van rozando tus prisiones.
Miras la inmensa bóveda, y esperas.

Tú clavas en la luz pupila ardiente,
Ves las nubes y mides su camino,
Y lánguido su vuelo es á tu mente,
Que es mal alto tu orígen y destino.

Obra del hacedor, eres su aliento,
No desmientes tu cuna soberana;
Tú naciste en el claro firmamento,
Mas sublime que el sol que lo engalana.

Que ese sol coronado de topacio,
Que del orbe los ámbitos asombra,
Rey del cenit y vida del espacio,
Ha de morir á manos de la sombra.

Cesará de alumbrar al triste mundo
Con su carro de ardiente pedrería,

Y arrastrará su disco moribundo
Con luto universal por su agonía.

Pero tú vivirás en el fracaso
De los polos hundidos de repente,
Que la inmortalidad no tiene ocaso,
Y tú respirarás su eterno ambiente.

Y al Señor volarás de cuyo seno
Segun su beneplácito saliste,
Como esencia sutil de un cáliz lleno,
Desterrada por tiempo al mundo triste.

Bien tu orígen demuestras soberano
Mientras lloras esclava en tu cadena,
Y todo el bien terreno un humo vano
Es para tu ansiedad que nada llena.

Un átomo es el mundo contemplado
Desde tu hermosa patria y sus regiones,
Un punto que del caos desatado
Se agita en nuevo caos de opiniones.

Los hombres son gusanos siempre llenos
De codicia y de error que con alarde
Se disputan las hojas de los henos,
Que arrebatan las brisas de la tarde;

Simulacros vacíos de grandeza.
Sedientos de una gloria que derrumba,
Cuyos ojos avaros de torpeza
Ha de cegar el polvo de la tumba.

Esa inquietud, el ávido suspiro
Que en dias intranquilos te devora
De una felicidad, que en vario giro
Sigues alucinada, y se evapora,

Que sueñas sin cesar y huye tu encuentro
Cual fantasma que avanza y se retira,

Revelan que apartada de tu centro
Te encierras en un pozo de mentira.

Que del festin en vasos cristalinos,
Coronados de flor los borcellares,
Con fondo de rubí brillen los vinos
Que de Shivaz producen los lagares;

Que resuenen en anchas galerías
Las notas fugitivas de almo coro,
Derramando raudales de armonías,
Como perlas cayendo en planchas de oro;

Que las nubes de orobias blandamente
Se exalen de las urnas cinceladas,
Y embalsamen de aromas el ambiente
Como si lo habitasen bellas Hadas;

Que en cerrado pensil ninfas ufanas
Te brinden con su plácida terneza;
Que excedan á las mágicas sultanas
De las mil y una noches en belleza;

Tú sacas del delirio de los gustos
Hastío y sinsabor, sierpes dolosas;
Y la sombra mas negra de los sustos
Te enluta vaso y flor, festin y hermosas.

No es dicha que á tu orígen corresponda;
Tu vista perspicaz mira cual barro
Las minas de diamante de Golconda,
Y el oro de Cortés y de Pizarro.

¿Vuelas tras la ambicion? ¿alientas gloria?
¿Tiemblan todos los Reyes que dominas,
Los unces á tu carro de victoria
Y, pisando sus púrpuras, caminas?

¿De las ondas al ímpetu bravío
Quieres imponer leyes singulares,

Y superior á Xerxes y Darío,
Domar como Calígula los mares?

Alzase la piedad que te condena,
Ves teñidos de sangre los laureles,
Labras con la del mundo tu cadena,
Y caen los mentidos oropeles.

¿Qué ha sido el esplendor que te ceñia?
Fuego fátuo, fosfórico y errante,
Que alagando el dintel de tumba fria
Es nocturna irrision del caminante.

¿Qué ha sido aquella fama vagabunda?
Sirvió para dar bulto á la ruina,
Fué aluvion que destruye y no fecunda,
Rayo que da fulgores y calcina.

¿Cómo apagar tu sed? Busca las aguas
Que manan de las fuentes de la vida,
Ya que abrasan los hornos y las fraguas,
Que enciende Babilonia maldecida.

¿No ves este pantano cenagoso,
Y el vértigo del siglo, y su locura?
En estos senticares no hay reposo,
Mas y mas altos vuelos apresura.

El instinto que alientas noche y dia
De la inmortalidad que te enamora,
Es prueba de elevada gerarquía,
Es un sello feliz que te decora.

Del éter al océano espacioso
Te llaman las estrellas, cual fanales
Que te indican el término dichoso
De tus padecimientos y tus males.

¡O patria siempre leda y venturosa!
¡Campos de luz y climas de ambrosía!

¡Pensil de beatitud! ¡Eden de rosa!
¡Cuándo recibirás el alma mia!!!......

¡Cuándo saldrás del mundo y de su abismo,
O dulce compañera, fiel amiga,
Parte noble y sublime de mí mismo,
Paloma de mi seno que te abriga!

¡O mitad de mi vida pesarosa!
Hasta que se rasgare el denso velo
Que te roba la patria venturosa,
Que entre tí se interpone y entre el cielo,

Antes que tú me dejes con dolores
En mi lecho de arcilla abandonado,
Túmulo todo tétrico y sin flores,
Porque nunca mi sien han coronado:

Nutre tus deliciosas esperanzas
Y mis dias con ellas acompaña,
Cantando las divinas alabanzas
Con lira de dolor en tierra estraña.

HIMNO AL CRIADOR.

II.

Ni el sol puede apagar su ardiente llama,
Ni la tierra, que guardas suspendida,
El grito universal con que te aclama,
Señor del sol, del mundo y de la vida.

Las esparcidas razas de los hombres
Diversas en color, rito y costumbre,

Te llaman sin cesar con varios nombres,
Gran ser, Rey y salud, principio y lumbre.

Esta voz que dirige sin flaqueza
Todo siglo y lugar á tu sagrario,
Es un perfume vivo á tu grandeza,
Lo quema el corazon que es incensario.

Cuando al silencio amigo de la luna
Mecido en un ramage tembloroso
Do tiene su esperanza, patria y cuna,
Suspira el ruiseñor armonioso,

Pájaro solitario en su desvelo,
Que viste humilde cuna sin colores,
Siendo dulce laud y arpa del Cielo,
Intérprete del alma en sus amores;

Que al desterrado bardo representa,
Peregrino en un mundo de agonía,
Que de hieles y absintio se alimenta,
Mientras vierte raudales de ambrosía;

Cuando en éxtasis plácido y sonoro
Enlaza los sonidos su garganta,
Cual cadena tenaz de eslabon de oro,
Llenando el bosque de ilusion..... él canta....

Canta, Señor, tu gloria en el reposo,
Que aunque dormida está naturaleza,
No duerme su cantor mas delicioso,
Y aunque acabó la luz, tu gloria empieza.

Cuando el hombre miró sus esperanzas
Caer cual hojas secas y perdidas,
Que al fin ya del otoño en mil mudanzas
Agitaron las auras atrevidas;

Cuando cada pesar impertinente
De que la humanidad nunca se libra,

Un surco de dolor aró en su frente,
Y de su corazon gastó una fibra,

Y el amor deslustró la gasa pura
Y aquel brillante polvo de sus alas,
Cual insecto que pierde sin ventura
En las manos de un rústico sus galas,

Es fria la amistad, pierde su baño
De dorados barnices la mentira,
Desnudo se presenta el desengaño,
Y la vana quimera se retira;

Cuando el hombre su triste pensamiento
Separa de este lodo y lo levanta
A la mansion eterna del contento
Que embellecen los ángeles...... él canta......

Canta, Señor, tu dicha que no cesa,
Suspira por un bien que no se acaba,
Y vagando en tu luz que le embelesa,
Por gozarte sin fin, sin fin te alaba.

Cuando el genio se eleva en su destino,
Sigue su inspiracion sublime y rara,
Y da formas al bronce florentino,
Quiere arruinar el mármol de Carrara;

Cuando pinta en los lienzos preparados
Angeles melancólicos y bellos
De contornos aéreos, delicados,
Largo perfil y nitidos cabellos,

O vírgenes de flor, velado el seno
Mas puro que el aliento de un Querube,
Cuyo semblante oval, de gracias lleno,
Salta de leves gasas de una nube;

Cuando con vena rica y abundante
Que ha de dar á sus ansias lauro eterno,

Describe como Mílton, ó cual Dante,
El Eden de delicias, ó el infierno,

O derrama en sus notas cadenciosas
Que el corazon en éxtasis arroben
Lluvia de bibraciones sonorosas,
Como el cisne de Pésaro y Beethoven:

Cuando suspende el alma y el sentido,
Excita los afectos, los encanta,
Y por el entusiasmo sostenido
Domina los espíritus...... él canta.....

Canta, Señor, los dones que tú envias,
Que el genio es hijo tuyo, si derrama
En mármoles y lienzos y armonías
Esa espresion feliz que el mortal ama.

Cuando con el rumor de bronco trueno
Preñado como el mar de espuma hirviente,
Que rebosa en los diques de su seno
Y corona su salto sorprendente,

Se desprende el Niagára de su asiento,
Emulo del diluvio proceloso,
Rey de las cataratas turbulento,
De masas de cristal turbio coloso;

Cuando con gran sorpresa de sí mismo,
Desde el aire azotado que domina,
Derrumba á las entrañas del abismo
Que le sirve de tumba cristalina;

Cuando el íris magnífico retrata
En medio de brillantes surtidores
De menudos aljofares y plata,
Que saltan con murmullos hervidores;

Cuando ruge feroz como tormenta,
Y al que mira embelesa ó bien espanta,

Pues vierte los furores que alimenta
En sus raudales líquidos...... él canta......

Canta, Señor, tus glorias y portentos,
Canta tus alabanzas noche y dia,
Y los siglos escuchan siempre atentos
Su monótona y tosca sinfonía.

Amad al Hacedor los que le amasteis,
Y el que nunca le amó, que le ame luego,
Implorad su favor los que implorasteis,
Y el que nunca imploró, comience el ruego.

En torno de su trono se reuna
Suspiro general de todo el mundo
Que empiece en el vagido de la cuna
Y acabe con el ¡ay! del moribundo.

Que Dios formó la lluvia y el rocío,
Pintó tambien la aurora nacarada,
Y llenó los espacios del vacío
Con globos que ha sacado de la nada.

Él ha dado á los justos por sustento
El maná de su amor que vivifica,
Y al malvado el atroz remordimiento
Que no duerme jamás, áspid que pica.

Él las alas al céfiro engalana
Templadas en sus fuentes de frescura,
Lo enmarida tambien con la mañana
Para que nazcan flores de ventura.

Amad al Hacedor los que le amasteis,
Y el que nunca le amó, que le ame luego,
Implorad su favor los que implorasteis,
Y el que nunca imploró, comience el ruego.

Himno á los Angeles.



Mientras sobre los fondos arenosos
La turbulenta masa desplomaba,
Y partiéndose en grumos espumosos,
Con un sonoro hervir regurgitaba.

Con un ligero ceño de su frente
Calmó Dios el horrísono elemento,
Y lo mudó en zafíro trasparente,
Que rizó con las auras de su aliento.

Y en él se complació, porque era hermoso
Como todas las obras de su mano;
Sobre su lecho azul tomó reposo,
Y meditó tal vez celeste arcano.

Pues como su bondad lo hizo profundo,
Bello como su amor en el letargo,
Fuerte como su brazo en lo iracundo,
E igual á sus enojos en lo amargo.

Entonces las falanges de guerreros,
Que se nutren de amor y de ambrosía,

Los ángeles vestidos de luceros
Pisaron el cristal de la mar fria.

Los unos apoyando sobre el onda
Sandalias de colores muy distintos,
Suelta la cabellera negra ó blonda,
Y estendiendo las alas de jacintos,

Al Eterno formaban un sagrario
De plumas, y de sedas, y de grana,
Mientras sabeas nubes de incensario
Subian con los ecos del *hossana*.

Otros que desmayaban al encanto
De la luz del gran Ser, humildemente
Se escondian en pliegues de su manto,
Heridos del fulgor resplandeciente.

Otros su blanco pecho le ofrecian
Por escabel de rosas y azucenas,
Otros sobre las aguas se tendian,
O mudaban en oro las arenas,

O encogiendo con gracia bellas plumas
De crisólito puro guarnecidas,
Se vestian de cándidas espumas,
Meciéndose en las aguas adormidas.

Y las líquidas gotas que tocaban
El carmin de sus labios celestiales,
Encendido color comunicaban
De púrpura de Tiro á los corales.

Vagaban cariñosos serafines,
Por su fuego de amor así llamados,
A la par de profundos Querubines,
Que penetran misterios elevados,

Los Tronos, donde Dios asiento toma,
Dominaciones altas en bondades,

Los Angeles y Arcángeles de aroma,
Principados, Virtudes, Potestades.

Su mansion fué el Eden de la alegría,
Fresco vergel, bellísimo resguardo,
Do el Hacedor vagaba al mediodía
Sobre brisa odorífera de nardo.

Lugar de eternas risas y verdores,
De fuentes y de grutas y de arcadas,
De pájaros pintados y de flores,
De torrentes de néctar y cascadas.

Lugar que no dejaran brevemente
Nuestros primeros padres amarridos,
Si allí no se arrastrase la serpiente
Que silbó la mentira en sus oidos.

Despues que el fruto hermoso fué gustado,
Vieron su desnudez, trocaron suerte,
Y sintieron el frio del pecado
Debajo de la sombra de la muerte.

Les mostraron los ángeles sentencia
De maldicion divina en que incurrieron,
Y al mirarles desnudos de inocencia,
Con sus preciosas alas los cubrieron.

Del pensil de delicias los sacaron,
Y al cerrarles las puertas de diamante,
Los ángeles hermosos suspiraron,
Nublando un dolor triste su semblante.

Viendo en su faz el sentimiento escrito
Dijo Dios á sus fieles servidores:
«El lodo que formé, lodo maldito,
«Comerá negro pan de sus sudores.

«El hombre morirá, porque ha faltado
«A mi ley y decretos eternales,

«Vuelvo el polvo á la tierra que lo ha dado,
«Mas quiero que alivieis sus duros males.”—

Desde entonces endulzan la amargura,
Y calman las terribles aflicciones
Que atristan nuestra vida sin ventura,
Gastando los humanos corazones.

Despues de aquel diluvio proceloso,
Que tragó toda raza pecadora,
Vuelto el mar iracundo á su reposo
Y aplacada la diestra vengadora,

Suspendidos en arco de la esfera,
Con las plumas simétricas formaron
El íris de esperanza lisonjera
Con que al mundo la paz pronosticaron.

Los unos dan el díctamo suave
De la resignacion á nuestro pecho,
Adormecen tambien el dolor grave
Y embotan los puñales del despecho.

Tranquilizan los párpados que lloran,
O mecen de los huérfanos la cuna,
Nos envian los sueños y los doran,
En despique de agravios de fortuna.

Otros calman las iras y venganzas,
Sirven de estrella y norte al peregrino,
Y hermosean con dulces esperanzas
La polvorosa nube del camino.

O en la cumbre del monte levantado,
Dó las aguas derrumban á su asiento,
Con un eco uniforme y prolongado
De mas profunda voz que la del viento,

Detienen cariñosos y propicios
La planta que flaquea vagorosa

Del que pisa en los altos precipicios
Piedra resbaladiza y peligrosa,

Y no dejan que caiga al hondo seno
Donde hierven las aguas plañideras,
Que la imaginacion contempla lleno
De esfinges y de arpías y quimeras,

O de magos astutos y traidores,
Que de aquel sumidero en las honduras
En salas de cristal gozan favores
De algunas prisioneras hermosuras.

Halagan con recuerdos deleitosos
El desamor de vida solitaria,
Y guardan el placer de los esposos,
Y dan fragante aroma á la plegaria.

Las lágrimas del justo que da quejas
Sirven á sus cabellos de ornamento,
Y al sacudir las nitidas madejas
Rocían el celeste pavimento.

Los suspiros de vírgen querellosa
Atesoran en urna cristalina,
Para dar las fragancias á la rosa
Y á la primer violeta matutina.

Dan tímido pudor á la inocencia,
Y conducen las almas de los niños
Del Arbitro Supremo á la presencia,
Sobre tronos de palmas y de armiños.

Dan una tabla al náufrago que llora
Perdido en la estension del mar profundo,
Un remedio al enfermo que lo implora,
Y un destello de luz al moribundo.

A la vestal coronan de virtudes
Del claustro en las recónditas mansiones,

Y pulsando las fibras de laudes
Las recrean con célicas visiones.

Rigen el movimiento á los planetas
En los altos espacios soberanos,
Y dan color de sangre á los cometas,
Que auguran muerte infausta á los tiranos.

¡O ministros de paz y de contento!
¡Piras de amor, espíritus leales,
Mientras otros saltando de su asiento
Bajaron á las llamas infernales,

Nutrid mi corazon de vuestros dones,
Templad con el frescor de vuestra pluma
El volcánico fuego de pasiones,
Antes que con su lava me consuma!

Preservad de tristezas este pecho,
No lo roan con dientes acerados;
Alejad los fantasmas de mi lecho,
Y arrancad sus espinas de cuidados.

Y aquel entre vosotros escogido
Que de blandas quietudes es el dueño,
Que preside al descanso y al olvido,
Cual ángel amoroso del buen sueño,

Recoja mi oracion pura y ferviente,
Y haciendo un pavellon de ricas galas,
Sellando con un ósculo mi frente,
Me cubra, cuando duerma, con sus alas.



El ángel caido.



EL TOQUE DE LA ORACION.

—

I.

Hay hora solitaria,
Si el dia finaliza,
Que en mística plegaria
Se pierde ó se desliza.
Y el mundo empedernido
Cuando su golpe llega,
Se duerme á su sonido,
Mientras el justo ruega.
Mas ella gira y vaga
Por torre y por veleta,
Como infalible maga,
Que al tiempo se sujeta.
Y allá en el campanario
De gótica estructura,
La mano del horario
Dirige y apresura,

Y al punto ya prescrito,
Con invisible traza,
Sobre metal bendito
Golpea fuerte maza.
Resuena el bronce hueco
Con magestad sonora,
Dejando atras un eco
Que bien suspira ó llora,
Que salta, vibra y crece,
Que á pausas va muriendo,
Y al fin desaparece
Con apagado estruendo.
Ya es muda la campana,
Ya nada clamorea,
Y solo el aura vana
Su cóncavo pasea,
Y mientras sosegado
Su seno no retumba,
Del dia que ha pasado
Parece hueca tumba.
Parece Pitonisa,
Que oráculo revela,
Y el labio cierra aprisa,
Quedando en centinela,
Que en altas soledades
Se puso con la mira
De pronunciar verdades
Al mundo de mentira.
Su voz ha sido un canto
Que la alabanza encierra
Del que es tres veces Santo,
Señor de cielo y tierra.
Los justos que anhelaron
Las eternales palmas,
Sus ruegos exhalaron
Del fondo de sus almas,
Y en esta baja hondura
Do tienen luz prestada,

Que roba noche oscura,
Ladron que está en celada,
Suspiran por el dia
Que sigue al mortal paso,
Que en luz y en alegria
No conoció el Ocaso.
Y al cielo va una nube
De súplicas y ruegos,
Que á las estrellas sube
Para adornar sus fuegos.
Las sombras precipitan
Densísimos vapores,
Y un nuevo mundo imitan
Sin luces ni colores.
Del todo desparece
La realidad del dia,
Y en torno solo crece
La vana fantasía.
Y reinan ilusiones
Infaustas y agoreras,
Fantasmas y visiones,
Vestiglos y quimeras.
El árbol aromado
Que ramas mil desmaya,
Parece grupo armado
De gente en atalaya.
Las torres son colosos
Que guardan hermosuras,
Y los abiertos fosos
Parecen sepulturas.
Los vagarosos vientos
Si chocan irritados,
Remedan los lamentos
Que dan los condenados,
Y la congoja estrema
Que sin descanso clama
De un alma que se quema
Sumida en una llama.

Y el pobre peregrino
Que busca hogar prestado,
Perdiendo su camino
Se muestra fatigado.
Por enemiga planta
Se juzga perseguido,
Y es eco que levanta
Moviendo el pié rendido.
Si en áspera vereda
De abrojo y de ramage,
Prendida se le queda
La fimbria del ropage,
Su paso agita incierto,
Juzgando en su sorpresa
Que le persigue un muerto
Que sale de la huesa.
¡Oh noche, hija del caos
Y sombra de los siglos,
Que en tus espesos bahos
Escondes mil vestiglos!
Me colma de contento
Tu pálida tristura,
Pues libro al pensamiento
De su cadena dura.
Bendigo tu llegada,
La llamo con suspiros,
Que á mí no llega nada
De espectros, ni vampiros.
Mis ojos te desean,
Y en santas oraciones
Mi espíritu recrean
Angélicas visiones.
Y cuando por fortuna
Su rostro no recata
La soñolienta luna,
Que es mina que da plata.
Que es astro de delicias
Y luz de los olvidos,

Que es reina de caricias
Y párpados dormidos,
  No quiero á mis dolores
Mas dicha en mi desmayo,
Que recordar amores,
Que me alumbró su rayo.

ITHURIEL.

II.

  ¿De mi tétrica ventana
Por los vidrios deslucidos,
Es insecto de oro y grana
Quien repite sus zumbidos?
  Mas ella no tiene flores
Que atraigan con su ambrosía
Los insectos voladores,
Que huyen de la noche fria.
  Solo de laurel bendito
Tiene por adorno un ramo
Seco, pálido y marchito,
Que me regaló la que amo.
  Talisman que la defiende
De ruina lastimera,
Cuando el rayo se desprende
De los lutos de la esfera.
  ¿Qué metéoro brillante
Sus vidrios ha recorrido
Con fulgores de diamante,
Que mis ojos han herido?
  ¿Quién embalsamó el ambiente
De mi reducido hogar,
Siempre abrasador y ardiente
Con mi triste suspirar?

¿Quién eres? ¿Eres Gabriel
Conductor de Querubines?.....
¡Ah!... tu aliento de jazmines
Dice que eres Ithuriel.
Un ángel de dulce nombre
Que guardabas la ventura
Del Eden del primer hombre,
Paraiso de frescura.
Y Mílton el inspirado,
Cuya dulce melodía,
Antes de ser tu llegado,
Recreaba el alma mia,
Mílton que su vuelo eleva,
Te vió reprimir furores
De Luzbel, que el sueño de Eva,
Revistió de sus errores.
¿Mas porque con blanco velo
Cubres, mensagero fiel,
Tu faz que será de cielo?.....
Y me respondió Ithuriel:
«Te consumiria todo
» De mi rostro el resplandor,
» Que tu orígen fué de lodo,
» Cuando el mio fué de amor;
» Y es tanta su actividad,
» Y á tan alto punto crece,
» Que me cubro por piedad
» De tu lodo que perece.
» ¡Mísero! ¡medita y pesa!
» Rayos de terrenos ojos,
» Que el gusano de la huesa
» Tendrá un dia por despojos,
» Consumieron y abrasaron
» En tu verde primavera,
» Cuantas fibras encontraron
» En tu corazon de cera;
» ¿Y quieres ver los encantos
» Y las gracias prodigiosas

»Del que habita Cielos santos,
»Con sus playas luminosas?
»Del aire por las llanuras
»Visité varios parajes;
»Plegando las alas puras
»Recostéme entre celages.
»Cuando el sol con mayor gloria
»Cuál guerrero descendia
»De su carro de victoria,
»Con eje de pedrería,
»Yo escuché una voz lejana
»Que se desplegaba al viento,
»Y era voz de una campana,
»Metal sacro de un convento,
»Que á las vírgenes sagradas,
»Que Dios á su amor destina,
»Las horas marcó llegadas
»De plegaria vespertina.
»Volé al claustro do sonaba
»La súplica virginal,
»Y el órgano contestaba
»Con cien bocas de metal.
»Y con una taza de oro
»Dí á gustar á las vestales
»Néctar dulce del tesoro
»De los reinos celestiales.
»Yo tranquilicé sus pechos,
»Con mi aroma embriagados;
»Recorrí sus pobres lechos
»Y dejé sueños dorados.
»Perdíme por sus jardines
»Y multipliqué sus flores,
»Y á su cerca de jazmines
»Dí mis plácidos olores.
»De la luna al rayo puro
»Que derrama plata ó nieve,
»Proyecté sobre su muro
»Tres veces mi sombra leve,

»Y huyeron de allí confusos
»Espíritus tenebrosos,
»Hijos del abismo ilusos,
»Que suelen turbar reposos.
»Allí (¡tanto es pura y bella
»La mansion de almas piadosas!)
»Al resplandor de una estrella
»Me durmiera entre las rosas,
»Si el eco de tus dolores
»Por los vientos no cruzára,
»Y del seno de las flores
»A tu lado me llamára"—
—«Hijo de celestes climas,
(Respondíle) tus acentos,
Fluyen cuando los animas,
Como rio de contentos.
Cuéntale á mi corazon
Que tanto padece aquí,
Secretos de tu region"—
Ithuriel respondió así.

EL ANGEL CAIDO.

III.

Antes que hubiese tierra, monte y sima,
Y rios de cristal y mar profundo,
Con estrelladas bóvedas encima,
Tuvo nombre de caos este mundo.

Mole tosca, deforme con esceso,
Que contrarios principios contenia
Todos en ambicion; horrible peso,
Que en su mismo desórden rebullia.

Pozo de antigua noche tenebrosa,
En confusión, igual solo á sí mismo,

Que se agita en su seno y no reposa,
De abortos de la nada ciego abismo.

No tenia la luz sus resplandores,
Ni la tierra sus polos, ni el mar centro,
Ni fueron fuego y aire superiores,
Y batallaban todos al encuentro.

Mas en altas regiones de topacios,
De una luz sin orígen revestido,
Habitaba magníficos palacios
El que es y el que será, pues siempre ha sido.

Fuerte por su poder ilimitado,
Santo en la eternidad por excelencia,
Grande sobre grandeza de mas grado,
Sabio sobre los cúmulos de ciencia.

Celestes gerarquías le velaban
El trono con adornos de incensarios,
Y sus hermosos ojos inclinaban
Heridos de la luz de sus sagrarios.

Entre miles de espíritus ligeros
Que el soberano Ser tuvo consigo,
Brilló Luzbel, que es nombre de luceros,
Hoy es Satan, que es nombre de enemigo.

Sus cabellos (los límites no ignoro
De tu razon y humillo mis acentos)
Eran un crespo mar con ondas de oro
Levemente rizadas por los vientos.

Sus ojos abrasaron con su fuego
Débiles é inferiores criaturas:
Si mundo hubiera entonces, mundo ciego
Seria si bajase á sus llanuras.

Sus alas recamadas con festones
De toda rica piedra se veian;

Las plumas del pavon rudos borrones
Al lado de las suyas formarian.

¿No viste en las pinturas de Murillo
Rostros puros que el númen los soñaba?
Ellos son un destello de aquel brillo
Que de Luzbel el rostro decoraba.

Pues cuando en rebelion su orgullo loco
Levantó contra Dios su frente inquieta,
Dios su esplendor deshizo, y puso un poco
Del célebre pintor en la paleta.

¡Tal era aquel ingrato de faz bella!
¡Tanto alcanzó de gloria soberana,
Que vino á ser llamado clara estrella
Que reluce al frescor de la mañana!

Una sombra ocupó su pensamiento,
Y era nube preñada de demencia,
Que su amor convirtió en atrevimiento
Y en torpe ceguedad su inteligencia.

Príncipe de otros ángeles divinos
Consagrados al santo ministerio,
Como para anunciarles sus destinos,
Los convocó con voces de misterio.

Y alzando su cabeza que excedia
Las de los otros coros eternales,
Y que un sol por auréola tenia,
Les quiso dirigir razones tales.

«¿Hasta cuando cual siervos honraremos
»Al que ocupa del Cielo egregia silla?
»¿Nacidos para Dioses, doblarémos
»Delante de su trono la rodilla?

»Hijos de luz, con ávido deseo
»De mandar en la gloria soberana,

»¿Hasta cuando tendremos por empleo
»Cantar místicos himnos del hosana?

»¿Para alfombrar de lirios y de rosas
»El escabel del solio omnipotente,
»Tenemos estas alas vagarosas
»Y ceñimos de rayos nuestra frente?

»Subamos sobre raudos aquilones,
»Y de esta esclavitud hollando leyes,
»Llamémonos de altísimas regiones
»Los soberanos arbitros y reyes.

»Y tal vez de aquel caos espantoso
»Que distante de aquí su horror abriga,
»Formarémos un mundo luminoso,
»Con prole que nos ame y nos bendiga.

»Empresa tan audaz mi pecho alienta;
»No mas esclavitud y acatamiento,
»No mas humillacion, no mas afrenta,
»Cuya memoria triste da tormento.

»Armémonos de lanzas y lorigas
»Contra espíritus fieles al Tonante,
»Y ensayen ya las bélicas fatigas
»Nuestros pechos de acero fulgurante.

»El altísimo Trono derribemos,
»Y si vencidos somos en la lucha,
»¿Quién nos podrá negar lo que valemos,
»Cuando soñar tal lid fué audacia mucha?" —

Calló: la seduccion sello maldito
Dejó en el corazon de sus oyentes,
Y la primer arruga del delito
Sombreó el esplendor de heróicas frentes.

Y vagando por playas de ambrosías
A la voz de la guerra, en varios giros,

Tomaron de las altas armerias
Los petos y las lanzas de zafiros.

Miró Dios tal furor desde su silla,
Y llamando á Miguel, príncipe hermoso
Que las leales huestes acaudilla,
Le armó con doble rayo luminoso.

»Marcha (dijo) do el grito de la guerra
»Turba de mis espacios la paz pura,
»Y á Satan y á sus cómplices destierra
»Para siempre del reino de ventura.

»Pon fin á sus quimeras, y tú mismo
»Sepulta su soberbia delirante
»En las hondas entrañas del abismo,
»Cerrándoles las puertas de diamante." —

Obedeció Miguel: las dos armadas
Chocaron entre sí con ronco estruendo
De carros, y de lanzas, y de espadas,
Las aromosas auras encendiendo.

Y la lucha durára sin desmayo,
Por el valor igual de combatientes,
Si Miguel no lanzase doble rayo
Sobre el torvo adalid de delincuentes.

Cayó Satan del carro que regia
De crisólito puro guarnecido,
Con alados bridones que á porfía
Dejan atras al Euro embravecido.

Sintió dentro del pecho y armadura
Fuego devorador, dolor interno,
Que el tiempo no lo entibia, ni lo cura,
Llama que lo consume en el infierno.

Y puesto en fuga vil y vergonzosa
Con toda su falange derrotada,

Hundióse en la mansion mas tenebrosa,
Mas abajo del caos colocada.

IV.

Calló Ithuriel , huyóse de la tierra,
Y cerróse mi párpado pesado,
Y soñé de los ángeles la guerra,
Cual la esplicó su labio delicado.



El Juicio final.



ESCENA I.

—

MUGERES ILUSTRES.

Pasados los siglos dorado y de plata
Y el nuestro de bronce, que rueda entre males,
Ví siglos postreros de prole insensata,
De hierro y escoria de viles metales.

De aquestas edades los hombres pigmeos,
Raquíticos hijos de padres gastados,
Alzaron mil Dioses segun sus deseos
En templos de perlas, marfil y brocados.

Hollando las sendas del mal con pié listo
Burlaron del leño, que es signo del bien,
Tambien blasfemaron la fé de su Cristo,
Y al mundo de cienos llamaron Eden.

Alzaron sus tronos de flor y de sedas,
Y en vez de escabeles, pusieron sus pies
Encima del seno de vírgenes ledas
Que madres vendieron por vil interés.

Al son de mil flautas, peinados cantores
Libando las copas que el estro inflamaban
De adúlteros robos y torpes amores,
Con voz afectada sus himnos cantaban. —

«El hombre es esclavo de pérfida duda: (1)
» La grata inconstancia Natura prefiere:
» Mirad su regazo que cambia y se muda
» Por leyes eternas; no acaba ni muere.

» Van tras de las noches auroras muy bellas,
» Y en pos de los dias las sombras que espantan,
» El cielo se viste de claras estrellas,
» Que luego se acuestan y luego levantan.

» Mirad el estío de verde retoño,
» Se ciñe guirnaldas, se viste de flores,
» Y pierde en los brazos del pálido otoño,
» Que rasga con vientos, sus galas mejores.

» El trémulo invierno, con pies escarchados,
» Con mil tempestades que enlutan la esfera,
» Destierra al otoño de frutos dorados,
» Y cede á tu aliento, gentil primavera.

» Marchítanse rosas que el tiempo las aja,
» Mas todo renace si el tiempo lo hiere;
» El mundo es la rueda que sube y que baja,
» Y emblema del hombre que pasa y no muere." —

«¡No muere! gritaron los hombres de orgía,
Que toma otra forma, renace al placer,

(1) Imitacion de unos versos de un poeta Persiano.

Y en dias de sueño, cantar y alegría,
De flor es su vida, su Dios la muger"—

Y luego soltaron sus labios nocivos
A torpes mentiras y dichos villanos,
Los miembros desnudos á vicios lascivos,
Y á tazas colmadas las bárbaros manos.

El Ser de los seres vagaba en la nube,
Llenando de rosas el plácido ambiente,
Velado con alas de blando Querube,
Mandando á la aurora mostrase su frente;

Y el eco maldito del canto beodo
Que á Dioses inmundos de varias figuras
Rendian alegres los hombres de lodo,
Subió á los oidos allá en las alturas.

Detuvo en el lecho la aurora risueña,
Que ya sonrosaba las célicas vias,
Y dijo á los siglos, que él solo domeña:
«Yo juzgo á la carne, doy fin á los dias."

Sonó la trompeta de un ángel, y luego (1)
Que dió gran sonido que asorda y aterra,
Cayendo granizo con sangre y con fuego,
La parte tercera quemó de la tierra.

Segundo sonido, y al súbito amago
El mar fué de llamas; quedó despues mudo,
Formando de sangre vastísimo lago,
Que el pez y la nave surcar ya no pudo.

Sonó tercer ángel; cayó sobre fuentes
Y rios la estrella que Absintio es llamada;
Quedaron amargas las tristes corrientes,
Y el hombre moria, su linfa gustada.

(1) Apocalipsis.

Al cuarto sonido, tinieblas herian
La parte tercera del sol y la luna;
Con luz muy escasa las horas venian
Del dia espirante, de noche importuna.

Temblando los mares, los ismos y costas,
Se abrieron los pozos del baratro inmenso,
De cuyas entrañas saltaron langostas,
Envueltas en humo pestífero y denso.

Su faz era humana, su boca muy fuerte,
Tenian la coia de duro escorpion;
Causando dolores sin darle la muerte,
Picaban al hombre con férreo aguijon.

Tras otros sonidos vinieron mas plagas
Del humo, del fuego y azufre inclemente,
Muriendo cubierta de lepras y llagas
La parte tercera de raza viviente.

Y aquellos que inmunes de azote tan malo
Veian sus vidas, formaban conciertos,
Danzando delante de Dioses de palo,
Pisando mil veces los cráneos de muertos.

Manjar suculento no hartaba sus gulas,
La sed de torpezas y lúbricos besos
Quemaba con fuerza sus hondas medulas,
Despues que gastados tenia sus huesos.

El hambre canina de párpado inquieto,
Gran mónstruo que tiene las fauces abiertas,
Que roe furioso su propio esqueleto,
Se alzó en las ciudades, dejólas desiertas.

Llevaba la caja fatal de Pandora
Envuelta en harapos de míseras vestes.
Y abriéndola un dia con mano traidora
Llenó todo el mundo de males y pestes.

Las aves rapaces en tristes arenas
Las carnes humanas á trozos comieron,
Y en ronco graznido cantando sus cenas,
Despues de cebadas, ahitas murieron.

Ya el sol su cabeza desnuda mostraba
De largos cabellos de puro diamante,
Y en manos de sombras opaco espiraba,
Cual triste guerrero sin casco flamante.

Su hermana las luces negadas gemia,
Cual mancha de sangre que helaban las nieblas;
Las horas sin nombre de noche y de dia
Corrian al caos de largas tinieblas.

Ni habia vergeles, ni flores, ni fruto,
Ni selva, ni campo, ni leve arroyuelo,
Ni mente, ni bosque, ni réptil, ni bruto,
Ni razas humanas debajo del cielo.

Mas entre aquel caos profundo y tan ciego,
De luz ni de estrella sin mágico indicio,
Veíanse letras cual ascuas de fuego,
Que unidas decian — *Venid á juicio.* —

Furor de huracanes las losas movia,
Dejando do quiera sepulcros abiertos,
Y voz de huracanes en ellos decia:
«*Que dejen el sueño y la tumba los muertos.*" —

Y dieron los suyos con tal abundancia
Los mares y tierras y horribles infiernos,
Cual copia contienen en toda distancia
De arenas, arbustos y fuegos eternos.

Saltando los huesos sin falta de tiento
Buscaban sus troncos, y cual eslabones
Se unian tenaces al prístino asiento,
De varia estatura formando armazones.

En ellos al punto las carnes crecian,
Las visceras nobles su sitio ocupaban,
Las venas y arterias su sangre fluian,
Y pieles pulidas los cuerpos cerraban.

Ya el mundo es un valle sin límite alguno,
Sin casa ni tienda, do juntos están
Dos sexos que piensan: no falta ninguno
De cuantos componen la prole de Adan.

Pecheros y nobles, sultanes y beyes,
Obispos y papas, y monges y abades,
Verdugos, tiranos, vasallos y reyes,
Y ricos y pobres que no han dignidades,

Blasfemos, impíos y adúlteros vanos,
Ladrones crueles y avaros adustos,
Ni limpios de lengua, ni limpios de manos,
Y Vírgenes puras, y sabios y justos.

Mas estas doncellas, y sabios y santos
Llevaban estolas de nítida luz,
Coturnos de seda, de armiño los mantos,
Y frente sellada con signo de Cruz.

Rasgándose el cielo por todo su giro,
Se vió rodeado de angélicas tropas
El Juez de los hombres....... su trono es zafiro:
De sol su mirada, de estrellas sus ropas.

Turíbulos de oro lanzaron perfume,
Velando con nubes de místico arcano
La faz soberana que al hombre consume,
Que el hombre es un lodo de estéril pantano.

Aquellos que habian en sucio abandono
Manchado sus dias con torpes placeres.
Mirar no podian al Cristo y al trono,
Con ojos besados de infames mugeres.

Los buenos sentian un gozo y delicia
Que excede á dulzuras de gusto terreno,
Miraban al trono y al sol de justicia
Cual águilas nobles con rostro sereno.

CORO DE MUGERES ILUSTRES.

Nacidas de un sueño, que huyó de la nada
Por órdenes tuyas, clemente Señor,
Tuvimos la herencia del ave pintada,
Tres cosas en una, luz, vida y amor.

La luz fué dorada, la vida de aroma,
Que amor nos brindaba su gloria querida;
Mas vuelto ya en áspid, con dura carcoma
Gastónos en breve la luz y la vida.

HELOISA.

Nombrais mi verdugo: mirad de su flecha
Reciente la herida que rasga mi seno;
Dejé de la tumba la cárcel estrecha,
Y al punto en el alma sentí su veneno.

¡Sacadme del alma su pérfido dardo,
Que salte de un golpe con solo un suspiro!.....
Mas no..... ¿me diriais do está mi Abelardo?
¿Si goza las auras que ahora respiro?

Yo amaba en el mundo su fama y su nombre,
Su voz y su lira..... mi amor no fué yerro;
El no era de lodo formado cual hombre,
Lo ví como un ángel que sufre destierro.

Le amé jóven, bello, con pompa y con galas,
Brindando placeres, brotando ilusiones:
Cual ave cautiva, cortadas las alas,
Le amé en el recinto de duras prisiones.

Le amé penitente y exánime, flaco,
Cercado de males que el labio no nombra,
Ceñido de cuerda, vestido de saco;
Ya no era Abetardo....... yo amaba su sombra.

Le amaba en la vida sin dulce esperanza,
Que nutre cariños, los pule, los dora:
Detras de su polvo mi polvo se lanza,
Se amaron dormidos y se aman ahora.

Ni el claustro, ni el velo domaron mi llama:
Cerrad los volcanes, darán su estallido:
Cubrid á las flores de rústica rama,
Darán el perfume que Dios ha querido.

Las lágrimas tristes hundian mis ojos,
Mis huesos gastaban cilicio y dolor,
El tiempo limaba mis duros cerrojos,
Y en vida espirante crecia el amor.

¡O vate canoro, feliz en el estro,
Y el mas desgraciado que dieron mugeres!
¡Filósofo docto! ¡sublime Maestro!
El fenix de ingenios, y luz de placeres!

Tú fuiste mi esposo, mi hermano, mi amigo,
Tú al cielo debiste talentos y glorias,
Y á mí por los hados unida contigo
La mas lastimera de infaustas historias.

Si el aura respiras, ven pronto á mis brazos.
Y aquí celebremos las bodas eternas;
Si estás en las tumbas, quien busca tus lazos
Tendrá por su cielo las hondas cavernas.

CORO DE LAS DONCELLAS.

Tu historia es muy triste, tu amor es muy fuerte,
La mar menos honda que tu desventura:

Midiendo tus fuerzas, es débil la muerte,
La luna tu sombra buscando hermosura.

Tú sola eres digna de timbres y palma,
De célicos bienes y eterna sonrisa,
Mas todas tenemos tu mal en el alma,
Por eso preciamos tu amor, Heloisa.

LAURA.

Yo amé las dulzuras de un canto sonoro:
Sus notas fugaces lloraban, plañian;
Cual sólidas perlas que caen en oro,
Formando sonidos, los vientos herian.

¿Quién ama aquel himno nocturno y suave,
Que llena las selvas de hueco y amores,
Que ingrato se olvide del nombre del ave?
¿Quién ama perfumes, y olvida las flores?

Fuí Laura en el mundo: por toda comarca,
Ciudad que murmura, vergel que florece,
Tus versos sublimes, divino Petrarca,
Me dieron un nombre que nunca perece.

Libando tu labio mis ósculos fieles,
(Vanclusa lo sabe, lo canta su fuente,)
Yo misma ceñia tus verdes laureles
Que como la tuya vendaban mi frente.

CORO DE LAS MUGERES.

Amar á los vates de orígen divino
Que al sol excedieron en claros destellos,
De ilustres hermosas fué noble destino,
Que al Juez que nos juzga miraron en ellos.

LEONOR DE ESTE.

Oid pues un nombre gravado en mi pecho;
El mundo á sus ecos lugar es escaso,
Y el cielo á sus glorias lugar es estrecho;
Yo soy la querida del célebre Tasso.

Cual nuevo Virgilio las selvas nos pinta,
Cual él da su aliento de Marte á la trompa,
Virgilio tomara por suyo el Aminta,
Y en versos heróicos le envidia la pompa.

Cual yedra flexible de débiles lazos
Su tronco gigante ceñí con esmero,
Y el mundo envidióme, mirando en mis brazos
Dormido entre dichas un jóven Homero.

Su voz era un cielo feliz, soberano,
Dó todo procede con ley de armonia,
Dó muestra Saturno su anillo lejano,
Dó Vénus asoma, muriéndose el dia:

De risas en risas saltaba jugando,
Cual fresco arroyuelo, primor del estio,
Cual nítido insecto que vaga tocando
Con alas de gasa ya flor, ya rocío:

De sueño y delirio con alas doradas
Tras sí conducia mi afecto y mi vida,
Cruzando cual ave celestes moradas,
Que el alma desea, que el alma no olvida.

CORO DE LAS MUGERES.

Amar á los Vates de orígen divino,
Que al sol excedieron en claros destellos,
De ilustres hermosas fué noble destino,
Que al Juez que nos juzga miraron en ellos.

ISABEL DE SEGURA.

¡Mi vida fué amarga! La tela funesta
Tejí de mis dias cual tela de entierro;
De ocultos pesares la lima molesta
Gastó mis entrañas con diente de hierro.

¡Seis años de ausencia!.... ¡Ya el término avanza
Pactado á mis dichas!.... Ya el tiempo contrario
Lo cumple y sofoca mi luz de esperanza,
Cual soplo que apaga la luz de un osario.

¡Mi amado no vuelve, mi estrella no brilla,
Mas siempre mi pecho su amor le consagra!
Yo siempre fuí toda del triste Marcilla;
Mis íntimos votos no fueron de Azagra.

Mentí ser de Azagra: neguéle mi pecho,
Y huyendo sus bodas, ceñida de flores,
Busqué con Marcilla la tumba por lecho,
Y allí celebramos eternos amores.

CORO DE LAS MUGERES.

Tu historia es muy triste, tu amor es muy fuerte;
Bebiste tu cáliz colmado de hiel,
Tus bodas infaustas son bodas de muerte,
Por eso preciamos tu amor, Isabel.

EL JUEZ SUPREMO.

Formé vuestros cuerpos de leves espumas:
No quise envidiaseis perfume á la flor,
Ni luz á los astros, ni al cisne las plumas,
Frescura al rocío y al ángel amor.

Formé ciertos hombres de luz y de gloria
Que á vuestros destinos y nombres uní,
Que al mundo dejaron su fama y memoria,
Y amando á estos seres, me amasteis á mí.

Venid á mi seno de paz y alegría,
Y en lechos de estrellas gozad allí todas,
Sin sombras que pongan su límite al dia,
Placeres eternos y eternas las bodas.



El Juicio final.



ESCENA II.

—

LOS TIRANOS.

¡Feroz alarido sonó de venganza,
Cual bronce que estalla, cual nube que truena!....
Maldito es el hombre, que trémulo avanza
De Dios al juicio, del mundo á la escena.

Compone su cuerpo monstruosa rareza
De gráciles piernas, de vientre abultado,
De barba encorvada, señal de fiereza,
De rostro siniestro con ojo taimado.

Laurel que fue verde, (1) y hoy negro, deforme,
No adorna, que infama su sien con desdoro:

(1) Aludo á los cinco primeros años del reinado de Neron en que se portó como buen Príncipe.

Con mancha de sangre de círculo enorme
Se vé deslucida su clámide de oro.

Y en vano á ocultarla su esfuerzo se aplica
Con séricos pliegues de veste profusa,
Pues siempre la mancha su círculo indica,
Los pliegues asalta y el crímen acusa.

La tierra que pisa le quema su planta:
Cual cráter que anuncia cien globos de espanto,
Tostada se parte, partida levanta
Mil chispas que queman las orlas del manto.

Velaron entonces con alas radiantes
El Cristo y el trono divinos Querubes,
Formando con ellas dosel de diamantes,
Sagrario de flores y tienda de nubes.

Del valle apartando su hermosa mirada,
Que cria luceros el Dios de la Cruz,
Dejólo en tinieblas, tan solo alumbrada
La frente del justo con candida luz.

De un coro sonaban en eco profundo
Plegarias llorosas y lánguidos trenos,
Piedad demandando, piedad para el mundo.....
«No es hora» decia la voz de los truenos.

Y el hombre cubierto de infamia y de mengua,
Verdugo de Roma, tirano precito,
Punzando Asmodeo con uñas su lengua,
Soltó de este modo su labio maldito:

DOMICIO NERON.

¡Lloré una vez sola!.... rabiosos pesares
Sacaron al rostro raudal de fierezas:
Tendiendo la vista por varios lugares,
Lloré viendo al mundo con tantas cabezas

¡Lloré por no verle tan solo con una,
Cortarla de un golpe con dura cuchilla,
Beberme su sangre, cantar mi fortuna!....
Quemóme aquel llanto.... mirad mi megilla.

¿Porque dais al tigre leccion de ternura
Si eterno ronquido con hondo susurro
De incautos Maestros las muertes augura?
Llorad la desgracia de Séneca y Burrho.

Mirad al primero, mirad esos baños
Do exanime y debil á pausas espira;
De venas abiertas saltando los caños,
De púrpura visten su cuerpo y su pira.

¡Venid, homicidas! ¿La sombra de un muerto
Turbó vuestras noches? ¿La visteis acaso
Por sitios oscuros, por vasto desierto,
Seguir vuestra marcha con lánguido paso?

¿Saltó á vuestro lecho, y asió las cubiertas,
Y el frio os helaba; confusos temblabais;
Y abriendo la boca con voces inciertas,
Del mísero lecho desnudos saltabais?

¡O pobres en crimen y ricos en duelo!
¡Tembló vuestro pecho de astuta raposa!
Yo soy quien retaba las iras del cielo,
Matando á mi hermano, mi madre y mi esposa.

Tres sombras venian, apenas cerraba
Propicio beleño mi párpado, tres:
Mi madre mi pecho con furia rasgaba,
Mi hermano mi cuello, mi esposa mis pies.

La lid era horrible y ecúleo la cama,
Buscaba las sombras, mas ellas huian
Dejando en mis manos sulfúrica llama,
Cual negros tizones mis manos ardian.

Y luego pasada la lucha sangrienta,
Locuras febriles herian mis sesos,
Yo mismo sin carnes, en negra osamenta,
Mordiendo las tumbas, jugaba con huesos.

Yo soy aquel mónstruo de enormes maldades,
Que al Cristo hize guerra con pérfidas manos,
Que á un tiro de dados jugué cien ciudades,
Y dí luz á Roma, quemando cristianos.

Augusto y cochero: con haces delante,
Detras histriones y al lado rameras;
Atleta en el circo, monarca y danzante,
Del solio á las tablas, mudando maneras,

Muy docto en las artes del vil lenocinio,
Manchando los propios y agenos lugares,
Siguiendo por norma feroz latrocinio,
Sin ley, sin verguenza, sin Dios, sin altares;

Adúltero y mago: mi furia nociva
A Italia y al mundo dió rastros de hiel:
Dejaba el senado por danza lasciva,
Y el lecho de Octavia por sucio burdel;

Y allí meretrices con ósculo inmundo
Besaban mis ojos, vestian por chanza;
Con purpura tiria del dueño del mundo,
Y allí la pisaban en lúbrica danza;

Y allí me adormian con pérfido encanto
Robando á mis sienes despues de adormido,
Coronas del circo que yo precié tanto,
Y hermosos carbunclos al regio vestido.

Dí esplendidas cenas con pérfida maula;
De tigres feroces vestí pieles blandas;
Dejando de un salto recóndita jaula,
Volvia las mesas de alegres, nefandas:

Los vinos añosos por tierra corrian,
Las nobles matronas soltaban su lloro,
Sus pechos hermosos mis garras herian,
Y sangre manchaba los cálices de oro.

Mis labios llamaron á Roma por fea,
Manceba rugosa, vendida su joya;
Juzgaba por digna de arder con la tea
De vastos incendios, cual misera Troya:

Y mientras el fuego sus casas recorre,
Sufriendo sus hijos desastres adversos,
Yo estaba en la cumbre de altísima torre,
Ciñéndome flores, cantando unos versos.

De siete collados la noble señora
Seis dias mantuvo volcánica pira:
Del noble poeta de voz muy sonora
Reflejos de llamas doraban la lira.

Si todos los vates formaron conciertos,
Ansiosos de aplausos y eterna memoria,
Yo allí canté escombros y llamas y muertos,
Viviendo por ello cual vate en la historia.

Por fin dirigiendo mi mano al abismo,
Quitarme la vida de un golpe me plugo,
Y hundíme la daga en el pecho yo mismo,
No hallando en Italia mas digno verdugo.

CALIGULA.

Primero que el mundo los tuyos sufriese,
Sufrió mis delitos; mas somos hermanos;
Los dos merecimos que el mundo nos diese
Los titulos viles de atroces tiranos.

Yo en blandos solaces, tomando el imperio,
Gasté en solo un dia de pompas y faustos

Tesoros que avaro guardaba Tiberio,
Sudor de mil pueblos desnudos y exhaustos.

Tú nunca intentaste salir de la esfera
Del sólio terreno que hubimos los dos,
Yo alzé contra el cielo mi frente altanera;
Pontifice y César yo quise ser Dios.

Estúpidos hombres por Dios me tenian,
Quemaban inciensos aromas sabeos.......
¡O pueblo de esclavos! Tus dioses morian,
Cual tú dominados de infames deseos.

Mostréme á las veces cual Jove severo
Con barba dorada y el rayo en la mano:
Marchando afectaba los dioses de Homero,
Su trage, sus iras y amor soberano.

Fuí Apolo, Neptuno, Mercurio y Cupido,
Con lira, tridente, serpientes y aljaba,
Ya Vénus risueña con mirto ceñido,
Ya un Hércules duro blandiendo la clava.

De Xerxes las glorias y osados intentos
Son humo á mi vista; mas quise alcanzar:
Domando las aguas, domando los vientos,
Un puente de naves fijé sobre el mar.

Del grande Alejandro vestí la coraza;
Los cívicos lauros ornaron mi frente;
Mandando un caballo muy noble de raza,
Seguido de miles pasé por el puente.

Triunfé: revestíme de túnica de oro,
Corriendo el espacio con carro de gloria;
Mis vates oia; cantaban en coro
Del mar ya domado mi nueva victoria.

Pasé en los festines el resto del dia,
Brindando en las ondas amor á las damas,

De noche alumbraba con hachas la orgía,
Y el mar era un Etna vestido de llamas.

De pronto en los mios descargo mi enojo:
Los unos traspaso con duros puñales,
A linfas amargas los otros arrojo,
Los otros lamentan sus últimos males.

Y en barca ligera bogando á la luna,
Del puente me aparto con plácidos remos.....
Que amé muerte agena por propia fortuna,
Y escenas de sangre por bienes supremos.

Las furias del Orco dictaban mis leyes:
Al joven Tiberio, Macron y Silano
Privé de la vida; tambien á dos Reyes,
El uno de Armenia y el otro Africano.

¡Mirad mi clemencia!... Jamas los leones,
Brillando mi sólio, rujieron hambrientos
De carnes humanas; ni en férreas prisiones
Saltaron los tigres de sangre sedientos.

Turbé los placeres de boda tranquila,
Y besos y amores de cándidos lazos,
Del tálamo mismo robando á Orestila
Que atónita y triste se vió entre mis brazos.

De ricos marfiles en noble pesebre
Comió mi caballo mis panes sin tasa,
Bebió en vaso de oro... ¡Cuadrúpedo alegre,
Que tuvo criados y esplendida casa!

¡Que tuvo cubiertas de tela notable,
Salones de mármol, servicio selecto,
Que consul seria con vida durable!....
Dió fin á sus dias, pontifice electo!

Dí fin á los mios al ser asaltado
Por Áquila impío y astuto Cherea:

Con treinta feridas me ví taladrado,
Bajando á los manes la sombra mas fea.

HELIOGÁBALO.

No hartaron mi gula comunes manjares:
Tributos impuso mi antojo profano
De peces sabrosos á incógnitos mares,
De pájaros raros á clima lejano.

Con bálsamo ardian mis lámparas bellas.
Y en sedas teñidas de varios colores
Las perlas calcadas marcaban mis huellas,
Y tuve piscinas con aguas de olores.

Ajar anhelando las jóvenes rosas
Que diesen profusa su esencia divina,
En cuatro veranos mudé cuatro esposas,
Cornelia y Aguilia, Severa y Faustina.

Vendí las preturas, empleos y honores;
Cercado de aurigas gozé mis placeres;
Quitando al senado sus miembros mejores,
Un nuevo senado formé de mugeres.

Dí fin á mis vicios, poder y amenazas;
Mis guardias rebeldes con furia me hirieron,
Mi cuerpo arrastraron por calles y plazas
Y en medio del Tíber sepulcro me dieron.

CARACALA.

Primero que el mundo los tuyos sufriese
Sufrió mis delitos; mas somos hermanos,
Los dos merecimos que el mundo nos diese
Los títulos viles de infames tiranos.

El brillo del solio fascina y apaga
Filiales respetos, virtud y ternura
De aquel que lo anhela; le hiere con llaga
Que solo llenando su silla, se cura.

Yo alzé contra un padre mi mano homicída,
Con ella empuñaba mi fúlgido acero;
Mi mano apartaron; mas fuí parricida,
Mi amigo del crímen dió muerte á Severo.

Mi hermano en los brazos de madre adorada
Buscaba caricias ageno de encono,
Y allí le dí muerte con cruda estocada,
Temiendo su sombra vecina del trono.

Contad mis delitos; contad las arenas
Del mar y las flores del verde pensil;
Al mundo oprimido con duras cadenas
Libré de habitantes: contad veinte mil.

Pasando al Oriente, mi espada y su filo
Sintió de Alejandro la noble ciudad;
Corrian sangrientas las aguas del Nilo;
Su linfa gustóme, sació mi ansiedad.

Bajando del bruto que al viento igualaba
Sentí duro golpe; Marcial me lo dió,
Lo quiso Macrino que al trono aspiraba,
Y el golpe funesto mi ser acabó.

CORO DE LOS PUEBLOS.

Uncisteis el carro de vuestras maldades
Los hombres cual bestias; faltóles aliento;
Tiraron del carro por yermas ciudades,
Y escombros les disteis por todo alimento.

De vuestros banquetes y largos festines
Roian los huesos debajo la mesa,

Y en lucha horrorosa con vuestros mastines,
Vertian su sangre perdiendo su presa.

Pagad vuestra deuda que el mundo reclama;
Cumplido está el plazo, comienza el dolor:
Mirad los abismos con hórrida llama;
Pagad vuestra deuda: justicia, Señor.

CORO DE MATRONAS ROMANAS.

Los tálamos puros llenasteis de cieno:
Despues que saciasteis lascivos furores,
Dormidas quedámos en graja y en heno
Cubiertas de oprobio por viles raptores.

Baldon escupisteis en nuestros regazos,
Sarcasmo formasteis de nuestros deslices,
Tuvisteis vergüenza de nuestros abrazos
Y á todos deciais «callad, meretrices.»

Pagad vuestra deuda que el mundo reclama,
Cumplido está el plazo, comienza el dolor,
Mirad los abismos con hórrida llama:
Pagad vuestra deuda: justicia, Señor.

EL JUEZ SUPREMO.

Bajad á las cuevas del báratro oscuro,
Verdugos crueles, infames tiranos:
Si en él puse llamas eternas, os juro
Que vuestros delitos forzaron mis manos.



Magestad y Justicia de Dios.



Átomo que entre nieblas no aparece,
Átomo de una niebla condensada,
Que una ráfaga turba y desvanece,
Solo á tu luz, Señor, veo mi nada.

Sobre mi pedestal de vanidades
Soy estátua de lodo con aliento;
¿Como podré poner en tus bondades
Mi triste y atrevido pensamiento?

¿Como podré admirarte y comprenderte,
Si mientras me remonto hasta tu silla,
Me silba el huracan, sopla la muerte,
Y derrumba la estátua que es de arcilla?

Tómate el corazon; no sea mio;
Pero si no es de tí digno presente,
Llénale de una vez ese vacío,
Que no sabe esplicar cuando lo siente.

¡Yo te diré su afan!..... siempre suspira
Por un bien adorado que se aleja,

Que pone en su lugar una mentira,
Que al descubrirse pronto, causa queja.

Pero esclavo infeliz, tras el engaño
Que con llanto de sangre gime y paga,
Vuelve á buscar su bien y vuelve al daño,
Renovando sin fin eterna llaga.

Sigue tras la ilusion en raudo giro,
Contándole á la sombra fementida
Cada paso que da con un suspiro,
Que gasta los resortes de la vida.

Yo registré las fibras de su seno:
No hay una que el dolor no haya quemado,
No hay una sin lesion de este veneno,
Que á pesar de sus iras es amado.

Y siempre la esperanza engañadora
Procura disipar su desaliento,
Pues la sombra se acerca cuando llora,
Para que á llorar vuelva su escarmiento.

Toma mi corazon; no sea mio;
Tu puedes acallar su afan profundo,
Y ten piedad, Señor, de su vacío:
Llénalo tú, que llenas todo el mundo.

Que este siglo es de hierro: edad de escoria,
Siglo sin fé, con hijos sin ventura,
Que en potro de dolores sueñan gloria.....
¡Tal es el frenesí de su locura!

En cuestion de tormentos prolongados,
Entre ecúleos, garruchas, fuego y rueda,
Cantan su necedad desmemoriados,
Pigméos revestidos de oro y seda.

Para la compasion hombres de plomo,
Al eco de lisonja siempre abiertos,

Sordos á la verdad, huyen su asomo,
Insensibles al bien como los muertos.

¡Cuan distantes de tí, cuando enamoras
Sobre los abrasados serafines!....
El espacio es la casa donde moras,
Sin término, ni noche , ni confines.

Tu mirada es la luz del claro dia,
Que todo lo embellece y lo fecunda;
Tu edad no cuenta mes, año, ni dia,
Porque es la eternidad que en ti se funda.

Tú alumbras á la noche con fanales,
Tú coronaste al sol de rayos rojos,
Y giran las esferas celestiales
Al menor movimiento de tus ojos.

¿Quien sabe si formaste tantos mundos
Como globos lanzaste en los espacios?
Yo veo en los cometas errabundos
Antorchas que iluminan tus palacios.

Te meces sobre el austro, te reclinas
Sobre los mas sonoros aquilones,
Calcan tus pies sus alas y caminas,
Rey eterno de altísimas regiones.

Miraste levantada en su cimiento
La torre de Babel, que altiva medra;
Del orgullo del hombre monumento,
Cifra de vanidad escrita en piedra,

En cuyas escaleras espirales
Pareciera el enorme cocodrilo,
Gusano que al traves de los raudales
Tras una hierba débil tiene asilo.

En cuya vasta cima la palmera,
Que mas pompa y verdor ha desplegado,

Cual pobre jaramago solo fuera,
Cual musgo que en las piedras se ha sentado.

La viste en el fervor de sus obreros;
Confundiste su idioma, se turbaron,
Y plegando sus brazos altaneros,
Sobre basas de mármol se sentaron.

Todo fué confusion, todo fué espanto,
Caos, y nada mas......rumor maldito.....
Y al aire de las orlas de tu manto
Derribaste la mole de granito.

Respiras, y tu aliento soberano
Anima lo infinito sin medida;
Todo tiene á la sombra de tu mano
Belleza, juventud, amor y vida.

Del polvo has producido y de la nada
Seres que de tus obras se enamoren,
Que anhelen sublimarse á tu morada,
Que sin fin te bendigan y te adoren.

Es el trueno tu carro de victoria,
Y los rayos las chispas de sus ruedas;
Canta el mar en sus ámbitos tu gloria,
Cantan tu dulce amor las auras ledas.

Es el mundo tu templo, altar la tierra,
Y el justo te da incienso en sus querellas;
La bóveda celeste el templo cierra;
Son lámparas las nítidas estrellas.

¿Quien se podrá esconder de tus rigores,
Si sondeas el pecho á los mortales,
Como penetra el sol con sus fulgores
Las ondas trasparentes, los cristales?

¿Si pones por verdugo del delito
Al insomnio, al atroz remordimiento?

¿Si al lado de las culpas has escrito:
«Dolor sin fin, placeres del momento?»

¿Si persigue y agovia al delincuente
Tu eterna maldicion con peso frio,
Sentada en las arrugas de su frente,
Y envuelta en su mirar torvo y sombrío?

¿Si en medio del festin y de la orgía,
Al retumbar la orquesta sonorosa,
Al escuchar sus notas de armonía,
Al respirar los ámbares y rosa,

En el solar mentido de esa calma,
Alzas dentro del pecho voz temida,
Alzas severa voz dentro del alma,
Que deja el placer lánguido y sin vida?......

¿Do vas, nube preñada de tormentas,
Con tus flancos de fuego centellante?
¿Caminas al acaso y te presentas
Sin un rumbo certero, rumbo errante?

Tú tienes quien diriga tu destino,
Quien te presente aquí como un amago,
Quien te suspenda en medio del camino
Para que lanzes muerte, horror y estrago.

Consumirás ciudades altaneras,
Sin gloria, sin virtudes, sin decoro;
Comparadas á estúpidas rameras,
Que vendieron su honor por plata y oro.

Mudarás sus alcázares en riscos,
Abrasarás sus porticos, su asiento,
Sus pirámides, torres y obeliscos,
Y quedará su polvo en escarmiento.

¿Porque te alzaste, oh mar, con tanto enojo?
¿Eres rey de tu seno y tus orillas?

¿Mónstruo traidor, que tragas por antojo
Del náufrago los miembros con las quillas?

Tú no agitas las olas cuando quieres,
Que á soberanas leyes te sugetas:
Díganlo las arenas donde mueres,
Lindero deleznable que respetas.

Manda Dios, y agitándose tu espalda,
Hierven en blanca espuma convertidas
Tus aguas de zafiro y esmeralda,
Que estaban en corales adormidas.

Sorbes buques infames y veleros
Que con sangre de negros traficaron.
Con su tripulacion de bandoleros,
Que de Dios y del hombre blasfemaron.

De peñascos y arenas en los bancos
Estrellas esas naos fementidas,
Porque los atezados, cual los blancos,
Son hijos del Señor á quien no olvidas.

Y eres bien justo, mar, en tal venganza,
Y con justo rigor te desenfrenas,
Que el Dios de paz, de amor y de esperanza
Al hombre no crió para cadenas.

¿Do vas, rio espumoso y turbulento,
Domados los opuestos malecones?
¿Porque salvas los lindes de tu asiento?
¿Puedes romper acaso tus prisiones?

Ayer entre las flores te dormias
Y entre verdes isletas te humillabas;
Tan claro tu cristal entretenias,
Que nadie te escuchó si murmurabas.

Rastrera la africana golondrina
Besó la flor del agua con encanto,

Y retrató su forma peregrina
Sobre tu seno azul como su manto.

Emulo de los mares hoy avanzas,
Y arrancando los árboles añosos,
Destruyes las risueñas esperanzas
De los agricultores afanosos.

Sepultas las cabañas y el ganado,
Conviertes en lagunas los jardines,
Y paseas los surcos del arado
Sin respetar ni valles ni confines.

Y te dirige Dios con brazo fuerte,
Porque la raza mísera del hombre
No se acordó del dia de su muerte,
Y olvidó desleal su santo nombre.

Templa, Señor, tus iras y furores,
Y la prole de Adan, prole infelice,
Deje de suspirar tantos dolores,
Mientras mi rudo labio te bendice.

Sobre los tristes males que lloramos
Tiende mano benéfica y propicia:
Grande es tu magestad y la adoramos;
Témplanos el rigor de tu justicia.



Himno de la mañana.



Al palacio del Sol de altas columnas
Formadas de topacio luminoso,
Llaman las leves Horas, sus alumnas,
Que no conocen sueño ni reposo.

Son fugaces doncellas, cuya mano
Vierte flor de placer ó espinas malas,
Hijas bellas del tiempo adusto y cano,
Que les dió la inquietud de eternas alas.

Se visten de una nube trasparente
Que á impulsos de los céfiros se muda,
Desatan sus cabellos largamente
Sobre la espalda nítida y desnuda.

De gotas de rocío coronadas
Y bebiendo en las auras ambrosía,
Con resplandor de tibias alboradas
Dan á la noche fin y abren el dia.

Acarician con mano de azucena
Del claro luminar á los bridones,

Que al halago sacuden su melena,
Ganosos de cruzar altas regiones.

¡Cuadrúpedos alados! Se alimentan
De una luz eternal, pura y radiante,
Y respiran calor y fuego alientan
Cuando tascan el freno de diamante.

Ellas su genio activo distrayendo
Con astuto cariño, los detienen,
Y al carro de rubí los van unciendo,
Mientras con las caricias se entretienen.

Pero al ceñir el sol por las mañanas
Los rayos que jamás se debilitan,
Y al empuñar las riendas soberanas,
Ellos su raudo curso precipitan.

Agitando sus remos voladores,
Con la cerviz gallarda y altanera,
Se esplayan por espacios superiores,
Mas el astro sus ímpetus modera

Con maestría docta y arte suma,
No sea que abandonen su camino,
Y el mundo miserable se consuma
Con un incendio horrendo y repentino.

Las horas junto al eje van formando
Un círculo de Sílfides hermosas,
Siguen una en pos de otra, desatando
Sobre el zafir del cielo pie de rosas.

Y el mundo que era vasta sepultura
Sin voz, sin alegría y sin encanto,
Deja sombras de duelo y de tristura,
Y viste de la luz el regio manto.

¡Sombras, huid! Rollad vuestros crespones
En las cuevas remotas y profundas,

Volved á vuestras fúnebres prisiones,
Plegaos en los huesos de las tumbas.

¡Luz sobre el alto monte! Ya es gigante
Con dorada diadema; seno y falda
Dó serpea el arroyo susurrante
Se visten de una trémula esmeralda.

Los pinos con los vientos triscadores
Sacuden de su cúpula eminente,
Templo dó el ave canta sus amores,
Las gotas de rocío trasparente.

Y la fiera de manchas salpicada
Se rebulle en la gruta dó se abriga,
Deslizando por áspera quebrada
Si el nocturnal ayuno la fatiga.

En cáliz virginal de aromas lleno
Se introduce zumbando leve abeja,
Y á la engañada flor que le abrió el seno
Roba rico botin, parte y se aleja.

Así belleza incauta, si la halaga
Solícito amador, atiende al ruego,
Para llorar tal vez su suerte aciaga
Con un llanto que quema como el fuego.

¡Luz sobre el mar! Sus ondas que dormian
Dispiertan en sus lechos de corales,
Y á solazarse en tumbos se desvian
Viendo resplandecientes sus cristales.

Unas besan arenas en la playa,
Despues que la amagaron con furores,
Y la llenan de espuma que desmaya,
Mientras forma del íris los colores.

Otras entre sí chocan batallando
Con aljófares líquidos que estrellan,

Otras franjas de nieve dilatando,
En sus bases derrumban ó descuellan.

Aquella cristal riza y lo desata,
Otra lleva mas lejos su camino,
Una muestra su azul, otra su plata,
Otra vaga entre ciego remolino.

El bajel desplegando ala sonora,
Con magestad y pompa las enviste,
Y se humillan delante de su prora,
Como al noble señor el siervo triste.

El vapor las obliga con desvelo
Que le rindan espumas á millares,
Y con su nube de humo indica al cielo
Su artificioso rumbo por los mares.

El marinero adusto, cuyo pecho
Desafia la sirte peligrosa,
Entona un ronco adios al patrio techo
Y al tálamo desierto de su esposa.

¡Todo es vida! La vida se derrama
Mezclada con la luz que la colora
Sobre el nítido pez de limpia escama,
Sobre el bajel y el agua bullidora.

Viste el sol á las moles de granito;
Y las torres mas altas y serenas
Pierden pardo color, con que ha descrito
Su antigüedad el tiempo en sus almenas.

Del rayo matinal el fulgor vivo
Se sienta en los adornos recargados
Y delgadas columnas y arco ojivo
De los góticos templos elevados.

Hiere por las redondas aberturas
Al roseton de vidrios de colores,

Y dibuja fantásticas figuras
En los santos recintos interiores.

Ave, céfiro, fuente, insecto, rama,
Arbusto, flor y réptil y colina,
Canta, suspira, bulle, zumba y ama,
Se mece, aroma, arrastra y se ilumina.

De la hortensia una leve mariposa
Las flores en corimbo va rondando;
Parece que la alada veleidosa
Les dice este concepto breve y blando.

»¡Los sueños sacudid! alba ninguna
»Me sorprende dormida entre claveles,
»Que forman mi palacio y son mi cuna
»Coronada de nítidos doseles.

»Quiero beber el llanto de la aurora
»Sobre la primer flor que se despierta,
»Y por robar el jugo que atesora,
»Con la dulce inquietud estoy alerta.

»Reprendo á las que tardan, y al momento
»Que les da nueva luz nuevo embeleso,
»Apoyada en su tallo soñoliento,
»Con astucia les doy el primer beso.

»Quiero que el sol admire la abundancia
»De mi presa aromática y preciosa,
»Y por eso me tachan de inconstancia,
»Por correr sin cesar de rosa en rosa.

»Hoy sorprendí una flor que se escondia
»Bajo de agenas ramas bien segura;
»Cuanto mas mis halagos resistia,
»Tuvo la libacion mayor dulzura.

»Ayer una besé linda y fragante
»Guardada en blanco seno de una bella;
»Se distrajo la niña con su amante,
»Y aproveché el descuido, y dí con ella.”

Aquí calló, porque otra hermana leve
Tal vez de dulce amor herida vino,
Y volaron las dos, huyendo en breve
Con alto y caprichoso remolino.

Mas yo que de la noche al peso duro
Gemí, viendo su sombra y su tristeza,
Debo entonar á Dios el himno puro
Que le rinde feliz naturaleza.

¡Orígen y principio de tí mismo,
Eterno en el Empíreo donde moras,
Que miras las estrellas y el abismo,
De tí viene la luz y tú la doras!

Sin tí, el sol rutilante antorcha fria
Vagára por el Cielo moribundo,
Tú alimentas los rayos que él envia
Cuando de tu piedad llenas el mundo.

Tú cuentas las estrellas tan distantes
Que cual blanca neblina se presentan;
Mides la eternidad por sus instantes;
Por tí viven los seres, por tí alientan.

¡Dios! ¡Padre! ¡Criador! ¡Oh dulces nombres!
Llenan el corazon del que te invoca,
Son la rica esperanza de los hombres,
Y salen con amor de toda boca.

Tus obras me revelan tu grandeza;
Los astros tu esplendor; tu gloria el Cielo;
La tierra tu bondad y tu riqueza,
Y el dia tu piedad, que es mi consuelo.

Ya que á tu santo amor mi pecho aspira,
Concédeme en las penas transitorias
Pulsar alguna vez sagrada lira;
Bardo de religion cantar tus glorias.



La deuda del muerto.



I.

Al celestial Espíritu que inflama
Los castos é inocentes corazones,
Y en sus senos recónditos derrama
El fecundo rocío de sus dones;

Dulce huésped del alma, luz y guía.
Consolador del triste y fatigado,
Dador de la veraz sabiduría,
Refrigerio del hombre desterrado,

Invoquemos con pura y grata ofrenda,
Para entonar un cántico piadoso,
Que conserve en su mística leyenda
Egemplo saludable y provechoso.—

Cuando veais la sed del avariento
Que su vil corazon tiene cerrado
En los cofres del oro amarillento,
Que guarda con zozobras y cuidado;

Cuando veais que teme y desconfía,
Y maldice su sombra contemplada
Al resplandor de lámpara ó bugía,
Pues la juzga ladron que está en celada;

Si veis que solo se abren sus oidos,
Mientras el pobre clama, el débil llora,
Del precioso metal á los sonidos
Que son voz de los ídolos que adora;

Que cual polvo que salta deleznable
Menosprecia las lágrimas y lloros,
Y con sangre y sudor del miserable
Amasa su edificio de tesoros;

Pues sus hermanos sois, templad las sañas
Del supremo Hacedor; rogad que quiera
Mudar el pedernal de sus entrañas
Endurecido y tosco en blanda cera.

Rogad por él: navega un mar sin faro;
Ciego con la codicia escollos quiere:
Solo llena los ojos del avaro
El polvo de la tumba cuando muere.—

María es mar de amor, fuente sellada,
Manantial con un cauce de amarantos,
Luna llena, de estrellas coronada,
El íris de la gloria de los santos.

Perla de enamorados serafines,
Sol en cenit, aurora de alma frente,
Vírgen que con la planta de jazmines
La cabeza pisó de la serpiente.

Si la invocais con ansia y con ternura,
Probareis en su amor grata ambrosía,
Del maná del desierto la dulzura;
En un vaso de flor que el alba cria.

Si alguno blasfemare de su nombre,
Huid, y no escucheis ecos malditos
Que con blasfemia tal da indicio el hombre
De la reprobacion de los precitos.—

II.

Sobre el techo de Pablo, en noche oscura
El buho dió un gemido lastimero........
¡Oh que triste señal! La muerte dura
No se sacia jamás! ¡Qué infausto agüero!

Al despuntar la luz, su padre anciano
Dió el alma á Dios y al polvo los despojos:
El jóven que besó su fria mano,
Lloró, rogó por él, cerró sus ojos.

De dos plantas que beben un rocío
Y arraigan juntamente en la pradera,
Una muere de sed, mustia y sin brío......
¿Qué esperais de la triste compañera?

Sobre el techo de Pablo desolado
El buho repitió su flébil queja........
¡Oh que triste señal! ¡No se ha saciado
La inoxerable muerte! ¡No se aleja!

El agudo puñal del sentimiento
De su madre acabó la infausta vida:
El jóven detener quiso su aliento,
Pero el alma un instante entretenida

Con sus ósculos tiernos y amorosos,
Dejó su esclavitud, voló al espacio
En palmas de los ángeles hermosos
Coronados de rosa y de topacio.

¡Que absorva el ataud cuerpos cansados
De ver un sol sin dichas ni ventura!........

¿Segará la cuchilla de los hados
Tu vida en flor, ó cándida hermosura?

Tercera vez el ave lastimera
Repitió su monótona elegía.....
¡O que triste señal que desespera!
Pablo tiene una hermana..... ¡Suerte impía!

La doncella infeliz cedió al destino,
Que la orfandad es sombra que la espanta;
Murió como violeta de un camino
Que pisó con furor rústica planta.

De delicadas rosas purpurinas
Le coronó su hermano el postrer lecho,
Y al quitar de las rosas las espinas,
Clavadas las sintió dentro del pecho.

De la modesta vírgen en la tumba
Brotó un jazmin en flor, planta dichosa,
En cuyo derredor la abeja zumba
Y vuela sin cesar la mariposa.

III.

Cuando el hombre sediento del tesoro
Registró las entrañas de la tierra,
Ella le castigó dándole el oro,
Que es causa de los males de la guerra.

Fué entonces la pobreza vituperio,
Tuvo altar y holocáustos la fortuna,
Se urdió el crímen á sombra del misterio,
Y el mortal se estimó segun su cuna.

Pablo es huérfano y pobre; los dolores
Minan como un gusano su existencia:

No podrá resistir tantos rigores
Solo, sin protector y sin herencia.

Algunos de su afan se condolieron
Y prestaron auxilio generoso;
Mas otros con enfado le dijeron:
«Levántate y trabaja; el perezoso

»No tiene pan ni hogar; de vicios lleno
»Muere de hambre y miseria consumido,
»Por no sacar las manos de su seno:
»Levántate y trabaja: estás dormido."

Él sufre su tormento prolongado,
Y en su mísera choza solitaria
Exala de su pecho acongojado
A la reina del Cielo su plegaria.

Un rico del pais, que mantenia
Seis perros, diez caballos, veinte halcones,
Y gozaba en su pingüe baronía
De opulento solaz y diversiones,

Penetró en su cabaña desolada
Por la furia implacable de la muerte,
Y habló con voz sonora y ahuecada
Al doncel desvalido de esta suerte:

—Yo sé compadecer calamidades:
Robusto pareceis: así los quiero
Para mis vastas tierras y heredades;
Podréis servirme á mí de jornalero.

—Señor, respondió el mozo, yo no tengo
Ni pala, ni azador, ni podadera,
Aunque al rural trabajo bien me avengo.....
Aliviadme la suerte lastimera.

Si me prestais tan solo cuatro escudos
Yo compraré con ellos lo preciso,

Mis miembros cubriré que están desnudos,
Y tendréis un esclavo el mas sumiso.

Y en la luz venidera, derramando
El copioso sudor de la fatiga,
Satisfacer mi deuda iré anhelando,
Bendiciendo sin fin la mano amiga.—

Convínose el baron: dió las monedas,
Y dejó aquel recinto doloroso
Por respirar en frescas alamedas
El ambiente suave y aromoso.

IV.

¡El sol quema la tierra resecada!
Mientras lanza volcánicos ardores,
Se cumple la sentencia al hombre dada:
«Tú comerás tu pan con tus sudores."

Pablo trabaja un dia sin sosiego;
Inclinado á la tierra ingrata y dura,
Consumido del sol al vivo fuego,
Parece que se cava sepultura.

Brilla la nueva luz y avanza el dia,
Pero Pablo no viene á sus labores:
Por él preguntan todos á porfía;
Corren siniestros ecos y rumores.

Se registra su choza..... sobre paja
Encontraron al mísero sin vida,
Sirviéndole de fúnebre mortaja
Saco de tosca tela denegrida.

Cuando llegó el baron, quedó admirado
De la escena cruel; pero al momento

Por avaros demonios inspirado,
Ante todos clamó con ágrio acento:

«Alma que desataste ya tus nudos,
» No entrarás en la gloria de tu Cielo,
» Si no me restituyes cuatro escudos
» Que de mí recibiste en este suelo."

¡Oh blasfemo y audaz! tembló la tierra
De la protesta impía de tu boca;
Juzgas al Criador y le haces guerra:
Tu delito á los ángeles provoca.

¿Quién osó detener el vuelo hermoso
Del alma que á la patria se apresura,
Y á los reinos felices del reposo,
Y al seno de su Dios, que es su ventura?

María quiso dar un plazo al alma
Para volver al cuerpo abandonado,
Satisfacer la deuda y lograr palma
En el reino á los buenos destinado.

Pablo volvió á este mundo, á la morada
Del rico, y al trabajo que le debe:
Trabaja como seis y no habla nada;
Nunca duerme ni come, nunca bebe.

Su cuerpo es una sombra en movimiento
Que va, viene, revuelve y se desvía,
Que tiene en su trabajo igual aliento,
Igual tino de noche que de dia.

A un grave sacerdote que con brillo
De ardiente caridad se ve adornado,
Dijo el baron, venid á mi castillo,
Si un hombre quereis ver resucitado.

El ministro le vió: vió la condena
Que el alma desterrada padecia,

Arrastrando del cuerpo la cadena,
Y por la fé ilustrado, le decia.

—¿Eres acaso aquel cuyos despojos
Deposité en el triste cementerio,
Rogando á Dios con llanto de mis ojos
Por tu quietud, segun mi ministerio?

Te conjuro me digas prontamente
Qué sufragios reclamas de los vivos:
¿Por qué ha querido el Ser Omnipotente
Que vuelvas á este valle de cautivos?

—Pablo soy, dijo el alma: cuando cierta
Juzgué mi salvacion y eterno amparo,
Cerrada del Eden hallé la puerta
Por deber cuatro escudos á ese avaro.

Vine á pagar mi deuda y por las nubes
Buscaré aquella patria de escogidos,
Y entre beatos coros de querubes
Rogaré por los pobres desvalidos.

—Dilatar tu rescate deseado
No puede mi piedad, repuso el cura,
Toma los cuatro escudos, desgraciado,
Y á pagar esa deuda te apresura.—

Al recibirlos Pablo, los presenta
Al baron que con ansia los admite,
Pero su mano avara se calienta,
Se consume, se abrasa, se derrite.

Siente un fuego voraz que penetrando
Desde la mano al pecho, se lo inflama;
Tormentos del infierno está pasando;
Las monedas que amó son viva llama.

Ya tiene todo el brazo consumido;
Cunde el volcan, ocupa espalda y cuello,

Y con las blandas sedas del vestido
Le consume los rizos del cabello.

. . . .

Al subir á las auras superiores,
Pablo se despidió del grave cura:
«Gracias, mi bienhechor, por tus favores.
» Yo rogaré sin fin por tu ventura.»



El Hombre.



De capullos que el polvo ha cobijado
Nacemos como insectos zumbadores
A recorrer los límites del prado,
Y á murmurar del sol y gastar flores.

Volando con inquieto desvarío,
Ébrios de olor y ricos en las galas,
Ó nos hiela una gota de rocío,
Que es lazo de cristal á nuestras alas,

Ó el mismo sol que alegre fecundiza
Cuanto en el mundo existe, nos abruma,
Nos seca, nos abrasa, y es ceniza
Nuestro adorno de gasas y de espuma.

Pero el murmullo y la inquietud nacidos,
Sin saciarnos jamás en pensil lleno,
Quejas de ingratitud son los zumbidos
Que damos á la flor que nos da el seno.

¡Qué orgullo si cruzamos los jardines!
¡Qué olvido de aquel polvo de la nada!

¡Qué riquezas y trenes de festines!
¡Qué pompa tan gentil y abrillantada!

El uno con penachos de oro y seda
Se mira en un pacífico arroyuelo,
Que la brisa no arruga y que remeda
Las nubes que deslizan por el Cielo.

El otro mas ventura se promete
Si logra enamorar á una flor gualda,
Mostrando su bruñido coselete
Labrado de purísima esmeralda.

Quien ciñendo su cuerpo relumbrante
De anillos con cadena artificiosa,
Que despiden los fuegos del diamante,
Asiste al nacimiento de una rosa.

Quien roza de azabache las antenas
Con constante aficion y airado empeño
En un vistoso grupo de azucenas,
Como por dispertar su blando sueño.

Quien vestido de grana y de topacio
Sale de una listada maravilla
Donde tiene su nítido palacio,
Su lecho, su dosel y régia silla.

Quien ama demostrar, cual corresponde,
Puesto en armas su fuerza y hermosura,
Y sus alas finísimas esconde
Debajo del metal de su armadura.

Quien esfuerza sus vuelos, pues confia
Besar medio desnuda una violeta,
Que al despuntar el alba se atavia
Y se esconde en el césped por discreta.

Quien liba, quien desdeña, quien halaga,
Quien zumba, quien arrulla, quien se queja,

Quien con ingratitud cariños paga,
Quien vuelve á cortejar y quien se aleja.

Todo es vida, festin, aroma y cielo.....
Pero viven un sol las frescas flores:
¿Qué será de nosotros en el suelo,
Sus festivos y vanos amadores?

Sopló un viento; la flor se ha deshojado,
Y el insecto murió, no tiene nombre:
Pero quedó un recuerdo que han dejado:
Que el mundo es esa flor, insecto el hombre.

I.

Tus manos, ¡oh Señor! hermosearon
Un Eden dó tus glorias se veian,
Y los ángeles todos suspiraron,
Porque reinar en él apetecian:
Y tú, para que el ángel mas se asombre,
De un lodo que amasaste hiciste un hombre;
Con un soplo le diste el pensamiento,
Y por rey de los mágicos jardines
Le acataron los altos serafines,
Que bebian la luz del firmamento.

II.

Mas allá del cenit alzaste el vuelo,
Y la sombra que hacia tu ropage
Produjo el claro sol que alumbra el Cielo,
Y el polvo de tus piés fué su celage:
Deteniendo las ruedas de tu carro,
Miraste al hombre que salió del barro,
El cual ciego y estúpido vendia

Por precio de una lágrima hechicera
Que vertió su adorada compañera,
La eterna gratitud que te debia.

III.

Del Edén tus miradas escondiste,
Y helándolo la sombra del pecado,
Como reina se alzó la muerte triste
Con un cetro de hueso descarnado:
Seguida de las ansias y dolores
Que ennegrecen las plantas y las flores,
Al desterrar al hombre y á su amada
Del pensil dó furioso el viento zumba,
Un hoyo les abrió, dándoles tumba
Dó volvieron al polvo de la nada.

IV.

Entonces sin la luz con que la miras
Se estremeció la tierra en sus cimientos,
Y á respirar el fuego de tus iras
Salió por sus volcanes á los vientos,
Demostrando en sus picos y montañas
Que tú le consumias las entrañas,
Y para dispertarla del desmayo
Guerra y hambre lanzaron su veneno;
El huracan bramó, retumbó el trueno,
Y lutos de la esfera rasgó el rayo.

V.

¿Y el hombre fué mejor?.... ¡oh mar profundo!
Dilo tú que rompiste tu cadena,

¿Quién te dió facultades en el mundo
Para saltar este escalon de arena?
Tumba fuiste á la tierra temeraria
Sin inscripcion ni losa funeraria;
Y ese rumor, salvage sinfonía,
Y grito de tus aguas mal seguras,
Es la nueva amenaza que murmuras,
Y el himno de los muertos de aquel dia.

VI.

¡Raza mortal! ¡tu gérmen es maldito!
¡Con un nuevo furor tu orgullo sellas!
Arrancaste los montes de granito
Para alzar una torre á las estrellas.
Que espiase los ámbitos del cielo,
Siendo corona el sol, las nubes velo,
Y en cuyas espirales y balcones
Pudiese aparecer la palma erguida.
Como la hierba débil y perdida
Que brota en los gastados murallones.

VII.

Levántase la torre de gigantes,
Afrenta de la luz, baldon del viento,
Y enormes cocodrilos y elefantes
Asoman por las moles de su asiento,
Cual réptiles nacidos en las piedras
Matizadas de musgos y de yedras
Que al rumor de la lluvia desatada
O del pié que pisó las ramas secas,
Entre rendijas débiles y huecas
Esconden su cabeza descarnada.

VIII.

Y el hombre dijo: «Subiré al espacio,
Registraré la luna soñolienta,
Y podré fabricar un gran palacio
Del nácar que en sus senos alimenta;
Que tal vez es un mundo como el mio,
Que mejor satisfaga mi alvedrío;
Y el rayo que me asusta rutilante,
Que destruye mis míseras cabañas,
Debajo de mis piés, por mis hazañas,
Me servirá de alfombra de diamante.

IX.

Treparé donde el sol mas encendido
Ostenta su finísima armadura,
Guerrero con un casco guarnecido
No del oro de Ofir, de lumbre pura.
Y mide todo el campo y en su centro
Se vé sin un rival, sin un encuentro;
Pues de estrellas la pálida cohorte
Brilla cuando se esconde su luz pura,
Y al desceñir sus rayos de hermosura
Le da la despedida y hace corte.

X.

Y veré donde Dios tiene su lecho,
Dó tiene de sus rayos la armería,
Que mudan en ceniza el mortal pecho,
Y convierten al hombre en sombra fría.
Y puesto en esa torre en centinela,

Miraré si se duerme ó está en vela,
Si medita un diluvio en sus arcanos,
Si desata los roncos aquilones,
Ó si los esclaviza en sus prisiones
Con cadenas de hierro ó con las manos."—

XI.

¡Blasfemia audaz! El viento la llevaba
Como una negra pluma al firmamento,
Como cifra que el mundo sublimaba
De su orgullo y audaz atrevimiento.
Movióse sobre el trono aquel que es santo,
Y el aire de las orlas de su manto
La torre de gigantes desnivela,
Y arrancando el cimiento mas hundido,
Derribó por el suelo maldecido
Operarios y torre y centinela.

XII.

¿Y el hombre fué mejor con tantos males?.......
En dos llanuras fertiles y frescas,
Se miraban en nítidos cristales
A la sombra de palmas gigantescas
Dos ciudades estúpidas y vanas,
Dos rameras, dos lúbricas hermanas:
Desnudando de ornato peregrino,
Con el fuego de amor, el cuerpo hermoso,
Brindaban con placeres y reposo
Al hombre que cruzaba su camino.

XIII.

Y el hombre, apeteciendo sus abrazos
Y caido en la red de sus amores,

Dormía satisfecho en sus regazos
Húmedos con esencias de mil flores.
Y al dispertar, instado de su ruego,
De su Dios renegaba, ingrato y ciego:
Por el precio de sucias maldiciones
Le vendian sus ósculos y albricias,
Dábanle por blasfemias sus caricias,
Y por idolatrar sus corazones.

XIV.

Tú, Señor, con volcanes inflamaste
Los flancos de una nube procelosa,
Y sobre esas ciudades la colgaste
En medio de la noche silenciosa.
Y ella, segun tus órdenes ilesas,
Dió fuego y consumió, mudó en pavesas
Sus pórticos, sus torres y cimientos,
Sus hijas las del seno profanado,
Sus hijos de blasfemia y de pecado,
Sus ídolos, orgías y contentos.

XV.

¡Raza mortal! tu orgullo no se acaba
Con el fuego y el agua por castigo·
Siempre de tu altivez serás esclava,
Que por tu duro mal nació contigo.
Solo cuando el clarin mas espantoso
Dispierte de las tumbas el reposo,
Al retemblar el mundo á su sonido,
Delante tu Señor y juez eterno
Se hundirá tu soberbia en el infierno,
Porque allí volverá de dó ha nacido.



Flores del alma.



La envidia es un gusano ponzoñoso
Que las flores visita en la pradera,
Y entre las mil y mil del vulgo hermoso
Muerde la mas pomposa y hechicera.—

Hay eco en el gritar del maldiciente:
La calumnia es carbon; solo una brizna
Que se arroje á la faz del inocente,
Sino logra manchar, al menos tizna.—

Mas vale en una fragua centellante
Batir hierro que al golpe se resiste,
Que al rededor de un príncipe arrogante
Estar en ademan de siervo triste.—

Belleza de muger y vino añoso
Son dos venenos fuertes que huye el sabio;
Hipócritas del bien, mienten reposo,
Queman el corazon, dulces al labio.—

Do quiera que por órden del destino
Le anochezca al que es pobre y errabundo,

En los mismos linderos del camino
Encuentra su palacio que es el mundo. —

Huir de la molicie y los placeres
Siempre fué de fortísimos varones,
Y dejando el hablar á las mugeres,
Reservar para sí nobles acciones. —

Si platican de bélicos afanes
Los hijos esforzados de la guerra,
Si loan á los duros capitanes
Que vencieron los mares y la tierra,

Si ensalzan sus conquistas y su pompa,
El sabio ha de callar ó se retira,
Pues el ronco sonido de la trompa
Apaga las cadencias de la lira. —

Con toda su estension de hermosos llanos
El mundo es un lugar corto y estrecho
Para dos ignorantes y villanos
Que disputan con ira y sin provecho. —

Mil sepulcros, mil picos y azadones,
Y mil palas inútiles serian,
Mil hombres con las mismas intenciones
Una sola verdad no enterrarian. —

De nuestra gratitud el celo avivan
Tres dones del Autor del firmamento,
Y los tres de los ángeles derivan,
La virtud, la hermosura y el talento. —

¡Cuan tristes que serian prado y monte!
¡Cuan breve nuestra vida lastimera,
Si no se dilatase su horizonte
Con la esperanza fausta y lisongera! —

Vestida de festin la mariposa
No presta utilidad con gracias tantas,

La abeja no tan rica ni vistosa
Saca la dulce miel de amargas plantas. —

Cien libros de morales instrucciones,
Cien Sénecas que espliquen su sentido
No podrán corregir con sus lecciones
Un natural perverso y corrompido.—

Se apoya el mentiroso en sus empresas
En dos cosas que suelen ser profusas,
Abundancia de inútiles promesas
Y abundancia de fútiles escusas.—

Si el niño se entretiene recreando
Su oido con la rima sonorosa,
Prueba buen natural, corazon blando,
Indole delicada y generosa.—

El osado en la lid prueba su arrojo,
Buscando con furor al enemigo;
El sabio se conoce en el enojo,
Y en la necesidad el buen amigo.—

Podemos en tu lodo, mundo triste,
Reverenciar al Hacedor sin verle:
La comprehension de Dios solo consiste
En la dificultad de comprehenderle.—

Alma sublime tienes, si divisas
Postrado á tu enemigo y á tus plantas,
Y suspendes tu marcha y no le pisas,
Y la mano le das y le levantas.—

El servicio de un rey es mar incierto,
Dó los unos naufragan y perecen,
Otros llegan desnudos á su puerto,
Mas otros se subliman y enriquecen.—

¿Qué peor mal deseas al avaro
Que una vida muy larga, cual él quiere?

Su vivir ha de ser suplicio raro,
Y sale de su afan cuando se muere.—

Crece con las opuestas privaciones
El amor, y se nutre de desvelos,
Se entibia con las gratas posesiones
Y se suele avivar con duros zelos.—

Quien quiere recibir favor propicio,
Vende su libertad y la condena;
Debe considerar que un beneficio
Añade un eslabon á su cadena.—

Si halaga la fortuna, no escucharla,
Si rie la fortuna, no creerla;
Es gran dificultad el encontrarla,
Pero mucho mayor el retenerla.—

El llanto de heredero es alegría,
Hay un blando reir en su gemido,
Debajo de la máscara sombría
Que del buen parecer ha recibido.—

Solo el feliz ó el fuerte sufrir osa
Con ánimo constante y generoso
Los tiros de la envidia ponzoñosa,
Que atacan su fortuna y su reposo.—

Oriental.



I.

Del polvo que en la tumba está dormido
No pueden saber nada los despiertos:
No carece de arcanos ese olvido;
Respetad los sepulcros de los muertos.

Si se esconden allí vuestros amores,
Si allí una flor balsámica no asoma,
Llorad, que vuestro lloro dará flores,
Y si despues rogais, tendrán aroma.

Si al polvo fé jurada es inconstante,
No cruzeis del sepulcro los confines
Con el trage de boda rozagante,
Coronados con rosas de festines.

No sea que al buscar los nuevos lazos
Trás la profanacion mas atrevida,
Halleis un esqueleto en vuestros brazos,
Que os hiele corazon, tálamo y vida.

¿Quién, pasado el tremendo parasismo
Y el último estertor, tuvo la suerte
De volver á esta luz desde el abismo,
Y contar un *despues* que hay en la muerte?

Esos rios que en perlas se desatan
Y que corren al mar que es su destino,
Que en claro fondo de zafir retratan
Larga sombra de errante peregrino,

Llegan al lecho azul, dejando flores,
Mueren perdiendo el nombre con el suelo,
Mas subirán al éter en vapores,
Y formarán el iris en el Cielo.

Del polvo que en la tumba está dormido
No pueden saber nada los despiertos:
No carece de arcanos ese olvido;
Respetad los sepulcros de los muertos.

II.

—«¡Unica flor del Oasis,
(Decia Tanbé á su Laila)
Y horizonte de mis glorias,
Con dos lunas siempre claras!
¡Rayo de sol que iluminas
Una tienda solitaria!
¡Y ave de ligeras plumas
Que en mi boca bebes agua!
¿Quieres saber como estimo,
Reina de mi amor, tus gracias?
Como conocida sombra
De la gigantesca palma,
Que cria racimos de oro
Con doseles de esmeralda;
Que me sombreó la cuna,
Mientras aromosas auras

O los sueños me traian,
O los sueños me quitaban:
Como la voz de mi madre,
Y el beso de mis hermanas.
¡Mírame, que eso es la vida!...
Mas cuando de mí te apartas,
Es la muerte... deja un frio
Que me hiela las entrañas.
Yo quisiera que mi frente
Que el sol del desierto abrasa,
De la corona del mundo
Bajo el cerco se ocultára;
Que cubriesen sus rubíes
Los surcos que el dolor labra:
Que el brillo de sus diamantes
Mintiese placer dó hay ansias.
Quisiera tener un nombre,
Que tronase mi amenaza
Sobre solios vacilantes
A los pálidos monarcas;
Y palacios de marfil
Con torres de porcelana,
Dó las reinas á tus piés
Se postrasen como esclavas.
Yo entonces con mis tesoros
Compraria en tu mirada
Las glorias del Paraiso,
Que el Profeta me señala.
Pero yo he nacido pobre,
Y las perlas no se engastan
Sino en oro del Ofir
Que su mérito realza.
Los aromas estimados
Que da nuestra comun patria
Los consumen los califas
En urnas de limpia plata.
Se ponen las frescas flores
En los búcaros de nacar;

Los emires las deshojan
Cuando de su olor se cansan.
¡Ay del que nació desnudo
De fortunas y esperanzas,
Con altivos pensamientos,
Y rica de amor el alma!
Óyeme, sol de la tarde,
Que á nubes de azul y grana
Bordas flores de topacios
En las rutilantes franjas...
Me ha consumido tu amor:
Siento ya que se adelantan
Con la noche de la muerte
Los sueños que no se acaban.
No seré... mas si en la tumba
Con tu dulce voz me llamas,
Yo responderé á tus ecos,
Que las tumbas tambien aman—"

III.

Ella tiene tez bruñida
Como el mármol de Carrara,
Y en los labios la dulzura,
Y en el pensamiento llama.
La riqueza está en su seno
Y el iman en sus palabras,
Pero al contemplar sus ojos
Y sombra de sus pestañas,
Diríamos que el de Urbino
La contornó tras soñarla,
Que Murillo dió las tintas,
Y el original las hadas.
La fuente de espejo azul
La entretiene y la retrata,
Y en el cristalino fondo
Su risueña imágen nada.

La fuente refleja cosas
Que nunca el pincel alcanza;
Movimiento de dos globos,
Que un suspiro sube y baja.
Cabellos que por su peso
Por el cuello se desmayan,
Los grillos de perlas dejan
Y las cárceles de gasa.
Y unos ojos con tal fuego,
Que las linfas por su causa,
Si bullen es que se queman,
Murmuran porque se abrasan.
Tanbé su cabeza inclina
Sobre la virgínea falda,
Y en las suyas aprisiona
Manos que á la seda igualan.
Busca la luz de unos astros,
Y en sus resplandores halla
Un Cielo tras otro Cielo
Que con nueva gloria pasa.
Solo Dios puede medir
El fuego de estas miradas
Que con dulce magnetismo
Dentro el corazon se lanzan.
Mas los labios del doncel
Van perdiendo roja grana,
Frio mármol son sus miembros,
Su cabeza es mas pesada:
De su pecho, que es cenizas,
Última pavesa salta
De un suspiro moribundo,
Que en los labios se le apaga.
Tres veces los tristes ojos
Al cenit de su amor alza,
Y en el seno de la hermosa
Con un beso rindió el alma.
Entonces entre las hierbas
Reptil verdinegro arrastra,

Que lanzándose en la fuente,
Su cristal sereno mancha.
Turbia reflejar no puede
Perlas, atavíos, galas;
Ni el oro de sus arenas
Muestra con hermosa calma.
Mas de cuando en cuando forma
Círculos que se dilatan,
Y son lágrimas de luto
Que va derramando Laila.

IV.

Con el díctamo de olvido
Cura el tiempo cuando pasa
Las heridas que amor abre
Con las flechas de su aljaba.
Hoy muere la flor de ayer,
¿Si otra nueva engendra el alba,
Que brinde con nuevo aroma,
Quién se acordará mañana?
Ya la hermosa no suspira,
Que en dulce pasion se inflama,
Rindiendo amorosos votos
De himeneo ante las aras.
Con la pompa del festin,
En lucida caravana
Cruzó el sitio de dolores,
Dó Tanbé infeliz descansa.
Las rosas de sus megillas
De rojas las mudó en gualdas.
Cuando el temerario esposo
La decia: «Desposada,
«Veamos si las promesas
«De las tumbas salen vanas,
«Si los muertos tienen voz,
«Y de sus amores tratan.

«Quiero que la sombra invoques
«De aquel que en su edad temprana
«Marchitaron los incendios
«De los soles de tu cara.''
Resiste, mas él se enoja:
Ya obedece la cuitada;
Pero apenas de sus labios
El nombre adorado salta,
Cuando un pájaro terrible
Vuela de vecinas ramas,
Y asustándose el camello
Que guia la infeliz Laila,
Contra el mármol del sepulcro
La estrelló con furia tanta,
Que allí pereció en sus bodas,
Y allí yace sepultada.

Mher-ul-Nissa.

I.

De Selim el poderío
Dictaba la ley suprema,
Y era Delhi sobre el Gema
Vergel nitido y sombrío
De cascadas, ruiseñores,
Palmas trémulas y arbustos,
Grutas de amorosos gustos,
Bellas, céfiros y flores.
Que entonces no repetía
De Afraisab en las almenas
El buho, que canta penas,
Su monótona elegía;
Ni con tela descortés
Triste araña tapizaba
La techumbre que brillaba
Del palacio Mogolés.
Rico su dueño en diamantes,
Para su lujo y placeres
Tuvo cinco mil mugeres
Y quinientos elefantes.

Ellos nobles y altaneros
Con cubiertas de mil brillos,
Sosteniendo sus castillos
Con los hábiles flecheros;
Y ellas llenas de esmeraldas,
Llenando el vergel de risas
Al dar á las frescas brisas
De oro y azul leves faldas.
De alba tez dulces sirenas
Venían á ser las unas,
Eran pálidas algunas,
Otras daban en morenas;
Otras eran de arrebol
De un dia feliz de mayo,
Cual doradas por un rayo
Del puro y ardiente sol;
Y otras negras con finura,
Que ostentaban seno erguido,
Todo de ébano, bruñido
Con tus sombras, noche oscura.
¿Mas que vale en los parages
De camelias y de rosas
Tomar y dejar hermosas,
A guisa de mudar trages?
¿Deshojar jóvenes plantas
Por respirar un perfume
Que á fuer de escesivo abrume
Con exalaciones tantas?
¿Repartir el corazon
Que se agota sin remedio,
Y llenándose de tedio
Poner fin á la ilusion?
Ninguna entre mil y mil
Que sobre verdes alfombras
Se perdian entre sombras
Del Edén ó del pensil,
Negra, blanca, ni trigueña,
Mereció en cosas de amor,

De Selim, que es su señor.
Palabra, suspiro, ó seña.
Todas pierden su embeleso,
Las núbiles sin albricias,
Las mas tiernas sin caricias,
Las mas niñas sin un beso.
¡Asi pasan los sonidos
En las alas de los vientos,
Así mueren los contentos
Soñados y apetecidos.
Antes que el dolor la gaste,
Rica piedra es la muger;
No la dejeis perecer
Deslucida sin engaste.
Mas la privacion irrita,
Y amor de caprichos lleno
Fruta de cercado ageno
Por mas dulce solicita.
En las redes del afan
Y de ilícito amorío
Puso aquel suelto alvedrío
Del dueño del Indostan.
Muger de tal gentileza.
Que enamora con su risa,
La llamada Mher-ul-Nissa,
«Puro sol de la belleza."
De amoroso desconcierto
Si los dardos la traspasan,
Queman sus ojos y abrasan.
Como el sol en el desierto:
Y dichoso el que los mira
Cuando el párpado nevado,
Como velo desmayado,
Cubre la fogosa pira.
Mas abiertos y dormidos
En viva inquietud ó en calma,
Quitan libertad al alma
Y enloquecen los sentidos.

Su voz es la del zorzal,
Que da cantares de boda
Posado en la alta pagoda
Que bañó luz matinal;
Y respiran alegrías
Sus miembros angelicales,
Como vasos de corales
Que rebosan ambrosías.
Estas lindas perfecciones
La mano le han merecido
De Afkút, turco distinguido,
Domador de los leones,
Cuyo acero invicto y puro,
Fulgurante como estrella,
En las mallas hace mella
Del rinoceronte duro.
Cuyos ojos, cuando reta
Contemplándose ofendido,
Son los del leon herido,
Con miradas de saeta.
Pero muy tierno en amar,
Tiene un ídolo en su esposa,
A quien mira como rosa
Del jardin de Shalimar (1).
Al pié de un sándalo umbroso
Que al sol en feliz parage
Niega el tronco y da el ramage,
Vióla Selim en reposo,
Que jugaba descuidada
Con un pájaro pintado,
Y con el tubo dorado
De su houca perfumada.
Díjola «Flor de las flores,
«¿Dó naciste con tal gloria?
«Cuéntame tu amada historia
«De alegrias ó dolores;

(1) Jardines de Delhí.

«Que á la luz en que te ví
«Llamaré luz de mi encanto.....”
Y ella sonrosada un tanto,
Quiso responder sai·

II.

«En la Tartaria su cuna
Dos seres amor enlaza,
Los dos de elevada raza,
Pero pobres de fortuna.
Mi padre y su triste esposa,
Bella como el tulipan,
Venían al Indostan,
En pos de esta cruda Diosa.
En una yegua tostada,
Mal asida de la rienda,
Buscando su esposo senda,
Cabalga la infortunada.
Al rigor de duras penas
Ya las lágrimas le saltan,
Pues las provisiones faltan
Y el desierto es mar de arenas.
Tres dias sufren cabales
Sin probar mantenimiento,
Y arrastran su desaliento
Por los mudos arenales.
¡Harto sufrir!.... ¡penar harto
Que se viene á encrudecer
En tan infeliz muger
Con las angustias del parto!
Y entonces al descubierto,
Sin yerba, ni flor, ni brisa,
Con nombre de Mher-ul-Nissa
Ví la luz en el desierto.
Para darme sus abrazos
No tuvo vigor mi madre,

Y sin él se vió mi padre
Para llevarme en sus brazos.
Al huérfano guarda Dios;
Un lecho de hojas me hicieron,
En lágrimas me envolvieron,
Y abandonaron los dos.
Andarían bien escasos
Por aquel lugar de espanto,
Que mojaban con su llanto
Sus trece ó catorce pasos,
Cnando el amor ofendido
Que su marcha detenia,
A mi lecho los volvia,
Cual aves al blando nido.
A piadosa caravana
Debimos solaz y aliento,
Como al sol del firmamento
Su vida la flor galana.
Muger soy de Afkut el fuerte,
Que me debe los amores,
Y á vos debe los honores
De su bonancible suerte."
Dijo, y el clavel del labio
Se plegó cual sensitiva,
Si al pequeño insecto esquiva,
Que á su cáliz hace agravio.
Selim contestó: «Sirena,
Como el si de las esposas
Junto al tálamo de rosas,
Tu voz en el alma suena.
Yo aspiro con emocion
Chispas de placer doradas,
Que saltan de tus miradas,
Y tocan el corazon.
Tan gratas como rocíos
Para el soumi pequeñuelo,
Que al desierto da su vuelo,
Son á los deseos mios.

Sábete que á mi corona
Falta un rubí; que tambien
Falta uua luz á mi haren,
Y un adorno á mi persona."
Marchó, y murmuró su labio
De Afkut esterminio y muerte;
Que un Emperador tan fuerte
De ageno bien formó agravio.

III.

Con sombras y con estrellas,
Con la luna y sus reflejos,
Los gemidos de los viejos
Y los sueños de las bellas,
Con quietud, melancolía,
Con hurtos y robadores,
Citas, desdenes y amores,
La noche se despedía.
Con sus tintas sonrosadas,
Céfiros blandos y frios,
Que desatan de rocíos
A las hojas desmayadas,
Con aves de melodía,
Casamientos de las flores,
Y cantos de labradores
El alba se sonreia.
Brilla la luz en que emplaza
Selim á nobles vasallos
Con sus armas y caballos,
Para una solemne caza;
Y él toma un corcel bizarro.
Cubierto de ricas galas,
Bruto de invisibles alas,
Digno del sol y su carro,
Pues con agiles extremos
Los vientos se deja atrás,

Y orgulloso en el compas
Agita los cuatro remos.
Parece que al resoplido
Decir quiere con empeño:
«Solo para mi tal dueño,
Fuera de él, ningun nacido.”
Siguen al Emperador
Sobre brutos estimados,
Los Omrhas mas elevados
Y otros de clase inferior,
Y Afkut que rige un overo
Con freno de limpia plata
Y cubierta de escarlata,
Como los euros ligero.
Dase general batida
Por quebradas y laderas,
Do leones y panteras
Beben sangre enrojecida,
Y anuncían esploradores
Que hay un tigre en un juncar,
Fiera altiva v singular
Por su tamaño y furores.
Llega Selim.... mas no hay pecho
Que á combatir se resuelva,
Viendo al rey de aquella selva
Que se alzaba sobre el lecho.
Tenia las fauces anchas;
Mostrábase dibujado
Sobre un fondo muy dorado,
De negras y hermosas manchas.
Jamás retrató el pincel
Por sublime y prodigioso,
Ni animal mas espantoso,
Ni mas delicada piel.
Ponia los ojos fieros,
Dudando ensayar sus garras,
En lanzas y cimitarras,
Caballos y caballeros;

Pues aquel caudal de enojos
Que agitaba sus entrañas,
Antes de romper en sañas,
Le saltaba por los ojos.
El Emperador que vió
Pálida su comitiva
Que el trance atrevido esquiva,
Vuelto al fiel Afkut, gritó:
«Muéstranos las perfecciones
De tu fuerza muscular:
¿Tigres no podrá domar
Quien domó fieros leones?
Mas no es honra, á mi entender,
De hombres fuertes y membrudos,
A tigres de armas desnudos
Con armas acometer.
Sin ellas la suya ejerza
Quien quiera ostentar pujanza;
Dios nos dió razon que alcanza
Lo que no logró la fuerza."
Oyendo razones tales
Descabalga el turco fiero;
Se despoja del acero,
Que lauros le dió inmortales,
Y avanzándose provoca
La furia desenfrenada
De aquella fiera manchada,
De atroz uña y dura boca,
La cual salta con vigor,
Y salvando angosto trecho,
Las garras clava en el pecho
Del osado lidiador.
Furibundo el ofendido
La separa de su seno,
Que mira de sangre lleno,
Con despojos del vestido,
Y oprimiendo su ancho cuello
Parece que la sofoca,

Y que salta de su boca
La lengua con el resuello.
Ella se desembaraza:
Con veneno que corrompe,
Mutila, destruye, rompe,
Bebe sangre y ataraza.
Mas Afkut desesperado
Con carnicería tanta,
De la fiera en la garganta
Metió el brazo ensangrentado,
Y asiendo desde el cimiento
Su lengua con gran trabajo,
Arrancósela de cuajo
Con la vida y el aliento.
Pero el vencedor osado
Siente herida penetrante,
Que acercando va el instante
De su fin infortunado.
Sufriendo el postrer afan,
Que cual flor su vida seca,
Vuelve el rostro hácia la Meca.
Como justo musulman.
No hallando en aquel retiro
Linfa de argentino son,
Con polvo toma ablucion
Y acaba sin un suspiro.
Las riendas Selim volviendo
Del coral engalanado,
A los Omrhas de su lado
Brevemente fué diciendo:
«¿De que sirve buscar nombre
«Con domar fiera bravía?.....
«Yo toda la gloria mia
«La pongo en domar al hombre.
«Mas los timbres quiero honrar
«Del bravo que aqui reposa........
«Por mia tomo á su esposa,
«Que conmigo ha de reinar.»

El secreto.



ABENOZMIN.

Del ruiseñor ¡oh Leila! con la gala
No cantas hoy al son de bandolinas
El encendido amor de Sacuntala,
Como cantan las jóvenes Braminas.

Triste como la noche el rostro lindo,
Lloras no sé que penas lastimosas;
Pareces un hermoso tamarindo
Cargado de rocío entre las rosas.

¡Luz del placer! ¡reposo de las almas!
¡Mas hermosa que el cielo del Oriente!
¡Y en el vasto desierto de las palmas
Unica flor de embalsamado ambiente!

Lloras; templas el fuego á tu pupila:
Lloras y eres mas bella, que tu lloro
Es dulce como el jugo que destila
Fresca vid de Schiraz en vaso de oro.

¿Qué falta á tu delicia lisonjera,
Si tus perdidas trenzas engalanas
Con tesoro tan rico que pudiera
Contentar la ambicion de cien Sultanas?

Pides dones al mar y á sus cristales,
Y se lanzan cien negros pescadores
Que le roban sus perlas y corales
Para que tú no gimas y no llores.

Si olvidada del mar y sus espumas
Pides dones al viento que suspira,
Te engalanas, hermosa, con las plumas
De la garza real de Cachemira.

Que tuyo es este cielo delicioso,
Y tuyos son los mares y sus rocas,
Y el Gánges y el Danubio caudaloso
Que da tributo al mar por cinco bocas.

LEILA.

¡Ó tierno Abenozmin! ¡ó dulce hermano!
Te quiero como al plátano fecundo
Que sombreó mi cuna en el verano,
Como al primer halago de este mundo.

Tus miradas son como los zafiros,
Cuyo fulgor sobre el metal riela,
Y tus palabras calman mis suspiros
Como el agua la sed de la gacela.

¡Pero mi pecho triste no reposa!
Mi padre Omar me destinó á los brazos
De su viejo Visir.... seré su esposa
Que maldiga sus pérfidos abrazos.

Con los años que en él pintan su enojo
Se ha cubierto de sulcos su semblante,
Como en las tempestades el mar Rojo,
Que es abismo de espumas inconstante.

Cual las alas del cisne encanecidos
Sus cabellos están; su amor es hielo:
¿Pueden acariciar besos fingidos?
¿No eres mi hermano tú?... dame consuelo.

¿Quién unió las gacelas y chacales?
¿Quién la flor del henné con las ortigas?
¿Quién al tigre de vastos arenales
Con las palomas cándidas y amigas?

Líbrame, Abenozmin, de estos pesares;
Rompamos las cadenas de este suelo:
Llévame donde quieras por los mares....
¿No soy tu hermana yo? dame consuelo.

ABENOZMIN.

¡Ó rosa del Irem! ¡luz del profeta!
Contempla esta mi daga rutilante,
Que la teme el Visir y la respeta....
Vuelva el color nativo á tu semblante.

¡Mis labios te revelan un secreto!
No soy tu hermano yo, vírgen dichosa;
Tu amante soy que te adoré discreto,
Y esta noche en el mar serás mi esposa.



La Sultana

ENAMORADA DEL CRISTIANO.



¡Amador de la cruz! Yo te pusiera
Los pliegues nebulosos del turbante
En torno de esa larga cabellera,
Bajo el calpac de púrpura brillante!

Que en el hermoso cielo de tu frente,
Nubes de gasa errantes y ligeras
Templarian tal vez el fuego ardiente
Que arrojan tus pupilas hechiceras.

Aljuba de costosa orfebrería
Diera á tu esbelto talle mas primores,
Y esa leve cintura estrecharía
Ceñidor de Kashán con varias flores.

Balages y amatistas violadas
Yo pondria en tus galas y vestidos,
Cornerinas de Yémen estimadas,
Con versos del Coran alli esculpidos.

Sobre tu doliman de seda gualda
Damasquino puñal asomaria
Con el nítido pomo de esmeralda
Y el puño de brillante pedrería.

De bayaderas y hadas habitado
Tendrías un jardin, y con reposo
Mascarías el bétel delicado,
Fumarías el houca delicioso.

Y mientras en el lecho de las rosas
Tomases por las noches sueño largo,
Tu frente orearian dos hermosas
Con la pluma sutil del faisan Argo.

¡Amador de la cruz! ¡ah! ¡quién me diera
Que ese tu hermoso labio que es de aroma
Una vez estas voces profiriera!
«*Dios es Dios: su profeta fué Mahoma.*"

Que entonces mis genízaros valientes
Por único señor te aclamarian,
Y en nuestra gran mezquita reverentes
La noble cimitarra te pondrian.

Y fueras el señor de los señores,
Y Rey con eminente señorío,
Exaltado por Dios á los honores
Del soberano cetro y poderío.

Invictísimo dueño de dos mares,
Con direccion profética y divina
De grandes fortalezas y lugares,
De la casa de Meca y de Medina,

De la Siria, Diarbeck y Besarabia,
Bosnia, Servia, Morea y tierras todas
De la Iliria, la Armenia y la Moldavia,
Y las islas de Chipre, Candia y Rodas.

La mina de Kiebban plata te diera,
Cual no hubieron jamás moriscos Jeques,
Y Metelin con Lémnos te ofreciera
Galeras y fragatas y javeques.

El Tígris y el Eufrátes correrian
Murmurando tu nombre poderoso,
Y estos mis blancos brazos se abririan
Para estrecharte bien, como mi esposo.

¡Amador de la cruz! ¡ah! ¡quién me diera
Que ese tu hermoso labio que es de aroma
Una vez estas voces profiriera!
«Dios es Dios: su profeta fué Mahoma.»



El Sultan Gelaledin.

I.

Fuerte como el caiman entre las aguas
Y como los leones en la tierra,
Y ardiente como el hierro entre las fraguas,
Nació Gelaledin para la guerra.

Rompe su maza de armas cuanto toca
Y llena de cadáveres la tumba,
Con el ímpetu duro de una roca
Que del altivo Cáusaco derrumba.

Hiende los cascos fúlgidos de acero
Sobre cabezas duras y arrogantes,
Y el peso de su golpe que es certero
Postraria los mismos elefantes.

Bajas veréis las lanzas mas osadas,
Si levanta la suya con gran ira,
Porque rasga las cotas enmalladas,
Como el mas leve chal de Cachemira.

Es el sol rutilante del Estado,
Que recorre su cielo de victoria,
Y sultan de Gaznáh, sultan mimado
De fortuna, placer, honor y gloria.

II.

Como Gemil á Schanbáh,
Como Josef á Zuleika,
Como Khosróu á Schirín,
Y Megeneum á Leila,

Ama el inclito sultan
A la hermosa Eldana-Haleva,
Cuyo nombre por lo dulce
Parece que mieles tenga.

No hay vate que no celebre
Con una kasida nueva
Los primores y las gracias
De tan singular belleza.

Por los cármenes risueños
Que de acacias se sombrean,
Despues de tercer azala,
Su faz Gelaledin viera.

Y mientras el ciego amor
Por sus negros ojos entra,
De su corazon herido
Va espresando la sorpresa.

—Urí del octavo Edén
Guardada para el profeta
Mis ojos os han juzgado,
Y estáticos os contemplan.

Produciendo tales flores
Mis dominios y praderas,

¿Quién de mi dorado Harem
Las escluye y las destierra?

¿Qué avaro guardó tal mina
Y ha cerrado el alma en ella?.....
¿Quien sois vos, placer de Reyes,
Y de los placeres Reina?

—Soy esclava, contestó,
Que lo quiso así mi estrella,
Y á la vez nace la rosa
Sobre venenadas hierbas.

Es mi dueño Aben-Zofir,
Cuya barba ya blanquea
Con la nieve de los años
Como pluma de cigüeña.

Y helado como las tumbas
A mis mimos y ternezas,
Al oro de algun Bajá
Vender mi hermosura intenta.

—¿Esclava os dijisteis vos,
Risa de la primavera?
No debió llamarse esclava
La que mira y encadena.

Gloria sois de mi corona,
Y hoy pasais á ser princesa,
Que las hijas de visires
Serán hoy esclavas vuestras.

Mi tesoro dá el rescate
Que á tal libertad convenga,
Y el trono de mis palacios
Magníficos os espera.—

Dijo, y á una señal suya
Cuatro esclavos de tez negra

Que en los cuellos y en los brazos
Argollas de plata llevan,

Humillan un palanquin
De púrpuras y de sedas,
Con lecho de blandas plumas
Cairelado de oro y perlas.

Ocúpalo la hermosura,
Y ellos al igual lo elevan
Sobre los robustos hombros,
Y al palacio el rumbo acercan.

Que ya de la cuarta azala
Los bellos instantes llegan,
Y el sol en el mar desciñe
De sus sienes la diadema.

III.

Gelaledin fiado en sus victorias
Y en su invencible brazo sin segundo
Tomó por complemento de sus glorias
El dictado feliz de «*Luz del mundo.*»

En sus cartas al noble soberano
De Egipto, al de la Siria y Mogul bello,
Nunca tomaba el título de hermano:
La victoria es de Aláh: decia el sello.

Orgullo y necedad tanta grandeza
Juzgó el Emperador esclarecido
Que manda en Indostan, y con fiereza
Esclamó sobre el sólio estremecido:

«Yo apagaré de un soplo esa lumbrera;
«Yo pisaré ese can desenfrenado
«Que de noche á la luna vocifera,
«Turbando mi reposo sosegado.

«Escupiré en la faz de sus queridas.
«Y las mas cariñosas y mas ledas
«En sucio muladar envilecidas
«Mancharán sus ornatos y sus sedas.» —

Mandó juntar sus carros y elefantes
Que sostenian torres con flecheros,
Sus peones con armas centellantes
Y sus caballos tártaros ligeros.

Y al pais de Gaznáh fué sin tardanza
Como leon hambriento y ofendido,
Y á probar de sus armas la pujanza
Retó á Gelaledin desprevenido.

IV.

En los cariñosos brazos
De la hermosa Eldana-Haleva
Que jugaba con los rizos
De su barba larga y negra,

Sorprendió al sultan la fama
De tan impensada guerra,
Como un rayo que desploma
De los lutos de la esfera.

Rasgando su vestidura
Con la indignacion que alienta,
Deja ver desnudo el pecho
Que nunca en las lides tiembla.

Y mirándose en los ojos
De la bella entre las bellas:
«Ya conozco, dijo airado,
«La intencion del que me reta.

«No codicia mis tesoros,
«Ni busca mis fortalezas.

«Ni apetece mis esclavos,
«Ni el trono do estoy anela.

«Busca tu encantado Cielo,
«Sultana de mis sirenas,
«Que de Delhí en los jardines
«Lirios como tú no encuentra.

«¿Pero cómo osó el chacal
«Que de huesos se alimenta,
«Del leon que está dormido
«Codiciar la rica presa?

«Tú vendrás, luz de mis dias,
«Tú vendrás á la pelea,
«Y guardada por mil lanzas
«Vivirás en una tienda.

«Y á tus pies he de poner
«Del bárbaro la cabeza
«Pisada de mis caballos
«Y escupida de tus siervas.»

Dice, y de su pronta marcha
Da las órdenes espresas;
Viste la enmallada cota,
Toma el arco y las saetas.

Son cuarenta mil caballos
Los que siguen sns enseñas.
A los cuales Seifedin
Y Yemen Al-Muk gobiernan.

Envueltos en denso polvo
A los euros se asemejan:
Retumban los duros cascos
Y las armaduras suenan.

Entre esclavos y entre eunucos,
Detras sigue Eldana-Haleva

Guardada con azagayas
De los fuertes que la cercan.

Del ejército imperial
Ya el campo se les demuestra;
Y estando ya preparadas
A la lid entrambas fuerzas,

Los dos gefes del sultan
Disputan y se denuestan,
Y enojado el mas anciano
Se retira de la empresa.

Llevándose los soldados
Que estaban á su obediencia,
Sus reales fugitivos
Al pie de Sangrak asienta.

Rujía Gelaledin
Con la furia de pantera
Cuando astuto cazador
Los cachorros se le lleva.

Se mira muy desmembrado,
Débil á la resistencia,
Y hácia el Indo se dirige
Con los restos que le quedan.

V.

Siguiólo con sus huestes numerosas
Gengiskan, su enemigo furibundo,
Del Indo á las riberas deleitosas
Do pensaba apagar la luz del mundo.

Con todas sus falanges formó un arco,
Cuya cuerda era el rio caudaloso,

Y en medio lo cerró, sin lancha ó barco
Para salir del trance peligroso.

Al frente de una tropa vengadora
Romper quiso el sultan la dura valla,
Y sacar á su Haleva encantadora
Del terrible lugar de la batalla.

Pero un soldado fiel á quien amaba
Le detuvo el bridon, y le decia:
«No es la temeridad la que se alaba;
Templad, Señor, un poco la osadía.

Insensato se llama quien golpea
Con el puño los filos del acero,
Quien aplica á su faz ardiente tea,
O busca salvacion en volcan fiero.

Mirad esa corriente sonorosa:
Dejad de ser cual hierro entre las fraguas,
Y enseñad al infame que os acosa
Que sois como el caiman entre las aguas.»

VI.

El Sultan volvió los ojos
Al Indo que ronco truena
Como un mar de aguas azules
De profundidad inmensa.

Meditó como el piloto
Que perdida su galera,
Fia en dos robustos brazos
Que le dió naturaleza.

Al rio mandó arrojar
Sus tesoros y preseas,

Sus aromas, sus esclavas
Y sus recamadas telas.

Llamó cuatro buzos negros
Que rojos corales pescan,
Diestros como tiburones
En cortar las aguas frescas,

Y les dijo—«Si salvais
«La vida de Eldana-Haleva,
«Y libre de tantas ondas
«La llevais á orilla opuesta,

«Ya no pescareis corales
«Entre las tajadas peñas,
«Porque pescareis las joyas
«Y tesoros de la Persia.»

Calló: dos avaros buzos
Con fajas de larga seda
Ciñen el delgado talle
De la desmayada Haleva,

Y asiéndose de los cabos,
Por las frias aguas entran,
Mientras que los otros dos
La conducen y sustentan

Sobre el líquido cristal,
Como si la Diosa fuera
De las cándidas espumas
Y reciennacida de ellas.

Va vagando como flor,
Y las olas la respetan,
Y de nítido rocío
Salpican su blonda crencha.

Su amante Gelaledin
Al raudal su cuerpo entrega,

Siguiendo el seguro norte
Do la vida tiene puesta,

Y el hielo de las espumas
Apagar en vano intenta
De sus brazos el vigor
Y del corazon la hoguera:

Síguenle tambien los suyos,
Y el rio su cauce llena
De cascos y de corazas,
Turbantes, corceles, riendas.

Silban ya por todas partes
De los Tártaros las flechas
Que ven toda su esperanza
Con arrojo tal deshecha.

Y á la playa apetecida
Salvos los amantes llegan,
Que el amor vence imposibles
Contra toda resistencia.

Muchos fugitivos logran
Arribar á las arenas,
Otros con la muerte luchan.
Otros la corriente lleva.

Gengiskan ocupa el campo
Que el bravo enemigo deja,
Pero lo encontró desnudo
Del tesoro que desea,

Y mordiéndose las manos,
Exclamó con gran sorpresa:
«¿Quien lucha con el caimán?
«¿Quien lo busca, si se cierra

«De las aguas en el fondo
«Buscando profunda cueva,

«Do ignorado de los hombres
«Sus furores alimenta?»

Retiróse con los suyos
Llevando en el alma impresa
La admiracion, que al enojo
Fué quitándole las fuerzas.

El Sultan volvió á Gaznák,
Do las liras de poetas
Le rindieron dulces cantos
Entre las pomposas fiestas.

Esto fué en mes de Rageb,
Quedando en adagio Persa
Si vivis en el Rageb
Veréis cosas estupendas.



Jida y kaled.



Historia maravillosa, dijo Mehdi Karab, merece escribirse con letras de oro.

I.

Porque nacieron libres son osados
Los leones que lanzan ira y muertes;
No os deslumbren los hierros por dorados,
Borrad la esclavitud y seréis fuertes.

Las tribus de desiertos arenosos
Llevan toda su patria en una tienda,
Que de nocivos rayos calurosos
La generosa prole les defienda.

Que la patria es el suelo que se pisa
Con pié que no embarazan las cadenas,

Ya sea fresco Eden con flor y brisa,
Ya páramo con tórridas arenas.

Sus vírgenes anhelan los amores
Del que mostró en la lid mayor pujanza,
Y halagan sus corceles voladores,
Y sus hijos heredan una lanza.

Dos luceros tiene Jida
Como dos azules gotas
De las aguas de los mares
Sobre el nácar de una concha.

Rostro en que su pensamiento
Rayo inteligente arroja;
Perfeccion en los contornos,
Purpúrea y pequeña boca.

Pureza de lineamentos
Y elegancia de las formas,
Y en una mirada tierna
Retratada el alma toda.

Ni las venas ni nudillos
En las manos se le notan,
Y el lampo de nieve pura
Les puede servir de sombra.

Mas ¿quién en belleza tanta
Puso un corazon de roca,
Que ama las sangrientas lides,
Sediento de las victorias?

Niña la llevó su padre
Por las selvas espantosas,
Y entretenido en la caza
De las fieras que allí moran,

Componiéndole una cuna
Con dosel de frescas hojas,

Al pié de fugaz arroyo
La dejó dormida y sola.

Sale de vecina gruta
La tigre mas horrorosa,
Cuya piel con mil caprichos
La naturaleza borda.

Sus garras van bien provistas
De unas cimitarras corvas,
Y en el celo del amor
Sus ojos mil chispas brotan.

Se acerca á la verde cuna
Y envaina sus armas todas,
Halagando á la hermosura
Con la vacilante cola.

Jida vuelve de su sueño;
Sus manos de flor coloca
Sobre la cerviz robusta
De la fiera bienhechora.

Pende luego de sus ubres,
Y la leche que atesoran
Con tal abundancia bebe
Que sus labios la rebosan.

Tres leones mató Záher,
Y al momento en busca torna
De la prenda de su amor
Que yace en florida alfombra.

La vió que exprimia el pecho,
Bebiendo leche que brota
De aquella feroz nodriza,
Que á su vista, presurosa

Desliza por los juncares
Y por las quebradas hondas,

Mientras él con la sorpresa
Dice al viento tales cosas.

«¡Tribu de Beni-Assac! ¡Tribu escogida!
Tú me viste exalar gemido flébil,
Cuando me llamé padre, y nació Jida.....
¿De qué sirve á tu gloria el sexo débil?

Yo codiciaba darte un hijo mio,
Que siempre en el combate apareciese,
Do es mas espeso el polvo, do hay mas brio,
Do la enemiga sangre mas corriese.

Así cerré mi vista al fruto aciago,
Inútil de la guerra al grave peso;
Desnudo de esperanza fué mi halago,
Y mezclado con hiel el primer beso.

Mi esposa me decia: su belleza
Brilla como el sol puro y luminoso;
Mas yo le respondia con tristeza:
Pónle corazon de hombre y soy dichoso.

Mas ya cesan mis ansias y dolores;
Tribu de Beni-Assac, dispon las lanzas;
Quien de tigre mamó, bebió furores;
¿Quién ha de poner dique á sus venganzas?

Sin duda que escondió naturaleza,
Como por un error ó antojo ciego,
En seno virginal la fortaleza,
Y en la cárcel de flor, alma de fuego.

¡Fruto digno de mí! ¡gloria del hombre!
¡Tú llenarás mis dias de placeres!
Yo te llamo Giodar; te doy un nombre
Que no llevan las débiles mugeres.

En trage de varon, y replegados
Los hermosos cabellos, lluvia de oro,

Domarás los corceles esforzados
Y tendrás una lanza por tesoro."—

Dijo; y al levantarla de su lecho,
Con un beso selló su frente pura,
Que destiló valor al hondo pecho
Y realzó su cándida hermosura.

Jida se mudó en Giodar,
Y en niño la niña airosa,
Y la doncella en garzon,
Que al duro enemigo doma.

Ciñe damasquino alfange
De luciente y sutil hoja,
Cuyo puño de esmeraldas
Un grueso rubí corona.

Malla de bruñido acero
Sujeta sus blancas pomas,
Que, oprimidas duramente,
Sufren y no desarrollan.

Nuevas os dará el desierto
De su lanza vengadora,
Si entre piedras amarillas
Mirais unas piedras rojas.

De las enemigas tribus
Las doncellas y matronas
Sus amantes y sus hijos
De Giodar cautivos lloran,

Y sobre el tapiz de Alepo
Se desmayan y se agostan,
Como moribundas flores
Que rústica mano corta.

Y los fuertes están tristes
Fijando miradas torvas

Sobre las profundas huellas
Del corcel que Giodar monta :

O sentados á los piés
De las palmas tembladoras,
Como estátuas del silencio,
Meditan pasadas glorias.

Las mas lindas hermosuras
Van repitiendo á sus solas :
«¿De caudillo tan ilustre
Quién pudiera ser esposa?

Mas él por los arenales
Vive como las leonas,
De la presa que arrebata,
Y ciego á la lid se arroja :

Y á los árabes errantes
Encarga con voz sonora :
«Dad saludes á mi tribu,
Dadle paz con mi memoria.

Pronto me verá mi madre
Con rico botin y pompa
De esclavas de hermosos ojos,
Que la llamen su señora.

Ella teme por mi vida....
¡Temor vano! hay una copa
Que al fin hemos de apurar
Con las últimas congojas.

¡Por últimas son felices!....
La fuente de amargas ondas
Del morir he de beber;
Pronto ó tarde, nada importa.

Dad saludes á mi tribu :
Mi brazo no la abandona :

Los tigres le están sumisos,
Y los reyes se le postran."

II.

Hay otra noble tribu de guerreros
Que idolatran las bélicas fatigas,
Y parten al combate los primeros
Dando un esquivo adios á sus amigas.

Su caudillo es Kaled. Su pecho duro
Rodeó la eficaz naturaleza
De sólido metal con triple muro,
Uniendo la hermosura y fortaleza,

En vivas ansias arde el garzon fuerte
De estrechar con Giodar amigos lazos,
De correr en la lid la misma suerte,
Y de mirar al héroe entre sus brazos.

Presentes de caballos atesora
Y arneses, lanzas, flechas y puñales
Guarnecidos de perlas de Basora,
Y tapices, estofas y cendales:

Y aplicando al bridon la dura espuela
Seguido de escuadron noble y brioso,
Salva los arenales, corre, vuela,
Y presenta á Giodar el don precioso.

Benigno lo recibe y agradece,
Y á Kaleb conocido por la fama,
Tras un estrecho abrazo que le ofrece,
Con singular placer amigo llama.

Cual dos cedros del Líbano eminentes
Que crecen á la par, y en hondo suelo

Enlazan sus raices diferentes,
Alzando igual ramage al alto Cielo,

Unen los dos caudillos esforzados
Inclinacion, deseos y aficiones,
Se parten las fatigas y cuidados,
Y estrechan generosos corazones.

Mas ¡ah!... ¡Del ciego amor en vano intenta
Defenderse el ardido en las batallas!
Su agudo pasador mas se ensangrienta
Con los pechos que visten duras mallas.

Giodar siente su fuego: incierto gira
Con incógnito peso sobre el alma;
Tal vez vierte una lágrima y suspira;
No sabe qué es amor, mas no halla calma.

De su madre en el seno cariñoso
Suelta en fin de este modo su lamento:
«Si á Kaleb no consigo por esposo,
» Yo moriré al rigor de mi tormento.

«Yo desprecié la muerte y sus rigores,
» Y la caza y la lid tuve por bienes;
» Mas ya temo morir sin sus amores,
» Solo pueden matarme sus desdenes."—

Ella con tales voces la consuela:
» Él es digno de tí: su faz hermosa
» Su corazon magnánimo revela,
» Y su lanza su fuerza poderosa.

«Deja el traje falaz que desfigura;
» Como conviene al sexo te engalana;
» Y encontrándote vírgen bella y pura,
» Esclavo de tu amor será mañana."—

Giodar en la bella Jida
Con el trage se transforma,

Sentada sobre un divan,
En atmósfera de aromas.

En dorada profusion
Sus largos cabellos flotan,
Y desnudo muestra el seno,
Do su trono amor coloca.

Su túnica delicada
Que flores de plata bordan,
Con un chal por la cintura
Levemente se aprisiona.

Y pasan sus blancos brazos
Por mangas de verde ropa,
Que hasta el codo van abiertas
Cayendo al descuido flojas.

Calzon lleva de mil pliegues,
Y finísimas ajorcas,
Que de los piés las gargantas
Ciñen con prision graciosa.

Así al lado de su madre
Que de sus miradas goza,
De su amor la vista espera,
Culpando las tardas horas.

Kaled llega, y al mirarla
Queda con el alma absorta,
Dudando si es realidad,
O sus ojos se equivocan.

Celestial aparicion
De una Fada se le antoja;
Tal vez una Urí la juzga,
Y calla, porque lo ignora.

Mas la madre de la bella
Su duda y silencio corta,

Diciendo : «Ved si el cariño
»Pequeños prodigios obra.

«Jida nunca fué Giodar :
»Sed de empresas hazañosas
»Con el trage de varon
»La llevó dó el valor choca.

«Pero vuestro amor su pecho
»Con tal inquietud acosa ,
»Que os revela los secretos
»De su sexo y de su historia.

«Poned fin á los afanes
»Que su corazon devoran ;
»Vos la hubisteis por amigo ,
»Yo os la ofrezco por esposa."

Turbado quedó Kaled ,
Mas respondió sin demora :
«Yo no pensé separarme
»De Giodár : mi fé me abona.

«Mas supuesto que es muger ,
»Su amistad desprecio agora :
»Yo antepongo á las beldades
»De mas mérito y mas nota

«La sociedad de los fuertes
»Y la lid que ellos arrostran ;
»Y la caza de elefantes ,
»Á las mas risueñas bodas.

«Mi tribu no tiene gefe ,
»Sus hijos mi nombre invocan :
»Parto pues.... lazos de amores
»Afeminan , enponzoñan." —

Dijo , y raudo como el viento
Cuando el arenal azota .

Voló sobre su corcel
Que su negra crin tremola.

Jida quiere morir: penas estrañas
Roban el blando sueño de sus ojos;
Y la seda sutil de sus pestañas
Brilla con una lágrima de enojos.

¡Oh flor de Beni-Assác! El amor ciego
Es la tigre de manchas salpicada,
Cuya leche bebiste con sosiego
Sobre tu verde cuna regalada.

Su veneno discurre por tus venas,
Mas bebiste con él fiera pujanza;
Del abismo insondable de tus penas
Te sacará el furor de la venganza.

«Ya no quiero morir, esclama, quiero
» Ver rendido á mis piés al orgulloso,
» Con cadena tenaz domar al fiero,
» Y que sufra el desden el desdeñoso.

» Ver que implora piedad, ver que suspira,
» Mi volcan á su pecho trasladado,
» Y que su corazon por mi respira
» Con duro torcedor atormentado." —

Dice: y tomando el trage de Beduino,
Vela su linda faz de nieve y rosa,
Deja todo su ornato peregrino,
Recoje su madeja vagarosa,

Y montando un troton, bruto escogido,
Que el fuego que su pecho reconcentra
Lanza en grumosa espuma convertido,
La tribu de Kaled busca y encuentra.

Mirando al adalid, cuando á su gente
Adiestraba en la belica fatiga,

Le retó con un ímpetu insolente
A singular combate la enemiga.

El choque igual se muestra: su ardimiento
Manifiestan los dos, y esfuerzo apuran,
Sin herirse, sin ver el vencimiento,
Por mas que con ahinco lo procuran.

Dejan á nueva luz nueva pelea,
Y siempre igual el brio se mantiene,
Sin que el mas docto en armas entrevea
Quién de los dos mas fuerza y vigor tiene.

Mas Kaled, apurada su osadía,
Dice al rival — «En nombre de Dios fuerte,
» Que me digais quién sois, quién os envia:
» Vuestro brazo es el brazo de la muerte.

«Vuestro aliento es el soplo llameante
» Del simoún que abrasa fiera y hombre;
» Dejádme contemplar vuestro semblante;
» Decidme vuestra tribu y vuestro nombre." —

Mostró entonces la vírgen su faz pura,
Y esclamó — «Yo soy Jida despreciada
» De aquel que á los halagos de hermosura
» Prefiere caza y guerra denodada.

» Yo he venido á mostrar la fortaleza
» De la mas ofendida entre mugeres:
» Mirad si solo es buena la belleza,
» Para afeminaciones y placeres." —

Cubrió luego su nítido semblante,
Dió riendas al corcel, y dejó el campo
Y á Kaled suspiroso y vacilante,
Perdiendo de su luz el vivo lampo.

El fuerte Kaled se aflije;
Ya la caza le es odiosa:

Libres vagan los chacales
Y los tigres y las onzas.

El amor llena su pecho,
Y del alma no se borra
La dulce adorada imágen
De la vírgen belicosa.

Cargado de ricos dones,
Y al frente de noble escolta,
La tribu de Beni-Asac
Por norte á sus ansias toma.

Con Záher, padre de Jida,
Brevemente así razona:
«Yo moriré de tristezas,
»Como flor que se deshoja,

«Como arroyo que se seca,
»Como fuente que se agota,
»Como la gazela herida
»De la flecha matadora,

«Si de Jida entre los brazos
»Mi pecho no desahoga
»Penas que de sangre son,
»Pues triste vivir acortan."—

«Yo no tengo (dijo Záher)
»Hija alguna: rica joya
»Me dió Alá en un hijo mio,
»Que Giodar las tribus nombran.

«Mas ya que sabeis secretos
»Que tanto á los dos nos tocan,
»Ya que vuestra lanza es fuerte,
»Segun en la lid denota,

«De Jida la mano os doy:
»El precio de su persona

»Serán mil camellos rojos
»Que carguen profusa copia

«De producciones del Yémen,
»Y de esencias olorosas."
Luego dió noticia á Jida
De las prometidas bodas.

La doncella respondió:
«Las admito: soy su esposa,
»Con tal que matar prometa
»Para el dia de mis glorias,

«Mil camellos escogidos
»De la tribu poderosa
»Beni-Amet, veinte leones,
»Y en dura esclavitud ponga,

«Para que mi sierva sea,
»La doncella mas graciosa
»De un príncipe de Kail,
»Que á mis piés derrame rosas."—

Kaled el tratado admite
Y peligro no perdona,
Que el amor sabe allanar
Cuanto su placer estorba.

El adalid mandando mil valientes,
De Beni-Amet la tribu hirió con ellos,
Y despues de batallas diferentes
Arrebató un botin de mil camellos.

Cautivó una doncella generosa
Que puso entre cadenas y prisiones,
Y blandiendo cuchilla luminosa,
Mató en el arenal veinte leones.

Asi las dulces bodas proyectadas
Tuvieron su felice cumplimiento,

Y las lejanas tribus asustadas
Soltaron de este modo el triste acento.

«De las hondas cavernas protegidos
» No estarémos seguros ni encubiertos;
» El tigre y el leon están unidos,
» Y forman el terror de los desiertos.”



Emblema de las Flores.



Se esconde en cualquier parage
Ruborosa la violeta,
Recelando algun ultrage
Por la sencillez del trage,
Del jardin en la etiqueta.

Retírase por temor
De algun infausto reves;
Tan humilde la flor es,
Que regala con su olor
Al pisarla con los pies.

Modesta se ha de llamar,
Y emblema de un corazon
Que, nacido para amar,
Hace el bien sin esperar
Recompensa ó galardon.

Reina jóven y vestida
Con la pompa de un festin,
Con profusion desmedida,
Sube la rosa encendida
Sobre el trono del jardin.

Palaciegas oficiosas,
Muy garridas y ataviadas
Cércanla las mariposas,
Y la guardan como espadas
Las espinas alevosas.

Mas el viento que suspira
Muda besos en enojos,
La desnuda á nuestros ojos,
Y el arroyo dó se mira
Se le lleva los despojos.

Es emblema de frescura,
Mas si es blanca, de candor,
Y encerrada con rubor,
Significa en su clausura
Pecho sin ningun amor.

Por los prados de esmeralda
Son las zagalejas solas
Las que tejen su guirnalda
De las rojas amapolas
Que pusieron en su falda.

Flores de tan frágil ser,
Que á un soplo desnudas son;
Queda solo su boton,
Como detrás del placer
Queda sola la afliccion.

Con las mieses simpatizan,
Forman su acompañamiento,
Sus cálices dan al viento,
Cálices que simbolizan
Dulce reconocimiento.

Atributo del reposo
Que los males aligera
Con su bálsamo dichoso,
Levanta su talle airoso
La fecunda dormidera.

Roja, orgullo significa,
Negra, letargo inclemente;
La blanca viene de Oriente,
La blanca sospecha indica,
Nace y muere prontamente.

¡Qué bellas tus flores son,
Arbol rey, rico granado,
Símbolo de la ambicion,
Que ostentas con profusion
Tanto fruto coronado!

¡Te bendigo por mi vida!
Me recuerdas á Granada,
La ciudad mas escogida,
De los árabes querida,
De los árabes llorada.

Vive para embellecer
Siempre verde el arrayan,
En bosques suele crecer
Dó los elíseos están;
Su flor es la del placer.

Cuando toda flor brillante
Los jardines abandona,
¿Quién es esa tan constante,
Que de sernos fiel blasona
Sin dejarnos un instante?

Dios te dió su bendicion,
¡O siempreviva risueña!........
De amistad eres enseña,
Bella de toda estacion,
Tan linda como pequeña.

El narciso delicado
Que en su palidez retrata
Su infortunio ya pasado,
De sí mismo enamorado
Se mira en raudal de plata.

Flor que enseñas egoismo,
La fiel imágen serás
Del que cae en el abismo
De amarse solo á sí mismo,
Sin amar á los demas.

De bella vista y olor
Las lilas tanto admiraron
Al discreto observador,
Que siempre significaron
Primera emocion de amor.

El clavel es el portento
De las gracias, sin rival;
Del jardin pasa al asiento
De búcaros de coral:
Quiere decir sentimiento.

La anémona desmayada,
La cual espresa candor,
Brilla fresca en la alborada;
Pero pierde su color
En ser la noche llegada.

Imágen de nuestra vida
Tan frágil y sin fortuna,
Que al mirar la luz querida,
Lloramos la despedida
Con vagidos de la cuna.

Es el geranio á su vez,
Segun tiene variedad,
Indicio de languidez,
De capricho, estima ó prez,
De Flora en la sociedad.

Agenjo dice amargura,
Capuchina discrecion,
Balsamina prevision,
Almendra dice locura,
Y el jazmin dice pasion.

Acacia es honesto amor,
Y la hortensia es el constante,
Corona imperial, rigor,
Lirio, castidad triunfante,
Y el jacinto es el dolor.

....

Mas yo, Nise de mi vida,
Cuando tú flores me pides,
Te doy una flor querida
Que se llama *no me olvides*.



Leyenda Tártara.



I.

Teu-Man siempre halagado del destino
De Tartária el imperio se asegura,
Desde la estremidad del Ponto Eusino
Al Oby que al mar Caspio se apresura.

Sus palacios levantan á los vientos
Sus cúpulas hermosas y doradas,
Y llenan sus vistosos campamentos
Tiendas de negras crines fabricadas.

Obtuvo de un enlace lisongero
Fruto dulce de amor en dos garzones;
Mothé debió á la suerte ser primero
Con felices agüeros y visiones.

Lo concibió su madre cariñosa
Viendo en el éter límpido y sereno

Brillar un claro sol de luz hermosa,
Que cayó del cenit sobre su seno.

Y libre encaneció de los dolores
Que acompañan al trance riguroso,
Y fuera de estacion brotaron flores
Que dieron un aroma delicioso.

Un ciervo de grandeza desmedida,
Mas blanco que los grumos de la espuma,
Perdió su libertad y errante vida,
Pasado de un arpon que calza pluma.

Aves de estraños climas entonaron
Cánticos deliciosos de alegría,
Y magos sabidores auguraron
Toda felicidad al que nacia.

Los ojos del garzon afortunado
Brillan como la llama cuando crece,
Y en su pecho el valor volcanizado
La color del semblante le enrojece.

Son sus fibras robustas y aceradas
Como las del leon de las arenas,
Que vive de sus presas codiciadas,
Y es de lava la sangre de sus venas.

Cuando mide la fuerza de sus brazos
Entre solaz pueril con sus iguales,
Los oprime y ahoga con abrazos;
Son sus manos argollas de metales.

De su temprana edad en los verdores
Diez estíos le dió naturaleza,
Cuando á vista de tres embajadores
Quiso mostrar su brío y su destreza.

Tres veces armó el arco, y otras tantas
Hizo gemir el viento con tres flechas,

Y tres aves cayeron á sus plantas,
Abierto el corazon con hondas brechas.

Cabalga en bridon tártaro sin silla,
No se cala bruñido capacete;
Componen su armadura su cuchilla,
Lanza, coraza corta, sin almete.

Que ondean sus cabellos como un velo,
A merced de las auras desprendidos,
Libres como las águilas del cielo,
Que vuelan á las peñas de sus nidos.

Pero Teu-Man no aprecia la bravura
Del doncel, ni á su beso el rostro inclina,
Ni le halaga con plácida ternura,
Ni al trono del imperio le destina.

Ama solo á Kin-Kan, hijo segundo,
Feble como las hojas desprendidas,
Que á llorar cual muger vino á este mundo,
No á fatigar troton ni regir bridas.

Para dar á Mothé bárbara muerte
Finge el padre negocios de un tratado,
Y hablóle blandamente de esta suerte,
Mintiéndole lisonjas con agrado:

«Con las tribus de Yuet-chi paces quiero,
Y asentadas te entrego mi corona;
Tú debes ser el fausto mensagero;
Tú solo representas mi persona.

«Cumple, pues, mis mandatos, hijo mio,
Tienes segura trégua y franco suelo:
Nada te tocará sino el rocío
Y la lluvia que caiga desde el cielo.”

Así le dijo el pérfido: y convida
Con secreta mision al enemigo,

Para que corte en flor la hermosa vida
Del que le ofrezca paz, pidiendo abrigo.

Mothé toma su aljaba y pasadores
Con las hieles de víbora teñidos,
Que dan un fin atroz con mil dolores
Y entumecen los miembros afligidos.

Toma un corcel que juzgan engendrado
En la estacion feliz de primavera
Por un soplo del céfiro aromado
Bebido por la yegua en la pradera.

Y al fulgor de la luna señalada
Parte y salva los vastos arenales,
Como si conducido de una Fada
Volase por regiones eternales.

Dormido sobre el bruto un breve instante,
Soñó un espectro lívido, horroroso,
Con sanguinosa cinta por turbante,
Y esclamó, dando fin á su reposo:

«Infausta es mi mision, segun mi sueño:
Mi padre no me amó... ¡guay no me venda!
Nunca pudo mirar sin grave ceño
Mi sombra entre los pliegues de su tienda.

«La guerra es el cimiento del Estado;
Ensanchemos los límites al mio:
Venzamos con un hecho señalado
La fuerza con que amaga el hado impío.

«No conozco la ley de mi contrario,
Conozco de mi brazo la pujanza:
Dichoso es en la lid el temerario;
No quieren paz mi dardo ni mi lanza."

Dijo: sacó una flecha y con su punta
Tocó de su bridon la enhiesta vela,

Que mostrando su fuerza toda junta,
Mas veloz avanzó que una gazela.

Ya distingue las tiendas enemigas
Y abundantes camellos y ganados,
Y el resplandor de lanzas y lorigas
Hiere sus ojos negros y animados.

Ve una nube de polvo, y al encuentro
Le sale el gefe astuto y advertido,
Ocupando entre bravos noble centro,
Sobre revuelto potro guarnecido.

Mothé detiene el suyo prontamente;
Toma el arco letal que va cediendo
Sus elásticos cabos igualmente,
Al nervio retorcido obedeciendo;

Y el adalid arroja una saeta
Que pasándole el pecho sin coraza,
A muerte dolorosa le sujeta,
Y el hondo corazon le despedaza.

Luego á volver las riendas se apresura,
Y á un grito de su voz bien conocida,
Vuela su pisador por la llanura,
Cual neblí tras la garza perseguida.

Es vano que le sigan con enojos
Seis ginetes de esfuerzo prodigioso;
Cual relámpago pasa por sus ojos,
Apagado su rastro luminoso.

Teu-Man lo recibió sin alegría,
Las dudas del mancebo confirmando;
Mas por premiar su hazaña y osadía
Puso diez mil ginetes á su mando.

Un resplandor de gloria y de esperanza
Bañó la faz del bravo con tal nueva;

Su corazon respira con holganza,
Su mente como el águila se eleva.

Manda fabricar flechas silbadoras
Y que aguzen sus hierros herbolados,
Y al frente de las huestes vencedoras
Dictó esta sola ley á sus soldados.

«Si alguno no flechare con presteza
El blanco do mi flecha se encamine,
Pierda como rebelde su cabeza
Y su cuerpo á los perros se destine.”

Partió para la caza de leones,
Y al ver uno de fuerza desmedida,
Le disparó el mejor de sus arpones,
Que por el cerro entró con honda herida.

Algunos de su séquito quedaron
Sin disparar sus arcos, y al momento
Del tronco sus cabezas se apartaron,
Y el tronco dio á los buitres alimento.

Uno de sus caballos mas hermosos
Tomó tambien por blanco de sus tiros;
Algunos no flecharon recelosos,
Y rindieron su vida con suspiros.

Furioso porque amor, entre pensiles
De dormida quietud y de embelesos,
Detenia sus bríos juveniles,
De una tártara hermosa con los besos.

Convocó sus guerreros enojado,
Y disparó con ímpetu su vira
De la beldad al seno descuidado,
Que fué de un tierno amor sangrienta pira.

Algunos sus saetas detuvieron,
Que herirla no podian, siendo heridos

De la luz de sus ojos..... perecieron
Enamorados sí, no arrepentidos.

Contra un bridon hermoso y regalado,
Pezeño, de crin larga y raza fiera,
De su padre Teu-Man muy estimado,
Tambien quiso arrojar flecha ligera.

Ninguno le faltó: de pasadores
Una funesta lluvia se desata,
Que volando con plumas de colores
Al fogoso cuadrúpedo maltrata.

Una feroz sonrisa se ha pintado
De Mothé silencioso en el semblante,
Es leon con ayuno prolongado,
Que la segura presa ve delante.

Pues presente le han hecho con su afrenta
Del padre la pasada alevosía;
Furores y venganzas alimenta;
Ve fieles á los suyos y confia.

En la caza de tigres y leopardos
Halló al emperador entretenido,
Lo traspasó con uno de sus dardos,
Que de mil y mil otros fué seguido.

Cayó Teu-Man al suelo, taladrado
De una nube de puntas aceradas,
Y Mothé por señor fué saludado
De todas las falanges esforzadas.

Subió del alto sólio al hemisferio
Do el poder altanero se sublima,
Y ensanchó de Tartaria el gran imperio
Por la parte oriental y opuesto clima.

De las tribus de Yent-chi embajadores
Como don singular le demandaron

Dos mugeres mas lindas que las flores
Que de Teu-Man los dias aromaron.

Accedió á su demanda, y les decia:
«¿De qué sirven las frescas hermosuras?
Enervan el valor y la osadía;
Grillos de esclavitud son sus ternuras."—

Dieron segunda vez esta embajada:
«Entre vuestro dominio y el ageno
Hay cien leguas de tierra abandonada,
Y posesion pedimos del terreno.

Se irritó como el mar cuando destierra
De su seno la paz, y gritó airado:
«Preparad las cuchillas á la guerra;
La tierra es fundamento del Estado."—

Y sin dar á su esfuerzo trégua alguna,
Mandando sus ejércitos mas gruesos,
De los Yent-chi borró nombre y fortuna,
Pirámides alzando de sus huesos.

II.

En un solio de muelles almohadones
Cuajado de costosa pedrería,
Y bordado de sierpes y dragones
En oro, plata y perlas que el mar cría,

Se sienta entre sus nobles mandarines
Han-Kao-zou, guerrero que domina
Por todas sus regiones y confines,
Todo el celeste imperio de la China.

Una nube de pálida tristeza
Cubre su faz y enluta su persona.

Mas se anima de súbita fiereza,
Y con un mago suyo así razona.

—»Dormido sobre un trono conquistado
Me despierta el silbido de huracanes;
El sueño huyó, y el trono ha vacilado,
Y por sol me ilumino con volcanes.

»¿Vés el septentrion? voraces brios
De un incendio devoran mis ciudades,
Y rojos con la sangre de los mios
Están todos los campos y heredades.

»¿Qué sierpe ha deslizado entre mis flores
Con la nocturna sombra ocultamente,
Que marchita sus plácidos verdores
Con hálito feroz y pestilente?...

»¿Quién es ese chacál de hambrienta boca
Que mirando al leon, sin que se asombre
De sus uñas de acero, lo provoca
Y lo reta á la lid?... díme su nombre.

—»Mothé se llama el gefe temerario
Que las provincias fértiles agosta;
Su ejército atrevido y sanguinario
Se estiende como nube de langosta.

»El tártaro adalid tiene en su pecho
De vivo pedernal un triple muro;
A su ambicion el mundo es muy estrecho,
Y en el mayor peligro está seguro.

»¡Infeliz aquel blanco que él acecha
En torva lid, al frente de su escuadra!
Donde la vista pone, va la flecha,
Que á las aves encuentra y las taladra.

—»Se burla de los dardos mas impíos
Feroz rinoceronte bien armado,

Y el mar bebe las aguas de los rios:
Yo beberé la sangre del malvado.

»Yo pisaré la gloria de su raza,
Y si vivo en mis hierros le aseguro,
Le arrancaré con dientes de tenaza
Pérfido corazon del pecho impuro.

»Y mientras yo buscáre al enemigo
Usa tú de tus artes mas oscuras:
Al campo te vendrás, vendrán contigo
Esas seis peregrinas hermosuras,

»Que doman el valor de los mas bravos
Con artes encantadas de tal suerte,
Que besando sus pies febles esclavos,
Con la miel del placer beben la muerte.

»Pues si fallan las armas de la tierra,
Con maléficas artes del infierno
Al invasor harémos grave guerra,
Y su nombre tendrá baldon eterno."—

Dijo, y rasgó su larga vestidura,
Y alzando cual escollo altiva frente
Pidió su duro casco y armadura,
Y ronca voz de marcha dió á su gente.

Mas de trescientos mil son sus soldados,
Unos con gruesas lanzas caballeros,
Otros de férreas mazas van armados,
Otros son agilísimos flecheros.

Con el son de los carros rechinantes
Mézclase el relinchar de los bridones,
Brillan al sol cuchillas fulgurantes,
Suenan en las aljabas los arpones.

Mothé finge su pronta retirada,
(Porque así la victoria se asegura)

Llama con un ardid la hostil armada
De Pétem á la vasta y gran llanura.

Han-Kao-zou la ocupa de repente
Con todas sus falanges aguerridas,
Sintiendo en sus entrañas sed ardiente
De acuchillar las huestes perseguidas:

Mas cortado se vé sin esperanza;
Cuatro valles al llano desembocan,
Y sin ellos salida no se alcanza,
Pues los montes altísimos se tocan.

Y encuentra en cada valle y sus linderos,
Sin dejar un resquicio á la salida,
Cien mil caballos tártaros ligeros
Con ginetes de lanza prevenida.

Los caballos del valle del oriente
Mas blancos todos son que nieve pura;
Los que guardan el valle de occidente
Mas negros que la noche mas oscura.

Los del norte son tordos regalados
Que beben relinchando el aura fría,
Y son bayos los otros colocados
En el último valle al mediodía.

¡Han-Kao-zou! ¡romper en vano intentas!...
Las ásperas gargantas erizadas
De picas matadoras y sangrientas
Dan muerte á tus cohortes esforzadas!

A la séptima luz la carestía
Se siente en todo el campo de sitiados:
Alzase en esqueleto el hambre impía,
Como espectro en sepulcros ahuecados.

Han-Kao-zou suspira: llama al mago,
Y le dice: »No hay armas en la tierra

Que puedan libertarnos del estrago:
Marcha, y con tus encantos haz la guerra."

Y parte sin demora el hechicero,
Dando enseña de paz á brisas puras,
Y camina en silencio, compañero
De seis incomparables hermosuras.

Conducido á la tienda resguardada
De Mothé, prosternóse humildemente,
Y soltando su lengua almibarada
Esclamó con afecto reverente.

»Será el timbre mayor de tus honores,
Despues de haber vencido á tus contrarios,
Que te rindan tributo emperadores,
Que no han sido de nadie tributarios.

»Feudo de mas estima que estas bellas
No encontró mi señor que las amaba,
En cuanto alumbra el sol y las estrellas,
Y al tálamo imperial las destinaba.

»Te las ofrece, pues, y solo implora
Que mientras que te halagan á porfía,
Des paso á sus soldados sin demora
Por el valle que mira al mediodia."—

Mothé quedó suspenso, embelesado:
Seis pupilas azules le ablandaban
El corazon calloso y embotado,
Y otras seis todas negras fascinaban.

De hinojos las hermosas le pedian
Que accediese á sus ruegos; y á sus plantas
Por escabel ebúrneo le ponian
Los delicados senos y gargantas.

Accediendo por fin, mandó un legado
Para que sus ginetes se apartasen

Del valle al mediodia señalado,
Por donde sus contrarios retirasen.

Partió el astuto mago presuroso
Para dar fausta nueva de contento:
Todo el sitiado ejército medroso
Se puso en diligente movimiento.

Ya el hijo de Teu-Mán desfallecia
Prisionero de amor en su victoria,
Y entre los blandos ósculos perdia
Fuerza, vigor y espíritus de gloria.

Mas mirando su lanza abandonada
Y sobre el duro suelo el arco flojo,
Encendióse con rayos su mirada,
Se encandeció su faz con grave enojo:

Quiso dejar su tienda; y las sirenas
Detuvieron sus iras con halago....
Era lucha cruel de gozo y penas,
De ternura y de furias en amago.

Contemplándose débil con mancilla
Para vencerse sí, vencido el mundo,
Con el filo sutil de una cuchilla
Se hirió la mano izquierda furibundo.

Como leon que hieren cazadores,
Rugió, viendo su sangre que corria,
Y escupiendó los ídolos de amores,
Las armas empuñó con osadía.

Con los suyos siguió á los fugitivos,
Y alcanzadas sus últimas legiones,
Perdieron la luz pura de los vivos
Con los golpes de lanzas y de arpones.

Han-Kao-żou salvóse con el mago,
Y el hijo de Teu-Man no satisfecho

De la carnicería y del estrago,
Dió esta ley á los suyos con despecho:

» *Si alguno á Mothé viere en calma quieta*
Con alguna beldad entretenido,
Y á los dos no dirige su saeta,
Por aleve y traidor sea tenido."



Cuento de Hadas.



DEDICADO POR JUAN AROLAS AL JÓVEN POETA BARCELONES DON JOAQUIN RUBIÓ, AUTOR DE LAS POESÍAS LEMOSINAS: *Lo Gaité del Llobregat.*

—

Orillas del mar dormida,
Como sobre blanda pluma,
Sola, huérfana y perdida
Sueña Ines junto á la espuma.

No la iguala en blanca y leve
La espuma del mar sereno,
Ni la soñolienta Febe
Caminando hácia su lleno.

Mas ¡ay de quien duerme así
Descuidada y bella, á solas!

Que el pirata Marroquí
Viene á playas españolas.

Botando viene á babor
Hácia la costa y campiña,
Y en su esquife volador
Desembarca, y vé á la niña.

El Dios santo Adonaí
Que domina entre las ondas
Tenga compasion de tí,
Niña de las trenzas blondas.

Sálvete por esa cruz
Que en tu cuello está colgada,
Como talisman y luz
De tu vida desgraciada.

¡Infeliz!... En vano juntas,
Al despertar, ambas manos:
¿Qué ruegas, ni qué preguntas
Á los tigres africanos?

¿No conoces al pirata?
Venderá tu doncellez,
Que por tí le darán plata
Trípoli, Bujía y Fez.........

Los ladrones en mal hora
La llevan á su galera:
¡Como gime! ¡Como llora
La sensible prisionera!

Que ella es vírgen y cristiana,
Y azórase al ver turbantes,
Y fajas de seda y grana
Con las dagas rutilantes.

Que temen las Nazarenas
Mas que al tigre y á sus garras

À las barbas agarenas
Y á las corvas cimitarras.

Sobre el agua azul y verde
De aljófares cairelada
La nave veloz se pierde
Como flecha disparada.

Mas no al Africa camina,
Toma mares de Levante
Do la aurora purpurina
Muestra al mundo su semblante.

Tierra de oro, marfil, gomas,
Y que tiene por praderas
Laberintos con aromas
Y oásis de cien palmeras.

¡Nave ingrata! ¡nave infiel!....
Si un á Dios me has arrancado,
No es por tí, nave cruel,
Es por lo que te has llevado.

—

De las Indias un Sultan
Fastidiado está en su harén,
Lleno el corazon de afan,
De enojos y de desden,

Pues le rinden cien hermosas
Dulce halago en fiel tributo,
Y á pesar de cariñosas,
Son estériles, sin fruto.

Plantas que exalando olor
À las brisas y á los cielos

Sécalas estando en flor
El gusano de los celos.

—» Marcha, dijo á su Visír,
» Y en el público bazar
» Una esclava has de elegir
» De belleza singular.

» Traerás á tu señor,
» Que mil premios te regala,
» Una planta de Damor,
» O una rosa de Bengala,

» O lirio de Damanhur,
» Que por pálido se precia,
» O joya de Visapur,
» Del Gánges, Danubio ó Grecia."—

Y el Ministro obedeció
Sin dar tregua á su desvelo,
Y á una esclava contempló
Cubierta de largo velo.

Del astro que oculto estaba
Las nubes quitar queria,
Pero el dueño de la esclava
Se le opuso y le decia:

—» Ya vislumbrais su arrebol
» Por las nieblas de la gasa:
» No querais mirar un sol
» Que yo escondo porque abrasa.

» Al Sultan regalarémos
» Esta gloria de las almas."—
Y dijo el Visír: —» Marchemos
» Con la palma de las palmas."—

Del rey viene á la presencia
La vírgen desconocida:

¡Dios ampare la inocencia
De su juventud vendida!

Despojada de su velo
Los Eunucos la rodean.......
¡Mirad bien, porque es un Cielo
Dó los ángeles pasean!

Es su faz luna creciente,
Que á su complemento llega,
Mar de néctar es su frente,
Su cintura es urna griega;

Sus mejillas son dos rosas
Como las de Fayoún
En praderas deliciosas
Do no sopla el simoún;

Largo y bello su perfil,
Y sus brazos cetros son
De purísimo marfil
Que tenia Salomon.

De Damasco las granadas
Puestas en vergel ameno,
Son cual sombras mal trazadas
De los globos de su seno,

Y la cruz en él colgada
Dice que esa beldad es
La niña que descuidada
Se durmió, la pobre Inés,

Que soñaba por las olas,
Y la hubieron de robar
De las playas españolas
Los piratas de la mar.

—

Al mirar aquel portento,
Dió estas voces el Rey Moro:
—»¡Grande Alá! Ya estoy contento:
»Yo te alabo, yo te adoro.

»Que al ocaso de mi vida
»Destinaste tal estrella,
»Y al reposo me convida
»Con su luz cándida y bella."—

Riquezas amontonadas
Mandó que á su dueño diesen,
Y entrególa á sus criadas
Que al baño la condujesen.

Ellas luego la desnudan
Y bañan en fresca pila,
Donde tanta esencia mudan,
Que un olor de Eden respira.

Despues al dejar los baños
De musco, alcanfor y rosa,
La enjugan con unos paños
De blancura primorosa.

La sientan en un sofá
Cuya franja y ornamento
Mármoles besando está
Del lustroso pavimento.

Y desatan de sus lazos
Sus trenzas que, en lluvia de oro,
De espaldas y seno y brazos
Cubren virginal tesoro.

Con un peine de marfil
Guarnecido de diamantes,

Hebra por hebra sutil
Las peinan, estando errrantes;

Las perfuman con pomadas,
Y escarchan al recogerlas
De amatistas violadas,
De carbunclos, y de perlas.

Ponen en su sien divina
Corona de gran riqueza,
Y un velo de muselina
Ponen sobre su cabeza,

Y en el velo con mil flores
Bordadas las letras van
Que espresan con sus primores
El gran nombre del Sultan.

Vístenla de rica tela
De artificio prolongado,
Que el contorno da y revela
De su cuerpo delicado.

Y apenas pueden hallar
Calzando á la hermosa Inés
Babuchas que acomodar
Á sus monísimos piés.

—

Mas la cruz que ella guardaba,
Cruz pequeña de coral
Sobre el seno le saltaba,
Marcándole su señal.

Y una vez y veces dos
Con sus golpes la advertia

Del enojo de su Dios
Que Sultana la veia.

Por eso cual en su muerte
Dió principio á su plañir,
Y á quejarse de su suerte,
Y á suspirar y decir.

—»Mas valiera, patria mia,
»Dormir sola en tus arenas
»Bañadas del onda fria
»Por las noches mas serenas,

»Que ser reina, ser esposa
»Del infiel que cuando halaga,
»Par del lecho dó reposa
»Tiene rutilante daga.

»Mas valiera entre dolores
»Comer negro y duro pan,
»Que servir á los amores
»De un incrédulo Sultan.

»Mas valiera estar privada
»De la luz que al alba asoma,
»Que ser vista y ser besada
»De los hijos de Mahoma.

»Mas valiera ver delante
»Del lecho la muerte atroz,
»Que una sombra con turbante,
»Barba larga y albornoz.

»Porque yo nací cristiana
»Y en la fé que me ilumina,
»No en la secta Mahometana,
»Ni en la Meca, ni Medina.

»¡Quien fuera dorada nube
»Para remontar al Cielo!

» ¡Quien las alas de Querube
» Tuviera por su consuelo!

» ¡Quien fuera cual avecilla
» Para repasar los mares,
» Y hacer nido en patria orilla
» Y entonar patrios cantares!" —

—

Lástima de su dolor,
Mientras ella se quejaba,
Tuvo un Mago sabidor,
Que en aquel palacio estaba.

Mago que con doctas artes
Y magníficos portentos,
Dominaba en todas partes
Hombres, fieras y elementos.

De espíritus se ayudaba
Que estaban á su querer,
Y en dragon se transformaba,
Y en serpiente y en muger.

Y alcanzaba tales cosas,
Por saber con perfeccion
Las palabras misteriosas
Del sello de Salomon.

Este Mago poderoso
De Ines trazó al rededor
Un círculo luminoso
Con llamas de azul color,

Y á su voz mudó el palacio
En delicioso vergel

Con paredes de topacio,
Con alfombras de clavel.

Con mil grutas de zafir
Bañadas de claras fuentes,
Que en canal de oro de ofir
Deslizaban trasparentes.

Con magníficas arcadas
Y bóvedas deliciosas
Do vivian bellas hadas
Entre lirios y entre rosas,

Y pulsaban instrumentos
De sándalo, nácar y oro,
Respondiendo á sus acentos
De aves mil lejano coro.

Vírgenes de leves alas
Y juventud inmortal,
Que vagaban por las salas
De esmeralda y de cristal.

Osculos daban á Ines
Estas frescas hermosuras,
Y le servian despues
Sorbetes y confituras.

Mas ella que triste estaba
Ni bebia ni comia;
Por su patria suspiraba,
Y el Mago que lo advertia

Con su vara la tocó,
Cuya virtud singular
En ave la convirtió
Que al punto empezó á volar.

Ave nítida y galana,
Con las plumas de colores,

Pico de ambar, pies de grana,
Garganta de ruiseñores.

De un cipres voló á una palma
Dó cantó su despedida,
Y sobre la mar en calma
La patria buscó perdida.

Las hadas de aquel pensil
Cuando no la divisaron,
Con las arpas de marfil
Esta letra le cantaron:

»Pájaro de bellas plumas,
»No te azote el vendabal:
»Sin mojarte las espumas
»Llegues al pais natal.

»Y anides en fresca rama
»Junto á un rio delicioso
»Por mas que el Sultan que te ama
»Muera triste y sin reposo.



La Mancha del Turbante.



LEYENDA ARABE.

I.

Damasco es el olor del paraiso,
Bosque de minaretes elevados,
Y con bordes de rosa y de narciso
Laberinto de huertos encantados.

Ciudad que alza sus torres eternales
De adornos arabescos incrustadas,
Con hermosas ventanas ogivales
Y columnas de pórfido delgadas:

Que se lava en mil fuentes de agua fria,
Que en claros surtidores toman brillo,
Cuyos muros en bella simetría
Reviste mármol negro y amarillo.

Ciudad de rio azul, cuyos cristales
Fecundando su mágica llanura

Corren en siete brazos ó canales
Á derramar la vida y la frescura.

Y es el perdido Edén de claro cielo
Con lagos que lo imitan y reflejan,
Placer de los que pisan su almo suelo,
Suspiro de los tristes que se alejan.

Reposo encantador de caravanas
Que vienen con el índico tesoro,
Delicia de las tardes y mañanas,
Tierra toda de flor y cielo de oro.

Flores mil tiene Damasco,
Mas la flor mas bella y rara
Reposa sobre un divan
Muellemente recostada.

Flor que es hija de El-Biré
Con el nombre de Abdelazia,
Cuya singular belleza
Tanto pregonó la fama,

Que el arabe perseguido,
Que huye de enemigas lanzas,
Por respirar sus aromas,
Á su puerta el corcel para.

Bajo bóvedas moriscas
Con molduras que resaltan,
Salones que dejan ver
Cedro y oro en abundancia,

Y en sus ángulos las fuentes
Con pájaros que se bañan,
De Persia y Bagdad tapices,
Y marmóreas columnatas.

La vírgen risueña y pura
Profundos sonidos saca

De su concavo laud,
Que guarnecen concha y nácar.

Su padre la dejó sola,
Por amores de la caza,
Sola, bajo la tutela
De su nodriza Maravia.

A la puerta de El-Biré
Cuando ya la noche avanza,
Pide albergue un infeliz
Á quien viejo albornoz tapa.

Sus querellas son sentidas,
Y tan tristes sus palabras,
Y encarece de tal modo
Lo acerbo de sus desgracias,

Que por fin cede á sus ruegos
La nodriza poco cauta;
Pero apenas ha pasado
Los umbrales de la casa,

Y apenas la puerta gira
Sobre el gozne que la enlaza,
Para cerrar el Edén
De la reina de las gracias,

Cuando arroja el albornoz,
Respira atrevida saña,
Y arrancando de su cinto
La mas rutilante daga,

Se la muestra á la nodriza
Diciéndola con voz baja:
»Mi amor con ella me armó,
»Mi seguridad la saca,

»Tu silencio la detiene,
»Mas si á tu silencio faltas,

» Al impulso de mis iras,
» Es tu corazon su vaina."

Dijo: y practicando va
Las marmóreas balaustradas,
Guiado de blandos ecos
De una dulce voz que canta.

Pulsando está su laud
La bellísima Abdelazia:
Flores hay en sus cabellos;
Sus trenzas despues que enlazan

Con vueltas su frente pura,
En languidez se desmayan
Por el cuello de marfil
Y por la desnuda espalda.

Festones de piezas de oro,
Que con perlas van mezcladas,
Adornan su cabellera
Que al ébano deslumbrára.

Mal guardado tiene el seno
De la seda y escarlata,
Mal guardados ambos brazos
Entre las abiertas mangas,

Y desnudo el blanco pié,
Que juega con lo que calza,
Pues balancea un chapin
Del color de la esmeralda.

Quebrados dejó los sones
De la música que daba,
Suspensos dejó los dedos
En las fibras apagadas,

Cuando contempló al doncel,
Que, postrándose á sus plantas,

Con acento de suspiros
Así declaró sus ansias.

»Buzo audaz busqué una perla
»Del mar en la vasta hondura;
»Buzo audaz, solo por verla,
»Desprecié la muerte dura.

»Pisé la guardada mina
»Codicioso y anhelante
»De un tesoro que ilumina
»Con los fuegos del diamante.

»Perdona mi atrevimiento
»Que ha nacido de tu amor.........
»¿Si quitas audacia al viento,
»Qnién ha de besar la flor?

»¿Quéjase rojo clavel
»Que lo tome por palacio.
»Donde ha de libar su miel,
»Mariposa de topacio?

»Mis miradas produjeron
»En tu faz rosas que placen:
»Tuyas son, que en tí nacieron,
»Mias son, pues por mi nacen.

»De rosas mi labio gusta;
»Deja que las bese yo,
»Porque siempre fué ley justa
»Que recoja quien sembró.

»Beso de tus piés la tierra.
»Para ver si su frescura
»La llama que el pecho encierra
»Puede calmar por ventura.

»¿Quién al astro de la noche
»Te ha podido comparar

» Cuando inclina el blanco coche
» Sobre el adormido mar?

» ¿Cuando tuvo por fortuna
» Tus pupilas que enamoran
» La casta y tranquila luna
» De los cielos que te adoran,

» Si juzga y tiene por cierto
» Quien contempla tus lumbreras,
» Que el arabe del desierto
» Va encendiendo sus hogueras?

» Déjame tu voz oir;
» Serán gratos sus acentos,
» Cual las arpas y el sentir
» En un dia de contentos.

» Así calmarás mi afan,
» Y mi pena lastimera:
» Yo soy el triste Asmolan:
» Mi padre en Damasco impera.

» Mi padre es Abdul-Nessir,
» Que al tuyo colmó de honores;
» Déjame tu voz oir,
» Primavera de las flores."

Conmovióse la doncella,
Que son cera sus entrañas,
Quiso reprender su arrojo,
Mas su voz quedó cortada,

Cual si fuerza irresistible
Le añudase la garganta,
Que las fuertes emociones
Mudas son, y apenas hablan.

En sus admirados ojos
Brilló un rayo de venganza,

Mas la compasion al punto
Casi lo deshizo en agua.

¡Oh misterio del amor
Que no sabe si se agravia,
Si perdona ó si castiga,
Si se alegra ó si se enfada!

Su cabeza va inclinando
Sobre el jóven Abdelazia;
Los dos permanecen mudos:
¿Quién dirá lo que ellos callan?

De la puerta de El-Biré
Salió Asmolan, cuando el alba
Repartia frescas flores
Desprendidas de su falda.

Dicen que salir y entrar,
Mientras El-Biré no estaba,
Viéronle los envidiosos
De fortuna tan estraña.

II.

Sobre un corcel fogoso de Palmira,
Perla de los caballos del desierto,
Que ufano se enardece, pues se mira
De oro y sedas magníficas cubierto,

De Damasco en la entrada se presenta
El-Biré, fuerte Agá de altiva raza,
Que en doméstica paz trocar intenta
Las penosas fatigas de la caza.

De Abdelazia en las manos va cayendo
El freno que entre espumas desparece,

Y el bridon sus caricias conociendo,
Oye su voz, la mira y se envanece.

Sacudiendo sus crines prolongadas
Tuerze á su hermoso lado la cabeza
Para gozar mejor de sus miradas,
Codicioso de halago y de terneza.

Entretenido, plácido y absorto
La sigue lentamente, y acomoda
Los voladores piés á su andar corto,
Refrenando su ardor y fuerza toda.

Ella pone en su espalda fatigada,
De púrpura de Tiro un manto bello,
Peinando con la mano regalada
Las ondulantes sedas de su cuello.

¿Mas porqué, recibiendo dulce beso
Del labio paternal que tanto agracia,
Se sonroja y colora con esceso
La faz menos tranquila de Abdelazia?

¿Porqué triste se esconde y se retira
De aquel que la contempla en este mundo,
Cual estrella dorada y fiel que gira
En torno de su ocaso moribundo?

¿Teme que su semblante ha revelado
Al legítimo beso con colores,
Ilícitas caricias que ha probado,
Vencida del afan de sus amores?........

El-Biré cual favorito
Que alimentan las privanzas,
De Abdul-Nessir al serrallo
Dirige su pronta marcha.

¿De que sirven los tesoros
Y joyas en abundancia,

Cuando á un signo del Bajá,
Que de ageno bien se agravia,

Las cabezas de los nobles
Sobre el pavimento saltan
Al golpe acertado y crudo
De la corva cimitarra,

Y sus muebles y jardines,
Sus mugeres, sus esclavas,
Y palacios y corceles
À poder ageno pasan?

El árbitro de Damasco
Defendido de sus guardias
En banquetes suntuosos
Sus tedios disimulaba,

Y muchos esclavos negros
Sobre sus cabezas altas
Enormes platos de estaño
Conducian con viandas.

Recibió á su favorito
Con tal frialdad, que raya
Casi casi en menosprecio,
Y abriga desconfianzas.

Le dijo: » *El-Biré*, *teneis*
» *En el turbante una mancha.*"
Luego habló de sus caballos,
De ajedrez y de batallas.

El Agá se retiró
Pensativo á su morada,
Mas cuando á sus dulces besos
El rostro ofreció Abdelazia,

Desviando su semblante,
Las cejas frunció con rabia,

Y apartóla de sus brazos
Sin caricia acostumbrada.

Pasó sin dormir la noche,
Pareciéndole la cama
Lugar de erizado abrojo,
Que en el corazon se clava.

Y mil veces se revuelve,
Y en triste inquietud no para,
Pues las plumas son espinas,
Y el cabezal duras barras.

Resuenan en sus oidos
Rumores de horror é infamia,
Mientras cruzan por su mente
Cuadros de vision nefanda.

Mas vuelve con nueva luz
Al serrallo que le espanta,
Viendo que su valimiento
Corre ya media borrasca.

Sus saludos el Bajá
Sin contestacion desaira;
Se distrae y se entretiene
Con los rizos de su barba.

Y á modo de aquel que avisa
Cosa que atencion reclama,
Le dijo: » *El-Biré, teneis
En el turbante una mancha.*"

El Agá se prosternó,
Salió de la régia sala,
Y abrasado en ciegas iras,
Al punto que entró en su casa,

Dijo á su esclavo Camíros:
« Recoje una cuerda, y baja

» Á las bóvedas sombrias
» De los muertos habitadas."

Mientras el esclavo fiel
Cumple lo que se le manda,
Por patios y galerias
Esta voz sonó ¡Abdelazia!

Nunca se mostró la bella
Con mas nítidas halajas,
Ni con mas joyantes sedas,
Ni con mas graciosa cara.

Su apretado ceñidor
De aljofares se recama,
Y las perlas de Basora
Todo su vestido escarchan.

Sueltos flotan sus cabellos
Bajo trasparente gasa,
Y brillan en su collar
Amatistas violadas.

Mas al pié de la escalera
De las tumbas solitarias
Do su padre está esperando,
Suspiro funesto arranca.

Contempla una tumba abierta,
Sospecha su muerte infausta,
Pues la cuerda y el esclavo
Y el sepulcro lo declaran.

Á una seña de El-Biré,
Camíros cual furia brava
Sobre la beldad inerme
Con la cuerda se abalanza.

Ciñe con dogal su cuello,
Mientras la infeliz esclama:

»¿Qué es lo que haceis, padre mio?..."
Y el contesta á su demanda.

»Quiero lavar mi turbante
» De la mas horrible mancha
»Que causó tu deshonor,
» Y con tu morir se lava."

Salió al punto de las tumbas,
Y en medio la escalinata,
Suspendióle el ¡ay! profundo
De la muerte de Abdelazia.



Mal pago de un amor fino.



I.

Las hojas de los árboles caian.....
Así tambien si el desengaño avanza
Las bellas ilusiones se desvían,
Y es tronco en esqueleto la esperanza.

Blanca no era de las flores
Que con traje de festin
Atraen con sus colores
En el mágico jardin
Mil insectos zumbadores.

Nuestras bellas que desean
Las lisonjas regaladas,
De donceles se rodean
Que la vida les recrean
Con sus lánguidas miradas.

Borra un nuevo admirador
Cariño que nació ayer,

Hay minutos de favor,
Al desden corre el amor,
Y se pierde al merecer.

Blanca oia con enojos,
Siempre esquiva y de mal grado
De garzon de labios rojos
Y de seductores ojos
El acento almibarado;

Y como gacela huia
Seguida de cazadores.
Y á sn madre se plañia
Del arrojo y osadía
De importunos amadores.

Prometida al noble Arturo
No abrigaba mas deseo
Que estrechar lazo seguro
De un amor ardiente y puro
Con las dichas de himeneo.

—¡Cuán pronto veré brillar,
A su madre fiel decia,
La luz que ha de iluminar
Mi placer y mi alegría
Al pie del sagrado altar!

Vuestra dulce bendicion,
Seguida de un blando beso,
Feliz hará nuestra union,
Llenando mi corazon
De delicias y embeleso.

En Arturo tendréis vos
Un hijo que no teneis,
Y al agradecerlo á Dios,
Conmigo le abrazaréis,
Siempre amada de los dos.

La flor de las desposadas
Adorno será á mi sien,
Y con ropas muy preciadas
Y trenzas muy aromadas
Me presentaré á mi bien.

Será mas azul el cielo,
Será mas hermoso el sol,
Y para mayor consuelo
Mas jazmines tendrá el suelo
Y el alba mas arrebol.

Mas tierno será el mirar
Y mas grato el sonreir,
Y hasta el mismo suspirar
Solo para embalsamar
Del pecho vendrá á salir.

En halagos de fortuna
Y en duras adversidades,
Sin contradiccion alguna,
Fundidas dos voluntades,
Dos almas veréis en una,

Y en nuestros lazos hermosos
El teson de los amantes,
La calma de los dichosos,
El valor de los constantes
Y el placer de los esposos.

Y si vieramos correr
Por estrado y por jardin,
Puro como el rosicler,
Un pequeño serafin......
¿Qué mas dicha puede haber?—

Así Blanca se esplicaba,
Y cual cisne sobre el onda
Su cabeza reclinaba

Sobre primorosa blonda
Que á su madre el seno ornaba.

En estacion de otoño y de abundancia
Ya los primeros frios se sentian,
Y enseñando del mundo la inconstancia
Las hojas de los árboles caian.

Al halago de la hermosa
La madre así respondia:
—Sin duda serás dichosa,
Lo mereces, hija mia,
Por amable y cariñosa.

Dáme tus brazos..... respira....
Mírame con emocion.....
¿Mudado en ardiente pira,
No sientes como suspira
Por tu bien mi corazon?

¡Astro nítido y ameno
De mi ocaso moribundo
Brilla en tu esplendor de lleno
Sobre el tálamo sereno,
Antes que yo deje el mundo!

Mas ¡ah! ¡cuán poco se alcanza
De aquello que apetecemos!
Víctimas de una mudanza
La tumba al umbral tenemos
Y vivimos de esperanza.

Tras de tanto padecer,
Venimos á contemplar
Que nos dieron al nacer
Con mucho que apetecer
Muchísimo que llorar.

Nuestros votos son en suma
Delirio del corazon,

Mas frágiles que la espuma,
Mas livianos que una pluma
Y unos sueños de ilusion.—

Dijo: y el rostro divino
Bañó una lágrima errante,
Cuyo globo cristalino
Con un fondo de diamante
Bajó al seno marfilino.

Las nubes se apiñaban condensadas
Y los vientos indómitos gemian,
Y de las verdes cúpulas rasgadas
Las hojas de los árboles caian.

II.

¡Ojos que del amor la culpa hubisteis
Sedientos del placer que os halagaba!
Ya es hora que lloreis lo que quisisteis,
Que aquel primer dulzor en hiel acaba.

Con el alma dolorida
Y el acento mal seguro,
De su Blanca muy querida
Puesto á los pies, gritó Arturo:
—¡Santo Cielo!.. ¡Mi partida!..

¡Mi padre cruel ordena
Que á estraño pais le siga!....
¡Pura y cándida azucena,
Te marchitará la pena,
Sin mi sombra que te abriga!

Yo seré, mientras me llores,
Arbol triste, transplantado,
Cuyo fruto y cuyas flores

En pais muy apartado
Pierden su sabor y olores.

Mas guárdate, requerida,
De escuchar ningun amante;
Dí que tienes prometida
Al ausente y al distante
Tu fé con tu amor y vida.

Que yo volveré á tu lado
Siempre fiel, digno de tí,
Y con ósculo abrasado
Besaré este suelo amado
Do te amé cuando te ví.

Si en ausencia tan fatal
Muere alguno de los dos,
Que su sombra funeral
Vague por la luz vital
Con la permision de Dios.

Y halague del afligido
La existencia lastimera,
Volviendo á este sol querido,
Desde lóbrega ribera
De las aguas del olvido."—

Con el holan de su velo
Escondió Blanca su llanto,
Y en su amargo desconsuelo
Culpaba de su quebranto
No á su amante sino al Cielo.

¡Ojos que del amor la culpa hubisteis
Sedientos del placer que os halagaba!
Ya es hora de llorar lo que quisisteis,
Que aquel primer dulzor en hiel acaba.

III.

Partir nunca fué prudencia
De un amor bien advertido,
Porque tras la indiferencia,
Condicion de larga ausencia
Suele ser ingrato olvido.

Partió Arturo de mal grado,
Mudó tierra y situacion,
Y lenguage y traje usado:
¡Todo fuera bien mudado
Sin mudar de corazon!

Pero en brazos de Celmira,
Desleal al juramento,
Por un nuevo amor suspira,
Y el primero se retira
De su ingrato pensamiento.

Blanca su desgracia oyó
De las nuevas de la fama,
Y sollozando esclamó:
«¡Tal no merecia yo!....
Pero es pérfido..... no me ama."—

Su punzante pena crece;
Viste luto, gime, llora,
Se consume y palidece;
Morirá..... que la que adora
Con desprecio tal perece.

Mas antes de sucumbir,
Lleno el corazon de hiel,
Llorando sobre el papel,

Tal carta quiso escribir
Al ausente y al infiel.

«Tu inconstancia me da muerte,
»Tu perfidia es mi tormento,
»Mi delito fué quererte;
»Víctima de infausta suerte
»Sirvo al mundo de escarmiento.

«Goza de tu amada, Arturo,
»Disfruta de su embeleso;
»Pero no estarás seguro,
»Porque al recibir su beso,
»Yo me interpondré, perjuro.

«Que mi tumba dejaré
»Cercando tu infame lecho,
»Y en él te preguntaré
»Si guardaste aquella fé
»Que supo guardar mi pecho."—

Arturo se estremeció
Leyendo el papel citado;
La carta á Celmira dió,
Que á su seno lo estrechó,
Diciéndole con agrado:

«No te asusten las visiones
»Que no pueden suceder;
»Eso son imprecaciones,
»Vanidades, ilusiones
»Y amenazas de muger.

«Si muere de puro amor
»Y en la tumba está encerrada,
»Ya no sentirá dolor,
»Los muertos no dicen nada,
»Nada turba su sopor.

«Con las dichas aumentemos
»El amor que alimentamos,

» A los muertos olvidemos,
» Y de ausentes no curemos
» Los que vivos nos hallamos.

«Esta noche con las danzas
» Se adormecerá tu afan,
» Y en medio de mil mudanzas
» Nuestros pies retratarán
» Lisongeras esperanzas.

«Ya conoces mi disfraz.....
» ¡Oh que dichosos los dos
» Gozarémos de solaz!
» ¡Adios pues... quédate en paz...
» No me olvides nunca... Adios."—

IV.

De la orquesta sonorosa
Busca Arturo al blando son
A Celmira, y no reposa
Su agitado corazon
Que suspira por la hermosa.

La ve en medio del tropel,
Vuela, llega, al lado está.....
Mas... ¡oh santo de Israel!....
La sombra de Blanca va
Bajo del disfraz cruel.

Es sin duda un esqueleto
Que la tumba vomitó,
Feroz, lívido y escueto,
Descarnado, horrible, inquieto,
Cubierto de un dominó.

Cual pájaro fascinado
Por serpiente cautelosa,

Sigue Arturo desdichado
La fantasma dolorosa
Que la diestra le ha tomado.

Ella baila con furor,
Sin desmayo, sin parar,
Y al infiel hace bailar
Como trompo al rededor
Sin dejarle descansar.

Causa horror la ligereza
Del espectro denegrido,
Gira raudo con presteza
De los huesos al crugido,
Meneando la cabeza.

Queda desierto el salon,
La noche á su fin avanza,
Y Arturo pide perdon,
Mas sigue sin compasion
La desventurada danza.

Mas antes que brille el dia
Por el célico hemisferio,
La fantasma se desvía,
Y de Arturo en compañía
Se dirige al cementerio.

Y de abierta huesa al lado
Renuevan el movimiento
Con ahinco prolongado,
Iguales al raudo viento
Cuando muge desatado.

Se hundieron por fin sin tino
En la huesa, que brotó
Siemprevivas y un espino,
Con lo cual simbolizó
Mal pago de un amor fino.

D. Sancho.



Calándose el casco de oro,
Puesto ya el pie en la estribera
Para reprimir al moro
Que en Andalucía impera,

Don Sancho, rey de Aragon,
Alza la faz y suspira,
Pues ve triste en el balcon
A su esposa Doña Elvira.

—La ley, dice, de la guerra,
Verdugo de mi solaz,
Del tálamo me destierra:
Quedad, Nuña Elvira, en paz.

Y si os apura el dolor,
Bendita seais por él,
Que es halago de mi amor
La prueba de otro amor fiel.

¡Oh bien haya la señora
Que espera entre amargas hieles

La vuelta de aquel que adora
Pera besar sus laureles !....

¡ Bien haya la noble dueña
Que entre lágrimas y enojos,
Tras la fugitiva enseña
Clava el alma con los ojos !

¡La que á las almenas sube
Por si ve cubierto el llano
Con la polvorosa nube,
O escucha el clarin lejano,

Y por fin de sus gemidos
Cariñosos brazos toma,
Que de sangre van teñidos
De los hijos de Mahoma!

Tan solo un encargo os doy,
(Y en ello aliviais mis penas,
Mientras á las lides voy
Contra lunas agarenas)

Que aquel mi alazan tostado
Que tiene gran precio en sí,
Precio de mas alto grado,
Por placerme tanto á mí,

Se guarde con tal esmero,
Que ninguno pueda osar
Por noble ni caballero
Bridarlo ni cabalgar.

Que tan estimado bruto
De tan generosa grey
No sirve ni da tributo,
Salvo á mí que soy el Rey."—

Calló Sancho y largó bridas
Con los condes sus vasallos,

Tras sus huestes aguerridas
De peones y caballos.

Por la faz de Elvira corre
Lágrima de ardiente lava;
Sube á la mas alta torre,
Que en Nájera descollaba,

Y á todos los que se van
Participa su tormento,
Descogiendo fino holan
Que ondea á merced del viento.

—

Era el rápido corcel
Que Sancho encargó á su esposa,
La pintura mas hermosa
Que soñar pudo el pincel.

No vió el Betis en su espejo
Un bruto maa arrogante,
Mas airoso en el gracejo
Ni mas fuerte en el aguante.

Que si al Rey se sometia
Mesurado en el compás,
Parece que le decia:
Solo tú; ninguno mas.

Tenia los brios fieros,
Vela enhiesta, ancha nariz,
Remos ágiles, ligeros
Y hermosísima cerviz.

Larga cola y ojo ardiente,
Crespa crin, pomposa, bella,

Y un signo en la erguida frente
De blanca y redonda estrella.

Prendado se quedó un dia
Del cuadrúpedo fogoso
El infante Don García,
Príncipe voluntarioso,

Que era terco en insistir
Y arrojado en desear,
Y que puso á su pedir
Ley única de alcanzar.

Llevando en su corazon
Las llamas de la impaciencia,
Declaró tal aficion
De su madre en la presencia.

Y por fin vino á implorar
Con modo cortés y urbano,
Permiso de gobernar
Las riendas del alazano.

Ya á la súplica accedia
Doña Elvira por ventura,
Que el estímulo sentia
De la maternal ternura,

Cuando Pedro de Sesé,
Caballerizo mayor,
De mucha lealtad y fé,
Dijo así con gran fervor:

—«Membrarvos debeis, señora,
De aquel encargo real;
No lo quebranteis agora;
Catad no os devenga mal.”—

La Reina con afliccion
De su pecho vacilante

Se negó á la pretension
Y á los ruegos del infante.

Llama de un volcan salia
Con un ímpetu violento
Por los ojos de García
Desairado y descontento,

Y un espíritu de error
Clavó en su turbada frente
De su madre en deshonor,
Pensamiento delincuente.

Vuelto á Don Pedro, le dijo:
—«Vos con mi madre podeis
Mas que un príncipe, que un hijo;
Decidme lo que valeis.

Si á la Reina dominais
Con altiva condicion,
Es forzoso concedais
Dos reyes en Aragon.

El uno que con valor
Desnuda el acero fiel
Contra el bárbaro Almanzor
Y la chusma de Ismael;

Y el otro que adonizado,
Dando ley á las mugeres,
Con la Reina, en el estrado,
Disfruta de los placeres.

Solo pudo sublimaros
Un ilícito poder,
Y fácil acceso daros
Al orgullo y al poder.

Pero temblad ¡vive Dios!
Porque el Rey sabrá el baldon,

Y temed, Elvira, vos
Esa adúltera pasion."—

Marchóse tras decir esto,
Y en su mente fué ideando
Persuadir su error funesto
A su hermano Don Fernando.

La desventurada Elvira
Cayó en súbito desmayo,
Y en Don Pedro fatal ira
Dió siniestra luz de un rayo.

—

Rey de Córdoba Alhagid
Mudó el nombre en Almanzor,
Nombre propio de adalid
Que equivale á defensor.

Estragó muchos lugares,
Cautivó muchos cristianos,
Y de Cristo los altares
Manchó con sangrientas manos.

Para reprimir su arrojo
Don Sancho salió á lidiar
Puesto en armas con enojo,
Y le hubieron de ayudar

El caballero Borrell,
Gran conde de Barcelona,
Y Don Armengol de Urgell
Con sus huestes y persona.

En Córdoba y en su valla
Cercaron al sarraceno

Que ganoso de batalla
Salió de sus iras lleno.

Don Armengol y Almanzor,
Saliendo los dos del centro,
Chocaron con tal furor,
Que murieron del encuentro;

Y los moros retiraron
Caido su campeon,
Y en Córdoba se embarraron
Huyendo con confusion.

Concluida esta victoria,
Don Sancho convierte en hiel
Los lauros de tanta gloria,
Pues leyendo está un papel

Por García remitido,
Cuyas letras sangre son,
Y el funesto contenido
Le atraviesa el corazon.

Sin rebozo ni misterio
Su Elvira tan adorada
Por el hijo es acusada
Del delito de adulterio.

Gime el Rey; cráter hirviente,
Da su pecho llamaradas
Que abrasan su adusta frente
Y enrojecen sus miradas.

Leve instante está indeciso,
Y es tanto lo que se aflige,
Que alza el cerco de improviso
Y á Nájera se dirige.

—

En magnífico salon
De palacio hablando están

El monarca de Aragon
Y un anciano capellan.

—Guntísculo, os encargué
Cuando á pelear salí
Por España y por la fé
Que en duro peligro ví,

Que velaseis por mi honor,
Y que al lado de mi esposa
Vieseis si era de mi amor
Digna y pura y candorosa.

—Pura, señor, hallé á Elvira
Mientras vos os ausentasteis,
Y digna de vos se mira
Como cuando la dejasteis.

—¿Acaso cómplice vos
Sereis de su frenesí?....
—¡Don Sancho! Yo temo á Dios.
—Poco me temeis á mí.

—Os afirmo la verdad
Como debo á mi persona:
Es inocente.—Callad:
Poco este papel la abona.

Que García es quien la acusa,
Y Fernando preguntado
Casi responder rehusa,
Y aprueba porque ha callado.

—¡Sus hijos! ¡Cielos! ¡piedad!
¡Acusadores los dos!
—Ellos dicen la verdad
Que no sabeis decir vos.

—Son ingratos: ciegos van:
Yo condeno sus arrojos:

— Voto á Dios, Don Capellan,
Que os mande sacar los ojos,

Y que no baste la cruz
Á libraros del castigo,
Que no debe ver la luz
Quien no ha sido fiel conmigo.

Decid á Elvira que el rey
Ha mandado su prision;
Que la juzgará la ley,
Y lavaré mi baldon.

—

Por un pérfido manejo
Presa la reina inocente,
Los letrados del Consejo
Proveyeron lo siguiente:

De los que sus hijos son
Siendo tan calificada,
Tan fuerte la acusacion,
Contra Elvira desdichada;

Si en tan dura contingencia
No encontráre caballero
Que defienda su inocencia
Con los brios de su acero,

Téngase por convencida
Segun nuestra antigua usanza,
Y en las llamas consumida
Sirva de egemplar venganza.

La Córte se entristeció,
Las alegrías cesaron,
El palacio se cerró,
Y las damas se enlutaron.

No se hallaba paladin
Entre fuertes y pujantes,

Que con tan sagrado fin
Luchase con los infantes.

Público llanto se hacia
Por la infamia de tal dueña;
Su inocencia conmovia
Pechos duros como peña.

Mas Ramiro que lo hubiera
Don Sancho por fruto amado
De Urraca, múger primera,
Y de Elvira era entenado,

Su voz fuerte levantó
Réprobando tal vileza,
Y á los jueces ofreció
Su pecho y su fortaleza

Para probar cual valiente,
Con la lanza entre las manos,
Que la reina era inocente,
Y alevosos sus hermanos.

Y entrando por las prisiones
De Elvira desconsolada,
Colmado de bendiciones
Le ofreció su heróica espada.

Con pruebas de grande estima
La reina que lo escuchó,
Sus haldas le puso encima
Y en tal modo se esplicó.

— Tu eres hijo verdadero,
Hijo de mi corazon,
Como tal te considero:
Los otros trocados son.

Que de tigre se engendraron,
De tigre feroz nacieron,

Y á mi lecho los llevaron
Y en mi pecho los pusieron.

Bendiga tu esfuerzo Dios.
Bendígate su clemencia:
Pelea contra los dos:
Yo te juro mi inocencia."—

Ramiro besó su mano
Y aprestóse á combatir;
Pero el dia era cercano
De vencer ó de morir,

Cuando los acusadores
Mudaron arrepentidos
En lágrimas los furores,
Las audacias en gemidos.

Confesaron la virtud
De su madre candorosa,
Que olvidó su ingratitud,
Y los perdonó gustosa;

Y nuevamente abrazó
Don Sancho á su cara Elvira,
Y amor con llanto apagó
Todo el fuego de la ira.



El Manto encantado.



Esos bravos insulares
Que tienen la tez nevada
Y rubios los aladares,
Tan soberbios en armada
Que son dueños de los mares,

Blasonan con ufanía
De su patria, centro y cuna
De Cortés caballería
Y de amor y de fortuna,
Cuando Europa renacia.

Blasonan de Arturo el rey,
Que despues de Peudragon
Puso en dura sujecion
Y obedientes á su ley
Al Escocés y al Sajon,

Ardido en trances guerreros
Que nunca la edad esconda,
Nata y flor de caballeros,

Que de la Tabla-redonda
Fundó el órden y los fueros.

De Wincester el castillo
Guardó la tabla de roble
Para eterno lauro y brillo
De aquel estatuto noble
Fundado por tal caudillo.

De este rey, cuyo reinado
Con cuentos y con errores
Diz que está desfigurado,
Para entretener su agrado
Quiero hablar á mis lectores.

Lides eran sus recreos,
Y en el ócio y en la paz
Reprimidos sus deseos
Anhelaban el solaz
De las justas y torneos.

Fijó pues solemne dia
De públicas diversiones,
Añadiendo que daria
Convite á los de hidalguía,
Condes, duques y barones.

Con sus damas ataviadas
Quiso que al festin viniesen,
Y que en horas regaladas
Ellas su esplendor luciesen
Tan hermosas como amadas.

Que sin bellas el banquete
Es como jardin sin rosas
Y mesa sin ramillete,
Que á los gustos no promete
Frutas dulces, deliciosas.

Regaló á los cortesanos
Con finísimas celadas;

Bridones les dió ruanos
Y riquísimas espadas,
Obra de prolijas manos.

Idolo de sus cariños,
Ginebra su amada esposa
Dió á las damas mil brinquiños,
Telas de labor vistosa,
Sedas, púrpuras y armiños.

Cada cual se preparaba
Para disfrutar contento,
Y el gozo escesivo andaba,
Pues tal corte se juntaba
Con tan claro lucimiento.

Pero Urganda, cruel hada,
Disponia un artificio
Que la fiesta proyectada
Pudiese dejar turbada
Con su encanto y maleficio.

Ya en magnífico salon
Con vistas á unos jardines
De olorosa profusion
Brillaban en reunion
Las damas y paladines.

Y las mesas esperaban
A los ledos convidados,
Que del amor que gozaban
En pláticas se engolfaban,
Achaque de enamorados.

Vióse de repente entrar
Un hermoso mensagero,
Qué fatigó el galopar
Del pezeño mas ligero
Que la tierra vió volar.

Tras profundo acatamiento
Mostró al Rey un rico manto,
Raro y singular portento,
Fabricado por encanto,
Y habló así con dulce acento:

—«Urganda la encantadora,
Que ama tanto á vuestra alteza,
De vos un favor implora.”
—«Concedido desde agora.”
Respondió el rey con presteza.

—«Que hagais, dijo el enviado,
Que estas dueñas y doncellas,
Tan dignas de vuestro agrado,
Se prueben, cual gusten ellas,
Este manto delicado;

Y que en fausto parabien
Se conceda en galardon
À la que le siente bien:
Raras sus virtudes son,
Y las contaré tambien.

Vestido por las bellezas
Pinta su fidelidad,
Pues si las halla en flaquezas,
Revelando sus finezas
Corto ó largo es en verdad.

Solo la que sea fiel
Al esposo ó al amante,
Se podrá lucir con él,
Tan cumplido á su talante
Que tenga envidia el pincel.”—

Era el manto de escarlata,
Talar y muy bien cortado,
Que en mil flores de oro y plata

Prolija labor retrata
De artífice consumado.

Y su mérito aumentaban
Unas uvas, cuyos granos
De diamantes se formaban
Y rubís, que remedaban
Frutos de la vid lozanos.

Pasmóle al rey tal demanda,
Sorprendióle la tal nueva,
Quiere complacer á Urganda,
Y á su esposa llamar manda
Que ha de hacer la primer prueba.

Los primores admiró
Ginebra de aquel tesoro,
Sus cualidades oyó,
Y sin rezelar desdoro
Francamente lo vistió.

Como medido á compas
Bien descuelga por delante,
Pero visto por detras
Cae corto lo bastante,
Medio palmo y algo mas.

Y su propiedad es tal,
Que á medida que se eleva,
Va subiendo por igual
Todo ropage y brial,
Pues todo tras sí lo lleva.

El rey el éxito aciago
Supo bien disimular,
Y Lanzarote del Lago
Estuvo por rebentar
Con las risas en amago.

—«Lucan, dijo el noble Arturo,
Vamos á ver si tu dama
Sale airosa del apuro
Y alcanza laurel seguro,
Pues yo sé lo que ella te ama.»—

La bella se encubertó
Con el manto á toda prisa,
Mas tan largo le arrastró,
Que fué general la risa
Que al concurso conmovió.

Quien reia con frecuencia
Era el viejo senescal,
Persuadido en su conciencia
De la cándida inocencia
De su esposa angelical.

—¿No aprovechas la ocasion,
Dijo el rey, de que la bella
Que adora tu corazon,
De tu cielo clara estrella,
Consiga tan alto don?......

Vamos, vamos al ensayo,
Que no ha de quedar ninguna
De cuantas aqui atalayo,
Que por pereza ó desmayo
Deje de probar fortuna.»—

Tímida la senescala
Por fin á ensayar salió
Puesta en medio de la sala,
Y el manto se acomodó
Con mucho donaire y gala.

¡Ay Jesus!... ¡qué brujería!
¡Qué invencion tan infernal!....
Tanto el manto se subia,

Que la pierna se veia.....
Mas tapóla el senescal.

La tela tiró furiosa,
Como si tuviera llamas;
Y de sus labios de rosa
Carcajada estrepitosa
Soltaron las tiernas damas.

—»Paciencia, dijo el marido:
Cuando resonó tal bulla,
Mala prueba hemos tenido.»—
Pero se quedó afligido
Porque el rey le echó una pulla.

Gauven era un caballero
Rival del mejor caudillo,
Mas el corazon de acero
Le gastaba el gusanillo
De los zelos.... ¡trance fiero!.....

Á la hermosa á quien servia
El manto quiso poner;
Tenaz ella resistia,
Pero al fin logró acrecer
La algazara y gritería.

Desgobernó por delante
Los guardapiés y la falda:
Por detrás en un instante,
Si no acude el triste amante,
Se le sube hasta la espalda.

De un finísimo querer
Protesta la mas segura
Recibia el noble Idier
De una jóven hermosura,
Linda como el rosicler.

— « Á la prueba.” — Le arrastraba
Por un lado de manera
Que en el suelo descansaba;
Por el otro levantaba
Ras con ras con la cadera.

Ambas cejas arqueó
El paladin, dió un suspiro;
Mas luego se consoló,
Porque fué á mirar en giro
Y otros mal parados vió.

Por fin todas ensayaron
Pero mal á maravilla;
Cuando el manto aquel tomaron
Los tobillos enseñaron
Y cañas y pantorrilla.

Un page que al rey agrada
Esclamó: — « Falta, señor,
Que lo ensaye mi adorada,
Que está enferma y retirada
Por causa de su dolor.” —

— » Pláceme, respondió Arturo:
Conducidla aqui despacio;
¿Quién sabe si su amor puro
Vengará del hado duro
La gloria de mi palacio?” —

Débil, trémula, inocente
Presentóse la doncella,
Y el manto tomó obediente,
Que cayó divinamente
Sobre las espaldas de ella.

La dejó muy bien vestida,
Y en su cuerpo asi resalta
Que es la pieza mas cumplida;

Pues á su feliz medida
Ni le sobra, ni le falta.

Se alza un grito de repente
De comun aprobacion:
Goza el page, y el rey siente
La dulce satisfaccion
Que no es fácil que yo cuente.

Entonces el mensagero
Puso fin á su visita,
Dió el parabien lisongero
Á la cándida enfermita,
Y habló así:—» Sois el lucero

De fidelidad y amor:
Este manto recibid,
Apreciando su valor,
Que única sois en tal lid
Digna de tan alto honor." —

Dijo y despidióse apriesa
Del rey y sus convidados,
Que la mugeril empresa
Loando regocijados
Se sentaron á la mesa.

—

El tal manto, Laura mia,
Se perdió, y á fé lo siento,
Pues de perlas nos vendria
Para cierto esperimento,
Que ya te diré otro dia.

D. Nuño, Conde de Lara.



ROMANCE HISTÓRICO.

—

Si su rey es derechero,
Los hidalgos de Castilla
Por su rey mueren primero
Que faltarle con mancilla
Cuando les guardó su fuero.

Mas si altivo y con fiereza
Les amengua honor y ley,
Ellos tienen fortaleza
De hablar alto y recio al rey
Por la pro de su nobleza.

Tres mil son los de hidalguía
Que sobre sus armaduras
Llevan galas á porfía,
Y de perlas que el mar cria
Cuajadas las vestiduras.

De Alfonso que es su señor
En el palacio ayuntados

Si brillan en esplendor,
Mas brillaron en valor
En los trances arriesgados.

Dijo Alfonso » Bien hayais,
» Hidalgos que aquí venís;
» Quiero y mando, si me amais,
» Que el tributo me rindais (1)
» De cinco maravedís."

De sorpresa enmudecian
Los nobles que allí se hallaban,
Y aunque nada respondian,
Con el ceño que ponian
Al monarca denostaban.

Pero se adelanta un conde
De estirpe gloriosa y clara
Que su enojo mal esconde;
Llámanle Nuño de Lara,
Quien por todos le responde.

» Nos de tales descendemos
» Que nunca pagaron pecho,
» É si vos obedescemos,
» Muy mal de ellos merescemos
» Por dejarvos satisfecho.

» Nos guardaron estatuto
» Los reyes onde venís;
» Lealtad es nuestro fruto;
» Ya que vos la recibís,
» Este es el mejor tributo.

» La fé á Cristo tributamos,
» Que de Cristo es el honor,

(1) Este tributo fué llamado vulgarmente de los quinientos sueldos.

» Despues de él os acatamos,
» Que á los reyes les pechamos
» No moneda, sino amor.

» El hidalgo al rey venera,
» Y ha de fuero no pagar
» Moneda ni fonsadera,
» Pero de su rey espera
» Que su fuero ha de guardar.

» Sabe en lid y en arrancada
» Pelear por su señor,
» Y no desceñir la espada
» Ni quitarse la celada,
» Sin dejarle vencedor.

» Llevar sabe sus pendones,
» Y guardarle las fronteras,
» Y dejar las ilusiones
» Mas dulces y falagueras
» Por dar lustre á sus blasones.

» Reducir á su mandato
» Tierras llanas, tierras fuertes,
» Añadiendo al cetro ornato,
» Y antes arrostrar mil muertes
» Que ser desleal ó ingrato.

» Sabe ser recto y cumplido.
» Fuerte en armas y bracero,
» Muy apuesto, muy sufrido,
» De buen seso y entendido,
» Mas no sabe ser pechero.

» Mengua no ha de haber en nos:
» Yo tributo no daré,
» Que antes que pechar á vos,
» La suerte preferiré
» De pechar el alma á Dios.

»Que me sigan los que ufanos
»Su honor guardan sin mancilla,
»Y al lado de los tiranos
»Que se queden los villanos,
»No los nobles de Castilla." —

Dijo: y el palacio deja,
Y en pos de él van de consuno
Mientras que de allí se aleja
Los tres mil sin faltar uno,
Con igual furor y queja.

Triste el rey alli se vió
Solo con un camarero,
Y á su lado se quedó
Diego de Haro el consejero
Que tan mal consejo dió.

»Mi autoridad encadena,
»Dijo el rey; furor tan ciego
»Mucho apúrame y apena,
»Pero catad vos, Don Diego,
»Que aconsejeis cosa buena.

»Ca si la cabeza soy,
»Ellos miembros mios son,
»Si los guardo á ganar voy,
»Mas si á pérdida los doy,
»Busco propia perdicion.

»¡Cuanto pesa esta corona
»Que deslumbra y miente un bien!
»¡Cual fatiga mi persona,
»Pues las perlas que eslabona
»Son espinas á mi sien!

»¡Oh nobleza! Ya en la cuna
»Te adormeces al arrullo
»De lisonja y de fortuna,

»Y te nutres importuna
»Con la leche del orgullo.

»Das al gesto la osadía,
»Das volcan al corazon,
»Á la voz das energía,
»Porque va en tu compañía
»La altivez de condicion.

»Prontos tienes los enojos,
»Alas de arrogancia elevas,
»Y en tus súbitos arrojos,
»Al pintar iras los ojos,
»La mano á la espada llevas.

»Nulos del rey son los fallos
»Que á los suyos dicta leyes,
»Y que quiere gobernallos,
»Encontrando tres mil reyes,
»Cuando cuenta sus vasallos."—

Calló Alfonso, y la tristeza,
Sombra despiadada y dura,
Sin respeto á su grandeza
Se apoderó en breve pieza
De su rostro y apostura.

Don Nuño cuando se vió
De todos acompañado,
Á su casa los llevó
Donde con gentil agrado
De este modo les habló.

»Defendamos, infanzones,
»Nuestro honor y libertad;
»En los rápidos bridones
»Bien armados cabalgad,
»Guardando mis instrucciones.

» En sendos paños atados
» Colocareis sin tardanzas
» Los maravedís citados:
» Los paños irán colgados
» De las puntas de las lanzas.

« Al campo todos saldreis
» En guisa tal y en union,
» Y en el campo me hallareis,
» En donde conocereis
» Como pecha un infanzon.”—

La hueste fué así ordenada,
Y Don Nuño puesto al frente
Con magnífica celada
Y un peto resplandeciente,
Mandó al Rey esta embajada.

« Caballeros en su silla
» Ya tienen aparejado
» Los hidalgos de Castilla
» El pecho que habeis mandado,
» Y el conde los acaudilla.

« Querais pues, señor, mandar
» Que vayan los cojedores,
» Y sed cierto, sin dudar,
» Que ellos se lo sabrán dar
» Cual lo dieron sus mayores.

« Y porque el cetro os abona,
» Piden no vayais allá,
» Que respetan la corona
» Y acatada vos será
» La dignidad y persona.

« A vos salvaguardia dan,
» Pues brillais con mil destellos;
» Pero á los demás que irán

» Su recaudo les darán
» Cual conviene al honor de ellos.”—

Atónito Alfonso queda,
Y entre sinsabor y saña,
Aunque su altivez lo veda,
No es fácil que dejar pueda
De admirar tan noble hazaña.

De los nobles altaneros
Confirmó las libertades,
Y guardó todos sus fueros
Por una de sus bondades
O por ser ellos tan fieros.



La Virgen del bosque.



Este siglo de hierro y de dolores
Desnudo encuentra el bardo de su gloria;
Dejadle pues cantar ó sus amores,
O de remota edad antigua historia.—

Esa ciudad dormida sobre el Sena
Al ambiente feliz de su fortuna,
De altivos monumentos toda llena,
Rica en oro y poder como ninguna,

Señora en magestad y en dictar leyes,
Cuyas avaras flotas los honores
Celebran de las fiestas de sus reyes,
Vistiendo el mar de enseñas tricolores;

Que quiere reducir á sus cadenas
Los abrasados hijos del desierto
Y llenar las estériles arenas
De sangre, destruccion y desconcierto;

Esa ciudad, coloso de altiveza,
En su orígen Lutecia se llamára,
Menos subida en honra y en grandeza.
Pero mas en virtud preciosa y rara.

Que ni con gigantescas dimensiones
El arco de la Estrella alzó del suelo
Lanzado á las diafanas regiones,
Cual para sustentar el alto cielo.

Ni esa sombra que es reina de los manes (1)
Y que llenaba el mar si en él dormia,
La sombra del mayor de los titanes
El cívico recinto protegia.

Pacífico reinaba Cariberto,
Sin que rival ninguno deslumbrado
De ese fulgor del solio que es incierto
Perturbase la calma del estado.

Colgaban de basílicas sagradas,
Dando á Dios alabanzas, aunque mudas,
Las lanzas y las cotas enmalladas,
Corazas y cimeras penachudas.

En inaccion espadas y paveses
Perdian su brillante lucimiento,
Y tejian arañas descorteses
Al rededor su tela en ocio lento.

Frutos con profusion daba la tierra
Transformada en pensil ó eden sereno,
Que el carro rechinante de la guerra
No estremecia entonces su almo seno.

No lejos de Lutecia un bosque umbroso
Sus cúpulas alzaba de verdura,
Templo del ruiseñor que suspiroso
Busca la soledad y la tristura.

Varia vegetacion se confundia
Y casaba sus ramas desiguales,

(1) Alude á Napoleon y á la traslacion de sus restos.

Que daban honda y grave su armonía
Al soplo de los recios vendabales.

Abundaban á par de fuentes puras
Grutas de eterna sombra y de reposo,
Para furtivos goces y ternuras
Solemne apartamiento misterioso.

Entre cuatro cipreses colocado
Veíase un altar de tosca piedra;
Y sobre un pedestal todo enlazado
De vidriosas ramas de una yedra,

Descollaba una estátua de María
De mediana labor en su estructura,
Que la Vírgen del bosque se decia.....
¡Piedad de aquellos siglos de fe pura!

¿Mas quién de leves flores que el rocío
Nutrió por ser alumnas del aurora,
Mecidas de la noche al aire frio
Coronaba el altar de esta señora?....

Cuando el sol su diadema desceñia,
Y el carro de rubí su rueda ardiente
Tachonada de hermosa pedrería
Deslizaba en los mares de occidente;

Al pie del sacro altar una pastora
Tímida, recelosa y solitaria,
Bella como Morgana encantadora
Suspiraba esta mística plegaria.

—Privada he nacido
De amor maternal,
Cual ángel sin cielo,
Cual alcion sin mar,
Cual palma desierta
De mudo arenal.....
La Vírgen del bosque
Mi madre será.

De un padre sostengo
Decrépita edad,
Y enjugo su llanto,
Y alegro su hogar:
Me besa y bendice
Con trémulo afan....
¡ Oh Virgen del bosque
Su vida amparad!

Mi sombra embellece
Su rústico umbral,
Mis besos endulzan
Su amargo pesar;
Y un corto rebaño
Con mesa frugal
La Virgen del bosque
En premio nos da.

Así Teodegilda la pastora
Exhalaba del alma blando ruego,
Cual casto serafin que á Dios adora
Encogiendo las alas de oro y fuego.

Un dia..... ya el crepúsculo dudoso
Acercaba sus sombras é ilusiones,
Cuando un rumor, un eco clamoroso
De la bella turbó las oraciones.

El ladrar de sabuesos y lebreles
Se estendia por grutas, por oteros;
Relinchaban los rápidos corceles
Y gritaban los ágiles monteros.

Presentóse á la tímida zagala
Un noble paladin, que á un tordo oscuro
Reprimia los ímpetus y gala
Para hablar con acento mas seguro.

—«¿Quién eres? esclamó viendo á la hermosa,
»¿Eres vision celeste y soberana?....

»Sin duda tú serás la cipria diosa
»O alguna de las ninfas de Diana.

«¿Eres Hebe inmortal que á los humanos
»Quieres servir la copa de ambrosía?
»¿O venida de climas muy lejanos
»Te entretiene el frescor de selva umbría?

«Dime qué bella patria y claro rio,
»Qué cielo azul y valle venturoso
»Concede á la beldad tal poderío,
»Produce tal hechizo delicioso.

«Dí qué remota zona comunica
»A los ojos el brillo que recrea;
»Que sol tan frescas plantas vivifica,
»Y que aromoso viento las orea.

«Quien habita las playas y riberas
»De náyades tan lindas y agraciadas,
»Y si sois como airosas y hechiceras,
»Fáciles á caricias regaladas.

«Fortunados serán aquellos seres
»Que entre bosques de mirtos y de rosas
»Ven esos serafines por mugeres
»Y abrazan serafines por esposas.

«De Lutecia las damas escogidas
»Cuando barren con sedas rozagantes
»Gradas de duro pórfido bruñidas,
»Y escarchan sus cabellos de diamantes;

«Cuando entre alegres danzas y almo coro,
»La luz que viva y clara resplandece
»Sobre los candeleros que son de oro,
»La natural beldad del bosque acrece.

«Todas ellas con telas y aderezos,
»Red que á la esclavitud conduce el alma,

» Serian á tu lado humildes brezos
» Al ciprés comparados ó á la palma."—

Sonroseó la faz de la pastora
Del virginal pudor pincel ligero,
Y respondió con voz encantadora
Al apuesto y sensible caballero:

—«Este bosque fué cuna y patria mia;
» Me adurmieron los dulces ruiseñores,
» Y por mi anciano padre cada dia
» Imploro de esta vírgen los favores."

Quitando de sus dedos un anillo,
Cuya labor prolija aprisionaba
Piedras de tal valor y de tal brillo,
Que con círculo breve deslumbraba,

—«Toma, dijo el amante venturoso,
» Esta prenda de amor y de himeneo,
» Y mañana sabrás quien es tu esposo
» En el mismo lugar en que te veo."—

Volvió riendas al bruto refrenado,
Que agitó sus melenas impaciente;
Y cobijando el sueño regalado
Las sombras se estendieron de repente.

Brilló la nueva luz; ya desmayaba
La deliciosa tarde en la pradera,
Y los cálices mustios oreaba
La brisa, su constante compañera.

Vió el bosque en sus recintos deliciosos
Bridones y jaeces estimados,
Paladines y nobles orgullosos,
Con pages guarnecidos y broslados.

Deslumbraban la púrpura y el oro,
Los petos, las insignias y veneras,

Y las plumas caian con decoro
Pendientes de las altas penacheras.

Todos ceremoniosos y corteses
Con gentil gallardía y apostura
Cercaron el altar de los cipreses,
Donde se hallaba orando la hermosura.

Entonces de la mano torneada
Tomóla el caballero del anillo,
Que á toda la nobleza engalanada
Vencia en magestad y augusto brillo,

Y esclamó :—«Sube al solio que te espera,
»Ya tu piedad filial te hace dichosa;
»Vírgen de mis amores lisongera,
»Yo soy el rey de Francia y tu mi esposa."

Se alzó entonces un grito de alegría
Mezclado con un músico concierto,
Que por el ancho bosque repetia :
Vivan Teodegilda y Cariberto.



El Rey y el Alcalde.



TRADICION DE SEVILLA.

—

I.

Ese triste caseron,
Ese alcázar de Sevilla,
Que con ojos de recuerdos
El vulgo al pasar no admira,

Templo antiguo es para el vate
De conciertos y armonías,
Do de los pies las pisadas
Suenan cual acordes liras;

Do las vaporosas nieblas
Que de noche lo cobijan,
Parece que ocultar quieren
Sus historias peregrinas;

Do el sol que sus muros baña,
No se aleja sin que diga

Que algun tiempo se afrentó
Del oro de sus cortinas;

Do los vientos que lo baten,
Ó cantan ó mas bien silvan
De sus olvidadas glorias
La salvage sinfonía;

Do las lluvias que lo mojan,
Recuerdan al que medita
Lágrimas de hermosos ojos,
Que en sus mármoles caian;

Do la sombra es misteriosa
Como la de las ruinas,
Do la voz tiene mas eco,
Y el alma mas osadía;

Ese caseron oscuro,
Que era octava maravilla,
Perla de los andaluces,
Y de los monarcas digna,

Dormido de noche estaba
Con sus pages y meninas,
Y fantásticos ensueños
Por sus salas se perdian.

Noche de sábado fuera,
De malos agüeros hija,
Pues en ella van las brujas
Á sus largas romerías,

Dejan chozas y desvanes
Al punto que están ungidas,
Y por las paredes altas
Levemente se deslizan.

Vagan por los cementerios,
Y con las huesas platican,

Y esprimen nocivos jugos
De las hierbas que ellas crian.

Noche de trasgos y duendes,
De agua y vientos que se indignan
Contra torres, hierros, tejas,
Calles, cúpulas y esquinas,

Uno sale del alcázar,
Mas se ocultan y despintan
Con la negra oscuridad
Su vestido y sus divisas.

Con otro que está esperando
Como muda estátua fija,
Que burla los uracanes,
Con tal razonar se esplica.

—» Bien os remojais! yo soy:
Contrarios á mis intentos
Lucharán los elementos,
Pero al fin á verla voy.

No puedo vivir sin ella,
Y aun me halaga en tempestad
Buscar una claridad
De mi venturosa estrella.

Si el honor de merecer
Se alcanza con el sufrir,
Sin un largo discurrir
Se convence á la muger.

Y se logra el dulce intento,
Pues su noble corazon
Nunca niega el galardon
Despues del convencimiento.

Si fatigas arrostrais,
Con ellas la convenceis;

Todo lo que padeceis
Es semilla que sembrais.

Á los hombres de valor
Que asi saben obligar,
Forzoso será llamar
Usureros del amor.

Y el que sufre lluvia airada
De noche muy intranquila,
Con el agua que destila,
Fuego enciende en su adorada.

—» Muy constante sois, señor,
Dijo el otro, yo en verdad
Seré fiel en la amistad;
Mas considero al amor

Muy hermoso y muy gentil,
Si es vario y no persevera,
Cual juego de lanzadera
Que entra y sale veces mil.

¿Qué hariais en un vergel
Siempre con la misma flor?....
¿Vestís siempre de un color?.....
Ese *siempre* brinda hiel.

Plantas mil brota la tierra
Para perpetuar recreos,
Nuestro pecho mil deseos,
Y si á todos haceis guerra

Fijo en uno que se alcanza,
Fabricais vuestras prisiones,
Y perdeis las ilusiones
Que nos dora la esperanza.

—» Tal fué mi sentir un dia:
Cansado de dulces bienes,

Iba tras de los desdenes,
Que irritaban mi osadía.

Sin dejarme su señal
Era mi amor tan ligero
Como un soplo en el acero
Y el aliento en el cristal,

Que el baho que los desluce
Contra su esplendor se humilla,
Y el acero otra vez brilla,
Y el cristal otra vez luce.

Mas hoy derrotado veo
Del todo mi orgullo altivo,
Pues que solo al verla vivo,
Muriendo si no la veo.

Ea pues: seguidme en zaga,
Dejando que yo me avanze,
Porque si ocurriese un lance,
Llevo ya mi estoque y daga.

Con silvido llamaré
Si me acometieren dos,
Pues si es uno, sabeis vos
Que yo solo bastaré."—

Dicen esto y se dividen,
El uno soñando dichas,
Y el otro mayor privanza,
Que tal vez así se priva.

Del que adelantado parte
La marcha que precipita
Va indicando ciego amor;
Su apostura es de hidalguía.

Y el embozo le defiende
Rostro y manos recogidas

De la lluvia siempre igual,
Cuyas gotas le salpican.

Detiene veloces pasos
Que su direccion terminan,
Y apoyado en la pared,
Duda, espera, desconfía.

Pero luego en una reja
Señal oye conocida,
Reclamo del corazon
Que duda y temor disipa.

Se acerca; que aquellos hierros
Imán son de sus delicias,
Y si por dentro aprisionan,
Por fuera tambien cautivan.

Quien no sepa como es dulce
Besar una mano linda,
Que en las horas de la noche
Por los hierros se desvia,

Ver en ellos como flota
Cendal que la nieve envidia,
Y asomar pequeño pié
Que jugueton se retira,

Pedir zelos, jurar paces,
Prometer y cumplir citas;
Podrá ser feliz amante,
Mas no apura el bien que estima.

Se acerca: los dos comienzan
Sus pláticas persuasivas,
Ella tras la reja, y él
Al pié de la reja misma.

Se extasia el favorecido,
Pero al revolver la vista,

Vé un rival todo enlutado
Que sin ceremonia grita :

—Ved como salís de aquí,
Que difícil es por cierto.
—Yo salgo pisando un muerto,
Porque es mi costumbre así.

—Tal vez á un hidalgo toque
Desmentirla, y que no os valga.
—Piel plebeya y piel hidalga
Lo mismo pasó mi estoque.

—Largo sois en razonar
Sin que logreis persuadir.
—Mas breve seré en reñir
Que es mi modo de probar."—

Prontamente los aceros
Se encuentran y brotan chispas,
Y los golpes se redoblan,
Y se encienden nuevas iras.

Los dos diestros se presentan,
Y con tal esfuerzo lidian,
Que si avanzan, muerte ofrecen,
Muerte burlan, si retiran;

Y la muerte de uno en otro
No conoce á quien se inclina,
Para hundirlo en el sepulcro
Con el ódio que lo anima.

Por fin uno de los dos
Creyendo que golpe evita,
Siente el corazon pasado
Con honda y acerba herida.

Dió un ¡ay! junto con el alma,
Y entonces á una rejilla

De improviso luz sacaron,
Mas la que la luz tenia

La dejó caer gimiendo,
Y ausentóse pavorida
Con aguda esclamacion
Que los ecos repetian.

Retírase el matador,
Y la lluvia se disipa,
Y los acallados vientos
Ni murmuran, ni suspiran.

II.

Era el alba: frescos vientos
Que las flores enmaridan,
De los polvos fecundantes
Sus corolas de oro henchian,

Cuando la de las cien lenguas,
Cien ojos y cien bocinas,
Que aumenta las cosas todas,
Y que fama se apellida,

Por la ciudad divulgaba
Con frases todas distintas,
Del suceso de la noche
La triste y fatal noticia.

El vulgo mordaz, que gusta
De corrillos y de hablillas,
La interpreta de mil modos
Con verdad ó con mentira.

«Duelo ha sido: los hidalgos
Por nada se desafían;

Bástales una mirada,
Si el desprecio la fulmina."

«No fué duelo; fué atentado
Del robo y de la codicia;
Del que tarde se recoge
La bolsa y la piel peligran."

«Nada de eso; malas hembras
A los hombres arruinan;
Falsedad de las mugeres
Que á dos aman y á dos citan.

Se encuentran los dos rivales
Y anda el juego de la esgrima,
Se hieren y descalabran,
Tal vez mueren, y la niña,

Despues de rezar sus credos,
Devocion y letanías,
Sobre regalada pluma
Duerme como una bendita."

Ocupaba por entonces
Don Pedro la regia silla,
Y estaba con un alcalde
Razonando en esta guisa.

—¿De un hidalgo asesinado
Me dais cuenta?—Sí señor.
—¿Quién ha sido el agresor?
—Mis pesquisas ha burlado.

—O tibio sois ó es malicia,
Pues del mal razon me dais,
Y al agresor no dejais
En poder de la justicia.

Dando vos la queja al Rey
Sin presentar al malvado,

Deteneis su brazo airado
Que ha de descargar la ley.

Mirad, negligente alcalde,
Que yo, como justiciero,
Con aquel seré severo
Que me representa en valde.

—Señor, puse mi cuidado,
Pero nada he traslucido;
El muerto estaba tendido,
Con el pecho atravesado.

Separados ambos brazos,
De su espada asido bien,
Y á su lado ví tambien
Un candil hecho pedazos.

—Dejad en buen hora al muerto
Que no sufre ya dolor;
Buscad pronto al matador,
Y si no lo hallais, sed cierto

Que en honra de la entereza,
Que tanto en mi sólio brilla,
Con un golpe de cuchilla
Rodará vuestra cabeza."—

Dijo, y solo lo dejó
Con las dudas que le agitan,
Temores que le acobardan
Y ansias que le martirizan.

III.

Víctima de todas ellas,
Vuelve á renovar pesquisas,

Pues del rey el fiero humor
Es volcan de ardiente pira.

Por fortuna del desvelo,
Sobre aquel candil medita,
Que aunque roto y apagado,
Sus tinieblas ilumina.

Propiedad es de una vieja
Ya trémula y carcomida,
Que en la desgraciada noche
Lo asomó por la rejilla.

Y en vano el astuto alcalde
La reconviene y ostiga
Para que revele cosas
Que su corazon archiva;

Como estátua del silencio
Que los años petrifican,
No responde á sus preguntas
Y amenazas desestima.

Son de nieve sus cabellos
Y rugosas sus megillas,
Pero el alma no ha sentido
Del tiempo la sorda lima.

Cuestion sufre de tormentos,
Y en ellos tambien se obstina;
Pero al fin potro y garrucha
Desatan su boca fria.

Del reo pronuncia el nombre,
Y es tal nombre el que publica,
Que á la mas ilustre esfera
De los timbres se sublima.

Nombre que la deja libre
De torturas y fatigas,

Y en el pecho del alcalde
Mas y mas las multiplica.

IV.

Entonces en uso estaba
La caza de cetrería,
Y era noble diversion
De gente orgullosa y rica.

Los jerifaltes y halcones
Adiestraban á sus miras,
Y á perdices, chochas, garzas
Guerra atroz el mundo hacia.

Por la tarde, amando el Rey
Disfrutar en la campiña
De esta hermosa diversion,
Salió con su comitiva.

Penetrando en el alcázar,
Hizo prevenciones listas
El alcalde, pues en todo
La venia real habia.

Ya del sol último rayo
Doraba las altas cimas,
Dejando en las verdes faldas
Las sombras crecer aprisa,

Cuando Don Pedro cansado
Su vuelta emprendió á Sevilla,
Con el halcon en el puño,
Largando al corcel la brida.

Trémulo como las hojas
Si los euros las agitan,

Mucho mas pálido que ellas
Cuando caen ya marchitas,

Se le presentó el alcalde;
Mas de pronto se reanima,
Convirtiéndose en acero
De su corazon las fibras.

Dijo el rey — Muy bien llegado:
¿Ya sabeis el matador
Del hidalgo?..... — Si señor.
— ¿Le hallasteis? — Le tengo hallado.

— ¿Asegurado lo habeis?
— Me es difícil en verdad.
— ¿Donde se halla? ¿Lo sabeis?
— Si señor. — ¿Donde? — Mirad. —

Al decir esto, descorre
Con prontitud las cortinas
Que ocultan del Rey la imágen,
Y doblando la rodilla,

Con dignidad reverente,
Con modesta gallardía,
Quedó sin hablar..... Don Pedro
De este modo se le esplica:

—Bien habeis obrado vos;
Cumplís vuestro cargo así:
Sabed que juzgarme á mí
Nadie puede sino Dios.

No obstante, se hará justicia
Para que escarmiento sea,
Y en mi tiempo no se vea
Sin castigo la malicia.—

Un busto que figuraba
Del rey la cabeza misma,

Pusieron, pasado un tiempo,
De una calle en una esquina.

Y es la calle que vió el lance
De la muerte y de la riña,
Que *calle del candilejo*
Desde entonces denominan.



Los Remordimientos de un Parricida.



DON ALVARO.

De mi enlace feliz la luz veia,
Y en medio del aplauso y los festines
Mi esposa á mis caricias sonreía,
Mas bella que los mismos serafines.

Latiendo el corazon, mi mente avara
Se fingia con plácido embeleso
Las venideras dichas de union cara,
Y en el cielo de amor el primer beso;

Y en tanto que en los cálices dorados
Bebosaban los vinos olorosos
Que disipan los pálidos cuidados,
Y aconsejan placeres deliciosos,

En el alto cenit el sol dormido,
Y tardías las horas de su empleo,

Y sin alas el tiempo entorpecido
Parecian al férvido deseo.

Con mis ojos, con ávida impaciencia,
Las gracias de mi esposa devoraba,
Mas ella, pretestando breve ausencia,
Del salon del festin se retiraba.

Fué para no volver... corrí afanado,
Viendo su dilacion y su tardanza,
Porque á manos del pérfido cuidado
Morian mi placer y mi esperanza.

Sobre el tálamo mismo de alegría,
No guardado á tal uso, ni á tal pena,
Muerta encontré á mi amada, yerta y fria,
Sin calor en su cuerpo de azucena.

Marchitóse primero que las flores
Que adornaron sus sienes virginales,
Que una vida de flor á sus amores
No dió la dura estrella de mis males.

Fué su gala nupcial, su pompa toda
Trofeo de la tumba y del osario:
Su madre bordó el velo de su boda...
¡O qué madre infeliz! bordó un sudario.

Mi parabien fué un luto y un desierto:
Fué el tocar de las copas cristalinas
Plegaria sepulcral, doblar á muerto,
Y las rosas de Eden fueron espinas.

Ella marchó á la huesa dolorosa,
Mas fugáz que el albór de una mañana:
Dado y robado bien, vírgen y esposa,
Mentida posesion y sombra vana.

Ved, D. Lope, si duros torcedores
Oprimen este pecho desdichado.

DON LOPE.

¿Y vos sabeis de penas y dolores
Por solo ese dolor que habeis contado?

DON ALVARO.

Yo era noble, era rico, era opulento:
Gastaba un patrimonio en una mesa;
Con lo que consumía en un contento
Se pudiera dotar á una princesa.

Y al golpe de unos dados me ví pobre,
Y el hambre me mostraba su esqueleto,
Que se vence con oro, plata y cobre;
Mas faltándome todo en tal aprieto,

No la pude vencer: ella venia,
Y al son de su osamenta descarnada
Mi famélico sueño interrumpía
Porque soñaba pan, sin tener nada.

Pedí en ageno umbral en mis afanes,
Y encontré corazones como roca;
Blasfemias de hombres y ladrar de canes
Fué el pan que recogí para mi boca.

¿Y queréis mas dolor? ¿Buscais quebranto
Mas atroz y mas grave desventura?
Job en el muladar no sufrió tanto;
La cuestion de tormento es menos dura.

DON LOPE.

Así lo juzgais vos: tocad mi diestra.
Y sabreis de dolor y afan interno.

DON ALVARO.

¡Quema como un volcan!

DON LOPE.

Fria es la vuestra.

DON ALVARO.

¿Y qué calor sentis?

DON LOPE.

El del infierno.

La fiebre de Satán la poseyera
Cuando se alzó una vez: el tiempo pasa
Mas ella como fragua persevera:
Hiela el invierno estéril y se abrasa.

Quema el pan que me sirve de alimento,
Y en carbon lo convierte denegrido;
Hierve al contacto el agua, y voy sediento
Por no beber un plomo derretido.

Cuelga siempre esta mano descubierta
De mi lecho de espantos y aflicciones,
Y señala en su mísera cubierta
Los dedos en figura de tizones.

No sabeis como abruma y martiriza
La eterna maldicion: es fuego ardiente
Que en los huesos recónditos desliza,
Y abrasa sus medúlas lentamente.

¿No veis estas arrugas que han descrito
Prematura vejez en mi semblante?

Pues no son de la edad, son del delito:
Encanecí en un dia, en un instante.

¿No veis un sello triste en esta frente?
Es de reprobacion aborrecida,
Un rastro que ha dejado la serpiente
Que marchitó el Edén... Soy parricida.

Mi tormento escuchad. Ni el sol calienta,
Ni es claro para mí cual para el mundo,
Que una mancha de sangre me presenta
Perdida por un cielo moribundo.

Mas triste que Cain sufro un destierro,
Con un prisma sangriento ante los ojos,
Que valle y soto y rio y llano y cerro
Vistiendo de un color, los pinta rojos.

Conducidme al festin de los placeres....
¿Y qué pensais que escucho en los conciertos?
Gemidos y sollozos de mugeres
Que lloran todas juntas á sus muertos.

¿Y en las festivas danzas, cuando juega
Con nota mas fugaz dulce armonía,
Y al animado júbilo se entrega,
Qué pensais que contempla el alma mia?

Nefanda reunion de unos precitos
Que agitan sus diabólicas figuras,
Y saltan sobre llamas y dan gritos
Burlándose tal vez de sus torturas.

Escuchad otro afan (este quebranto
Se guarda muy oculto en mi memoria,
Y sin profundo horror, sin grave espanto
No sale de mi labio tal historia.)

Busqué á mi duro mal un lenitivo
Del caprichoso amor en los favores,

Y busqué una muger cuyo atractivo
Por lágrimas me diese gayas flores.

Y engañado creí que Dios dormia,
Que el polvo de la tumba no gritaba,
Que el polvo de los años encubria
Una sangre infeliz que el sol secaba.

Era noche: ni el can con su ladrido,
Ni el hombre con su voz turbaba el sueño
Del universo lánguido y dormido
Bajo la proteccion del sumo Dueño.

Mi amada era muy bella... mas en vano
Encarezco sus formas celestiales,
Avezado que estoy al inhumano
Delirio de visiones infernales

Diérame una esperanza lisongera;
Sus plumas el deseo me prestaba,
Y en la noche que es cauta consejera,
Su mansion impertérrito buscaba.

Envuelto entre la sombra que ceñia
Su albergue reducido y silencioso,
Pude escuchar su voz que fué mi guia,
Y que marcó la senda al pié dudoso.

¡Es ella!... ya la estrecho entre mis brazos!
¡O Dios! ¿y qué abracé? fué un esqueleto
Quien recibió mis ósculos y lazos!...
Yo solo sé mi pena y mi secreto.

Sus costillas crugieron abrazadas,
Y las clavó en mi pecho con fiereza:
Me aferró con sus manos descarnadas
Aquel mónstruo de bárbara torpeza.

Y remedando besos me mordia,
Y fingiendo caricias me estrujaba,

Y como por halago me oprimia,
Y como por cariño me arañaba.

No tuvo hueso alguno en su figura
Que en mi cuerpo señales no dejase,
Ni hay género esquisito de tortura
Que yo no padeciese y apurase.

Era un martirio atroz, dolor eterno,
Las ansias de una muerte repetida,
Las bodas de una furia en el infierno,
Y el castigo fatal de un parricida.

Herido y maltratado de tal suerte,
Es ley que el mas intrépido sucumba:
Me poseyó tal vez sopor de muerte,
Y vine á dispertar junto á una tumba.

¡Ved mis flores de amor como han nacido!
¡Ved si espinas cogí por azucenas!

DON ALVARO.

¡Cosa horrible! Jamás sonó en mi oido
Asunto de mas lágrimas y penas.

DON LOPE.

Todas las noches... sí... cuando se apaga
Con fatal vibracion hora perdida
Que mi delito vió, con honda llaga
Se gasta mi existencia maldecida.

El cóncavo metal sus ecos pierde,
Y al lado de mi lecho aborrecido
Levántase una llama azul y verde,
Y en medio va un espectro conocido.

Lo vereis poco á poco dilatarse,
Poco á poco crecer, tocar el techo,

Coloso de las tumbas sublimarse,
Y enseñar una herida de su pecho.

Y arrancando un puñal allí clavado,
Derrama tanta sangre que es un rio,
Un mar que de sus lindes ha saltado,
Y salva el cabezal y el rostro mio.

De un náufrago es entonces mi agonía:
Voy á sobrenadar, pero no elevo
Mi cuerpo que es de plomo en tal porfía,
Y la sangre me inunda, y sangre bebo.

Y es amarga, cual hiel, y me sofoca,
Que en un rogizo piélago se agita,
Y al respirar, se mete por mi boca,
Y encontrándola llena regurgita.

Ese espectro es aquel que me dió nombre,
Me regaló la vida lastimera,
Y pensando engendrar un hijo, un hombre,
Engendró un basilisco, una pantera.

Yo conozco sus canas profanadas,
Sus labios que besaran mis megillas
En mis niñeces bellas y doradas,
Cuando yo le abrazaba las rodillas.

Sus manos que mecian una cuna
En donde me halagaba en mis dolores...
¡O Dios! ¿Quién le dijera en su fortuna
Que aquel niño era un áspid entre flores?

Suyo es el gesto todo y la figura,
Y el mirar triste, rígido y severo,
Y mia tan infausta desventura,
Suyo es el corazon, mio el acero.

DON ALVARO.

¿Y no hallais una noche venturosa,

Sin la horrenda vision que os atormenta?
¿No hay una luna blanda y misteriosa
Que cubra con un sueño tal afrenta?

DON LOPE.

¡Vano esperar! Ponedme en el abismo,
Dó no penetra el sol, ni la esperanza,
Y en sus hondas entrañas, allí mismo,
Completará el espectro su venganza.

¿Los sueños invocais? Oid agora:
Mi sueño es un delirio, una locura,
Una fiebre que mata, que devora,
Que nuevos sinsabores me asegura.

Considero fantásticas prisiones;
Pasa el hierro en mi cuerpo maltratado,
Y pesan mucho mas las maldiciones
Qne el mundo ha dirigido á mi pecado.

Todos huyen de mí: siento mi yugo,
Y al buscar un consuelo á tantos males,
Me asombro con la vista del verdugo
Que juega con los pérfidos dogales.

Ya veo las cuchillas afiládas
Y el patíbulo alzado á mi vileza,
Que dividen mis carnes infectadas,
Que ponen en escarpia mi cabeza,

Y que aunque muerto estoy, oigo el sonido
Del dinero que arroja sobre el plato
Alguno que pasando enternecido
Hace bien por mi bien y mi reato.

O al clamor del Arcángel poderoso
Dejo el lecho de arcilla, y me levanto
Al juicio final, y estoy medroso
Al claro resplandor del trono santo.

Y mientras que los ángeles divinos
Separan al virtuoso, al inocente,
Me mezclan con la turba de asesinos
Sin el sello de luz en esta frente.

Pierdo con la blasfemia la esperanza,
Y al pedirme la cuenta el juez eterno,
Colocan un puñal en la balanza,
Que la inclina á los bordes del infierno.

Dios aparta su vista y me condena,
Sonríe Belzebú, y al punto mismo
Ligándome con bárbara cadena
Me sepulta en los senos del abismo.

DON ALVARO.

No sigais mas por Dios, que mis entrañas
Enternecido habeis con tales muestras;
Mis penas os conté por muy estrañas,
Pero penas no son viendo las vuestras.

DON LOPE.

Son mas que las oidas; pero en tanto
Vendreis á confesar con mi escarmiento
Que no hay afan, dolor, pena y quebranto,
Comparable al atroz remordimiento.



El Page Español Pedro Fajardo.

ROMANCE HISTÓRICO.

—

Dedicado á mi amigo D. Antonio Ribot.

De hinojos se mantenia
Pedro el inclito garzon,
Y su padre le decia,
Dándole su bendicion:

—Á servir al rey frances
Como page á Francia vas;
Sírvele como á quien es,
Y honra y fama ganarás.

Muéstrate entre caballeros
Bien nacidos y gallardos,
Del linage de Viveros,
Y el mejor de los Fajardos.

Tú eres tierno; el bozo apenas
Te sacó de las niñeces,

Mas la sangre de tus venas
Es de hidalgo, cual mereces,

Y en donde ilumine el sol
Tu juventud esforzada,
Esa sangre de español
Te hará manejar la espada,

Te dará gloria y fortuna,
Y en los trances de osadía,
Mostrando cual fué tu cuna,
Dará fé de tu hidalguía.

Ten cordura y fortaleza,
Que bien libra quien bien hizo,
Y no dobles tu entereza
Como vano y cambiadizo.

Ten mesura en el semblante,
Sé discreto y entendido,
Ligero, buen cabalgante,
Docto en armas y sufrido.

Cuando leas escrituras,
Sean las caballerosas,
Y de hazañas y aventuras,
Y de empresas animosas.

Ni escuches los trobadores
Cuando dejan tales hechos
Por las cánticas de amores
Bajo los dorados techos.

Sé en las lides azarosas
Soberbio por acabarlas,
Sé cortés con las hermosas
Cuidando de afalagarlas,

Mas de amor no las requieras,
No sea que en un estrado

De dulces pasiones mueras
Lánguido y almibarado,

Mientras otros que no quieren
Del amor dulces venenos,
Lidian y en el campo mueren
Con la gloria de los buenos.

Sé modesto, y no haya dos
Como tú en circunspeccion;
Mas no sufras ¡vive Dios!
Ni denuesto ni baldon.

Que mis canas mancharias
Con infamia que atormenta,
Y en mi cara escupirias
La saliva de tu afrenta.

Bendiga Dios tu inocencia,
Ven y estrecha nuestros lazos,
Y antes de tan dura ausencia
Disfruta de mis abrazos.—

Hijo y padre se abrazaron,
Sus suspiros confundieron,
Y lágrimas derramaron
Cuando el triste á Dios se dieron.

—

Del sólio y cetro frances,
Sólio y cetro de esplendor,
Carlos octavo, el cortés,
Es el único señor.

Y su Córte anda brillante
Con altivos caballeros

De cimera centellante,
Reyes de armas y Maceros.

Pero duques y barones
De sublimes esperanzas,
Y allegados por blasones
Á las regias confianzas,

De su altísimo linage
Á pesar del bien supremo,
Envidian á un bello page
Que ama el rey con gran estremo.

Y ese page que en favores
Va subiendo sin retardo
Sobre grandes y señores,
Es el español Fajardo.

Como un águila se encumbra
Sobre nacarada nube;
Mira al sol, no se deslumbra
Y á su llama el vuelo sube.

Es tan apuesto el garzon
Que enamora y enagena,
Que igual en la perfeccion
Ninguno produjo el Sena.

Un sombrero delicado
Corona su sien de nieve,
Con dos plumas adornado
Que la blanda brisa mueve.

Las dos saltan de un cintillo
De topacio y esmeralda,
Cuyos rayos les dan brillo,
Y una es azul y otra gualda.

Sus cabellos dilatados
Caen sobre la valona

De magníficos trepados
De encajes de Barcelona;

Viste sedas delicadas
Que le sientan con decoro,
Con abiertas cuchilladas
En fondos de grana y oro.

Y aunque es tierno, deja ver
Gravedad en sus facciones,
Y se nota que han de ser
Hercúleas sus proporciones.

Mirada dulce y severa,
Rostro hermoso, corazon
En la paz de blanda cera,
Y en las lides de leon.

De la reina están las damas
Heridas por él de amores,
Y sintiendo vivas llamas
Sufren celos y dolores.

Una de ellas que es Malfada
Fué á esplicarle su tormento,
Y quedó ruborizada
Desplegando asi su acento:

—¡Bello page! Yo te haria
Rey de Francia, si pudiera,
Pero rey del alma mia
Lo serás hasta que muera.

Deja que te rinda yo
Mi corazon, si te agrada.........
Mas el page contestó:
—Señora, no quiero nada.

—¡Bello page! ¿Tan hermoso
Con un corazon de acero?

Tu me quitas el reposo:
Ten piedad, duro estrangero.

Tal vez otra te flechó....
¿Qué es lo que ama tu esperanza?.....
Mas el page respondió:
—Buen caballo y buena lanza.

—¡Duro page! Una pantera
Su leche te dió en la cuna:
¿Dejarás que yo me muera
Tan jóven y sin fortuna?

¿Tras el golpe que me hirió
Me abandonarás así?.........
Y el page la respondió:
—Por ir á la guerra, sí.

—¡Duro page! Quiera el Cielo
Que pierdan la luz tus ojos,
Que en mi mano esté el consuelo,
Me lo pidas tú de hinojos,

Y que te lo niegue yo
Que venganza tomaré..........
Y el page no respondió,
Y á su cámara se fué.

—

Contra Enrique de Inglaterra
Que le toma sus castillos
Y estregando va su tierra
Con peones y caudillos,

El rey Cárlos se previene,
Y enarbolan sus pendones

Los egércitos que tiene
De robustos campeones.

Antes de partir el rey,
Que no puede ser mas tardo,
Pues peligran patria y ley,
Dijo al español Fajardo:

—» Parto con celeridad
» Contra el inglés mi enemigo,
» Pero por tu tierna edad
» No puedes venir conmigo:

» Que ni bélica fatiga,
» Ni sus ominosos daños,
» Ni la lanza, ni loriga
» Cuadran á tus tiernos años.

» Quédate por muy doncel
» Con la reina tu señora,
» Y endulza la amarga hiel
» Que su corazon devora

» Con tu alegre juventud,
» Con tu melodioso canto
» Y los sones del laud
» Que su afan mitigan tanto." —

Con tal habla, de ofendido
Pedro se coloreó,
Y entre ardiente y comedido
Al monarca contestó:

—» Los hidalgos de mi tierra
» Cuyo pecho es esforzado,
» Si su rey parte á la guerra,
» Siempre siguen á su lado.

» De su honor son las doctrinas
» No abandonar sus enseñas,

» No quedarse entre meninas
» Y entre remilgadas dueñas.

» Ser primeros en herir
» Y en tierra muertos fincar
» Antes que del campo huir
» Y á su rey abandonar.

« Cumplid, Señor, mi esperanza;
» Mandad que me den arnes
» Y un caballo y una lanza,
» Que mi peticion tal es"—

Repuso el Rey: « — No ha lugar:
» No es justo conmigo venga
» Quien no pudiera clavar
» Un peine en su barba luenga"—

Fajardo no respondió:
Fue veloz á su aposento,
Y un peine que allí encontró
Propicio al audaz intento,

Clavóselo en la megilla
Con tal fuerza, que arraigado,
Como bárbara cuchilla,
Dejó el rostro ensangrentado;

Y ante el regio acatamiento
Presentóse en tal manera,
Mostrando con su ardimiento
Cuan ilustre su honor era.

Vióle Cárlos cual venía,
Contemplólo larga pieza,
Conoció lo que valía
Tan heroica fortaleza,

Y esclamó — » Noble Español
» De la ensangrentada faz,

» Sin ti no me alumbra el sol
» Ni en la guerra ni en la paz;

» Que tal vez si tu faltares,
» Mis lises no tendrán gloria,
» Ni de altivos Insulares
» Obtendremos la victoria" —

Mandó que le diesen luego
Rico arnés y casco de oro,
Y el caballo de mas fuego,
Que guardaba cual tesoro;

Y aquel paje tan doncel,
Con dicha que tanto anhela,
Caballero fue novel
Calzando dorada espuela,

Y calzósela Malfada
Que llora sus desventuras,
La mas triste y desdeñada
De todas las hermosuras.

—

En espacio dilatado
Que hay cerca de San Albino,
Sus huestes han asentado
Como á lid campal convino,

Los dos Reyes que hacen guerra
Con indomita constancia,
Don Enrique de Inglaterra,
Y Don Carlos que es de Francia.

Del sol á la luz hermosa
Brillan lanzas muy agudas:

Bate el aura procelosa
Las cimeras penachudas.

Forman polvorosa nube
Los cascos de los trotones;
Del clarin el eco sube
Por las célicas regiones.

Y los pechos no sosiegan,
Que crece en la detencion
Sed de lauros, que se riegan
Con sangre del corazon.

De nobles va acompañado
Don Carlos sobre un overo,
Y distínguese á su lado
Por jóven, un caballero,

Que á un tordo rodado ostiga
Con tal brio y tal fiereza,
Que no hay nadie que no diga
Que es flor de la gentileza.

De príncipes y señores
Numeroso acostamiento
Cabalgando en pisadores
Que beben el raudo viento,

Sigue tambien y acompaña
Con estímulo de honor
Al rey de la gran Bretaña
Que aspira á conquistador.

Mas apenas los clarines
Dan de gloria la señal
Á tropas y paladines
Con eco altivo y marcial,

Cuando cual torrente hinchado
Que destruye malecones,

Y ruje con son airado
Por ensanchar sus prisiones,

El page español avanza
Y arrójase á la pelea,
Puesta en ristre dura lanza
Que sangre de ingles desea.

Rompe escuadras y derriba,
Siembra espanto en toda parte,
Y al mismo lugar arriba
Do el rey tiene su estandarte.

Mientras hiere y desbarata,
Con el mismo alferez cierra,
Y con furia le arrebata
La insignia de la Inglaterra.

Mas de muerte va llagado
Su corcel que no acomete,
Y da en tierra desmayado
Con insignia y con ginete.

Con el golpe y el vaiven,
Dando fúlgidos destellos,
Salta el casco de su sien,
Y descubre sus cabellos,

Su juventud y verdores,
Y sus gracias singulares
Que no atajan los furores
De los rubios insulares,

Pues cien lanzas todas juntas
Cortan á su vida el vuelo,
Y entran con agudas puntas
Por su rostro que es un Cielo.

¡Pobre page! ¡Tan donoso!
¡Tan lindo que enamoraba!

Yace exangue, y es hermoso
Como cuando respiraba.

Sobre el polvo yace yerto
Y abollada su armadura,
Pero agrada aunque está muerto,
Pues conserva su hermosura.

Asi es bello aunque cortado
Lirio cuyo olor encanta,
Que desarraigó el arado,
Que pisó rústica planta.

Y asi es pura y regalada,
Seguida de negra nube,
Soñolienta y recatada
La luna que al lleno sube.

¡Pobre page! Al reino vas
Del olvido tenebroso,
Do las glorias hallarás
Dignas de tu fin glorioso.

Y mientras tu fama asombra,
Pesará cual duro monte
Tu jóven y heróica sombra
Sobre el barco de Caronte.

En sus años juveniles
Pesará por su pujanza,
Como la del torvo Aquíles
Con casco, loriga y lanza.

Pero mientras tu no sientes
Y en el polvo estás dormido,
Te han vengado mil valientes
Que al combate te han seguido.

Cual débiles y villanos,
Viendo en tierra su pendon,

Van huyendo los britanos
En bárbara confusion,

Y del francés la cuchilla
Con tal altivez se ensaña,
Que al rayo del sol no brilla
Pues sangre infeliz la empaña.

Las lises alcanzan gloria;
De Fajardo al ardimiento
Debe Carlos la victoria,
Victoria con sentimiento;

Pues tan grata y tan querida
Le fué siempre su persona,
Que ofreciera por su vida
La mitad de su corona.

Por eso no habrá recreos
En palacio, ni festines,
Ni saraos, ni torneos
Entre apuestos paladines.

La Córte de luto viste,
No se escuchan trobadores,
Y el rey permanece triste,
Sin dar tregua á sus dolores.

Mas la hiel del sentimiento
Nadie cual Malfada apura,
Que á los claustros de un convento
Fué á llorar su desventura.



Doña Ava, Condesa de Castilla.



I.

Cuando el sol su carro ardiente
Bañando en el mar de Atlante,
Desciñe su noble frente
De diadema rutilante,

Y por luto de su entierro
Viste de un rayo amarillo
De Burgos el alto cerro
Con fortísimo castillo;

Y cuando de sus amores
Haciendo gentil alarde
Enmarídanse las flores
Con céfiros de la tarde,

Que reciben en su vuelo
Las semillas olorosas,
Dando por pebete al cielo
Jazmines, lirios y rosas;

Pisando menudas gramas
Del Arlanza por la orilla

Pasean dos lindas damas,
Ricas hembras de Castilla.

Van vestidas de almejí,
Llevan blancos agrinales,
Y con oro y con rubí
Rojas sartas de corales,

Y moviendo el pié pausado
Entretienen los momentos
Del crepúsculo apagado
Con tales razonamientos:

—»No es de enderezadas dueñas
De alta ley y de alto honor,
Dejar traslucir por señas
Algo de liviano amor.

Tal desliz á fé me pesa,
(Porque á todas nos desdora)
Contemplar en la condesa,
Que tenemos por señora.

Los mongiles de viudez
Por la muerte de su esposo,
Señor de encumbrada prez,
Derechero y hazañoso,

Sentáran á su persona
Mas que joyas y brinquiños,
Achaque de quien blasona
De tener nuevos cariños.

Dicen mal con desengaños
Las halajas en el pecho,
Y de Tártari los paños
Con el desolado lecho.

¿Qué hace en Burgos Almanzor
De Córdoba rey infiel?

¿Quién se fia de un traidor
De la chusma de Ismael?

¿Qué quiere decir la gala
De sus modos cortesanos,
Y hacerle en palacio sala,
Y acatarle los cristianos?

Si Sancho de corta edad
À su madre da el poder,
Y Burgos su libertad
Deposita en tal muger;

Si el sarraceno de veras
Dominar su pecho alcanza
Con palabras falagueras,
Que son cebo de esperanza:

Si adoráre la cuitada
Sus ojos que negros son,
Su barba y su tez tostada
Con fuego del corazon;

¿Qué bien esperais.....? Esclava
De un amor de gran mancilla
Vereis á la infeliz Ava,
Y de Córdoba á Castilla."—

—» Diz que el Moro aqui es llegado
De fiesta y de buen talante;
Que á firmar vino un tratado
Que suspenda en adelante

Los desastres de la guerra,
Y las paces asentadas,
Ponga en libertad la tierra
De feroces arrancadas.

Que por eso recibió
De la condesa por dones,

Cuando el pacto prometió,
Diez caballos, diez halcones

Con capirotes cuajados
De piedras de hermosos brillos,
Siendo de oro bien obrados
Cascabeles y tornillos;

Diez alanos con collares
Tambien de oro á maravilla,
Con labores singulares,
Y de seda la trailla.

Que correspondió Almanzor
Tambien oisteis decir,
Con piedras de gran valor,
Cueros de guadamecir,

Con colmillos de elefante,
Con alfombras tunecinas,
Un leon muy arrogante
Y otras cosas peregrinas."—

—«Pactos que Almanzor escriba
Si los creen los cristianos,
Guardan agua en una criba
Y abrazan los aires vanos.

Que la ambicion es su Dios,
Y la cuchilla su ley;
Pesad estas cosas dos
En el corazon de un rey.

Es Mago, y adelantadas
Son sus artes de tal suerte,
Que con ropas herboladas
Sabe dar ponzoña y muerte.

Y mucho temo á fé mia
Por los dias y verdores

Del jóven Sancho García,
Que Dios guarde de traidores.

¿Que dirán los castellanos
Que contra los agarenos
En los fuertes y en los llanos
Lidiar saben como buenos,

Viendo en su nativo suelo
Confundirse á cada instante
Albornoz y ferreruelo,
Y el casco con el turbante?

Si el conde que está en la huesa
Volviese á la luz del dia,
Maldiciendo á la condesa,
La frente le escupiria.

Si requerida de amor
La viese en su viudedad,
Con el pérfido Almanzor
Platicando en puridad,

Y eclipsando su blason
Con mancha y oprobio eterno,
Sintiera en el corazon
Los tormentos del infierno.” —

— «Disculpa de su extravío
Puede ser la gallardía,
Magestad, esfuerzo y brio,
Que al rey bárbaro atavía:

Bien conoceis que no hay otro
Que con mas destreza y maña
Gobierne revuelto potro
De los que produce España.

Ninguno con mas pujanza
Ni con mas noble ademan

Maneja la gruesa lanza
Con el hierro de Milan.

Ninguno luce en el coso
Mas divisas, mejor malla,
Ni se acerca mas al foso,
Ni salta mejor la valla.

Y si en retos arriesgados
Sus ojos respiran llamas,
Se humillan en los estrados
Á presencia de las damas.

Pues por fino y por cortés
Al lado de la hermosura,
Ó se olvida de quien es,
Ó ha perdido la bravura.

¿Qué importa si es Musulman,
Para ser bien ó mal quisto?
Nació en la ley del Coran,
Fuera de la ley de Cristo.

Culpa suya no fué ver
Del dia la clara luz,
Naciendo de una muger
Que no conoció la cruz.

Con un tino mas certero
Medirémos á Almanzor,
Mirando si es caballero
Segun leyes del honor.

No pretendo autorizar
La pasion de Ava infeliz,
Ni baldon la he de llamar,
La concederé desliz;

Pues bien sabeis que el dios ciego
Pone el mundo en combustion,

Y abrasada por su fuego
Casi muere la razon."—

—»Desgracias mi pecho augura
De ese amor ó frenesí
Para el reino sin ventura;
Membrad que os lo digo aquí.

Que no hay fé en los sarracenos
Que escucharlos es ultrage,
Y que su ambicion sin frenos
Busca nuestro vasallage.

¡Guay no sea que veamos
Cautivas nuestras almenas,
Y lo que desliz llamamos
No nos ponga las cadenas!"—

. . . .

Pisando menudas gramas
Del Arlanza por la orilla,
Hablaron así dos damas,
Ricas hembras de Castilla.

II.

De una color apagada
Que en luto se convertia
Quedó el Cielo, sepultada
La luz lánguida del dia,

Y Burgos ya no presenta
Distintas torres y muros,
Sino masa soñolienta
De vapores muy oscuros.

La dulce quietud empieza,
Todo apaga su rumor,

Como si naturaleza
Se entregase al blando amor;

Y solo el canto agorero
Resuena en un torreon
De algun buho lastimero
Que da fúnebre cancion.

En su dilatado espacio
De patios y corredores,
De los condes el palacio
Ni ecos tiene ni clamores.

Pero en un vistoso estrado,
De alfombras cubierto el piso,
Y cubiertas de brocado
Las mesas, sillas y friso,

Á la luz de dos bugías
Con sus candeleros de oro,
Gozan dulces alegrías
Ava y el adalid Moro.

Viste el gallardo Almanzor
Albornoz de seda gualda,
Y aljuba de gran valor
Con realces de esmeralda.

Y mil pliegues del turbante
Cual nubes de leve gasa,
De su vista penetrante
Templan el fulgor que abrasa.

Y anima mas sus facciones,
Si se enoja ó si se alegra
Segun cumple á sus pasiones,
Barba prolongada y negra.

La condesa engalanada
Desde el copete al chapin,

Entre blonda delicada
Muestra un seno de jazmin,

Y en sus ojos do el placer
Salta de brillante hoguera,
Bien claro se deja ver
Que Almanzor filtro le diera

Que causa un amor violento
Por modos desconocidos,
Que perturba el pensamiento
Y enloquece los sentidos.

Olvidando en tal instante
Cuanto humilla su persona,
Asi con aquel amante
Mas delira que razona:

— « Llévame, Almanzor, do quiera,
Si de Burgos te retiras,
Antes que abrasada muera
De esta llama que me inspiras.

Y si al africano suelo
Marchas, llévame por Dios,
Que no es azul aquel cielo
Que no miramos los dos.

Cuando al mar dieres tu vela
Con las olas en bonanza,
Déjame una carabela,
Do te siga mi esperanza:

Que el mar templará mi fuego,
Mezclando en su cristal frio
Las lágrimas de mi ruego
Con ayes del pecho mio.

¿Qué importa tu religion
Ó que seas Musulman,

Si la ley del corazon
Te hace dueño de mi afan?

Tal vez serás á mi lado,
Renunciando el mahometismo,
Siervo del crucificado
Con el agua del bautismo,

Y los dos ante las aras
Harémos oracion pura
Por prendas á los dos caras,
Por mi amor y tu ventura.

Nombre que me agrade á mí
Llevarás, y no africano,
Y por trage berberí
Vestirás el de cristiano.

¿Qué dicha podrá igualar
Al colmo de nuestro bien?....
Dulce será respirar;
El mundo será un Edén,

Mas puro y radiante el sol,
Mas bella y feliz la aurora,
Mas hermoso su arrebol
Y el aura embalsamadora,

Y el sueño mas regalado
Y el reir mas cariñoso;
Todo mas almibarado
Todo plácido y dichoso."—

—» Condesa, yo partir debo
Que ha ya tiempo que en tu labio
La miel de placeres bebo,
De mi esfuerzo con agravio;

Pues dormido en tu regazo
Pierdo valor y fortuna,

Descansa mi fuerte brazo,
Mi lanza feroz ayuna.

Y Córdoba que mi ardor
En la lid contempló ufana,
Dice ya que su señor
Es siervo de una cristiana,

Que no puede regresar,
Que en esclavitud tan dura
Preferir quiso al reinar
El yugo de tu hermosura.

Déjame partir sin tí;
Ya no es tiempo de solaces:
Cumpliré lo que ofrecí,
Firmando mañana paces." —

—» ¡Cruel!.... ¿y tú me has amado?
Tú eres bárbaro y perjuro:
¿De qué tigre habrás mamado
Con un corazon tan duro?

Desnuda pronto el puñal,
Quítame con él la vida,
Mas no digas por mi mal
Que eres solo en tu partida.

Yo te seguiré de esclava
Ya que no de compañera:
Si mi honor se menoscaba,
Es porque el amor lo impera." —

—» ¡Escúchame! Tú podrias
Ocupar mi régia silla,
Tú señora te verias
De Córdoba y de Castilla,

Y el cristiano y agareno
Que tan desunidos vés,

Lazo de amistad sereno
Formarían á tus piés:

Mi tálamo gozarías
Única y leal esposa,
Mi corona ceñirías........
Mas falta una sola cosa........

Que no espero de muger:
Sois débiles: la flaqueza
Quiso Alá siempre poner
Al lado de la belleza.

Nacidas para llorar
Con un corazon de cera,
Padecer y suspirar
Es la herencia que os espera.

Y cuando el pecho palpita
Por un súbito quebranto
Y el valor se necesita,
Vuestro valor es el llanto." —

— «Adalid, es un error
Sin esfuerzo suponer
La viva pasion de amor,
Aunque sea en la muger.

Tú hablarás por las sultanas
Cautivas de algun haren,
Mas no por las castellanas,
Ó no las conoces bien.

Habla... ¿qué no hiciera yo
Por unirme siempre á tí?" —
— «¿Temerás cual madre?" — «No." —
— «¿Me amas con locura?» — «Sí." —

— «Pues prepara tu osadía
Con pecho disimulado,

Y el jóven Sancho García
Muera pronto envenenado.” —

—«¡Bárbaro !.,. cruel...! impío !....
Sierpe pérfida y traidora !....
¿Yo dar muerte al hijo mio,
Cuyo corazon me adora?” —

— «Á Dios, pues : fuerza es partir :
Mañana al primer albor
De Burgos he de salir.” —
— « ¡ No te vayas, Almanzor ! ” —

— «No me fuera, si tu pecho
No abrigase cobardía,
Que por esposa en mi lecho
Y en mi trono te pondria.

Te dicté una condicion;
No te atreves por muger ;
Quédate con tu baldon.” —
— «Espérate .... ¿qué he de hacer?” —

— «La ponzoña preparada
Por mí, como corresponde,
Pondrás en la copa usada
De Sancho García el conde.” —

— «No puedo.” —« Porque no me amas:
¿Qué sufririas por mí ?” —
—« Los infiernos y sus llamas.” —
— «¿Me lo pruebas.» — Con el sí.” —

. . . .

Aqui dió fin á su acento,
Y un espíritu maldito
Recorrió aquel aposento,
Manchado con el delito.

Y agitando á las impuras
Al lado de las bugías,
Dejó la mansion á oscuras
Llena de tinieblas frias.

III.

En sus camas regaladas
Entre rama y flor naciente
Dispertando aves pintadas,
Nace el alba en el oriente.

De Burgos en las murallas
Se despliegan los pendones
Que llevan á las batallas
Los cristianos campeones.

Los ministriles resuenan,
Se adornan las hermosuras,
Los vivas los aires llenan;
No hay balcon sin colgaduras,

Ni calle sin regocijo,
Ni plaza sin aparato
De un esmero muy prolijo,
Ni frontera sin ornato.

Todo dice en su solaz
Y en sus galas y decoro,
Que es el dia de la paz
Entre castellano y moro.

El conde sus infanzones,
Y Almanzor rige corceles,
Recibiendo aclamaciones
De Burgos por los cuarteles.

Sancho rige rico freno
De un cuartago cordobés.

Que marcha de espuma lleno;
La tierra tiembla á sus piés.

Los arzones de la silla
Cubre plata primorosa,
Y nunca se vió en Castilla
Labor tan artificiosa.

Su persona el Conde aliña
Con los paños de escarlata
Guarnidos de peña armiña,
Con castillos de oro y plata.

Manda Almanzor un rüano
Tan galan en el paseo,
Que el compas de cada mano
Mide con un escarceo;

Y el pueblo alaba la luz
En que ya la paz asoma
De los hijos de la Cruz
Con los siervos de Mahoma.

En palacio con gran gala
Aderézase y primores
Para el banquete una sala
Con ricos aparadores.

Abundan las provisiones
De mantenimientos finos,
Y se aprestan colaciones
De conservas y de vinos.

Una copa de oro toda
Diestramente fabricada,
Joya de festin y boda,
Y á placeres destinada,

Que recuerda libertades
A sus generosos dueños,

Y en grandes solemnidades
La suelen libar risueños,

Brilla encima de una mesa,
La cual está contemplando
Largo tiempo la Condesa
Temerosa y recelando.

Devoran su corazon
Los mas bárbaros tormentos,
Lucha con la indecision
De contrarios sentimientos.

Padece la infeliz Ava,
Respira volcan interno,
Do mezclan ardiente lava
Liviano amor y materno.

Ya se avanza y avecina,
Ya pasmada retrocede,
Ya casi se determina,
Duda, niégase, concede,

Vuelve atrás.... su pie flaquea......
Tiembla como rama leve
Si el céfiro la menea
Con sus hálitos de nieve;

Pero el filtro que bebiera
Propinado por su amante
Perturba de tal manera
Su razon en este instante,

Que sacando de la ropa
La mano que recataba,
Vierte en la brillante copa
El veneno que guardaba.

Como sierpe que ha mordido
Y en la maleza se esconde,

De la sala se ha salido
Sin saber si va, ni adonde.

Porque una fantasma impía
La vendó con las tinieblas,
Y en medio del claro dia
La cercan oscuras nieblas.

Mas ya suenan los salones
Con os gritos de alegría
De hijosdalgo y de infanzones,
Flor de la caballeria.

Y al son de concierto blando
Comienza el festin suntuoso,
Y Almanzor está espiando
Con ánimo cuidadoso

Los ojos de la Condesa;
Como astrólogo que mira
Suerte próspera ó aviesa
En astro que errante gira.

Ella los luceros tiene
Apagados tristemente,
Su cabeza mal sostiene,
Se baña en sudor su frente.

Don Sancho la copa asió,
Los conciertos acallados,
Y de su asiento se alzó,
Diciendo á los convidados:

» Castellanos!... Este dia
» Será eterno en la memoria,
» Conservándose á porfía
» Por la fama y por la historia.

» Ratifícase el tratado
» De mútua paz y de amor

» Con nuestro valiente aliado,
» Rey de Córdoba, Almanzor.

» Y en prueba de que seré
» Fiel en mi palabra dada,
» Protestándole mi fe,
» Bebo ésta copa sagrada».

Ya con ademan veloz
Iba Don Sancho á beber,
Y su madre dió ésta voz,
Sin poderse contener:

» No bebas con hado impio
» Ese caliz doloroso;
» No lo bebas, hijo mio,
» Su licor es ponzoñoso.»

Y la copa le arrancó,
Y en bárbaro frenesi
Con su labio la apuró,
Llorando y diciendo asi:

» Perdona, Sancho querido,
» Mi extravio y mi locura;
» Almanzor el fementido
» Me causa esta desventura.

» Yo cedí á sus sugestiones
» De darte letal veneno,
» Ciega de amor y en prisiones
» De ese bárbaro Agareno,

» Que ambicionaba tu silla
» Sediento de tu fortuna,
» Y anhelaba que Castilla
» Cediese á la media luna.

» De ese huésped enemigo
» Cautivarme pudo el ruego:

»Yo misma me doy castigo,
»Culpa fue de mi amor ciego.

»No fies, Sancho Garcia,
»De pactos del Musulman,
» Y libre la Patria mia,
»Libres sus hijos seran.

»Perdoname, que el veneno
»Con las furias mas estrañas
»Pone en combustion mi seno
»Y me quema las entrañas.

»Te dejo.... me voy en pos
»De una sombra que se va......
»Si..... perdoname por Dios......
»Que luto....! que horrores!..... ah!.....

. . . .

De Don Sancho entre los brazos
Rindió su postrer aliento,
Dejando al romper sus lazos
Dolor, lástima, escarmiento.

Felipe II y Antonio Perez.



ROMANCE.

—

—Tras las lizas y las lanzas
Gran sala y tabla nos dieron,
Y anoche felices fueron,
Amigo Perez, las danzas.

Dióme placer aquel brillo
De las damas delicadas,
Con mangas acuchilladas
Llenas de oro de martillo,

Tanto joyel en los pechos,
Tantas piedras y lindezas,
Suavidad en las ternezas
Y magestad en los hechos,

Tanta perla en los tocados,
Tantas sedas y brinquiños,

Tanta profusion de armiños
De verde y azul tomados.

Salieron de mil colores,
Y eran gruesas esmeraldas
Las riquezas de sus faldas,
Que asomaban entre flores.

Pasmóme tal maravilla,
Y oyóme decir alguna,
Que en beldad, gloria y fortuna
No hay damas como en Castilla.

Donde tantas dan la ley
Con un mágico resorte,
Ni puedo llamarme rey,
Ni mandar libre en mi corte.

Que aqui mientras me aprisiona
La hermosura y el aliño,
Soy pechero del cariño
Cuando llevo la corona.

No curemos de elogiar
A las damas estrangeras,
Ni sus modas y maneras,
Ni su porte en el danzar;

Pues confieso llevan solas
La loa de ser apuestas
Para brillar en las fiestas
Nuestras damas Españolas.

Placióme sobre manera
La de la ropa escotada,
Que llevó manga armiñada,
Que es hermosa y hechicera.

Mucho tambien me plació
La que obsequian mis magnates,

Que abotonada en granates
Toda de blanco salió.

Y la de las cuentas de oro
Que caian largamente
De una cinta de su frente
Do nacian con decoro:

Y aquella que bailar ví
Con saboyana ceñida
De raso pardo, guarnida
Con vivos de carmesí.

Mas me disgustó por Dios,
Y hasta en el alma me pesa
Aquello de la Condesa.......
Que la desairaseis vos;

Que siendo tan noble y bella,
Sus encantos no adoraseis,
Y su oferta despreciaseis
De bailar zambra con ella.

Y aunque en ciencia del querer
Yo no os deba alicionar,
Harto en ella fue rogar
Y harto en vos no conceder.

—Señor, fue mi desventura
Que la danza no aprendí,
Y afrentado me corrí
De verme en tal apretura.

Me escusé con cortesía,
Diciendo que si supiera
Que llamarme á baile hubiera
Señora de tal cuantía,

Para merecer sus glorias,
Me hubiera versado mas

En las reglas del compas
Que en políticas é historias.

Ved que no la desairé,
Ni pudo existir agravio,
Cuando confesó mi labio
La torpeza de mi pié.

— Bien medis vuestras razones,
Y con ellas yo me voy,
Porque es claro que no soy
Zahorí de corazones.

Mas corre valida voz
Que un amor teneis estraño,
Y si en ella no hay engaño,
Es cosa que me da choz.

Diz que andais cada momento
Tocado de ardiente llama
Por una Española dama,
Que es tuerta de nacimiento.

Sera que en galantería
Mis letras muy cortas son,
Pues en que fundais pasion
No lo penetro, á fe mia.

Solo veo que podreis
Hechos de armas empeñar,
Y con reto singular,
Cuando la lanza tomeis,

Mantener en las refriegas,
Que cual vos nadie logró
De la dama que acato
Ser amado casi á ciegas.

— Pronto estoy á mantener
Con la pluma y con la espada

Que es la mas enamorada,
La mas celestial muger.

Que son una sombra vana,
Que nada son á su lado
La del vestido escotado
Y la de la saboyana,

Y la de las cuentas de oro,
Que anoche visteis, Señor;
Pues en gracias y en valor
Nadie iguala á mi tesoro.

—Catad que de un solo foco
Vuestra llama tuvo ser,
Con dos quema la muger
Y con uno quema poco.

—No sin voluntad de Dios.
Que por vuestros reinos mira,
Con un ojo nació Elvira
Cuando mil nacen con dos.

Uno dió rayos fecundos
Que mi pecho hicieron trizas,
Dos mudáran en cenizas
Vuestro imperio de dos mundos.

—Me temo que os dió advertida
Algun filtro abrasador,
Que causa fiebre de amor
En el alma enloquecida.

Vos tomasteis bebedizo,
Vos estais maleficiado;
Cuidado, Perez, cuidado
Con las artes del hechizo.

—No hay maleficio: es un cielo
De virtud puesta en crisol.

Donde brilla solo un sol
Para no abrasar el suelo.

Es para mí luz del dia
Primero en la creacion,
Un angel en oracion,
La aureola de María,

La paloma que voló
Sobre las aguas y espumas,
Y por no manchar sus plumas
Al arca luego volvió.

Es eco de los conciertos,
La sonrisa de un querube,
La columna de la nube,
Y el maná de los desiertos.

Del que nos salvó en la Cruz
Cual ángel la he de pintar,
Suspendido sobre el mar,
Meciéndose, á tibia luz,

Que desde su elevacion,
En cada nube que pasa,
Se desprende de una gasa
Y enseña una perfeccion.

— Elocuente la alabais,
Y tanto la haceis valer
Que casi vengo á creer
Las gracias de la que amais.

— Cuando en su asiento dorado
Suelta sus largos cabellos,
Y el peine se pierde entre ellos
Como en un mar desatado,

Con tiento van sus doncellas,
Pues con profusion que asombra

Besa el cabello la alfombra,
Do temen estampar huellas.

Su tez á la nieve igual
Va despidiendo de día
La luz y melancolia
Que da el astro nocturnal.

Y saltan tantos placeres
De un latido de su seno,
Que el que de amor vivió ageno
Suspira por las mugeres.

—Decidme si es tan perfeta
Que á la beldad é ilusion
Añada la condicion
De sabidora y discreta.

—Juzgad por este papel
Do escribió un decir rimado,
Que á las mias ha llegado
Por las manos de un doncel.

CANCION.

Brillante cual astro del nitido cielo
Perdi mi lumbrera, robómela Dios;
Con una tan solo me vine á este suelo,
Que ciega se vuelve de amores por vos.

Mas yo no doy quejas de tal servidumbre,
Que aquel de Citéres no cura de ruegos:
¡Dichosa la niña que pierde una lumbre,
Metida en un golfo do todos van ciegos!

Navego de noche por mar muy remoto;
Ni hay faro ni hay puerto: do voy no lo se,

Y en vano llorosa pregunto al piloto,
Que es niño con venda, que calla y no ve.

Amor si no es ciego no engendra venturas,
Es tibio, imperfecto, no halaga, es infiel;
Mas vale entre dichas andar casi á oscuras,
Que viendo sus faltas llenarse de hiel.

De tanta ceguera ninguno se asombre,
Cegóme de un ojo la mano de Dios,
Cegóme del otro la gracia de un hombre,
Que al verme y amarme cegó de los dos.

ELVIRA.

— Tan sentida es esa letra
De vuestra dichosa amiga,
Que es fuerza, Perez, os diga,
Que hasta el alma me penetra.

Y bellas y singulares
Deberán ser sus caricias
Envueltas en las delicias
De tan dulces razonares.

— Amar á las hermosuras
Sin genio ni inspiracion,
Es llenar el corazon
De engaños y de pinturas.

Es, si mi ignorancia lega
No ha trabucado los fines,
Poner en nuestros jardines
Estatuas de labor griega.

Hacer un allegamiento
De las flores sin olor,

Buscar vida sin calor,
Y sin alma sentimiento:

Es con fiebre haber empeño
De juzgarse con salud,
Y abrazar un ataud
En el frenesí de un sueño.

—Haced que mis ojos vean
A la que vos dais la palma
Por los primores del alma,
Por las gracias que recrean.

—Cumplidas las esperanzas
Con su vista alcanzareis,
Si esta noche honrar quereis
Los placeres de las danzas—»

—

Felipe y Perez, que brilla
Por su saber y consejos,
Hablaron tales gracejos
En la corte de Castilla.

II.

Sayo de velludo blao
Y una ropa á la francesa
Que por sus bordados pesa
Llevó Felipe al sarao.

Y adornaba su persona
Rico collar del tuson
Con el dorado eslabon,
Que es insignia Borgoñona.

Insignia que no admitió
El Conde de Benavente.

Que con grave continente
A la oferta contestó:

» Castilla tiene veneras
» De cruces verdes y rojas
» Antiguas, y no tan flojas
» Como insignias estrangeras.

» Yo tengo por mas laurel
» Las cruces de mis mayores
» Triunfantes de los traidores
» De la chusma de Ismael"

Iban con el rey su alferez
Y un cortejo distiguido,
Gomez de Silva, valido,
Y el ministro Antonio Perez.

Duques y muchos señores
Llenos de adornos sin tasa,
Y detras los de su casa
Con diferentes colores.

Y el purpúreo cardenal
Francisco de Bobadilla,
Que en Búrgos tiene la silla
De su trono arzobispal.

El Rey la sala pisó
Con sus plantas señoriles,
Se tocaron ministriles,
Y la danza comenzó.

La Marquesa de Cenete
Que deslumbraba y lucia
Cuajada de pedrería
Desde los pies al copete,

Con un gusto sin igual
De las damas de su porte,

Y aplaudida de la corte,
Pidió zambra al cardenal.

Mas él no sin donosura
Dijo:» Dispensad, señora;
» No puedo bailar agora
» Con tan luenga vestidura.

» Si supiera tal favor
» Yo me viniera en verdad,
" Menos puesto en dignidad,
» Y mas fácil al amor."

Niñas y dueños bailaban
Con los apuestos donceles,
Y suspiros los mas fieles
En la zambra se ocultaban.

Que la zambra es dulce juego
Do no se ven las prisiones,
Y derrite corazones
Como la cera en el fuego.

Dejando á los paladines
De la fiesta en el fervor,
Salió el Rey á un corredor
Que domina los jardines,

Y mientras en torno mira
Reconociendo el lugar,
Solo se vino á encontrar
Con la celestial Elvira.

Vestia de terciopelo
Con franjas y guarniciones,
Y ostentaba unos cordones
Caidos en largo vuelo,

Que cual centellantes zonas
De la mas dorada esfera

Hacian una manera
De timbres y de coronas.

Su mantellina descuella
Tan solo de un hombro asida,
Y de lo demas caída,
Que es insignia de doncella.

Y lleva la cofia de oro
Con tan rica pedreria
Que á una reina sentaria,
Por valiosa en un tesoro.

Era el tiempo mas callado
De quietud olvidadiza,
Cuando el sueño se desliza
Sobre el párpado pesado;

Cuando Dios muestra su amor
Amorteciendo el pesar,
Que vuelve á resucitar
Cuando nace el nuevo albor;

Cuando la pena se queda
Sin la guarida del pecho,
Y se esconde junto al lecho
Por los pliegues de la seda.

Las músicas repetidas
Embellecian tal calma,
Y agradaban mas al alma,
Por lánguidas y perdidas.

Y la luna se velaba
La media faz soñolienta
Con la nube cenicienta
Que luego se disipaba.

Su luz halagó una vez
De Elvira el semblante bello.

Y chocó con el destello
Que despedia su tez,

Y dos luces fueron una,
Porque unidas á la par,
No dejaron descifrar
Cual de las dos era luna.

Un párpado levantado
Mostraba negra pupila,
Que con su fuego aniquila
Cuanto una vez ha mirado,

Y el otro cubre caido,
Como venda bienhechora,
La pupila matadora
Que cerrada se ha dormido.

Que Dios en tiempo oportuno
Puso nieve en un volcan,
Pues bastante incendio dan
Los rayos que arroja el uno.

Felipe esclamó: — ¡Dichoso
Mil y mil veces, Elvira,
Quien te adora y te suspira,
Que eres ángel del reposo!

¡Feliz aquel que dormida
Mirándote sobre el lecho,
Ponga en tu nevado pecho
La mano mas atrevida,

Para conocer mejor
Si ha latido y suspirado
Con algun sueño dorado
De su eterno y fiel amor!

¡Feliz si en tal ocasion
Te da un beso humedecido,

Para ver si lo has sentido
Dentro de tu corazon!

¡Feliz si sobre su cuello
Siente para su ventura
Los halagos y blandura
De un rizo de tu cabello!

¡Que pisa donde tu pisas,
Que besa flor que tu besas,
Que esperando tus promesas
Se entretiene con tus risas!

¡Que espera en tus esperanzas
Y que goza en tus placeres,
Que quiere lo que tu quieres
Y alcanza lo que tu alcanzas!

Yo diera por tanto bien
Mi ducado de Brabante,
Mi flota mas arrogante
Y mi corona tambien.

Dame esperanzas de amor,
Y asi rendido á tu ley
Tendrás por esclavo un rey
Hijo de un emperador." —

Y Elvira dijo afligida:
» Complaceros de esa suerte,
Fuera dar á Perez muerte,
Cuando Perez me da vida.

Yo no puedo ser tan fiera;
Vos que veis que soy muger,
No me querais suponer
Con entrañas de pantera.

Con primores y embeleso
Bellas os sobran sin fin.......

¡Cáun mal se arrufó el mastin,
Porque el gozque lame un hueso!"

El Rey oyó con enojos
Este desden ó estas quejas,
Enarcáronse sus cejas
Y encendiéronse sus ojos.

Como pálido cometa
Dió luz triste y espantosa,
Volvió espaldas á la hermosa
Y al festin y á la etiqueta.

Don Enrique de Guzman,
Page de Cámara, vió
Que el Rey muy poco durmió
Mostrando tener afan,

Y que en sueños repetia
Que á Perez habia muerto,
Y que se quedó dispierto
Dos horas antes del dia.

III.

De los Reyes las privanzas
Son verduras de las eras,
Flores vanas, pasageras,
Mar sugeto á mil mudanzas.

Perez cayó en desventura,
Y atado á cadenas gruesas
Mira las vergas traviesas
De la cárcel mas oscura.

El Rey le atribuye culpas
En la muerte de Escobedo,

Y aunque es infernal enredo,
Siempre un rey halla disculpas.

Vió tres lustros de dolores,
Sufrió cuestion de tormentos
Y dió casi los alientos
Entre bárbaros rigores.

Mas debió su salvacion
A la fuga que fué ardida,
Y al amparo y acogida
Del Justicia de Aragon.

Allí persiguiólo tanto
El rey, que buscó el puñal
De un pérfido tribunal
Que se quiso llamar santo.

Mas el pueblo se alzó un dia
Y apelando á los aceros
Salvó á Perez y á los fueros
De opresion y tiranía.

El rey frances le acogió,
De su desgracia informóse
Y del raro amor pasmóse,
Mas Perez le contestó:

»No sin voluntad de Dios
»Que por los imperios mira
»Con un ojo nació Elvira,
»Cuando mil nacen con dos.

»Uno dió rayo fecundo
»Que de mi pecho hizo trizas,
»Dos mudáran en cenizas
»Todo el ámbito del mundo.»



Berenguer el Grande,

CONDE DE BARCELONA.



LEYENDA.

—

I.

Una edad tiene la historia,
Que para inmortal decoro
Describió con letras de oro
Sobre páginas de gloria,

Y es la edad que dijo un dia:
"Yo á la fama daré asunto,
Llevando al mas alto punto
Valor y cortesanía."

Cabalgar era la escuela
Que tenían los garzones,

Fatigar á los trotones,
Calzar la dorada espuela;

Dirigir botes certeros,
Y doblando golpes crudos,
Mellar contra los escudos
Los mas nítidos aceros;

Y vestir con mas holgura
Que las sedas delicadas,
Las lorigas aceradas
De la bélica armadura.

Cruzaban varios confines,
Anhelando en sus traviesas,
Que tocasen sus empresas
Los mas nobles paladines,

Y volvían á su dama,
Y con término cortés
Ofrecian á sus pies
Los laureles de su fama.

Tres ídolos encendian
Las humanas aficiones,
Todos tres los corazones
A su vez se dividian;

El amor, la caza y guerra,
Y en las treguas de éstas dos,
Quedaba el primero, Dios,
Dominador de la tierra.

Hubo quien acomodase
Cadena de oro á su cuello,
Que, de su constancia sello,
Sus prisiones indicase.

Revelacion del misterio
De la esclavitud de amor,

Que hace cautivo al señor
Que ama el propio cautiverio.

Hubo quien á las holganzas
Que Himeneo solemniza,
Quiso precediese liza
Do rompiese muchas lanzas,

Y en el tálamo poner
De la tímida consorte
Tantos lauros de Mavorte,
Como rosas del placer.

En palenque y en estrado,
Con divisas, motes, lemas,
Con enigmas, con emblemas,
Viose amor representado;

Y él tomó casco por venda,
Dejó el vuelo y dejó el Ida,
Por cabalgar á la brida
Y dormir en una tienda.

La desnudez que tenia
Cubrió con terribles mallas,
Y fué el niño en las batallas
Prez de la caballería.

El dió nobleza al bastardo,
Y el dió brios singulares
A Cárlos, sus doce pares,
Y á nuestro español Bernardo.

¡Edad de las mas dichosas!
¡Rígida, galante, pia!
Diste asunto á la poesía
Y el imperio á las hermosas!

II.

Un rico y vistoso estrado,
Paraiso de hermosuras,
Adornan lindas pinturas
De un mérito relevado.

Allí retrató el pincel
Á Marte que se reclina
Sobre el seno de Ciprina,
Libre de malla y broquel.

Nada de furor ni enojos.....
Cual de Adónis se presenta
Su mirada soñolienta,
La morbidez de sus ojos.

Que aquel pecho de furores
Que es de los Cíclopes frágua
Parece que apagó el agua
De una lágrima de amores.

Sonrisa de orgullo leda
Va en la Diosa apareciendo,
Que á mi ver está diciendo:
» *Vencido tú ¿que mas queda?* »

Mientras un Cupido bello
Del Dios se ha probado el casco,
Y otro se rie del chasco,
Porque lo coló hasta el cuello.

Vénse entre sombra y misterio
De Jove el lascivo antojo,
Celos de Vulcano el cojo,
Y red que cazó adulterio;

Y una Ninfa que sin duda
Por Diana sorprendida,

Desliz que ocultó vestida
Tuvo que mostrar desnuda.

Este sitio sin cuidados
De silfos y bellas hadas,
Do de anillas esmaltadas
Penden sedas y brocados,

Con luz de placeres baña,
Luz que al sol se deja humilde,
La hermosísima Matilde,
Emperatriz de Alemaña.

Su voz tiene dulces tonos,
Su talle es pulido, esbelto,
Su pie brevísimo y suelto,
Digno de escabel de tronos.

Lo bruñido de su tez
Compite con el marfil,
Y de lleno y de perfil
No admite mas brillantez.

Sus pupilas valen tanto
Que no miran sin trofeos;
Se adormecen con recreos,
Y despiertan con encanto;

Y es de Enrique tan amada,
Que de flores y alegrías
El placer tege los dias
De su vida enbalsamada.

Con aljófar, sirgo y oro
Bordando está rica tela,
Que de sus manos revela
Los primores y el tesoro,

Mientras dos damas de honor,
Sirenas de pulcritud,

Acompañan con laud
Esta cantiga de amor.

CANCION.

» *Cuando amais, buscad recreo,*
» *Poniendo al placer templanza,*
» *Y abrigando una esperanza,*
» *Cuando se cumplió un deseo.*

» El cariño es tierna flor
» Que la roe sin piedad
» Gusano de saciedad
» Poco á poco, con dulzor:
» Matad ese reptil feo
» *Poniendo al placer templanza,*
» *Y abrigando una esperanza,*
» *Cuando se cumplió un deseo.*

» De la llama de aficion
» Es aceite el esperar,
» Siempre la suele apagar
» La completa posesion:
» Conservadla en himeneo,
» *Poniendo al placer templanza,*
» *Y abrigando una esperanza*
» *Cuando se cumplió un deseo"*

Aqui la troba llegaba,
Y las sirenas callaron,
Porque vieron y acataron
Al emperador que entraba.

Con un signo de cabeza
Y con mirada orgullosa,

Por quedarse con su esposa,
Les hizo dejar la pieza.

«¡Matilde!!.., dijo enojado,
Yo adoraba una paloma
Cuyas caricias de aroma
Me dejaban estasiado:

Pero la paloma infiel
Mudada en áspid traidor,
En los ojos del honor
Me picó, dejando hiel.

La ceguedad me maltrata,
Y os aseguro por Dios,
Que erais la paloma vos,
Y hoy sois áspid que me mata.

Yo os olvido y abandono:
Trono y tálamo manchado
Vuestra sangre han reclamado,
Que riegue tálamo y trono.

Dos Alemanes guerreros
Cuyo honor puesto en crisol
Pereza disputa al sol,
Claridad á los luceros......

¡Infortunada!.... escuchad!.....
Que os lo diré sin misterio......
Os acusan de adulterio......
Oid, temed y temblad.

Si en el término de un año
No encontrais, puesta en ultraje,
Caballero, hombre de page,
De mi imperio ó del estraño,

Que defienda con la lanza
Vuestro honor limpio y sin tilde,

Debereis morir, Matilde,
Morireis, no hay esperanza."

Hablar quiso la ultrajada,
Como á su inocencia toca,
Pero se quedó en su boca
La voz muda y apagada,

Como fugaz arroyuelo
Que saltando del breñar,
Al ponerse á murmurar
Queda convertido en hielo.

Añúdase su garganta,
Queda embargada su accion,
Pásmase su corazon,
Cual ave que sierpe encanta.

Mas la pena puede tanto,
Que hace brotar por sus ojos,
Para revelar enojos,
Sangre convertida en llanto;

Y el afan que desconsuela
Sus lágrimas van diciendo,
Aljófares que cayendo
Bordan de dolor la tela.

III.

¡Ya no resuena el laud
En estrado de pinturas,
Luto son sus colgaduras,
Luto su eternal quietud.

En una elevada torre
Que está en la imperial Celonia,

Cuyo pie con ceremonia
Baña el Rin, que raudo corre,

Gime Matilde sin trono
La mengua que se le imputa,
Puesto su honor en disputa
Por la fraude y el encono.

Ya el año se acerca al fin,
Y ninguno se presenta
Que quiera vengar su afrenta
Como noble paladin,

Cuando pende la libranza,
Fama y honor y poder
De tan celestial muger
De la punta de una lanza.

¿Hija del del rey de Inglaterra
No la salvan á millares
Esos bravos insulares
Nacidos para la guerra?

¿Qué hace Francia y sus guerreros
La nata y la flor de todos,
Hechos á corteses modos,
Justadores y braceros?

¿De armas el valor y estima
Cuando pudo en lid traviesa,
Poner á mas alta empresa
Mas considerable cima?

¡Tal vez temen!... Dos titanes
En los brios y furores
Son los dos mantenedores,
Dos Alcides alemanes.

Asi sin un arrebol
De esperanza ó de consuelo,

Que es único don del cielo,
Nace y muere el claro sol,

Y estrecha con lazo fuerte
Plazo de vivir mezquino,
Y en las alas del destino
Presurosa va la muerte.

Montes y áridos parages
La luz matinal bañaba,
Fresca aurora desplegaba
Sus vestidos de celages,

Y las flores entre risas
De aromático embeleso,
Se mecían con el beso
De las sosegadas brisas,

Cuando con afecto humilde,
Con la capucha calada,
Dos Monges piden entrada
Para verse con Matilde.

Paso les da el guardador,
Por escuchar al mas grave,
Que nó hay puerta cuya llave
No se rinda al confesor.

El cual solo entró en la estancia,
Dejando á su compañero
Junto con el carcelero
Conversando á gran distancia.

Negro mongil arrastraba
La cuitada emperatriz,
Y sobre negro tapiz
Al Dios de la cruz oraba.

Pedia eternal salud,
Viendo ya su muerte cierta,

Y á sus pies la tumba abierta
Reclamando un ataud.

El alfareme delgado
Con sus lágrimas mojó,
Cuando entrar al monge vió,
Que la dijo con agrado:

«Yo venido soy á vos
Por saber de vuestro labio,
Si ofendisteis con agravio
De fé conyugal á Dios;

O si cándida, inocente,
Sufrís larga desventura
Por la pérfida impostura
De este mundo maldiciente.

Decídmelo en confesion,
Y os ofrezco sin tardanza,
Si inocente sois, libranza,
Si culpada sois, perdon.''

«Juro, respondió la hermosa,
Que estoy libre de adulterio,
Que no merecí improperio,
Que fuí siempre fiel esposa.

Sabed que es una invencion
De desleales y aleves.....
Por otros pecados leves
Dadme, padre, absolucion.''

En tal punto se despoja
El confesor, que no es tal,
Del hábito monacal,
Que sobre el tapiz arroja.

Deja ver su noble pecho
Que cubren preciosas mallas,

Para quien en las batallas
El mundo es lugar estrecho.

Y poniéndose de hinojos
A los pies de la hermosura,
Lleno el rostro de ternura,
Llenos de placer los ojos,

Con la diestra en el acero,
Que es acero de gran fama,
Dijo: «Ved, hermosa dama,
Ved á vuestro caballero.

Yo nunca entré en monasterio,
Ni la regla profesé,
Mas este ardid inventé
Por ver vuestro cautiverio.

Yo con sangre de traidores
Lavaré vuestro baldon,
Pues me sobra corazon
Para dos mantenedores;

Y descansen en buen hora
Los franceses y bretones
En los muelles almohadones,
Al lado de su señora.

Quien ofrece á vuestros pies,
Como digna de tal palma,
La fiel robustez del alma,
La lanza y bruñido arnés,

Y en fin toda su persona,
Dominio, fama y poder,
Es don Ramon Berenguer,
El conde de Barcelona."

Atónita está la bella,
Y el dulce agradecimiento

Pone grillos á su acento
Para bendecir su estrella.

Conoce sus hados ledos,
Y con generosa gala
Un anillo le regala
Que brillaba entre sus dedos.

Luego con presura abriendo
Rico cofre, do guardada
Tiene una luciente espada,
Tambien se la da, diciendo:

«Honre al mas fiel paladin
En sus bélicos desvelos
Una joya de los cielos,
La espada de San Martin.''

Tras pláticas de contento,
Se separan con dolor,
El protestando valor
Y ella su agradecimiento.

Sale de la estancia el conde,
Marchando con grave paso
Al fulgor triste y escaso
Que tanta virtud esconde;

Y pásmase el carcelero
Cuando se lo ve llegar,
Pues de fraile le vió entrar
Y salir de caballero.

IV.

Ya la fama preconiza
Por Celonia y el imperio

La cuestion del adulterio,
Que se falla en una liza.

Hierve el pueblo alborozado,
Y espera el honroso paso;
De la novedad del caso
Muéstrase todo ocupado.

Y meninas y donceles
Y las damas y los pages,
Vestidos de negros trages,
Sin adornos ni joyeles,

Hacen votos en tal hora
Por la fortuna y acero
De aquel noble aventurero
Que defiende á su señora.

Del palenque al rededor
Se alza triple gradería,
Y un cadalso se veia
Todo de negro color,

Do los jueces de las lides
Que ocupan el noble centro,
Fallan en dudoso encuentro,
Valor de los adalides.

Asiste con grave porte
Enrique el emperador,
Lleno de ansias y dolor,
Y seguido de su corte.

Fueron los acusadores
Reinaldo y otro aleman,
Que ya en el palenque están
Para ser mantenedores.

Sus escudos relevados,
Que del cadalso pendian

Y ornaban y enriquecian
Muchos timbres heredados,

Vé Berenguer; sin tardanza,
Firme como dura roca,
Los hace sonar y toca
Con el hierro de la lanza.

El conde lleva este mote
Sobre el escudo febrido,
Cuyo temple no ha vencido
La lanza de mejor bote:

«*Dormidos todos están*,
Y peligra la hermosura,
Que yace en mansion oscura;
Mas no duerme el catalan.”

Ya relinchan los troteros,
Que los euros engendraron,
HIjos fuertes que igualaron
A los padres por ligeros.

Se escucha con claridad
La señal que á campo llama;
La voz de un heraldo clama:
«No tardeis; id y lidiad.”

Como furias desatadas,
A la voz de aquel heraldo,
Parten el conde y Reinaldo
Con las lanzas enristradas.

Reinaldo poco certera
Barrea su fuerte lanza,
Y el conde con gran pujanza
Le da el bote en la visera.

Sus eslabones quebranta,
Y en la sien hiere tan fuerte,

Que con ansias de la muerte
Cae al suelo y no levanta.

Viendo de su compañero
La muerte, con gran dolor
El otro mantenedor
Se despoja del acero,

Y ante los jueces declara
Que Matilde es inocente,
Que él acusó falsamente
Su honestidad pura y clara;

Que no quiere mantener
Fraude que inventaron dos
Cuando la castiga Dios
Por mano de Berenguer.

De parabien al buen conde
Se alzan gritos á porfía;
Llora Enrique de alegría,
Como á su amor corresponde.

Saca del campo al guerrero
Sobre el cual se vierten rosas,
Idolo de las hermosas,
Idolo del mundo entero.

Y alargando la carrera
De hermosísimos bridones,
Van á romper las prisiones
De la ilustre prisionera.

La recibe entre sus brazos
El emperador, que siente
Renovarse el fuego ardiente
De sus primitivos lazos,

Y la dice: «tu abandono
Clamó al cielo por venganza;

Te vengó española lanza;
Vuelve al tálamo y al trono:

Para siempre serás mia.''
Y ella con amor responde:
«Tal dicha se debe al conde,
Prez de la caballería.''

Al punto la corte toda
Preparada á los festines,
Deja ciprés por jazmines,
Deja luto y viste boda.



El Zapatero de Sevilla.



I.

De verde colina al pié,
Algo lejos de Sevilla,
Rústica choza se vé
De una fábrica sencilla.

Por praderas deliciosas
Que á mil flores dan la vida
Va un doncel cogiendo rosas
Que con lirios enmarida,

Y en guirnaldas las concierta,
Y en festones las amaña,
Y adornando va la puerta
De la rústica cabaña.

Que de mayo el primer dia
Brilla para sus amores,
Y parece que decia,
Razonando con las flores:

» Vosotras que sois tan puras
» Como Julia encantadora,

» Delicadas criaturas,
» Que un sol cria y otro llora;

» Que el pudor simbolizais
» De su virginal belleza,
» Y cual ella embalsamais
» Las horas de mi tristeza;

» Contadle mi ardiente amor,
» Y la direis que el rocío
» Que se encuentra en cada flor
» No es del alba, sino mio;

» Que es llanto que vertí yo
» Rogando por su consuelo,
» Y en el cáliz os cayó,
» Porque no era digno el suelo." —

Cuatro lustros no cumplidos
Tiene apenas el garzon,
Miembros duros y fornidos,
Elegante proporcion,

Rostro bello y peregrino,
Pero pálido, que expresa
Sinsabor contra el destino,
Y aunque pálido embelesa,

Negros ojos, que aseguran
Lenidad de corazon,
Mas si enójanse, fulguran
Con miradas de leon,

Pelo negro, bien rizado,
Lustroso como barniz,
Cuerpo suelto, bien sacado,
Y aguileña la nariz.

Lleva un trage que no ostenta
Fortuna, poder, tesoro,

Pero que gracioso sienta
Sobre el cuerpo con decoro.

Entra en el modesto asilo
De la vírgen candorosa,
Cuyo corazon tranquilo
Sin hiel de pesar reposa,

Y asiendo su mano leve
Que ella al punto le abandona,
Despues de besar su nieve,
Con sus manos la aprisiona;

Y mudo y en inaccion,
Pendiente de la mirada
Que anheló su corazon,
Tiene el alma embelesada.

Se asemeja á un serafin
Que adora una luz y un bien
Que no reconoce fin
En medio del sacro Eden.

Que placer tienen los dos
En tan plácidos momentos
Solo lo conoce Dios
Que es autor de los contentos.

Sin nadie que los asombre,
Mientras gozan su ventura,
Entra en la cabaña un hombre,
Torva y áspera figura.

Tez morena y ancha cara,
Mirar amenazador,
Y en su trage bien declara
Que es un pobre pescador.

Como dueño del lugar
Lo miró breves instantes,

Poniéndose á contemplar
La dicha de los amantes,

Y aunque no les dirigió
Ni una voz tras sus miradas,
Las manos les separó
Que tenian enlazadas.

Gil Perez (tuvo el doncel
Este nombre y apellido)
Sintiendo el baldon cruel,
Habló así, como ofendido.

—¡Gomez! ¡Gomez! Maltratais
Mi amor de inocencia lleno!
¡Me ofendeis y me matais,
Que el baldon es un veneno!

¿No sois vos quien me ofrecistes
La mano de Julia bella?
¿Que mil veces me dijisteis,
No hay otro mas digno de ella?

Casarla contigo quiero,
Que igualdad busca el amor,
Y si Gil es zapatero,
Gomez es un pescador?

¿No la adoro con fé pura?
¿No pido llorando á Dios
Que la colme de ventura?
¿No ruego tambien por vos?

¿Porqué pues de estraña suerte
Mudais pacto y condicion?......
Piedad fuera darnos muerte,
Cuando haceis tal sinrazon;

Y os juro, y lo sostendré,
Que es vileza por demás

Que, empeñada vuestra fé,
Pretendais volver atrás."—

—»Gil! Le respondió el anciano:
Tu defensa llega tarde:
De Julia la hermosa mano
No mereces por cobarde."—

Del mancebo las megillas
Un volcan iluminó:
Si eran antes amarillas,
Rojas son, y asi exclamó:

—»¿Yo cobarde? Juro á Dios,
Que muy mal me conoceis:
Os digo que mentís vos....
Probadlo: ¿qué respondeis?

—»Que es cobarde, que es follon
Aquel que nació de madre,
Y no tuvo corazon
Para vengar á su padre.

—» Esplicaos por el cielo!
Descubridme mas camino,
Rasgando el oscuro velo
Que aun oculta mi destino.

Que mi corazon no miente,
Y augura fatalidad,
Y si el corazon presiente
Cerca está la realidad.

De Sevilla me ausentaba
Para pasar á Carmona,
Cuando la niñez ornaba
Mis sienes con su corona.

Tranquilo mi hogar dejé,
Viviendo mi amado padre;

Mil suspiros me llevé
De mi cariñosa madre,

Y á poder de un tio fuí
Que hoy cual hijo me estimó,
Y en Carmona residí,
Do mi juventud llegó.

Mas volviéndome á Sevilla,
Que es reina de la hermosura,
Do parece que el sol brilla
Con luz mas risueña y pura,

Topé cuando me llegaba
De luto mi hogar cubierto,
Y á mi madre que lloraba
Sobre el tálamo desierto.

Pregunté que desventura
Me privó del caro padre........
Cielos!... ¡qué leccion tan dura!...
Nunca contestó mi madre.

Tapaba con el pañuelo
Sus ojos y se escondía:
Yo la instaba con anhelo,
Pero nada respondía.

Una vez con algun gozo
Contemplando mi figura,
Prorrumpió: ¡robusto mozo!
¡Brazo fuerte! mano dura!

Y su voz al detener
Una lágrima vertió,
Que de fuego debió ser,
Pues beséla y me quemó:

Y otra vez secretamente
Quiso hablarme en su aposento,

Mas huyóse de repente,
Solo pronunció este acento:

» Mas tarde..... no es tiempo... no."
Y este mas tarde fatal
En mi pecho se clavó
Como un pérfido puñal.

— » Infeliz! Tu madre triste
Careciendo de valor
Quiere hablarte y lo resiste,
Que es víctima de tu amor.

Pero ya el mas tarde llega,
Y á saber vas de mi labio
Como á la fortuna ciega
Debes un atroz agravio." —

Aquí llegó el pescador,
Mas Julia bella y sencilla,
Hija dulce de su amor,
Abrazando su rodilla,

Suplicóle que guardase
Su reserva misteriosa,
Y á Gil Perez ocultase
La tragedia dolorosa;

Pero Gomez irritado
Desechándola de sí,
Con el jóven angustiado
Razonando siguió así:

— » Diez años ha cabalmente
Que Antonio Perez tu padre
Leda paz, sueño inocente
Disfrutaba con tu madre.

Sin ambicion y sin vicio
Cultivaba con esmero,

Como tú, su pobre oficio
De industrioso zapatero,

Y si avara la fortuna
Le negaba gerarquía,
Gozaba sin duda alguna
De una honrada medianía.

Henriquez, un prebendado,
Que en la ciudad residia,
Era un hombre muy medrado
En crédito y en valía.

Por la cuna de alta ley
Que tuvieron sus mayores,
De don Pedro, nuestro rey,
Disfrutaba los favores;

Mas venian á turbar
Las glorias y el valimiento
Del ministro del altar,
Y anulaban su contento

Las fatigas y el enojo
De un defecto corporal:
Don Henriquez era cojo:
¡Triste orígen de tu mal!....

Este, pues, á quien Antonio
Proveia de zapatos,
Con gran zelo y testimonio
De sus útiles conatos,

Un dia le improperó
Su falta de habilidad,
Pero Perez contestó
Con fria serenidad:

» Señor, os debo advertir
» Que del arte la destreza

» Nunca puede correjir
» Vicios de la naturaleza.»

El canónigo ofendido,
Como el tigre qne se avanza
Contra el cazador marrido,
Que erró el golpe de la lanza,

Mas furioso que un leon,
Con gran enojo y desden
Alzó en el aire el baston,
Y á Perez hirió en la sien.

Cayó Perez en el suelo,
Que aquel golpe fué mortal,
Y pidió venganza al cielo......
¡Tú no estabas por su mal! —

Convulsivo era el temblor
Que de Gil se apoderaba;
La sangre con gran furor
El círculo apresuraba;

De sus venas el volcan
A los ojos se subió,
Y con un violento afan
A Gomez interrumpió:

— Pero el bárbaro, el furioso,
Que acabó tal demasía,
En patíbulo afrentoso
Su delito pagaria;

Y en venganza de sus yerros,
Tras torturas muy estrañas,
Comerian duros perros
Sus recónditas entrañas.

¿A muerte le condenó
La ley?..... Homicida fué.....

¿Debio ser ahorcado? — No.
— ¿Degollado? — No. — Pues, ¿qué?

— Tuvo por condenacion,
¡Oh qué pernicioso egemplo!
Dos años de suspension
De asistencia al coro y templo. —

. . . .

El albergue solitario,
Con silencio el mas profundo
Quedó mudo, cual osario
Que está en un rincon del mundo.

Convulsivo y agitado
Gil se separó de allí,
Dejó el sitio tan amado,
Y al marcharse dijo así:

— Adios Gomez, yo me ausento;
Quiero á mi madre abrazar,
Consolarla en su tormento
Y en su seno respirar.

Adios, Julia; yo te juro
Que bien pronto harás alarde
De que tu corazon puro
No se prometió á un cobarde.

II.

Entre nubes de oro y seda
Ya el sol en el mar de Atlante
Templaba la ardiente rueda
Con los clavos de diamante,

Cuando en frente del umbral
Del alcázar de Sevilla,

Que es palacio sin rival
Y de España maravilla,

Paró un jóven, que al pensar
De discreto observador,
Señales podia dar
De demencia ó de furor.

En desaliño el ropage,
Los ojos desencajados,
Mirada torva y salvage,
Los pasos desacertados,

Lívido y mordido el labio,
Y erizados los cabellos,
Y de algun terrible agravio
Puestos en su faz los sellos.

Parecia que acechaba,
Como tigre en la espesura,
Y al capricho caminaba
De su planta mal segura.

Por fin en un sacerdote,
No sombrío, de faz leda,
No vestido de anascote,
Sino de crujiente seda,

Que al alcázar se venia
Grave, orondo, palaciego
De elevada gerarquía,
Clavó su mirar de fuego.

Encaráronse los dos,
Suspendido el movimiento,
Por testigo solo Dios,
Que oyó tal razonamiento.

—¡Don Henriquez! ¿Conoceis
Por casualidad quién soy?

—No, por cierto: ¿qué quereis?
Dejad, que á palacio voy.

Mis lismosnas las reparto
Con meditacion y seso
Y á huérfanas: sin un cuarto
Me encontrais aquí.—No es eso.

¿No conocisteis á Antonio
Que os calzaba con desvelo?
—¿Quién sois vos? ¿Sois el demonio?
—Perez tuvo un hijo.... —¡Cielo!

—Y el hijo viene á vengar
Esa sangre derramada,
Que en el hábito talar
No teneis bien enjugada.

—Fué indeliberado error
Que he llorado veces mil.
—¿Vos llorar? Sí, de temor,
Que es la lágrima del vil.

—Resarcir puedo el delito
Con misas y rogaciones,
Quemar en altar bendito
Cien magníficos blandones,

Y hacer allí mi oracion
Con mi llanto interrumpida
Por la eterna salvacion
De aquel que te dió la vida,

Dejarle un sepulcro alzado
Do consuma mi tesoro,
Do su nombre esté grabado
Con lumbrosas letras de oro,

Y fundar un monasterio
Con monges y un abad fiel,

Con único ministerio
De hacer suplicas por él.

¿Qué mas? Ir á Tierra Santa,
Y en mi peregrinacion
Marchar con desnuda planta,
Y al papa pedir perdon.

— ¿Me restituireis la vida
Del que yace en el olvido,
Su mirada apetecida,
Su amor tierno que he perdido?

— A vos os daré riquezas,
Os avanzaré en favor,
En honores y grandezas,
Y os daré noble esplendor,

Palacios, libreas, pages,
Y carrozas y caballos,
Ricos muebles, ricos trajes,
Y tendréis muchos vasallos,

Pues si habeis de mi piedad,
Y dais el perdon que imploro,
Obtendréis de mi amistad
La opulencia que da el oro.

— ¡Pérfido! Con el dinero
Doblasteis la ley un dia,
Mas no doblaréis mi acero
Ni la mano que lo guía.

Execracion y desprecio
Merece vuestra impudencia:
¿Quién puso á la sangre precio
Por sosegar su conciencia?

Vos á Judas me igualais
Cuando pretendeis de mí

Que venda, como anhelais,
La sangre de que nací.

Unico medio final
De redimirse os demuestra
La sangre de Perez.... —¿Cuál?
Decid... con... qué...—Con la vuestra.—

. . . .

Acabadas estas voces,
Lucha horrenda comenzó,
Lucha de las mas atroces,
Que con un ¡ay! concluyó.

Henriquez se defendia,
Mas Perez el duro cuello
Con la izquierda le oprimia,
Sofocando su resuello,

Y una daga que empuñaba
Tanto la clavó en su pecho,
Que á los golpes que le daba
Pareció lugar estrecho.

Como el árbol que derrumba
A la falda de la sierra,
Buscando su fria tumba
Cayó el prebendado en tierra.

Bañado en sudor copioso
Que el semblante le inundó,
Y confuso y receloso
Fuese Perez y esclamó:

«¡Oh ley! cuando no vindicas
»La sangre que clamor lanza,
»Los crímenes multiplicas,
»Si hay quien pide la venganza.»

III.

No era fácil que en Sevilla
Con alcázar altanero
Dó puso su regia silla
Un rey fuerte y justiciero,

Se ocultase un matador
De un noble, de un opulento,
De un ministro del Señor
Tan subido en valimiento.

Y antes que la aurora bella
Diese luz, al levantarse
Sobre el lecho de la estrella,
Que es última en retirarse,

Gil ceñido se miraba
De argollas y de eslabones,
Y sus hados deploraba
Puesto en hórridas prisiones.

Ya de su atentado audaz
Triste fama se estendia,
Y el vulgo siempre mordaz
Mil fabulas referia.

Que es muy suyo en tales casos,
Sin saber las circunstancias,
Añadir á los fracasos
Visiones y estravagancias.

Pero en tan negra prision
El mísero se veia,
Que no hallaba distincion
Entre la noche y el dia.

En vano su madre instó
Ver al desdichado preso;

Ni con llanto lo logró,
Ni con oro, que ha mas peso.

Julia, la escogida perla
De los bosques y cabañas,
Tan triste que solo verla
Conmovia las entrañas;

Sobre el virginal tesoro
De su seno desatada
La larga madeja de oro;
Julia triste y enlutada,

Con voz dulce, angelical,
Que interrumpe su afliccion,
Imploró del Tribunal
Para Perez el perdon.

¡Inocente! detener
No se puede dura suerte
Con lágrimas de muger......
La sentencia fué de muerte........

De fallo tal informado
Fué Don Pedro, joven rey,
Que era entonces muy loado
Por hacer cumplir la ley,

Y órden dió de que en seguida
Pusiesen en su presencia
Custodiado al homicida
Que mereció tal sentencia.

Sereno, mas sin encono,
El reo se presentó,
Y el rey sentado en su trono
Con él así razonó:

—Se os acusa de haber dado
Con golpes de daga impía

Muerte atroz á un Prebendado,
Que la gracia merecia.

—Conformado con mi suerte
Yo confieso con llaneza
Ser culpable de la muerte
Que menciona vuestra alteza.

—¿Y como osasteis matar
Con sacrílego furor
A un ministro del altar?......
¡Crimen bárbaro! — Señor,

De mi padre á quien debí
Tierno amor y afan prolijo,
Vengando la sangre así,
Mi delito fué ser hijo.

—Ilustrisimo abolorio,
Noble cuna, claro nombre
Tuvo Henriquez—Me es notorio:
Don Henriquez era un hombre.

. . . .

Luego Perez refirió
La desventurada historia.....
¡Cosa horrible! No se oyó
Mas triste y fatal memoria!

Inmoble, como peñasco
Cuya cresta sin piedad
Azota feroz chubasco
Durante la tempestad,

Frío y grave en sn entereza
Don Pedro permaneció,

Y despues de breve pieza
A un ministro preguntó:

—Decid ¿qué condenacion
Sufrió Henriquez entre tanto?
—Dos años de suspension
De asistencia al templo santo.—

Don Pedro frunció las cejas
Con airado continente,
Que anunciaba duras quejas,
Y esclamó:—Si es delincuente,

Sufra el peso de la ley
El noble como el pechero,
É igual se contemple el rey
Al ínfimo zapatero.

Yo anulando la sentencia
Que se impuso á este doncel,
Como cumple á mi conciencia
Pongo la balanza en fiel.

Y observando mis mandatos,
Que nadie burló jamás,
Se abstendrá de hacer zapatos
Por un año nada mas"—

Los pies del rey al besar,
Cayó Gil en un desmayo,
Que el gozo como el pesar
Hiere con vigor de rayo.

Pero cuando en sí volvió,
Serenada ya su mente,
De Gomez la voz oyó
Que decia—Eres valiente—

Y tambien la de su madre,
Que esclamaba—Eres buen hijo·

Bien vengado está tu padre
Que mil veces te bendijo —

Y la de su Julia hermosa
Que decia con amor:
— Contigo seré dichosa....
Ven, roguemos al Señor —



El cerco de Zamora.



ROMANCE HISTÓRICO.

—

I.

Contra todo ardid guerrero
Zamora está bien sentada,
De un cabo la corre Duero,
Del otro Peña Tajada.

La ciñen á la redonda
Unas torres muy espesas,
Muro fuerte y cava fonda
Con sus barbacanas gruesas.

Y al verla con tal muralla,
No hay cristiano ni agareno
Que la quiera dar batalla,
Ni embestirla en su terreno.

De su padre en rico don
Doña Urraca la tuviera

En aquella particion
Que de sus reinos hiciera;

Mas Don Sancho de Castilla
Que anhela mayor estado,
Siempre tuvo por mancilla
Ver su imperio desmembrado;

Ver saltar del cetro de oro
Joyas que de estima son,
Galicia, Zamora, Toro,
Con Asturias y Leon,

Y que siendo el heredero
De sitios fuertes y llanos,
Pierda de su haber y fuero
Por la pro de sus hermanos.

Traspasar la jura quiso
Que hiciera no de buen grado:
Puesto en armas de improviso
Sus huestes llamó á su lado,

Y lidió con tal fortuna,
Que en hierros puso á García
En el castillo de Luna,
Y á Don Alfonso en Mongía.

Era Sancho tan garzon
Que las barbas le apuntaban,
Pero en bravo corazon
Pocos hombres le igualaban.

Al Duero va sin demora,
De Safagun fuerzas saca,
Pues suspira por Zamora
Que conserva Doña Urraca,

Y pasa ya á las orillas
Del murmurador raudal

Que besa flores sencillas
Con los labios de cristal.

Al instante cabalgára
Con el Cid campeador
Y Diego Ordoñez de Lara,
De Zamora en derredor.

Luce galas muy ufanas
El de Vibar, buen ginete
Con espuelas italianas
Doradas y de rodete,

Y á los rayos encendidos
Del sol brillan los metales
De los arneses febridos
De sus piernas y brazales.

Penacho de blanca pluma
Sobre el yelmo se desmaya
Como la nevada espuma
Sobre la tendida playa,

Y revelan las labores
Del follage en su gorguera
Las manos y los amores
De la hermosa que venera.

Su troton es alazan,
Nariz ancha, vela enhiesta,
Con ímpetus de volcan
Cuando á rebentar se apresta.

El rey sobre su armadura
Rica veste desplegando
Cabalga con apostura,
Siempre á la ciudad mirando.

Su cuadrúpedo violento
Que freno de plata muerde,

Lleva fino paramento
De damasco azul y verde,

Con cortapisa preciosa
De unas mantas cebellinas:
Es negro, cerviz hermosa;
Por crin tiene sedas finas.

Cubierto de limpio acero
El de Lara lozanea
Dando riendas á un overo
Que el viento beber desea.

Los tres miran larga pieza,
Como de comnn intento,
La ciudad, su fortaleza,
Las murallas y su asiento.

Sus puertas están cerradas
A enemigos tan cercanos,
Y sus torres coronadas
De valientes zamoranos,

Que fieles á sus pendones
Forman las segundas vallas
Con pechos y corazones
Encima de las murallas.

Al volver para sus tiendas
Tuvieron tal razonar,
Deteniendo ambos las riendas,
Don Sancho y el de Vibar:

—Vedes, Cid, como es muy fuerte
Contra toda hostil hazaña;
Si la hubiese por mi suerte,
Seria señor de España.

Conmigo deudos habedes
Pues mi padre os dió crianza,

Y os acrezco las mercedes
Cuanto mi poder alcanza.

Vos dí mas que un gran condado
Por vuestro merecimiento,
Y el mayor sois á mi lado
De mi casa é valimiento.

Vos quiero rogar agora
Cabalgueis de buena gana,
Que vayades á Zamora,
A Doña Urraca mi hermana;

Digades que he de servilla
Con mi hacienda y mi poder;
Pero que me dé la villa
O por cambio ó por haber;

Que he de darla en este trueco,
Como cumple á mi largueza,
A Medina de Ruiseco,
Con Tiedra que es fortaleza;

E si no quiere otorgarla,
Tengo huestes aguerridas
Y por fuerza he de tomarla
Con ingeños é bastidas.

—Señor, con ese mandado
Que vaya otro mensagero,
Ca de Urraca fuí criado,
Y á mi honor no es cumplidero.

—Si no la recabais vos
Que no conoceis segundo,
No la espero, vive Dios,
De ningun home del mundo.

Catad que de honor no es ley
Ni caballerosa fama

Con desaguisado al rey
Complacer á alguna dama.

—¡Harto ingrato fuí á su amor
Con desaire y con desden!
¡Fuérale tal vez mejor
Amar á quien ama bien!

Que ella me calzó la espuela,
Y adornando mi persona,
Dióme el casco y la rodela,
Y ciñóme mi tizona.

Si las lides me llamaban,
Las lágrimas le salian,
Y del corazon manaban,
Que la faz le escandecian.

Puesta la rodilla en tierra,
Pedia gimiendo á Dios,
Que si yo finaba en guerra,
Que finasemos los dos.

Y facia su oracion
Con suspiros y con lloros,
Guardando mi corazon
De las lanzas de los moros.

No esperaba tanta pena,
Ni mereció por castigo
Que los brazos de Jimena
Le robasen á Rodrigo.

—Non curedes vos del duelo
Que hagan melindrosas dueñas,
Curad de allanar el suelo
Que no acata mis enseñas.

Curad que vuesa loriga,
Que nunca pudo bollar

Flecha ni lanza enemiga
En combate singular,

De su temple tan seguro
No venga á desmerecer
De Zamora bajo el muro
Por lágrimas de muger.

—Vos sabréis que no falsea
Los temples de mi armadura
Ni el bote de la pelea
Ni el ruego de la hermosura.

Me es ingrata tal mision,
Pero tanto me afincais,
Que infiel á mi corazon
Cumpliré lo que mandais.—

Calló el Cid que reprimia
Con suspiros el afan,
Pues al rostro le salia
Todo el interior volcan.

Veloz como el pensamiento
Para Zamora partió,
Y cuando al altivo asiento
De sus murallas llegó,

De su corcel los ardores
Enfrenó y la furia inquieta,
Rogando á los defensores
No tirasen de saeta;

Que venia de embajada,
No de guerra ni de engaño;
Y entonces se le dió entrada
Sin que recibiera daño.

II.

Por la muerte tan sentida
De su padre Don Fernando,
De negro mongil vestida
Negro estrado está ocupando

Doña Urraca, cuyos ojos
Son dos piras de dolor
A los fúnebres despojos
De su rey y su señor.

A su lado con respeto
Arias Gonzalo se ve,
Caballero muy discreto,
Sin par en virtud y fé,

Previsor y derechero,
De sano consejo y brío,
Que á nadie quebranta fuero,
Ni traspasa señorío.

Al estrado se adelanta
El de Vibar con mesura,
Y apenas lo ve la infanta
Cuando á limpiar se apresura

Con un finísimo holan
Las lágrimas indiscretas
Que por sus megillas van
A decir cosas secretas.

Dála el Cid salutacion,
Y á Don Arias juntamente,

Y espone su comision,
Añadiendo reverente:

«Porque yo á mi rey venero,
» Vine con mensage tal;
» Las cartas y el mandadero
» Libres son de sufrir mal."

Atenta escuchó la infanta,
Y la voz casi añudada
Desató de su garganta,
Respondiendo á la embajada:

«Mezquina de mí!... ¿qué haré,
Si al rigor de tantos males
En mi sangre no hallo fé,
Ni piedad en los mortales?

¡Rey Don Sancho! ¿Qué decoro
Te has podido prometer
De dejar en paz al moro
Por dar guerra á una muger?

¡Rey Don Sancho! ¿Qué laureles
Busca tu furor insano?
¿Que escarnezcan los infieles
Los dolores del cristiano?

¿Qué en Toledo Alimaymon
Tenga zambras y festines
Porque nuestra destruccion
Le conserva los confines?

Parar mientes te cumplia
Que en negra ambicion no hay prez,
Que usurpar es tiranía,
Que Dios ha de ser tu juez.

Padeciendo mil destierros
Alfonso entre infieles mora,

Y á García pones hierros,
Y me pides á Zamora.

¡Cuitada de mí! ¿qué haré?
¿Quién me salva, quién me abona,
Si Rodrigo á quien amé
Me desprecia y abandona?

No esperaba yo tal pago
De la vuestra cortesía,
Cuando sin dolor aciago
Gozé vuestra compañía.

Yo vuestro dormir guardaba,
Vuestro amor fué mi contento,
La vida que respiraba
Recibí de vuestro aliento;

Vuestro tálamo queria,
Feliz me juzgué entre todas,
Y era un cielo de alegría
La esperanza de mis bodas;

Mas caí del grato Eden
De tanto favor y gloria
En infierno del desden,
Con mi engaño en la memoria.

—«Señora, respondió el Cid,
Como bueno sirvo al rey
En las paces y en la lid,
Que esta siempre fué mi ley.

La respuesta me dictad
Cual os aplazca mejor,
Y á otros tiempos reservad
Querellas de vuestro amor.—

Don Arias alzóse entonces
Al ver de la infanta el duelo

Que ablandaba duros bronces,
Y contestó en su consuelo:

—La triste esperiencia enseña
Sin misterio y sin arcano,
Que aquel que nos cerca en peña,
No nos quiere dar lo llano.

Le diréis al que os mandó
Que hay valientes en Zamora
Que responden con un no
Defendiendo á su señora,

Y que anhelan la ocasion
De dar de su fé probanza
Con sangre del corazon,
Uno á uno y lanza á lanza;

Que si piensa intimidallos
Con un cerco grave y lento,
Tienen mulos y caballos
Que les sirvan de alimento;

Y antes que entregar los muros
Con mengua de sus deberes,
Contra sus entrañas duros
Comerán á sus mugeres;

Que Doña Urraca desdeña
Todo cambio con su hermano,
Que aquel que la cerca en peña
Mal querrá darla lo llano.—

Mal pagado y satisfecho
Despidióse el Campeador,
Partiendo á contar el fecho
A Don Sancho su señor.

Sañudo el rey le escuchaba
Cuando el caso referia,

De corazon le pesaba
Tan triste mensagería,

Y esclamó: — Mal me pagásteis,
Que vos amais á mi hermana,
Pues con ella vos criásteis,
Y á lo que quereis se allana.

Vos la aconsejásteis mal;
Debo castigaros, Cid;
Yo non puedo facer al;
De mi reino vos salid.—

El campo dejó Rodrigo,
Respirando enojos fieros,
Y al partir llevó consigo
Mil doscientos caballeros

Que tenia por vasallos,
Y eran siempre los mejores
Por sus lanzas y caballos,
Ardidos y lidiadores.

Al campo nunca volviera
Si don Sancho arrepentido
Por el daño que temiera
De aquel leon ofendido,

Su amistad y compañía
Con sus cartas no pidiese,
Haciendo la pleitesía
Que mas al Cid le pluguiese.

III.

En la hueste sitiadora
Pregónase que aguisados

Para dar contra Zamora
Estén todos los soldados.

La combaten reciamente
Por tres noches y tres dias;
No hay ardid que no se invente,
Se renuevan las porfías.

Las cavas ya quedan llanas,
De cadáveres cubiertas,
Desploman las barbacanas,
Tiemblan las ferradas puertas,

Y doblando crudamente
Sus intrépidos ardores,
Se fieren á manteniente
Sitiados y sitiadores.

Tintas de sangre á fondon
Corren las aguas del Duero,
Que no hay golpe sin lesion,
Ni amago sin golpe fiero.

Viendo el rey la lid osada
Y pérdida lastimera
De su gente maltratada,
Mandó se quitase afuera.

Á Zamora en derredor
Puso cerco; pues creia
Que si no cedió al valor,
Por hambre la ganaria.

IV.

De la ciudad sale huyendo
Un hombre traidor y malo,

Y le vienen persiguiendo
Los hijos de Don Gonzalo ;

Que á su padre denostó
Mancillando su lealtad ,
Que al sol que la iluminó
Disputa su claridad.

Vellido Dolfos se llama ,
Y al rey se acoge por fin ,
Sus manos besa , y esclama
Como falsario y malsin :

—Señor , yo dije al concejo
Que os diese la fortaleza ;
Don Arias , astuto viejo ,
Se me opuso con fiereza ,

Y sus hijos me matáran ,
Que tras mí vinieron dos ,
Si en la fuga me alcanzáran
Antes de acogerme á vos.

Recibid , si anhelais prez ,
Al que proteccion implora ,
Que yo os mostraré tal vez
Como háyades á Zamora.—

El rey se le mostró grato ,
Colmándole de bondades ,
Y fabló con él gran rato
De todas sus poridades.

Solos los dos cabalgaron
Al lucir la nueva aurora ,
Y sus cavas registraron ,
Y dieron vuelta á Zamora.

Con disfraz de buen amigo
El mayor de los villanos

Mostró á Don Sancho el postigo
Que llaman de los Cambranos.

Dijo que al llegar la noche,
Con algunos caballeros
Muy fieles y sin reproche,
Armados con sus aceros,

Por aquel postigo estrecho
Que abierto siempre dejaban,
Entraria satisfecho,
Pues los que de guardia estaban

De hambre y laceria morian,
Y al choque, sin hacer frente,
Las puertas les cederian
Para recibir la gente.

Por la ribera del Duero
Don Sancho se asolazaba,
Bajó del corcel ligero,
Y un venablo que llevaba

A Dolfos lo quiso dar,
Pues se apartó por facer
Lo que no puede escusar
Ningun hombre ni muger.

Y Vellido que lo vió
Sin defensa en guisa tal,
El venablo le arrojó
Con furia tan infernal,

Que las espaldas llagando
Con honda y cruel herida,
Pasó el tronco y fué buscando
Por los pechos la salida.

El traidor riendas volvió
Con las atrevidas manos,

Y al postigo cabalgó
Que llaman de los Cambranos.

Viéndolo escapar el Cid,
Sospechó su alevosía,
Temió algun infausto ardid
Contra el rey á quien servia,

Y su caballo pidió,
Pidió lanza, y se la dan,
Mas la espuela no calzó
Con la prisa y el afan.

Alongósele el traidor,
Aguijando su corcel,
Y esclamó el Campeador
Con ansia y dolor cruel:

«Este dia es el primero
» Que dejé de estar en vela;
» Maldito es el caballero
» Que cabalga sin espuela.”

V.

¡Rio Duero! Tú murmuras,
Tus aguas van acrecidas,
Tus flores bellas y puras
Están mustias y caidas.

Ya mezclaste en tu raudal
Sangre que vertió el valor,
Y hoy recibe tu cristal
Las lágrimas del dolor.

Hoy lloran los castellanos
De su rey la infausta suerte,

Culpando á los zamoranos
De tan alevosa muerte.

Tus aguas turbias se ven,
Das murmullo lastimero,
Que tal vez lloras tambien,
Rio Duero, rio Duero.

De Zamora al pié del muro
Don Diego Ordoñez de Lara,
Despues que pidió seguro,
Adargándose la cara,

Dijo á Gonzalo y sus hijos
Que en las almenas estaban,
Y que con los ojos fijos
Muy atentos le observaban:

—Los de Castilla han perdido
A su rey y su señor;
Matóle Dolfos Vellido,
Matóle como traidor;

Y en la villa le acogisteis,
Y á Dios pongo por testigo
Que traidores tambien fuisteis,
Y por ende vos lo digo;

Que de traicion sabeis,
Y traicion consentis,
Y al traidor que conoceis
En los muros encubris.

Por tan gran maldad y tuerto
Yo riepto á los de Zamora,
Tanto al vivo como al muerto,
Y al que ha de nacer agora.

Riepto á cuantos ahí fueren
De toda edad y destino,

Riepto el agua que bebieren,
Riéptoles el pan y el vino.

Y si alguno se opusiere,
Negando mi razonar,
Como y cuando le pluguiere
Se lo tengo de lidiar.—

Don Arias le respondió:
—No hubiera de ser nacido
Si, cual dices tú, soy yo;
Mas no rieptas de entendido,

Pues no han culpa los pequeños
De lo que los grandes hacen,
Ni los muertos en sus sueños,
Ni aquellos que agora nacen.

Que mientes, yo te lo digo,
Y miente quien te apoyare,
Y yo lidiaré contigo,
O te daré quien lidiare.—

Esto dijo el buen anciano
Y á la lid se preparaba,
Que aunque su cabello cano
Su cabeza plateaba,

De molesta senectud
Non curó las graves penas,
Y el fuego de juventud
Se encendió en heladas venas.

Cinco meses de matrimonio.



PRIMER MES.

—

EL AYUDA DE CAMARA.

¿Pondré, señor, dos camas en el cuarto
De vuestra cariñosa y fiel Sofía?

EL SEÑOR.

No, Fermin, una sola: yo comparto
Con ella mi ecsistencia noche y dia.
Los dos un mismo aliento respiramos,
Sintiendo el corazon la misma llama;
Ya que un solo querer alimentamos,
Tendrémos una mesa y una cama.
Y eternamente unidos sin querella,
Debiéndonos recíprocas albricias,
No gozará sin mí, ni yo sin ella,
Vida, luz y placeres y delicias.

Así mezclan sus aguas abundosas
Dos arroyos que esmaltan la pradera,
Sirpes de cristal líquido entre rosas
Que en su seno nutrió la primavera.
Ya que la luz del dia me detiene
Metido entre negocios superiores,
A mis fuerzas tan débiles conviene
Las noches dedicar á los amores. —

SEGUNDO MES.

—

EL AYUDA DE CÁMARA.

Ved, señor, si mandais alguna cosa:

EL SEÑOR.

Te diré lo que tengo proyectado:
De mi muger la alcoba es espaciosa;
Pon en ella otra cama de contado,
Que yo la ocuparé, pues me desvelo,
Y perturbo á Sofía su reposo,
Descansará mejor...... no quiera el cielo
Que impida su quietud su amado esposo.
Mi sueño es turbulento, interrumpido,
Y el suyo mas delgado que una seda,
Debes pues practicar lo prevenido,
Para que mi adorada dormir pueda —

TERCER MES.

—

EL SEÑOR.

¡Abrasada estacion!.... ¡Tiempo de llama!
¡Qué alcoba tan estrecha! ¡qué tormento!

EL AYUDA DE CÁMARA.

¿Qué remedio, señor?....

EL SEÑOR.

Saca mi cama
Y ponla en mi retrete ó aposento.

EL AYUDA DE CÁMARA

¿Y Sofía!

EL SEÑOR.

Dirásle que mi zelo
Por su comodidad es infínito,
Que desahogo tal es un consuelo;
Y aunque á dormir sin ella me límito,
Mi corazon sensible, enamorado
Late por su cariño dentro el pecho;
Que mi amor estará siempre á su lado,
Por mas que se separe nuestro lecho.—

CUARTO MES.

—

EL AYUDA DE CÁMARA.

¿Determinais viajar?..... Sin perder hora
Para dos dispondré ropa y recado;
Pues es claro que iréis con mi señora,
A quien idolatrais.....

EL SEÑOR.

No has acertado.
Temo el gasto, despues la desventura
De vuelcos, y celadas de ladrones;

No quiero ver marchita su hermosura
Con mil padecimientos y aflicciones.
Solo me partiré, que es de avisados
Interrumpir las dichas algun tanto,
Para que los placeres codiciados
Vuelvan al corazon con nuevo encanto.
De un mes será mi ausencia solamente,
Que dulces esperanzas alimente.

QUINTO MES

—

EL AYUDA DE CAMARA.

Ya gime con furor el ronco viento
Del invierno aterido y funerario....
¿Y seguira el señor en su aposento
Durmiendo como monge solitario?

EL SEÑOR.

Buscame con secreto una morada
Pequeña, independiente, sin bullicio,
Porque la soledad mucho me agrada;
Quiero hacer una vida de novicio:
Lograr mi libertad es mi porfía.

EL AYUDA DE CÁMARA.

¿Cuántas camas, señor?

EL SEÑOR.

Solo la mia.

Tres años de Pension.



—Vamos á ver, hija mia,
Tu esmerada educacion,
Y el fruto y sabiduría
De tres años de pension.
—Mamá ¿diré de la historia?......
Rodrigo que amó á la Cava
Perdió vida, honor y gloria,
Quedando la patria esclava.
El amor.... —¡El amor! Basta con eso:
Pasemos á otro asunto de mas peso.

Cuéntame de otro reinado
De que puedas acordarte,
Que con el mayor agrado
Pronta estoy para escucharte.
—Don Alfonso se enamora
Con la voluntad mas fiel
De una hebrea encantadora,
Y esta hebrea era Raquel.
El amor.... —¡El amor! Basta con eso:
Pasemos á otro asunto de mas peso.

Díme de Geografía,
Mas no me hables de Alemaña,
Ni de Grecia, ni Turquía,
Sino de la nuestra España.
—Madrid abunda en placeres
Y en ingenios escogidos,
Es Eden de las mugeres,
Infierno de los maridos.
El amor.... —¡El amor! Basta con eso:
Pasemos á otro punto de mas peso.

La fábula ofrece mas
De ingeniosas variedades;
Supongo no ignorarás
Los nombres de las deidades:
—Jupiter quiere mandar:
Marte gusta de la guerra,
Y Venus salió del mar
Para embellecer la tierra.
El amor.... —¡El amor! Basta con eso:
Pasemos á otro punto de mas peso.

La música es el encanto
De la hermosa juventud:
Mezcla tu modesto canto
Con los sones del laud.
—Trobador!.. Tu melodía
Libertad al alma roba,
Yo por premio te daria
Besos mil por cada trova;
Que el amor.... —¡El amor! Basta con eso:
Pasemos á otro punto de mas peso.

Me olvidaba de la danza
Que es reina de los primores,
Remedando en su mudanza
Los columpios de las flores.
— Mamá! ¿Quién la danza ignora?
Es mi furor, mi laurel;
Que al hacer Céfiro y Flora,
Yo desempeñé el papel
Del amor.... — ¡El amor! Ya está entendido:
¿Con qué solo el amor has aprendido?

La hospitalidad.



Leila es vírgen de las gracias
Y modelo de primores,
Gentil como las acacias
Con sus desmayadas flores.

Sin ornatos es hermosa
Bajo trasparente velo.....
¿De qué vestireis la rosa
Mejor que la vistió el Cielo?

¿La dareis mayor decoro
Despues que en su caliz frio
Dios agota su tesoro,
Y la noche su rocío?

Colocadla entre cristales
Sin mas nítidos adornos,
Y á Leila entre blancos chales
Que dibujen sus contornos,

Y tendreis la beldad leve
Que todo sentido roba,

Que al formar la estatua de Hebe
Pudiera copiar Canóva.

Si desata sus cabellos
Negros como los pesares,
El peine se pierde en ellos
Como un náufrago en los mares.

Mas esbelta que las palmas,
No aja el cesped, cuando pisa,
Y este encanto de las almas
En los quince abriles frisa.

¿Al lado de tal muger
Quién libre ha de respirar,
Si es lo mismo amar y ver,
Y lo mismo ver que amar?

Es huerfana.... ¿mas al verla
Con encantos celestiales,
Quién no recogió la perla
Perdida en los arenales?

Ismael llorar la oyó
Par de la salobre fuente,
Y á su tienda la llevó
Dando un ósculo en su frente:

Dejóla en el seno amante
De su esposa, y la decía:
» Recoged ese diamante
» Que engendró la luz del dia."

Y su sombra fué creciendo,
Su pecho se fué abultando,
La noche la fue adurmiendo,
Y el sol con su luz dorando.

Ya está en la risueña edad
En que el mundo es un pensil

De agradable variedad,
Con paredes de marfil,

Con canoros ruiseñores,
Con grutas y con arcadas,
Con fuentes y surtidores
Y estátuas muy bien labradas.

Pero tal edad no advierte
Que debajo cada flor
Hay un áspid que da muerte.......
¿Que mas áspid que el amor?

—

— Bésame, dijo Ismael
A la hermosa cierto dia:
Bésame, paloma fiel
De mis sueños de alegría.

Yo he ganado lides ciento
Por las enemigas tierras,
Mas mi brazo débil siento
Para sostener mas guerras.

Ya se estrecha el horizonte
De mi mágica esperanza,
Yerma como esteril monte
De arenas que el viento lanza.

Y muy pronto mi alma esclava
Sacaré de éstas prisiones,
Vuelto el rostro hácia la kaaba
Con últimas abluciones:

Mas quiero por mi fortuna,
Flor cerrada en tierno broche,

Que brilles como la luna
De mi solitaria noche,

Y que unida con Hassen,
Que es el hijo que yo adoro,
Vengas á regar tambien
Mi sepulcro con tu lloro.

Yo dispongo tu himeneo,
Próspera es la suerte tuya,
Que de Hassen cumplo el deseo;
Marcha y dile que eres suya.

Mas escucha..... Un huésped vino;
Reposando está en mi tienda:
Yo protejo al peregrino,
Para que Alá me defienda.

Yo le doy seguridad
Y en amarlo me desvelo,
Porque mi hospitalidad
Es sagrada como el Cielo.

Toca pues á tí, sirena
De la encantadora faz,
Servirle mi copa llena,
Despues que le dieres paz.

Dame un beso de tu miel,
Luz de mis cansados dias,
Bésame, paloma fiel
De mis sueños de alegrías."—

—

Leila lo abrazó cual yedra
Que al tronco robusto asida

Con su apoyo sube y medra,
Dando al tronco verde vida.

Pero así que se apartó
De su protector querido,
Una lágrima rodó
Por su rostro escandecido.

Y esa lágrima revela,
Pues lágrimas saltan valla,
Secreto que desconsuela,
Secreto que el alma calla.

Dice que su corazon,
Víctima de mil dolores,
No amando de Hassen la union
No puede fingir amores,

Y que es huérfana y muger
Nacida para agradar,
Y que es fuerza obedecer
Cuando es imposible amar.

Vive Hassen siempre sediento
De la lid y la venganza,
Y en su rostro no hay contento,
Si su mano está sin lanza.

De las tribus enemigas
Es terror en las arenas:
Dadle lanzas y lorigas,
Que asi calmareis sus penas.

Que luchar quiere entre miles,
Y ver relucir espadas,
Y todo el furor de Aquíles
Hallaréis en sus miradas.

No quieren las hermosuras
Que anhelan placer y gustos,

Hombres de miradas duras
Siempre altivos, siempre adustos.

Que el guerrero cuando abraza
De bélico furor lleno,
Con la nítida coraza
Les oprime el blanco seno.

Y de noche las desvela
Soñando empeñada lucha,
Y muy poco las consuela,
Y muy poco las escucha,

Y no adora su embeleso,
Y al oir clarin sonoro,
Se las dejan sin un beso,
Y despiertan y dan lloro.

¡Quién tuviera en esta vida
Por consuelo de su amor,
No un Marte de faz temida,
Sino un músico, un cantor!

—

Mientras que en su pecho crece
La pena interior que clama,
Al huésped la copa ofrece,
Y el huésped Achmet se llama.

Al verse, los dos se amaron,
Flecha igual los dos sintieron,
Y el suspiro que exalaron
En los labios contuvieron.

Jamas Leila mas hermosa
Mostró su bruñida frente,

Jamas fué mas cariñosa,
Solícita y complaciente.

Y Achmet que su agrado vió,
Hechas un volcan las venas,
Con la taza que apuró,
De otra sed sintió las penas.

Hassen de este nuevo amor
Conoció las aficiones,
Cual conoce el cazador
Las sendas de los leones,

Y viendo que su esperanza
Naufragaba en la bahía,
Meditó su atroz venganza
Que en sus ojos se leia.

—

Debajo de las palmeras
Que hacen de altivez alarde,
Murmurando plañideras
Con cefiros de la tarde,

Descansaba en sus tormentos
El huésped enamorado
Dando quejas á los vientos,
Cuando á Leila vió á su lado.

—Primavera de las flores,
Díjola con emocion,
¿Dónde irás que no enamores
Con tu aroma y profusion?

Yo te adoro como al suelo
Do dejé mi amado padre,

Como al sol y como al cielo,
Como al beso de mi madre:

Como estrella del destino,
Como fuente del desierto,
Como flor de mi camino,
Como luz de un rumbo cierto.

Mi amor he de sofocar
Pues lo manda la virtud,
Que un huésped no ha de pagar
Favor con ingratitud.

Yo sé que te quiere Hassen:
¡Ah!.. Felices sed los dos:
Disfrutad de vuestro bien,
Que mañana os diré á Dios."—

—»No te vayas, peregrino,
Respondióle Leila triste:
No te pongas en camino,
Que mi afecto lo resiste.

Mas escucha, que mis males
Vaticinan suerte fiera,
¿No vés entre los zarzales
Los ojos de la pantera?—

Achmet sacó su puñal
Y avanzóse á la enramada;
Sí que se movió el zarzal,
Pero no alcanzó ver nada.

Mas cuando se retiró
Con Leila, finando el dia,
Una sombra distinguió
Que de lejos le seguia.

—

De su lecho regalado
Levantóse aurora grata,
Y su manto nacarado
Se volvia de escarlata,

Cuando el huésped noble y fiel
Despidióse de la hermosa,
Dando gracias á Ismael
Y á su idolatrada esposa.

Leila en vano procuraba
Disfrazar su pena impía,
Que una lágrima saltaba,
Y otra en su lugar nacia.

—Permitid vaya con vos,
Dijo Hassen al caminante,
Y os daré el último á Dios
En la fuente que hay distante.—

Y solos los dos marcharon,
¿Y quién nos dirá de cierto
Las cosas que les pasaron
En el árido desierto?

—

Seis dias han ya finado,
Y en su tienda está Ismael
Solo con el hijo amado,
Razonando así con él.

—«Que no llevas he advertido
Tu puñal, como solias.

—No sé..... fué tal vez olvido
De tomarlo en estos dias.

—Anda y busca tu puñal,
Hijo mio; quiero ver
Si es en todo muy igual
Con uno que encontré ayer.

—Ya me acuerdo..... cabalgué
Lejos de mi amada tienda,
Cayóme, pues me incliné
Para recoger la rienda.

—¿Es este? (Ismael mostraba
De un puñal el pomo frio,
Mas los filos ocultaba)
—Sí que es ese, padre mio.

—¿Ves la hoja?.... (Hassen gimió;
Vió el puñal de sangre lleno)
Pues sígueme, le añadió
Su padre con voz de trueno.—

Y al desierto caminaron
Con silencio sepulcral,
Y otra vez allí empezaron
Su plática en modo tal.

—¿Do dejaste al peregrino?
—Lo dejé junto á la fuente.
—¿Sabes qne le sobrevino?
—No; tal vez tigre inclemente

Lo despedazó, y sus males
Alguno os ha noticiado.
—¿Los tigres tienen puñales
Para herir al descuidado?

Hassen!.... Tú eres un traidor,
Y al huésped has dado muerte!

—Vengué mi ultrajado amor,
Y sufrir debió esa suerte.

Porque á Leila me robaba,
Y con ella lo encontré
Que de amores platicaba,
¡Yo su sangre derramé!

¡Hassen! la hospitalidad
Es sagrada, es inviolable;
Tú faltaste á la piedad;
Castigo tendrá el culpable.

Levantar mi frente quiero
Sin que tal borron la ofenda,
Y ofrecer al estrangero
Paz y dichas en mi tienda.

No has seguido mis consejos;
¡Eres un ingrato, un vil.....
Retirémonos mas lejos.....
(Preparaba su fusil.)

—¿Qué quereis?—Ya lo verás.
Era Isaac hijo inocente,
¡Tú eres malo..... andemos mas.....
Llegarémos á la fuente.....
. . . .
. . . .

—

A su tienda se volvia
Ismael con faz llorosa
Y al encuentro le salia
Su desconsolada esposa.

—«¡Ismael! dime, ¿qué has hecho?
¿Dónde está mi amado Hassen?

Si murió pásame el pecho,
Yo quiero morir tambien.—

Con turbada confusion
Dijo el árabe:—«Te advierto
Que busques un azadon,
Y tú ruega por el muerto.”—



Flores del alma.



Buen olor el de rosas y claveles,
Bello el sol por su luz y sin segundo,
Mas si hablais de dulzuras y de mieles,
Como el primer amor nada en el mundo.—

Es el polvo mas leve que las plumas, (1)
Mas que el polvo la brisa desatada,
La muger mas que brisas y que espumas.....
¿Y mas que la muger?... No encuentro nada.—

Si el príncipe digere al medio dia
Que es de noche, y que el sol con luces bellas
Despareció entre sombras de agonía;
Vosotros responded, que veis estrellas.—

Cuando beben los hijos de Mahoma
De la vid de Schiráz lágrimas puras
Escanciadas por vírgenes de aroma,
Encuentran en el vino tres dulzuras:

La que le dió la tierra por favores,
La que le dió la hurí que lo ha libado,

(1) Traduccion de un epígrama latino.

Y la mayor en gustos y sabores,
La que le dió la ley que lo ha vedado.—

¿À qué compararémos los colores
De la rosa gentil y su embeleso,
Cuando vírgen que ignora los amores,
Tiembla del claro sol al primer beso?

A las megillas puras, singulares,
De las hijas de Grecia en tiernos años,
Cuando el sultan las lleva á los lugares
De donde han de salir para los baños.—

Rojo cáliz y un fondo ennegrecido
Desata el tulipan, como el amante
Que tiene el corazon triste y herido,
Y el fuego del amor en su semblante.—

Asilo es el eden, do no hay abrojos,
De delicias seguras y constantes,
Y el hombre con dos fuentes de los ojos
Compra sus cuatro rios abundantes.—

No conoce la lengua freno y tasa,
Y el sabio comparó sus cualidades
A las de un huésped nuevo en una casa,
Al cual no se confian puridades.—

¿Do escondereis la esencia perfumada
Del almizcle, del ámbar y canela?....
Do la virtud se esconde, allí es amada,
Do se pisa la flor, su olor revela.—

Por escusar sus males mas prolijos
La tierra maternal puso en encierro
Muy lejos de la vista de sus hijos
El oro codiciado con el hierro.

Mas ellos en su abismo lo buscaron,
Y como á tanta sed faltó tesoro,

Los que solo con hierro se encontraron
Persiguieron con él á los del oro.—

Tres cosas por inútiles advierto:
La luz de una bujía al sol radiante,
La lluvia en las arenas del desierto,
Y la verdad propuesta al ignorante.—

¿A do vais ¡oh delicias! entre sustos?
Al palacio del rey, respondió el sabio:
Porqué al lado de príncipes adustos
La copa del placer le quemó el labio.—

¡Amistad!... ¡Raro bien entre mortales!...
Quien no tiene un amigo verdadero
De quien fiar sus dichas y sus males,
En toda parte y sitio es estrangero.—

No consiste la fuerza y el arrojo
En vencer á los hombres en las lides,
Sino en domar las iras y el enojo;
Solo la cruz produce estos Alcides.—

La pobreza segura en su destino
No teme como el oro al ladron crudo:
Cien ladrones que salgan al camino
No te despojarán si vas desnudo.—

Las palabras indican el talento
Y el cultivo del alma en los varones,
Mas si quereis saber su nacimiento,
Os lo demostrarán con sus acciones.—

De hermosa juventud fruto y encanto
Es el amor, y crímen en un viejo;
Las iras del amor redime el llanto;
Sueña en vela el celoso sin consejo.—

Ó aman ó aborrecen las mugeres,
Dos estremos, sin medio de prudencia,

Y con sed insaciable de placeres
Aprenden á llorar, que es su gran ciencia.

Que Dios puso en sus nítidos luceros
Poder para ablandar los duros bronces,
Y despues que miraron hechiceros,
Si no basta mirar, lloran entonces.—



Abdalla-Zulema Rey de Toledo.



LEYENDA.

—

I.

Eran las tibias horas de la tarde
Cuando corre el vergel la brisa leve,
Que entre pintadas flores hace alarde
De repartir sus ósculos de nieve;

Y el dulce ruiseñor gime y encanta,
Pájaro melancólico y querido,
Que es tan rico en la voz de su garganta,
Como pobre en la pluma del vestido,

Y sugeto de amor á duras leyes,
Como bardo infeliz que no se nombra,
Saluda los jardines de los reyes,
Y se pierde del héspero en la sombra;

Cuando el sol moribundo no calienta,
Y mustio y sin vigor apenas brilla,

Vistiendo de una luz amarillenta
Las cumbres de las torres de Castilla;

Y esa tarde veia entre cadenas
Á Toledo imperial, porque era mora,
Coronada de lunas sarracenas
Con sus libres recuerdos de señora.

Y era un rey africano el que habitaba
Su alcázar opulento y arrogante,
Un rey que con las perlas escarchaba
Los pliegues nebulosos del turbante;

Un rey que sobre alfombras de brocado,
Entre la nube vaga y trasparente
Del aroma de Arabia delicado,
Mostraba su tostada y ancha frente,

Sus ojos que encendian su mirada
Con un rayo de amor ó de despecho,
De finísimas hebras desatada
Su barba que caia sobre el pecho,

Su ropage de púrpura de Tiro,
Y el ceñidor con daga rutilante,
Cuyo pomo difunde en largo giro
Los fuegos del topacio y del diamante.

Un rey con un harem de cien hermosas,
Flores del corazon, risas de un sueño,
Que vienen de tropel y codiciosas
Á suspirar un ósculo del dueño;

Bellas hadas de cármenes sombríos
Que en baños de coral cortan espumas,
Y en el fuerte calor de los estíos
Se visten ó de gasas ó de plumas.

Un rey que en arrancadas y en las lizas
Encorvado en un bruto de crin larga

Desprecia los aceros que hace trizas
El temple diamantino de su adarga;

Que se mira en el Tajo, cuyas ondas
Encienden con mil luces por encanto
Las piedras ovaladas y redondas
Que guarnecen la fimbria de su manto;

Que gasta en el ambiente del aroma
Su vivir y su lánguida pereza,
Y espera el paraiso de Mahoma
Con vírgenes de amada gentileza.

Y ese rey tan audaz en la batalla,
Dotado de talento y hermosura,
Y tan muelle en la paz, se llamó Abdalla,
Gigante en el poder y en la figura;

Que gozando del aura en sus jardines,
Sobre un tapiz de Persia entretenido,
Debajo de una arcada de jazmines
Razonó en modo tal con su valido:

—»¿Vés, Ozmin, que el claro sol
Se despide de este Eden
Con el último arrebol,
Y desciñe su alma sien?

Pues yo te prometo á tí,
Que he de hacer mi despedida
Como el sol que muere aquí,
Con mi frente desceñida,

Si no alcanzo lo que anhela
Mi intranquilo corazon,
Que suspira y está en vela
Sin un sueño de ilusion.

Y secas verás las flores,
Y crecer bravías plantas,

Y mudas de ruiseñores
Las doctísimas gargantas,

Como seco mi vigor,
Mustia mi altivez y brio,
Y encrespado mi dolor,
Y en silencio el labio mio.

Yo saldré de mi letargo,
Que es mengua y baldon beber
Un absintio tan amargo
En las copas del placer;

No dar á mi mal remedio,
Y en el solio hallar mil penas,
Y agostar con duro tedio
De mi harem las azucenas;

Ver tan bellas criaturas
De alba tez y negros ojos,
Temblar cual palomas puras
Al rigor de mis enojos;

Marchitarse sin un beso,
Y al cubrirse de esmeraldas,
Pagarles un embeleso
Con volverles las espaldas.

Romper quiero sus cadenas,
Y libres de tales lazos
Volarán á sus arenas
Y á los maternales brazos.

Con Alonso, tan garzon,
Que abruman su sien y mano
La corona de Leon
Y su cetro soberano,

Á firmar las paces fuí,
Cual convino á nuestra fé,

Aunque tengo para mí
Que mi esclavitud firmé;

Pues allí ví una cristiana,
Luna llena de ventura,
Del rey D. Alonso hermana,
Princesa de la hermosura,

Cuya lisongera faz
Con sus rayos me alumbró,
Y mientras firmé la paz,
Por su esclavo me dejó.

Esa luz que me embelesa,
Prodigio de beldad rara,
Llámase doña Teresa,
Mas yo la llamé Gulnara.

La llamé séptimo cielo
Y reposo de las almas,
Hurí sin cendal ni velo,
Y frescura de las palmas.

Mas ella con mucho amor
Díjome: «Gracias os doy:
» Cristiana direis mejor,
» Pues sierva de Cristo soy."

Y entonces, Ozmin, te juro,
Que ya estuve vacilante
Como sacudido muro
Por la máquina pujante,

Y que casi renegué
Del profeta y de la Kaaba,
Y á sus plantas veneré
Aquel Dios que ella invocaba.

¿De qué sirven nuestras bellas
Al lado de tanta gloria?

¿De qué sirven las estrellas,
Si el sol borra su memoria?

¿Qué indiscreto nombraria
Flores que alzan entre grama,
Si un rosal de Alejandría
Rompe su boton de llama?

De su amor el alma llena,
Cautivo volví á Toledo
De esa linda nazarena
De aire noble y mirar ledo.

Cautivo dejé en Leon
Mi vida y mi pensamiento,
Parte de mi corazon
Se quedó con mi ardimiento.

Y creo que en la lid dura
Ya no temerá el cristiano
Ni el brillo de mi armadura
Ni el alfange de mi mano;

Pues mis crudos sinsabores
Pondrán á mi honor mancilla,
Que enfermizo por amores
Mal cabalga y acuchilla.

Indícame pues, Ozmin,
Salvacion en esta lucha:
Solitario está el jardin,
Y ninguno nos escucha.» —

— »No es de un Rey de poderío
Coronado de trofeos,
Enfrenar el albedrío,
Poner dique á los deseos.

Esperad en nuestras lanzas
Que á las lides marchan juntas,

Que bien van las esperanzas
En sus aceradas puntas.

Mandad, y las paces rotas,
Brillarán nuestros paveses,
Volarán nuestras garzotas
Sobre potros cordobeses,

Y con súbitos asombros
Leon fuerte y soberana
Se convertirá en escombros
Teñidos de sangre humana.

Esa vírgen hechicera
Que adorais con tanto esceso,
Será vuestra prisionera,
Que os regale con un beso.

Y á Toledo volvereis
Con tal prenda de victoria,
Llamándola, si quereis,
Sultana de vuestra gloria.

Mas antes de confiar
Pretensiones al acero,
Prudencia será buscar
Con astucia otro sendero.

Ya que D. Alonso es niño
Y en poder de un ayo está,
Que lo mima con cariño,
Y enojaros temerá;

Ya que consentisteis vos
Que en Toledo los cristianos
Tengan aras á su Dios,
Y veneren sus arcanos;

Al prelado de esa grey
Podeis dar la comision

De alcanzar del jóven rey
Vuestro empeño y pretension.

Su influencia poderosa
Con el bando infiel es tanta,
Que ha de daros por esposa
La escelsa y querida infanta.

Y si á vuestra voluntad
Lo encontrareis enemigo,
Duros medios emplead
De amenazas y castigo.

Que el frio de las cadenas
Y humedad de la prision
Hielan sangre de las venas
Y brios del corazon.

Mas si al fin nada lograis,
Cortad del leon las garras
Que en Toledo do reinais
Hay muy buenas cimitarras. —

— Me has hablado cual valiente
Que maneja buena lanza,
No escluyendo cual prudente
Consejos de mas templanza,

Y mañana cuando el rayo
De la luz que ya no dora,
Saliere de su desmayo
Por las puertas de la aurora,

Harás que en presencia mia
Comparezca ese pastor
Que la grey cristiana guia
Cual cabeza y conductor. » —

Calló Abdalla,
Calló Ozmin,

Todo calla,
Y el jardin
Se vistió
Con alfombra
De la sombra
Que cayó.

II.

Delante del monarca, colocado
En su solio de ardiente pedrería,
Se presentó Vincencio, gran primado
Y adorador del hijo de María.

Modesto como flor, con alma pura
Que no vió el rostro al crímen ni al esceso,
Como un ángel de Oreb sobre la altura,
Que medita profético suceso,

No deslumbra su seda delicada,
Que es pobre y sin adorno su vestido,
Deslumbra el resplandor de su mirada
Donde la castidad se ha recogido.

Pálida con ayuno está su frente,
Su cuerpo macerado con cilicio,
Vive su corazon de la fé ardiente
Que no empañan los hálitos del vicio;

Y aunque la penitencia lo maltrata,
Y los años convierten sus cabellos
En hebras sutilísimas de plata,
Su pecho es un volcan de mil destellos.

Es un escollo firme entre los mares
Batido sin cesar por olas frias;

Por el celo de Dios y sus altares
Es segundo Moises y nuevo Elías.

Se presenta sin lujo cortesano,
Sin pages ataviados y discretos,
Seguido de Geroncio su arcediano,
De quien fia sus íntimos secretos.

Sus árabes pupilas el rey moro
Clavando en el varon humilde y fuerte,
Columna del santuario y su tesoro,
Sus voces le dirige de tal suerte:

—» Dias puros y serenos
Que ilumina el sol mas claro,
Disfrutais los nazarenos
A la sombra de mi amparo.

Dais loor á vuestros santos
De Toledo en los confines,
Y resuenan vuestros cantos
Con la voz de los muecines;

Y al lado de las mezquitas
Con minaretes dorados,
Levantais mesas benditas,
Y comeis panes sagrados.

Nadie os turba los placeres,
Libre es vuestra condicion,
Vuestros hijos y mugeres
Libres viven, libres son.

Y aunque solo es Dios Alá,
Y Mahoma su inspirado,
Con la libertad se os da
Seguir al crucificado.

De mi clemencia y bondad
Desde hoy mismo, buen pastor,

Nuevas gracias esperad,
Nuevas dichas y favor,

Pues dejando mis sultanas,
Enlazar mi mano quiero
Con una de las cristianas,
Por cuya belleza muero.

A las nubes se levanta
Mi cariño y eleccion,
Recayendo en una infanta
Que es la perla de Leon,

Y os nombro por medianero
Con Alonso el rey su hermano,
Qne de vos mi dicha espero
Pues os ama el rey cristiano.—

—Muy honroso es mi destino,
Dijo Vicencio al rey moro:
Muy alegre mi camino,
Mi mision de gran decoro,

Si antes renegais, señor,
De ese pérfido islamismo,
Y adorais al Redentor,
Recibiendo su bautismo.

—No ecsiste otro dios que Alá:
Poned freno á vuestro labio,
Que precipitando va
Vuestro error y nuestro agravio.

—Pues mi cargo relevad,
Porque por Jesus bendito
Desdice de mi piedad,
Y os declaro que no admito.

—Mis órdenes cumpliréis
Con lealtad y con celo.

—¡Oh! cuan mal me conoceis!
Solo cumplo las del Cielo.

—Vos ireis por fuerza ó grado,
Que mi voluntad es fuerte,
—Pues contad que andais errado.
Yo mejor iré á la muerte.

—¡Qué soberbia!—Es un deber,
Que mi dignidad requiere.
—Desprecio de mi poder.
—Cumplo con lo que Dios quiere.

—Pues tu sangre apagará
Tu frenético delirio.
—Mi sangre me vestirá
La túnica del martirio.

—Yo evitando el desconcierto
De que tristes mugercillas,
Que adoran á tu Dios muerto
Por incautas y sencillas,

Levanten suntuoso altar
A tus fúnebres despojos,
Tus huesos haré quemar,
Despues de arrancar tus ojos.

—Haz del cuerpo lo que quieras;
Siempre queda libre el alma,
Que al subir por las esferas
No arrebatarás su palma.

Tus riquezas desmedidas
Tomaré con mano fiera.
—Son dos túnicas raidas
Y un báculo de madera.

—Vuestras casas de oraciones
Quemarán fuegos infaustos.

—Quedarán los corazones,
Que son vivos holocaustos.

Y los que cristianos son
Morirán sin un consuelo;
Ni á los niños doy perdon.
—Vivirán allá en el cielo.—

. . . .
. . . .

Vió Geroncio el arcediano
Que Abdalla se enfurecía,
Llevando su diestra mano
Al pomo de su gumía,

Que sus centellantes ojos
Despedian una luz
De mortíferos enojos
Contra el siervo de la cruz,

Y acudió como prudente
Con bálsamo á las heridas,
Represando aquel torrente
Que se hinchó con avenidas.

Dando almíbar á su acento,
Con un singular agrado,
Dijo al rey: —Yo soy contento
De suplir por mi prelado,

Pues achaques dolorosos
Ponen á sus dos piés grillos,
Que los años presurosos
Remachan con sus martillos.

Yo no perderé momentos,
Y pues conocidos son
Mi mérito y valimientos
En la córte de Leon,

Sin rodeos ni disfraces,
Impondré por condiciones

De las ya firmadas paces,
Lograr vuestras pretensiones.

Y esa estrella, esa cristiana
Pura como el sol naciente
Y el albor de la mañana
Y luna que está en creciente,

Lucirá con mirar ledo
Sobre el solio diamantino
Del alcázar de Toledo,
Y en el Tajo cristalino.

Así no tendrá la guerra
Mas cebo de sus furores;
Tranquila estará la tierra
Sin rebatos ni temores;

Y seguros los cristianos
Sin zozobras ni recelos,
Alzarémos nuestras manos
Al Señor que está en los cielos.

— Pláceme (respondió Abdalla,
Su furia en descrecimiento,
Como el mar que duerme y calla
Cuando se retira el viento)

Si de Alfonso recabais
Lo que el corazon desea,
Y si airoso me dejais,
Vuestra dicha eterna sea.

Vuestros himnos cantaréis,
Dando culto reverente
Al Dios que escogido habeis,
Sin ofensa de mi gente.

Que en nada podré puniros,
Cuando hayais por soberana

La reina de mis suspiros,
Tan bella como cristiana.—

Estos los conceptos fueron
Que el rey dió en su razonar,
Y su despedida hicieron
Los ministros del altar.

Geroncio partir prepara
Para el reino de Leon,
Y Vincencio al pié del ara
Se arrodilla en oracion;

Pero arrodillado apenas
Triste y lánguido se siente
Y el cercano fin presiente
De su vida y de sus penas.

III.

La infanta de Leon es una perla
Prisionera de concha nacarada,
Que del mar en los fondos, al lloverla,
Depositó la aurora regalada.

Vírgen leda y sencilla que no siente
Mas delicia que el sueño de ventura,
Que corona de flores su alma frente,
Cuando la noche cae y se apresura.

No conoce de amor la fiera llama,
Ni aquel punzante estímulo y deseo
Que turba la razon; solo á Dios ama,
Su Cristo es su esperanza y su recreo.

Y al dejar el reposo de su lecho,
Antes que peine el oro á su madeja,

Le ofrece el corazon y el casto pecho
Que de santa lectura se aconseja.

Y renunciando al mundo proceloso,
Su desposorio celebrar confia
Con aquel inmutable y dulce esposo
Que es tesoro inmortal de su alegría.

Los ángeles reciben sus suspiros
Envueltos en sus místicas plegarias,
Y convierten en sartas de zafiros
Las lágrimas que vierte solitarias.

¡O doncella infeliz!.... Astarot crudo,
La sierpe del Eden, del pensil lleno,
Que mordió al hombre débil y desnudo,
Viendo tu castidad, hace veneno.

Geroncio representa su embajada
Que á la temprana flor es un desmayo,
Y de Alonso la infancia delicada,
La irreflexion del príncipe y del ayo

Y el temor de las iras de ese Abdalla
Dan á la pretension tal acogida,
Que saltando de obstáculos la valla,
Como razon de estado es admitida.

¿Y quién dirá las lágrimas y el duelo
Del casto serafin de la belleza,
Que ha de dejar la patria de su Cielo
Do nació con su pompa y riqueza?

Llora sobre las galas la doncella,
Y el maridal ornato y atavío,
Y en el mismo llorar luce mas bella,
Como flor coronada de rocío.

Llora porque al esposo que es eterno
No habia prometido tales lazos;

Porque juzga tortura del infierno
Verse de un rey infiel entre los brazos.

Llora en su lastimera despedida,
Y al salir de Leon aumenta el lloro,
Pues se tiene por sierva y por vendida
A ignominioso harem de un sultan moro.

Y mientras que sus ojos mas se empañan,
Y el corazon se turba con el miedo,
Brillantes comitivas la acompañan,
Y toman el camino de Toledo.

Cercado de sus árabes briosos
Que ostentan su donaire y bizarría
En vestidos joyantes y costosos
Escarchados de hermosa pedrería,

Abdalla la recibe, y la festeja
Con júbilos y fiestas deliciosas,
Y nuevos regocijos apareja
De torneos y zambras bulliciosas.

Apresura su fervido deseo,
El logro de sus ansias y sus fines,
Y el suspirado dia de himeneo,
Que desliza entre orquestas y festines;

Y no se halla cristiano que no sienta
El duro sacrificio de la infanta,
Y algunos lo reputan por afrenta
Y baldon que no sufre su ley santa.

Del afan del diurno ministerio
Los hombres fatigados, retraidos,
Disfrutaban el blando refrigerio
Del sueño engendrador de los olvidos.

Ya del festin los sones lisongeros
En el alcázar regio enmudecian,

Y ya los cincelados pebeteros
Los últimos aromas despedian ;

Cuando al lecho nupcial de alerce y plata ,
De una labor morisca que embelesa ,
Y entoldado de seda y escarlata ,
Conducida se vió Doña Teresa.

Y al despojar de gasas y de plumas
La nieve de sus miembros virginales,
Emulos de las cándidas espumas ,
Nacidas de los húmedos cristales ,

Vió retratarse en tunecina alfombra
Que á los pies de su lecho se tendia ,
Del sultan de Toledo hercúlea sombra ,
Y viéndolo á su lado , le decia :

— Apartaos ¡ oh señor !
Porque á Cristo me ofrecí ,
Y es deslealtad en mí
Lo que en vos un ciego amor.

Juré por su santo nombre
Reservarme á su cariño ,
Pura como blanco armiño ,
Sin los ósculos del hombre ,

Y es fuerza mi fe cumplir ,
Que al daros á vos contento ,
El mismo arrepentimiento
Bástame para morir.

No esperéis ningun placer
A costa de mi pesar :
Me veriais espirar ,
Me veriais perecer,

Y agostada mi hermosura ,
Y engañado en vuestra suerte ,

Besariais luto y muerte
Codicioso de ventura.

No arranqueis del altar santo
La flor consagrada al cielo:
Cubrirla debeis con velo,
Venerarla con espanto;

Porque en él da sus olores,
Y arrancada de su trono
Morderánla con encono
Los insectos roedores.

Temed que si envia Dios
Sus ángeles en mi ayuda,
Su espada veais desnuda,
Y á su brillo murais vos.

—No receles, dijo el rey,
De tu Dios tales enojos;
No dén llanto á tales ojos
Los recelos de tu ley;

Que para endulzar dolores
Nos dió Alá como placeres,
El amor de las mujeres
Y el perfume de las flores.

¡Oh luz de mis esperanzas!
¡Union de las voluntades!
¡Iris de las tempestades!
¡Y quietud de las holganzas!

Deja tu esquivez y ceños,
Tu desden y tu porfia,
Sol de un suspirado dia
Y noche de dulces sueños.

—¿No teneis otras hermosas
Con tez pura de azucenas?

¿No teneis otras sirenas
Que os ciñan de frescas rosas?

¿Prescas de mas valor?
¿Piedras de mas rico engaste?
—Sola tú me enamoraste,
Sola tú digna de amor.

—Yo no os amo; yo no puedo:
Ya sabeis que soy cristiana.
—Tú eres única sultana
Del alcázar de Toledo.

—¡Dejadme por compasion!
—¡Ven, gloria del mismo Alá!
—!Duro sois de condicion!
—Goza mis caricias.—¡Ah!—

. . . .
. . . .
. . . .

VI.

Suspiros se escuchaban lastimeros,
Cuando se iluminó todo el palacio,
Como si muchas lunas y luceros
Hiriesen en paredes de topacio.

El ángel del Señor con mano armada
De un fuego que consume duros bronces,
Dejando del Empíreo la morada,
Sobre el tálamo impío bajó entonces,

Y por órden del Dios que es santo y fuerte
El rayo despidió del anatema,
Que al duro forzador hirió de muerte
Y las entrañas íntimas le quema.

Como leon que azota sus hijares
Y del furor los ímpetus escita,
Ruge Abdalla infeliz entre pesares,
Y maldice, y consúmese, y se agita.

El fuego es un volcan que no se apaga,
Que sus huesos recorre y pulveriza,
Y sella el corazon con negra llaga
De bordes de gusanos y ceniza.

Mas antes de morir entre dolores,
Por temor de aquel ángel que lo espanta,
Ordena que sus fieles servidores
Conduzcan á Leon la escelsa infanta,

La cual entre las tumbas de un convento,
Escuálida y el pecho dolorido,
Con lágrimas de amargo sentimiento
Fué á llorar un baldon no merecido.



La Ballena.



Reposad en estériles peñascos
Que las vanas espumas encanecen,
Mientras nubes preñadas de chubascos
Sobre sus crestas áridas se mecen;

Y si al hervor de ardiente fantasía,
Don del fecundo cielo y no del arte,
Los vuelos levantais y Dios los guia
Por ignota region y estraña parte,

Meditad el Oceano profundo,
Y en sus olas marchando el pensamiento
Por las noches del polo, vagabundo,
Soñad á su estampido turbulento.

Escuchadle si amais las armonías,
Al vagar desplegando en olas lentas:
Y si amais las salvajes sinfonías,
Escuchadle tambien en las tormentas.

¡El mar!... ¡Mónstruo falaz cuando embelesa
Con su muelle actitud, y mece al hombre!

Suele tras una risa formar huesa,
Sin dejar una piedra para el nombre.

¡Caricia de traidor! ¡abismo duro
Que cubren entre mágicos reflejos
Láminas de cristal y zafir puro,
Do tienen las estrellas sus espejos!

Abrese con doblez, como falsario,
Y devora la víctima que viene,
Envuélvela con húmedo sudario,
Tumba sin epitafio le previene,

Y se vuelve á cerrar, y el onda rueda
Como siempre á su límite prescrito,
Sin dejar al sepulcro una vereda,
Ni una señal del dolo y del delito.

Es imágen de paz y de consuelo
Si se aduerme sin iras y sin brumas,
Imágen de Luzbel si escupe al cielo
Alzándose en montañas sus espumas.

Meditad sus conciertos de gemidos,
Sus luchas y sus dramas espantosos,
Sus palacios de hielo construidos
Do deslizan mil mónstruos horrorosos;

Y si veis un bagel de ala sonora
Vestirse de sus lonas con el velo
Mientras rompe el cristal la férrea prora,
O morder con las áncoras el hielo,

Regad por él.... Sus nautas muy osados
Cercan su corazon de mármol fuerte,
Y como los tahures con los dados,
Juegan esos marinos con la muerte.

Prefieren ese pérfido destierro
Al sueño de pacíficos hogares,

Hombres de pedernales y de hierro
Que arrojan una lancha por los mares,

Y siguiendo al cetáceo foemidable
Que domina las ondas con pujanza,
Marchan por su estension inmensurable
Fiados de una cuerda y una lanza.

Rogad por su fortuna y rumbo cierto,
Y vuelvan de su lecho á los reposos,
Y á respirar las brisas en el puerto,
Y á besar á sus hijos cariñosos.

—

¿No veis que el horizonte se termina
Ceñido de una faja colorada?...
Es un celage puro que ilumina,
Es como colgadura ensangrentada:

Pues ya se huyó la nube luminosa,
Y el término de vista se acompaña
Con una masa azul y vaporosa,
Que aparece cual áspera montaña.

No hay un eco en el mar; el aura fria
Lamiéndolo con mimo se enagena,
Cuando las voces roncas del vigía
Gritan sobre los mástiles: *¡Ballena!*

Y en la tostada faz del marinero
Que no anhela mas lauro ni mas palma,
Brilla un rayo de gozo verdadero,
Y á dó el objeto vé se le va el alma.

Sobre el ligero esquife, débil cuna,
Los remos agitando se recrea,
Y al lado de la muerte, su fortuna
Como desmemoriado saborea.

Armado de un arpon marcha resuelto
Y con ímpetu audaz al lecho viene

Do el coloso rebulle libre y suelto,
Y á disfrutar las auras se entretiene.

El gigante del mar que vaga y gira
Con solaz por el líquido elemento,
Con dos columnas de agua que respira,
Remedando un diluvio, azota el viento.

Y el agua dá un rumor sordo y bravío,
Como si vendabáles animosos
Doblegasen las velas de un navío
O arrancasen los árboles añosos.

Desde la leve tabla y débil muro
Espía el marinero su fiereza,
Y evita de su cola el golpe duro,
Que allí puso el vigor naturaleza;

Y viendo ya su vez, su arpón la tira
Que se esconde en sus íntimas entrañas,
Y como el parto hiere y se retira,
Que la fuga es la prez de sus hazañas.

Muge el mónstruo, retiemblan los abismos;
Quiere lanzar de sí la flecha impía....
¡O fatigosa lid! los mares mismos
Le servirán de lecho de agonía.

Agítase en un vértigo de horrores,
Las aguas á fondon de sangre tiñe,
Con sus fuerzas aumenta sus dolores,
Y el Océano azota, y con él riñe.

Húndese y desparece.... pero en vano,
Porque á sus grutas lleva su tormento:
Se clava mas y mas el hierro insano,
Semejante al atroz remordimiento.

El nauto va espiando sus caminos
Con el hilo feliz, que es norte y sonda.

Que en medio de los vagos torbellinos
Se tira ó se replega sobre el onda.

Vuelve á sobrenadar desde el abismo,
Que del ansia mortal siente el veneno,
Y á favor de su breve parasismo
Nuevas lanzas se clavan en su seno.

A merced de los remos que maneja,
En su lancha mas leve que una pluma
El pescador intrépido se aleja
De aquella tempestad de cana espuma.

Como escollo que al euro desafía
Levanta Leviathan su gran cabeza:
Tal fué la de Luzbel cuando caía
Del solio del cenit por su orgulleza.

Salta y vuelve á caer en las corrientes,
Porque vida no encuentra en lo profundo,
Y arrojan sus dos trémulos torrentes
Un aliento cansado y moribundo.

Lucha como Satán en sus tormentos
En el Orco letal de espesos váhos;
Lucha como contrarios elementos
En la noche densísima del cáos.

Se congela su sangre denegrida
Y salta de su seno á borbollones,
Y á proporcion que sale de su herida
La bebe en sus postreras convulsiones.

Por fin ya duerme el mar tras furia tanta
Que murió su tirano y no lo azota;
Dió resuello final, y muerto espanta
Mientras su mole inerte al azar flota.

¿Cuándo lame sus flancos colosales
Llora el onda fugáz? ¿llora ó murmura?...

En cantar á sus tristes funerales
Un himno plañidero se apresura,

Y contesta el marino con acentos
De placer, alegrias y victoria....
¿Mas cómo he de juzgar de sus contentos?
¿Su riesgo no sufrí, y hablé de gloria?

—

Ss viereis un bagel de ala sonora
Vestirse de sus lonas con el velo,
Mientras rompe el cristal la férrea prora,
O morder con las áncoras el hielo,

Rogad por él.... sus nautas muy osados
Cercan su corazon de mármol fuerte,
Y como los tahures con los dados
Juegan esos marinos con la muerte.



Adan á su Compañera

DESPUES DE SU CAIDA.



Huyamos de sus iras ¿mas á dónde?
¿Si no apaga su sol, quien nos esconde
Del ofendido Dios?
Y si de noche oscura se presenta,
¿No hará con su mirada que calienta,
Cenizas de los dos?

—

¿Nos esconderá el mar que ronco truena?
¡El mar! ¡el mar! un escalon de arena
Que si lo salva el pié,
Detrás de onda benéfica que halaga,
Se estrella otra mortífera que traga,
Y nada mas se vé!

—

¿Y á los altivos montes quien acude,
Si pasando su sombra, los sacude
Con hórrido temblor?
¿Si encorvarán sus cimas de malezas,
Oprimiendo tal vez nuestras cabezas
Malditas del Señor?

¿Sabes, dí, algun lugar árido y triste
Que de abrojos y espinas se reviste
Sin flores por tapiz,
Do estrechando los brazos criminales,
Cerremos en la noche de los males
El párpado infeliz?

—

¿Y no llegue su enojo á tales climas,
Reventando en volcanes por las cimas,
Y removiendo el mar?
¿Y podamos por único consuelo,
No contemplar la luz, y ver el Cielo,
Tan solo respirar?

—

¿Do no suene su voz que me acobarde?
¿Do no vuele en las brisas de la tarde
Que él mismo embalsamó?
¿Ni encienda esas estrellas que ama tanto,
Crisólitos caidos de su manto,
Que en torno sacudió?

—

¿Y será que se olvide de mi nombre,
Y nada le recuerde que hizo al hombre
Que al lado tuyo vés?
¿Y no cuente al fulgor de sus destellos
Ninguno de mis dias, ni cabellos,
Ni huellas de mis piés?

—

Mas ¡ah! que con su dedo omnipotente
Sostiene todo mar y continente,
Y el dedo encogerá,
Y desquiciado entonces con asombro
Para vagar en átomos de escombro
El mundo caerá.

¡Oh amada realidad de sueños mios!
Tú, nacida al frescor de cuatro rios
En medio del Eden,
Arrastrarás conmigo y con tus penas
Por páramos de estériles arenas
Tu maldicion tambien!

—

¿Quién te igualó en riqueza y hermosura
Antes de aquel instante sin ventura,
De amargo frenesí?
¿Antes que aquella sombra te halagase
Y aquel fruto de muerte mancillase
Tus labios de rubí?

—

Las fuentes retrataban tu contento
Y de tu blanco seno el movimiento,
Tu risa y tu mirar:
Y tus ojos de llanto no sabian,
Y tus hondas entrañas no mordian
Las limas del pesar.

—

Las aves cariñosas te cantaban,
Las brisas tu cabello acariciaban
Con ósculos de amor,
Y cuando la pisó tu pié de nieve
No perdió de aromosa ni de leve
La mas delgada flor.

—

Yo bebia en tus ojos dulce encanto,
Y envidiaba mi dicha el ángel santo,
Y el mismo serafin,
Que al eco de tu voz dejaba el cielo
Por gozar tu mirada de consuelo
Volando en el jardin.

¡Oh cómo se acabaron tales dias,
Y se rasgó su tela de alegrías
Bordada de placer!
¿Do estais auroras puras y brillantes?
¿Volasteis á otros climas muy distantes
Para jamás volver?

—

Ya el sol con su luz clara no consuela:
Siento mi desnudez que el frio hiela,
Y encuentro sin calor
Tus ósculos que libo y tu regazo,
Y al buscar una dicha en un abrazo,
Mi dicha es el dolor.

—

¿Y quién nos borrará de la memoria
Nuestro pasado bien y nuestra gloria,
Y excelsa beatitud,
Para que sin tormentos, sin enojos,
Cerremos breve instante nuestros ojos
Con sueño de quietud?

—

¿Y quién ha de dormir, si está presente
Del ofendido Dios omnipotente
La eterna maldicion?
¿Si enluta nuestros pasos, nuestra vida,
Y con llama feroz, desconocida,
Nos quema el corazon?

—

¡Yo tiemblo de mirarme en su presencia!
Resuena en mis oidos la sentencia
Que nos dictó el gran Ser:
«Por cuanto mis preceptos no cumplisteis
» Al polvo volvereis de dó salisteis,
» Por solo mi querer.”

Esto dijo á su triste compañera
El hombre en su desgracia lastimera
Maldito de su Dios,
Y la fúnebre noche del pecado
Con un manto de sombras enlutado
Cayó sobre los dos.



La ayuda del Conde de Bonavente.



ROMANCE.

—

En su cama yace el conde
Por unas tercianas recias,
Que le afincan de tal modo
Que muy bravo está con ellas.

Tan dura es su condicion,
Tal se aíra y se impacienta,
Que no hay hombre por audaz
Que se pare en su presencia.

Con un virote rostrado
Muy armada una ballesta,
A guisa de pelear,
Mantiene en su cabezera,

Y si un page le incomoda.
Por venganza de la ofensa,

Mándale volver de espaldas.
Y poner en las caderas

Con exacta propiedad
Un almohadon de seda,
Y entonces él tira el dardo
Que el almohadon asesta.

Grita el page, y como gamo
Que se esconde por la selva
Por miedo del cazador,
Da un salto y de allí se aleja.

Pero como muchos pages,
Lisiados tal vez se encuentran
De la tal ballestería,
Y lo siente la condesa.

Proveyó que de mas lana
Se pusiesen mas rellenas
Las dichosas almohadas
Que figuran en la empresa.

De esto tiene gran placer
El conde, pues se recrea
Cuando hay muchos delincuentes
En quienes hacer la prueba.

Viéndole con su muger
A quien ama muy de veras,
Y el guardian de san Francisco,
Varon de elevadas prendas,

Halló el médico aparejo
Para hablar con entereza,
Y despues que tomó el pulso,
Díjole de de esta manera:

—Que no haceis cámara alguna
Seis dias con hoy se cuentan,

Y teneis dentro del cuerpo
Las doce comidas vuestras;

Item mas, malos humores
Que son muchos y os apenan,
Y se acrecerá el dolor,
Pues la calentura enrecia.

No es posible estar así
Sin muy grave contingencia
De que vuesa señoría
Se nos vaya muy de priesa.

—¿Y qué es lo que quereis vos?
Dijo el conde con fiereza.
—Que la vuesa señoría
Se tome una ayuda buena.

—La tomaréis vos por mí,
Que os hago donacion de ella,
Y para mayor favor
Quiero que á mi costa sea.—

El médico recelando
Las infaustas consecuencias,
De la cámara salió
Con disimulo y cautela;

Pero el fraile peroraba
Con tal brio y elocuencia,
Que por fin le convenció,
Y el doctor entró en la pieza.

Entonces el conde dijo:
—Del fraile por reverencia
Yo la ayuda he de tomar
Con las condiciones estas:

El canutillo ha de ser
De plata bruñida y tersa

Y, segun mi voluntad,
La vegiga será nueva;

Pues me pico de hombre limpio.
Como á mi carácter sienta,
Y en los otros canutillos
No he de hallar igual limpieza.

A mas, me la debe echar
María Rodriguez, dueña
Del bueno Martin de Sosa,
Y que perfumada venga

Con pasticas olorosas,
Y con la su saya negra
Que es de rico terciopelo
Con cintas amarillentas.

Yo me tengo de poner
De un mastin á la manera,
Sobre manos y rodillas,
Y al pié de la cama tenga

Dos hachas en dos blandones,
Para que la dicha dueña
No diga, si ví ó no ví,
Con otras impertinencias.—

El médico contestó:
—Cual su señoría ordena
Cumplido todo será,
Y mañana que es de huelga,

Serémos todos aquí
Con aquella que convenga
Para daros la salud,
Que tanto nos interesa.—

Cuando del siguiente dia
Vierte el alba hermosas perlas,

Dando su dorada luz
A los prados y á las selvas,

El médico y asistentes
Ante el conde se presentan
Con toda su artillería,
Y la ayuda era de cuenta.

Gritó el conde desde el lecho:
—Muy en hora mala vengan;
Hora mala habed vosotros,
Y el fraile que está en su celda.

Llegaos acá, María,
Porque sois mi amada prenda,
Mi bien todo y mi fortuna,
Cuanto el corazon anhela.—

Y luego se colocó
De aquel modo que él dijera,
Y al verle en la tal postura
Con las hachas ó lumbreras

Reventándose de risa
El doctor se salió fuera
Con las manos en la boca,
Y el conde dijo á la dueña:

—Mirad bien, doña Rodriguez.
Si está ya bien descubierta
La parte que es menester
Para tan ruin faena.

Y aun la que no es menester,
Le vino á responder ella,
Y á embocar el canutillo
Se dispuso con presteza.

Mas cómo con los licores
Que en el fuego se calientan,

Arde la plata tambien,
Porque todo se penetra,

Hizo dar un salto al conde
Que esclamó con voces fieras:
— ¡ Pese á tal con la malvada,
Con la infame puta vieja

Que metió por mi obispillo
Un asador que me quema!
¡ Yo reniego de la leche
Que mamé por vez primera!

¡ Ó bruja de los infiernos,
Saco de intenciones feas!
¿ Pensabais ser yo perdiz,
Espuma de malas hembras?....—

Respondió Doña Rodriguez:
— ¡ Ó señor! ¡ cuánto me pesa!
Perdonad..... ¡ Triste de mí!
Que nací en infausta estrella!

¡ Qué la plata me engañó!
Porque el caldo, en mi conciencia,
Bueno estaba y muy templado;
Tenedlo por cosa cierta.

— Hora pues, le dijo el conde,
Tornemos á la tarea,
No diga el señor doctor
Que la culpa ha sido nuestra. —

La muger tornó al oficio,
Y el primer apreton diera,
Cuando con fracaso enorme
Rota la vegiga queda.

Un rio de suciecad
Se derrama por las piernas,

Y la cama se paró
Como un charco de aguas puercas.

Ella viendo el mal recado,
Puso baja la cabeza,
Y triste y desmelenada
Botó al punto por la puerta.

Preguntándola el doctor
Si era su comision hecha,
Ella sin volver palabra
Fué siguiendo su carrera.

Por lo cual él calculó
No ser ocasion aquella
De parar en aquel sitio
Do tronaba la tormenta.

Del alcázar á un desvan
Se subió con ligereza,
Sin saber si el conde es muerto
O si en un desmayo queda.

Los pages y el camarero
Tambien con pavor se ausentan,
Y cuando de aquel rebato
Tuvo aviso la condesa,

Entróse en el oratorio
A implorar de Dios clemencia
Con lágrimas que en su faz
Cual líquido aljófar ruedan.

El conde que se vió solo,
Una mano alzó lijera
Para ver si se alimpiaba
Topando algun paño cerca;

Pero húndiola en la pescina,
Y sácola tan envuelta,

Tan sucia y tan asquerosa,
Que él mismo se espantó de ella.

Quédose sobre tres pies,
Con la posicion violenta,
Levantada la camisa,
La faz espantable, horrenda.

Vínole gran contricion
De pecados y bravezas,
Pues vió que le abandonaban
Por su condicion tan terca,

Y lágrimas derramó
Con propósito de enmienda,
Y llamaba á grandes voces
Para que le socorrieran.

Al cabo, su contador,
Viejo zafio, á quien aprecia,
Porque á risa le provoca
Con sandeces y consejas,

A la cámara llegó,
Y asomándose á la puerta,
Se espanta con la vision,
Y las hachas le amedrentan.

Los cabellos se le erizan,
Y viendo la casa yerma,
Quiso huir, mas su señor
Le hace entrar á duras penas.

Dijo el conde: —¿Qué no veis,
Contador, la mi tragedía?....
—Mal endeliñado estais,
Dijo el viejo; sois postema.

—Acercaos y limpiad
La mi mano que está tiesa.» —

El viejo se hizo erradizo,
Y con la mano mugrienta

Le fregó la boca al conde,
Que hace un asco, y vocifera:
— Mas valdria afocicar
Con la mas sucia trapera....

¿Qué pensabades al ver
Mi tan desgraciada escena?
— Pensé que el demonio mismo
Se os llevaba muy de veras;

Que era boca del infierno
Esa parte descubierta,
Como la que en cuerpos Cristos
Encima del carro llevan;

Que aullabais como el conde
Don Alonzo entre cadenas.....
¿Mas en que pensais, señor,
Sin cubriros las verguenzas?

— Alimpiad bien esa mano,
Viejo vil, y con paciencia
Limpiareisme lo de abajo
Para que yo echarme pueda

En un cabo de la cama.
— Partirme de aquí quisiera.
— ¿A dónde vais, viejo ruin?
— Voy á buscar tres triperas

Que procuren al impiaros;
Que mi mano no se estrena,
Ni sé por do comenzar;
Dame horror tanta miseria.

— Haced lo que yo vos mando:
Y decid á quien me deba

Comparar en tal estado :
—Solo á mi parida puerca.—

El contador pidió auxilio,
Y todos por fin se acercan
A la cama del enfermo,
Doctor, pages y doncellas.

Y fueron muchos los gastos,
Fueron muchas las expensas
Que se hicieron en almizcles.
Aguas rosadas y esencias.

El conde se reposó,
Vinó luego la condesa,
Y fueron muchos los chistes
Y los cuentos y las fiestas;

Pues convaleció el paciente
De aquellas tercianas recias,
Algun tanto corregido
De sus furias y bravezas.



La Semana.

El domingo, á mi placer
Me entretuve con Rosana,
Que me dijo: «Hasta mañana:
Vendrás al anochecer.''
Pero el lunes (Dios testigo)
Vino mi parienta Rita,
Que alargando su visita,
Se quedó á cenar conmigo.
¡Ah Rosana! Tu amistad
Y finísimo querer
Mi cena no han de tener
Por una infidelidad.

—

El martes á mi deseo
Fué feliz, pues la marquesa
Que en mi dicha se interesa
Sacó para mí un empleo.
Y era justo al fin del dia
Visitarla en su palacio,
Y obsequiarla muy despacio
Con grata cortesanía.
¡Ah Rosana! Tu bondad
No tendrá segun presiento
Mi dulce agradecimiento
Por una infidelidad.

Miércoles me ví delante
De duros acreedores
Que pedian con clamores
Su metálico sonante.
Y apremiado con testigos,
Por salir de sus reyertas,
De noche pedí en sus puertas
El favor de mis amigos:
¡Ah Rosana! Tu piedad
No tendrá ni tu ternura
Mi deuda y mi desventura
Por una infidelidad.

—

Convidóme don Crispin
El jueves; era su santo;
Y en verdad me causó espanto
La pompa de su festin.
Bebí mucho: se aturdió
Mi cabeza por demás:
No te quiero decir mas
Sino que me dormí yo.
¡Ah Rosana! En propiedad
Los efectos esta vez
De los vinos de Jerez
No son infidelidad.

—

El viernes me entregó un page
Un cartel de desafío,
Y era mengua al honor mio
No encontrarme en el parage.
Con mis armas acudí,
Y en el choque temerario
Mal herido fué el contrario:
Vino gente y me escondí:
¡Ah Rosana! En propiedad
No debe tener tu amor
Un compromiso de honor
Por una infidelidad.

Mi semana su fin dió
Suplicando á Beatriz
Se encargase como actriz
De un drama que inventé yo.
¡Qué frases tan elegantes
Y loores nada escasos
Necesita en tales casos
Quien se encuentra sin diamantes!
¡Ah Rosana! Tu bondad
No tendrá en tal ocasion
Mi larga conversacion
Por una infidelidad.

El domingo á mi Rosana
Presentéme...... perdí el seso......
Que un doncel la daba un beso,
Y me dijo la inhumana:
«Te entregaste á la pereza,
»Y enojóme tu tardanza,
»Y un deseo de venganza
»Me pasó por la cabeza.
»Mas ¡amigo! tu amistad
»No tendrá, si bien lo miras,
»Un impulso de mis iras
»Por una infidelidad.



El Anillo mágico.

DEDICADO AL FILÓSOFO D. CELESTINO GALLI, AUTOR DEL *Universo en marcha* Y DE *La ciencia de la dicha.*



Ebrio de licor de Moka
Y de humo de Latakía:
Que filtrado desemboca
Por tubo de pedrería,

Sobre un lecho cincelado
De sándalo, cuyo olor
El ambiente perfumado
Va dejando en rededor,

Duerme Nevedin-Hassan,
Sombra de Alá sobre el mundo,
De Estambul noble sultan,
Y en riquezas sin segundo.

Brotan á sus pies mil flores
Que el aura besando toca,
Que salpican surtidores
Hechos de cristal de roca,

Y el agua en los cauces hondos
De coral, forma mil giros,

Y las guijas de sus fondos
Son topacios y zafiros.

En bóvedas ahuecadas,
Prisioneras de hilos de oro,
Van volando aves pintadas,
Que forman diverso coro;

Y unas miran sus colores,
Y otras muerden duras rejas,
Unas entonando amores,
Y otras meditando quejas.

En tanto que el esforzado
Conductor de los Creyentes
Duerme un sueño regalado
Que arrullan sonoras fuentes,

Y aquel paraiso sueña
Que le prometió Mahoma
Con la multitud risueña
De sus vírgenes de aroma,

Oréa su adusta sien
Agitando leves plumas
Una bella del Haren
Mas blanca que las espumas.

Dilnara es la que bendice
Su sueño y sus ilusiones:
Dilnara, su nombre dice
Reposo de corazones.

Esta flor del embeleso
Que caricias vá buscando,
Con la miel de un dulce beso
Lo volvió del sueño blando.

Y el Sultán la dijo asi:
—Del Profeta que venero

Todo el paraiso ví,
Mas sin tí yo no le quiero.

Que no es paraiso aquel
Que de tí recibió agravio,
Pues me lo robó la miel
De tu cariñoso labio.

Canta y veré si los ecos
De tu boca de rubíes
Dejan ásperos y secos
Los tonos de las Uríes.—»

—

Cóncavo laud tomó
La reyna de los primores,
Y pulsándolo entonó
Este cántico de amores:

» Cuando el dueño de la sierra
» Y árbitro del Ponto azul
» Su pupila hermosa cierra
» En los huertos de Estambul;

» Cuando sombras de mis chales
» Se tienden sobre su faz,
» Como nubes celestiales
» De frescura y de solaz;

» ¿De que sirve que el Profeta,
» Que es fuente de todo bien
» Mil doncellas le prometa
» De su venturoso Eden,

» Si al dispertar con mi abrazo
» De delicias y consuelos,
» La nieve de mi regazo
» Le ha de dar mejores Cielos?

» Mas mi vida desfallece.
» Porque veo al lado mio
» Que otra flor su tallo mece
» Con corola de rocío;

» Flor del Cáucaso sencilla,
» Y emblema de la frescura
» Que del Bósforo á la orilla
» Trasladó mi desventura;

» Pues temo que mi señor,
» Al pasar por el jardin,
» Quiera respirar su olor
» Que es de nardo y de jazmin:

» Y entonces, á Dios, mis cielos,
» Que eclipsada ya su gloria,
» Y enlutados por los celos
» Vivirán en la memoría:

» Y á Dios placer de vivir,
» Y alegria de cantar,
» Y un beso para dormir,
» Y otro para dispertar. — »

—

— ¡ Ah cruel! dijo el Sultan,
¡ Siempre con la misma queja!
¡ Siempre con el mismo afan
Que en reposo no te deja!

Por tí he despoblado yo
El Haren mas abundante,
Y mi mano desciñó
Cien piedras de mi turbante.

Cada lágrima que viertes
Con celosas amarguras

Causa tres ó cuatro muertes
De inocentes criaturas,

Que no tienen mas delito
Que el haber nacido bellas
Como tú y el sol bendito,
Como el alba y las estrellas.

Si todas las plantas vieras
Que arrancaron tus furores,
Lástima y piedad hubieras,
Sirena de mis amores.

Entre todas las que alabas,
¿No eres tú la que yo adoro?
¿No te servirán de esclavas
Al peinar las trenzas de oro?

¿No eres tú por mi cuidado
La rosa de mas primores
Entre el vulgo replegado
De las mas pintadas flores?

¿A tu lado no las ves
Doblegar su altiva frente?
¿No te alfombran esos pies?
¿No te aroman el ambiente?

Tras el alba y su arrebol,
¿No se doblan en desmayo,
Mirándote como al sol,
Abrasadas de tu rayo?

Ya no cortan mis cuchillas,
Mis bosques están desiertos,
Y el canal en sus orillas
No quiere mas cuerpos muertos.

¡Ah cruel como hechicera,
Y linda como celosa,

Con un pecho por defuera
Cubierto de nieve hermosa,

Y por dentro de metales
Que al furor no pone fines!
¡Corazon de pedernales
En un cuerpo de jazmines!

Deja que esa flor que asoma
De Fátima con el nombre,
Me consuele con su aroma,
Placer único del hombre.

Mas tú lloras, y á mi fé
Que no puedo ver llorar
Esos ojos que besé
Al dormir y al dispertar.

Ya venciste en tu porfía;
Vuela á Fátima, y dirás:
«Vives hoy ¡oh flor de un dia!
» Que mañana morirás.''

—

Con un pájaro gentil,
Que festivo se engalana,
Cuyo pico es de marfil,
Y los piés son roja grana,

Fátima se entretenía
Cuando recibió tal nueva,
Que mal haya por impía
Y mal haya quien la lleva.

Al vuelco del corazon
Voló el pájaro pintado,
Llevándose la ilusion
De aquel ángel delicado,

Y erizando su plumage,
Y con rubor escondido
Por las sombras de un ramage,
Soltó fúnebre gemido.

La bella le corresponde
Con un prolongado duelo,
Y á llorar tambien se esconde
Y acusa el rigor del cielo.

Mas el cielo vengará
Sus dolores y su ofensa,
Que cuando hermosura dá
Pone un ángel en defensa.

Mientras brotan sus enojos,
Que no caben en su seno,
Lágrimas por ambos ojos,
Que corren á raudal lleno,

Una esclava vió á su lado
Que era maga y sabidora,
Que la dijo con agrado:
— «Templad el dolor señora:

Recibid un talisman
De tan singular virtud,
Que defienda de ese afan
Vuestra tierna juventud:

Este inestimable anillo
Do un topacio resplandece
Tan puro y tan amarillo,
Que celos del sol merece.

Su virtud es, que la dama
Que á sus dedos se lo aplica,
Si es infiel con aquel que ama,
Su infidelidad publica;

Pues la piedra va perdiendo
De pronto sus resplandores,
Y negra se va volviendo,
Negra como los dolores.

Mas si es fiel, siempre fulgura
Sus destellos celestiales,
Y en manos de la hermosura
Causa alivio de sus males.

Al sultan regalareis
Esta joya de cuantía,
Su virtud esplicareis,
Pidiendo vivir un dia,

Mientras que con gloria nueva,
Por colmo de sus placeres,
Hace del anillo prueba
En medio de sus mujeres." —

Fátima enjugó su lloro,
Llevando al adusto Hassan
Aquel singular tesoro
Que ha de ser su talisman.

—

El que á los creyentes guia
Vió el anillo de topacio,
Y con súbita alegría
Dió estas voces en palacio.

— « ¡ Grande Alá ! ¡ Bendito seas
Por tan escelente don
Con qué alivias y recreas
Las ansias del corazon !

¡ Oh ! Bien hayan tus decretos
Y la luz con que me ayudas

Para escudriñar secretos
Y salir de amargas dudas.

Vengan pronto á mi presencia
Dilmara la favorita,
Llamada por escelencia,
Paz del que su amor medita.

Kelmira que nació en Grecia,
Y la Mingreliana Zora,
Y Zoveida, que se precia
De discreta y de cantora.

Y tú, Fátima, presente
Bien estás en tal momento,
Pues no es justo que esté ausente
La que causa mi contento."—

—

Ceñidas de gayas flores
Vinieron las tres bellezas
Todas respirando amores
Y esperando mas finezas,

Y al punto que aparecieron,
Sin zozobra ni temor
El mandato obedecieron
De su dueño y su señor.

Kelmira fué la primera
Que hubo de ensayar tal liza,
Y el anillo reverbera,
Y en su dedo se desliza,

Y al ceñirlo se mudó
Todo en azul al momento,
Mostrando que si pecó,
Solo fué de pensamiento.

El anillo toma Zora
Que el nativo color pierde,
Mudándolo sin demora
En otro color muy verde;

Mostrando con tal mudanza
Que la Mingreliana hermosa
Si pecó, fué de esperanza,
Que en verdad es leve cosa.

Zoveida probó tambien
Y en rojo lo fué mudando,
Queriendo demostrar bien
Que si pecó, fué soñando.

Mas Dilnara que se alegra
Viéndose con joya tal,
Toda la convirtió en negra....
¡Triste orígen de su mal!

Solo Fátima el anillo
Conservó con su esplendor,
Con su pompa y con su brillo,
Sin mudanzas de color.

Neredin-Hassan, al ver
La perfidia de Dilnára,
Sin poderse contener,
Su delito la echó en cara.

Mandó que se retirase,
Sufriendo prision y yugo,
Y que el cuello le cortase
La cuchilla del verdugo.

Vuelto á Fátima, le dijo:
— «Tú eres reina del harén,
Y pues Alá te bendijo,
Te bendigo yo tambien.

Goza de mi amor, sultana,
Porque en tí no hallé mancilla:
Estrella de la mañana,
Brilla en mi horizonte, brilla."—

—

La sultana se guardó
La joya que era de amar,
Mas un dia le cayó
Dentro del profundo mar.

Tragósela el mar voraz,
Y en verdad que hizo muy bien
Porque así reinó la paz
Deetro del hermoso haren.



Armonía Religiosa.



Vivamos de la fé, que nuestros dias
No limitó á los dias de este suelo
El Dios de las eternas alegrías,
Que encima de la tierra puso un cielo;

Y do quier que la muerte nos espanta,
Si abrimos nuestros ojos lastimeros,
Veremos que su bóveda levanta
Nuestra patria de estrellas y luceros.

Desterrados por tiempo á las honduras
De estos valles estériles y secos,
Probados en tristezas y amarguras
Con fúnebre plañir y roncos ecos,

Esperamos un dia sin ocaso,
Otros climas templados y abundosos,
Otra luz y otra vida sin fracaso,
Reinos de bendicion y de reposos.

De la temprana flor grato perfume
Como suele aspirar del sol la llama,

Y la flor se disipa y se consume
Sobre la tierra misma que embalsama;

Así roto este vaso cinerario,
A la tumba irá el cuerpo que es de lodo,
Y subirá el espíritu al sagrario
De aquel que lo crió y animó todo.

Y esta dulce esperanza en los decretos
Del Señor que nos hizo de la nada,
De mi pecho en los íntimos secretos
Con llave de su amor está guardada.

Entre las densas sombras de agonía
Al polvo inclinarémos nuestra frente,
Del cieno terrenal morirá el dia,
Y empezará la luz indeficiente.

Envuelta con el último suspiro,
Conociendo su orígen y su palma,
Por las altas esferas de zafiro
Libre de sus cadenas irá el alma;

Y dejará detrás el aura leda,
Y el palacio de nácar de la luna,
Y del sol los caballos y la rueda,
Que es mas alto su orígen y fortuna.

Paréceme que sigue su camino
Mecida entre celages y entre nubes,
Ufana con su patria y su destino,
Respirando fragancias de querubes;

Que ya pierde de vista las montañas
Que cierran este valle de dolores,
Do nos gastan las íntimas entrañas
Las limas de pesares roedores,

Y que mientras el bronce del santuario
De su pronta partida el tiempo mide

Con golpe temblador y funerario,
Sube sus vuelos ella, y se despide:

«Á Dios, tierra infeliz, triste y esclava,
»Que te vistes de flor y das cadenas,
»Que ocultando tu hiel que no se acaba,
»Con un rayo de sol doras tus penas.

«¡Cómo pude morar en ese encierro
»Privada de mi patria de ambrosía!
»¡Oh como me marcaba mi destierro
»El duro sinsabor que yo sentia!

«Á Dios, ciudad de llanto, cuyas puertas
»Se abren de par en par á los dolores,
»Ciudad sobre laguna de aguas muertas,
»Que levantan sus fétidos vapores:

«Babilonia de fraguas encendidas,
»Dominada del crímen y del vicio,
»Babel de varias lenguas confundidas,
»Que con sangre amasaste tu edificio.

«Y los hombres adoran tus engaños,
»Y en tu seno fabrican arrogantes
»Sus torres y palacios de mil años,
»Que han de habitar brevísimos instantes;

«Y en ellos invocando á los placeres
»Por dioses que halagaron sus sentidos,
»Forman lúbricas danzas con mugeres,
»Que ofrecen á su amor senos vendidos.

«Y Dios vé su locura torpe y fea,
»Y azota sus palacios con los vientos,
»Los parte con el rayo y los cimbrea
»Desde sus mas recónditos cimientos:

«Hiere á sus moradores y á sus bellas,
»Y está mudo el salon de las orgías,

» Y los coros de plácidas doncellas
» No suenan en las anchas galerías.

«Olvidaron su orígen soberano,
» Se hicieron una patria de un destierro,
» Se hicieron un Eden de un polvo vano,
» Y cantaron su boda en un entierro.

«Á Dios, tierra de luto y de pesares
» Con tus hijas que amaron devaneos,
» Con tus hijos sin fé que alzan altares
» Á sus vanos y estériles deseos:

«Con tu mentida gloria y poderío,
» Con tu sombra de bien engañadora,
» Con las amargas heces del hastío,
» Que brindas en tu taza al que te adora:

«Con tu placer de fuego que nos daña,
» Tu alegría falaz que se destruye,
» Tu promesa que miente y nos engaña,
» Tu posesion que asoma y que nos huye:

«Tus cármenes de flor resbaladizos,
» Tus lazos y mazmorras y cadenas,
» Y con esos nefandos bebedizos,
» Que apagan la razon y encienden venas.

«Yo vuelo á mi mansion, mundo nefario,
» Me remonto á los climas soberanos,
» Te dejo en mi mortaja y mi sudario
» Digno presente en polvo y en gusanos."—

Así dice, saliendo peregrina
De sus antiguas cárceles el alma,
Y al cielo, que es su patria, se encamina
Ansiosa de un laurel y de una palma.

Allí encuentra su bien y allí reposa;
La eternidad la cubre con su manto,

Y vaga en una brisa deliciosa,
Viviendo de la luz de aquel que es santo.

Y no hay pesar allí: la noche oscura
No estiende su dominio á tales climas,
Solo cubre su velo sin ventura
Esta triste horfandad de nuestras simas.

Allí no se conocen los desvelos,
Ni el susto, ni el temor, ni la tristeza;
No se conocen lágrimas ni duelos,
Ni afligen la codicia y la pobreza.

Alba eternal sonrie en las regiones
Habitadas de hermosos serafines;
Su nacarada luz, don de los dones,
Brilla en la inmensidad sin tener fines.

Suena perenne canto de alabanza
Al fuerte, al vencedor del negro abismo,
Y cuanto se apetece en él se alcanza,
Que cuanto bien se anhela está en Dios mismo.

—

Apresura, Señor, ese momento
De desatar mis grillos y mis lazos,
Que me tiene gastado mi tormento,
Y anhelo reposar entre tus brazos.

Mil veces ¡ay de mí! se ha dilatado
Mi triste y fatigoso cautiverio;
Multiplica sus flechas el cuidado,
Y escarnece mi mal el vituperio.

Crece la tempestad, y el tiempo es crudo,
La noche de este siglo negra y larga,

Crece la tempestad, y estoy desnudo,
Y mi existencia estéril es amarga.

Abre, señor, tu seno á mi fatiga,
Rompe mi cárcel dura y rasga el velo,
Y será que mi labio te bendiga
Por los siglos sin fin en tu alto cielo.



La Providencia.



HIMNO AL HACEDOR.

—

Salve, santo en esencia y atributos,
Orígen y principio de tí mismo,
Tú que mides los siglos por minutos,
Y sondeas los senos del abismo;

Tú que cuentas las hojas que perecen
Bajando á tapizar humildes gramas,
Y sabes cuantas viven y se mecen
Entre los laberintos de sns ramas;

Que sabes cuantos pliegues esclavizan
Á la temprana flor en su capullo,
Cuantas olas se estrellan ó se rizan,
Cuantas duermen sin voz ó dan murmullo;

Cuantas gotas el iris trasparentan,
Cuantas hebras de luz el sol desata,
Cuantos soplos los cefiros alientan,
Cuantos sueños la luna que es de plata;

Que de noche á tu carro de topacio
Uniste los alados aquilones,
Para correr del éter el espacio;
Y al medir las vastísimas regiones,

Las chispas que saltaron de tu rueda
Que con puros crisólitos esmaltas,
Marcaron en el cielo esa vereda
De estrellas tan unidas y tan altas;

Tú que de vivo resplandor inundas
Los campos de zafiro do caminas,
Alma del universo que fecundas,
Y vida de los astros que iluminas;

Que conduces semillas con sus medros
En alas de huracanes revoltosos,
Y enmaridas del Líbano los cedros
Con los de Sinaí que son pomposos;

Que como en tus espejos y cristales,
Cuando la creacion duerme y reposa,
Te miras en auroras boreales,
Que pasan entre nubes de oro y rosa;

Salve, padre, señor y Dios eterno,
Rey de la inmensidad santo y profundo,
Que haces temblar las simas del infierno,
Y reflejas tu imágen en el mundo.

—

La vida es como un páramo de arenas
Que levanta el pecado en nube impía;
Marcha el hombre cargado de sus penas,
Y con la oscuridad siempre desvía.

Siempre vasto arenal; los pies hundidos,
Lastimados de pérfidos abrojos;

Marcado el movimiento con gemidos,
Y con el polvo audaz ciegos los ojos.

Encended vuestra fé: sea la nube
Del pueblo de Israel en el desierto,
Que flotando á los soplos de un querube,
Marcaba salvacion y rumbo cierto.

Detras de esa cortina con estrellas,
Cuya luz no se acaba ni aniquila,
Pues en intacta juventud son bellas,
Vela del Hacedor la gran pupila.

Mientras vagan los astros en su turno,
Regula las edades y estaciones,
Y mas alta que el cerco de Saturno
Observa los humanos corazones.

Vela...... si todo el mundo con asombro
Despidiese al caer fragor robusto,
El átomo mas débil de su escombro
No pudiera tocar al hombre jnsto.

Vela...... si el hondo mar se levantára,
Mónstruo voraz, de bárbaros resuellos,
Y al justo entre sus olas sepultára,
Tal vez no mojaría sus cabellos:

Porque nuevo Jonas libre y seguro
Del cetáceo en el vientre abovedado,
Arca de salvacion y fuerte muro,
Rogaria al señor de lo criado;

Y en el bajel viviente bajaría
Del mar á las mas ínfimas honduras,
Y luego á flor del agua subiría
À dormir unos sueños de venturas.

No vengais á llorar, y no hagais duelo
De un niño sobre el túmulo de palmas;

Dios aumenta los ángeles del cielo;
Llenad de regocijo vuestras almas.

Llorad sobre los ricos, cuyas fiestas
Brillan al resplandor de mil bugías,
Deslizan en caricias deshonestas,
Y culpan las auroras de los dias

Que dan fin á la lúbrica esperanza,
Cuando saltan las risas y placeres,
Cuando con mas fervor hierve la danza,
Y la loca pasion en las mugeres.

Y en tanto bajo el pórtico suntuoso
Desnudos duermen pobres y vasallos,
Y turban las carrozas su reposo,
Rodando al relinchar de seis caballos:

Llorad sobre esos ricos y beodos
Que ahogan en el vino sus desvelos,
Que un cielo se formaron de estos lodos,
Y en verdad, en verdad no habrán dos cielos.

El cielo que formaron es de espuma,
Su prisma engañador mintió colores,
Voló como una sombra y una pluma,
Con estátuas, con ídolos de flores,

Y viendo el Hacedor, que es santo y bueno,
Que los gustos por dioses adoraban,
Al dulzor del placer dió tal veneno
Que los mató en los lechos do soñaban.

Si el mundo como pobres os desprecia,
Si no veis vuestro albergue solitario
Con bruñidos espejos de Venecia,
Con flamenco tapiz y mármol pario,

Bendecid al Señor: de sus tesoros
Vendrán al cabezal de vuestro lecho

Espíritus angélicos en coros,
Que endulzarán la hiel de vuestro pecho.

Creed y confiad: esos placeres,
Pasageras y vanas ilusiones,
Son esfinges con rostros de mugeres
Y garras de famélicos leones.

Son un juego fosfórico y muy vario
De fuegos errabundos y mecidos
En torno de las piedras de un osario,
Que nacen de los huesos carcomidos.

Creed y confiad: de los doseles
En medio de los pliegues delicados
Anidan esos áspides crueles
Que llamamos pesares y cuidados.

Dios os dará su díctamo fecundo,
La paz del corazon y su contento:
Mas allá de la tumba hay otro mundo,
Vuestra herencia no sufre detrimento.

Esther no se adornó con mas riquezas
Cautivando de Asuero los amores,
Que la silvestre rosa entre malezas,
Y los lirios del valle y demas flores.

Dios las viste y las nutre de rocíos
Que en sus pintados pétalos resbalan,
Y á la perla que ocupa centros frios
En sus tremulas lágrimas igualan.

El conserva flotando en las espumas
Del plañidero alcion el blando nido,
Y en tanto que le crecen leves plumas,
Enfrena de los vientos el bramido.

Ved á Egipto, la tierra de tres montes
Do el orgullo mortal está descrito,
Pirámides que cortan horizontes
Con los ángulos triples de granito.

¡ Arena y mas arena en sus llanuras !...
Mas ya os recrearéis de las fatigas;
El Nilo estenderá sus aguas puras,
Y el Egipto no es mas que un mar de espigas.

Dios hincha con el soplo de los vientos
De atrevido bajel altivas lonas,
Y las aguas respiran sus alientos
Que templan el calor de ardientes zonas.

El da una tabla al náufrago que llora,
Un recuerdo de amor al caminante,
Y una luz de esperanzas al que adora
Su nombre y magestad con fe constante;

Un remedio al enfermo y agravado,
Y al que es huérfano un seno compasivo,
Una sombra y un cesped al cansado,
Y libertad al siervo y al cautivo;

A la vestal un sueño de su gloria,
Y al sabio un vaticinio de profeta,
Al mártir una palma de victoria,
Y una corona de ángel al poeta;

Al niño que recita su plegaria
Un beso maternal, beso de aroma,
Y á la vírgen que ruega solitaria
Un corazon sin hiel y de paloma;

Una nube que entibie el sol ardiente
Al que marcha en su nombre peregrino,
Y una blanda quietud en el ambiente
Que no remueva el polvo del camino;

Al levita, que anuncia su ley santa,
La dulce compañía de los buenos,
Y al pueblo que en su honor los himnos canta
Abundancia de paz y campos llenos.

Creed y confiad, y á los dolores
El bálsamo aplicad de la paciencia;
Que las duras espinas darán flores
Si alabais la divina providencia.



Laura y el ángel.



Pasados los misterios de la noche,
Negra madre del sueño y desvarío,
Cuando rompe la flor su hermoso broche
Sedienta de una gota de rocío,

Laura deja el márfil del blando lecho,
Y desata sus trenzas aromosas,
Y un chal viene á caer sobre su pecho,
Nube que transparenta nieve y rosas.

Luego al pié de una cruz su frente inclina,
Cual tórtola en su nido solitaria,
Y bendice la luz que la ilumina
Recitando su mística plegaria.

El ángel tutelar de la doncella
La cubre con sus plumas de topacios,
Que desde que nació dejó por ella
El zafir de los célicos palacios.

Recoge sus suspiros, y elabora
Con ellos los perfumes de altos climas;
De noche le dá sueños y los dora,
Y del sordo pesar rompe las limas.

Y si vé de tristeza niebla impura
Que hiela de tal flor nativas galas,
Luego á desvanecerla se apresura
Con el trémulo impulso de sus alas.

Ahora está escuchando sus acentos,
Y sus súplicas pias eslabona;
Con ellas, para un dia de contentos,
Se teje el paraninfo una corona;

Y al pié santo del leño de la vida
Dos ángeles se ven; los dos son bellos,
Y de púpila azul de luz vestida,
Y de largo perfil, largos cabellos.

—

Laura va recorriendo de arpa de oro
Las fibras que á su impulso se estremecen,
Y vierten de armonías un tesoro,
Y á sus mágicos dedos obedecen.

Luego suelta su voz: del labio puro
Los acentos armónicos desata,
Cual granos de cristal sólido y duro
Que saltan sobre láminas de plata.

Su canto no es de amor, de ese verdugo
Que gasta el corazon y lo sugeta,
Y cuando nos sonrie clava el yugo;
Es un himno feliz del Rey Profeta.

Su voz es un gemido que suspira,
Un torrente magnífico que crece,
Que perdido entre lirios casi espira,
Y dormido entre lirios languidece.

El ángel al oir su melodía
La compara á los tonos del Hossana

Que se canta en los reinos de ambrosía
Al autor de la luz de la mañana.

Y como si ocupase aquella silla
Que ha dejado en los senos de la aurora,
De adoracion en acto se arrodilla
Delante de la mágica cantora.

—

Al peine del márfil de espeso diente
Abandona sus trenzas la hermosura,
Las parte por igual sobre su frente,
Y cubierta de negra vestidura

Al templo del señor sus pasos guia,
Y al dejar de su albergue el claro cielo
Va el ángel en su dulce compañía,
Y hace caer las blondas de su velo,

Para que el ojo, avaro de placeres,
Del amador audaz y hombre inconstante,
Que devora bellezas de mugeres,
No pueda ver su cándido semblante.

El espíritu alado se adelanta,
Toma de un desvalido la figura,
Y el rostro macilento y débil planta,
Y en el atrio del templo se asegura.

Laura con las entrañas conmovidas
Se quita dos anillos rutilantes,
Y del pobre en las manos denegridas
Deja caer las joyas de diamantes.

Vuelve á tomar el ángel formas bellas,
Y remontado al Eter en seguida
El nombre de su Laura con estrellas
Va escribiendo en el libro de la vida.

—

¡Inocencia feliz! ¡Rayo de luna
En noche de tormentas y de nubes!
¿Dónde te encontrarémos por fortuna
Fuera del sacro Eden de los querubes?

La flor que de mañana se atrevia
Haciendo de sus gracias breve alarde,
Si se agosta al rigor del medio dia,
¿Dónde la encontrarémos por la tarde?

—

La tarde es tibia y pura: los jardines
Convidan al solaz, y en sus amenas
Arcadas de cipreses y jazmines
El aroma disipa duras penas.

Laura de hermosas gasas y de plumas
Atavía sus miembros virginales,
E igualan á las cándidas espumas
En lo leve y fugaz sus ricos chales.

Al ver que se salia sin su velo,
El ángel suspiró, mas no la deja,
Porque quiere seguir su amado cielo,
Aunque sigue detras, mostrando queja.

En medio de un pensil ella se hallaba
Y atrevido doncel la dijo amores,
Y como requerida se gozaba,
El ángel se escondia entre las flores.

Mucho por la belleza temeria
Cuando mojó con lágrimas hermosas
El cáliz virginal de rosa fria
Que nunca se mustió como las rosas.

La noche que de varias semejanzas
Reviste los ensueños, se apresura;
Mas la noche es feliz, pues tiene danzas
Do brilla con imperio la hermosura.

La luz de las bujías da mas fuego
Al rostro encantador de las doncellas,
Y amaron de la danza el vario juego,
Y por eso bendicen las estrellas.

En el regio salon donde resuena
Con sus ecos la orquesta sonorosa,
Y donde el fiero amor pies encadena
Que bailan en mudanza deliciosa.

Laura se deja ver: gracias gentiles
Escarchada de perlas va luciendo:
Danza con el doncel que en los pensiles
De amores la seguia requiriendo.

El ángel tutelar que la acompaña,
Conociendo el volcan que la devora,
Con sombra funeral el rostro empaña
Do el Eterno sus luces atesora,

Y al recibir la vírgen que lo anhela
Un beso criminal en su megilla,
De su Laura se aparta y libre vuela
Al cielo que es su patria, trono y silla.

Laura vuelve á su albergue, y en su pecho
Siente de activa llama la violencia,
Y no encuentra la paz en blando lecho,
Que el ángel que voló fué su inocencia.



Poesía.



En aquellos jardines de ventura
Do jamás tuvo fin la primavera,
Quiso Dios dar al hombre compañera,
Llenándola de gracias y hermosura.

Al ángel lo formó de luz y gloria,
Y á la muger formó de aroma y flores,
Y si al ángel sobraron resplandores,
Vino á quedar dudosa la victoria,

Por sobrar en la vírgen escogida
Dulce copia de amor; Dios poderoso
Formando de jazmin su pecho hermoso,
Con un soplo de amor le dió la vida.

Por ser de flor, temiendo al torbellino
Que pudiera oprimir su pompa y gala,
Aunque á los mismos ángeles se iguala,
Débil la contempló su autor divino.

Demos, dijo, á sus nítidos luceros
La irresistible fuerza del encanto:
Mirad, ojos hermosos y hechiceros,
Mirad y vencereis, brillad sin llanto:
Si quereis ablandar los mismos bronces,
Y no basta mirar, llorad entonces.



Los Suspiros.



Tras los deseos
Libres en alas,
Van los suspiros,
Voz de las almas.
Satisfacciones
Afortunadas
Dulces suspiros
Son los que arrancan:
Mas si ellas mueren
De ausencias largas,
Salen amargos
Como retamas;
Que unos atristan
Otros inflaman,
Unos dan penas,
Y otros dan calma,
Ruegan ó lloran
Dichas negadas:
Mas porque siempre
Los labios callan,
Mientras el pobre
Corazon ansia,

Tras los deseos
Libres en alas,
Van los suspiros,
Voz de las almas.
Tienen las flores
Besos del aura,
Tienen las tardes
Nubes de grana;
Lirios los valles,
Ovas las aguas,
Y arenas de oro
Rios de España.
Tiene cocuyos
Con luz que agrada
La tierra vírgen
Americana.
Tiene el insecto
Que zumba y vaga,
Cáliz de rosa,
Lecho de acacia;
La fuentecilla
Guijas de plata
Que pule y lame
Con linfas claras;
Que el Dios del Cielo
Con mano larga
Sin sus dulzuras
No dejó nada,
Y á nuestros pechos
Cuando se abrasan,
Dió desahogos,
Que templan llamas,
Y tras deseos
Libres en alas,
Van los suspiros
Voz de las almas.
¡Oh si entendierais
Todas las gracias

Del mudo idioma
Que ellos nos hablan!
No exigiriais
De las amadas
Atrevimientos
En sus palabras.
Si requeridas
De amor que halaga
Sus negros ojos
En tierra clavan;
Si sus megillas
Pudor asalta,
Si se las tiñe
Con su escarlata;
Si de su seno
Que sube y baja
Tierno suspiro
Mueve la gasa........
¿Quereis mas ciertas
Las esperanzas?
Bien las apoyan
Voces del alma.

Tiernos poetas,
Prole sagrada
Digna de lauros,
Mirtos y palmas:
Aves que hubisteis
Doctas gargantas,
Y en este lodo
De las borrascas,
Cantais un dia
Vuestra alborada:
Flores hermosas,
Tal vez pisadas
Por atrevidas
Rústicas plantas,
Que dais olores
Mientras os ajan;

Genios sublimes
Bardos del arpa,
Solo á vosotros
Se os muestra clara
De los suspiros
La ciencia arcana.
No el oro y perlas,
Faustos del Asia,
Ni los aromas
De las Arabias,
Son los tesoros
Que se os preparan:
Mas vuestras dichas
Son reservadas,
Ni las conoce
Gente profana,
Y es una de ellas
La que os alcanza
Por los suspiros
Leer las almas.
Brisa de amores,
Brisa templada,
Dí ¿los suspiros
Dónde los guardas?
Mientras en ellos
Tu aliento empapas,
¡Quién sabe ¡ay triste!
Si los maltratas!
Pues tú ligera
Triscas sin tasa,
Vienes del bosque,
Y al jardin pasas.
Tal vez profusa
Tantos derramas,
Que no hay sin ellos
Flores ni plantas.
Tal vez los pones
En una rama

Seca y sin fruto,
Y ella los mata:
Tal vez rizando
Fértiles aguas,
Los abandonas,
Y en ellas nadan:
Tal vez te duermes,
Y ellos escapan,
Huérfanos tristes,
Que nadie ampara.
Ya te los dejas
En las cabañas,
Ya en el desierto
Donde desmayas,
Ya en los palacios
Do se acompañan
Con las lisonjas
Necias y vanas.
¡Guay que á tal sitio
Los mios vayan!
Que son sencillos
Y nunca engañan,
Y allí aprendieran
Con repugnancia
Torpes mentiras
De las privanzas.
Pónlos ¡oh brisa!
Donde te plazca,
Con tal que vivan
Libres de infamias.

Pónlos en flores
Puras é intactas,
Que ellos van llenos
De afeccion casta:
Pónlos, si quieres,
En flores gualdas,
Que ellos son tristes
Como mis ansias.

Si á las adelfas
Se los regalas,
Con flor de luto
Bien los hermanas.
Mas si merezco
Bondades tantas,
Déjalos todos,
Brisa liviana,
Sobre una rosa
Medio cerrada,
Que apenas abren
Dedos del alba,
Y en sus perfumes
Daré á mi amada
Tantos suspiros
Como me arranca.
Pero los suyos
Pon en las salas
De Empíreo trono,
Regiones altas,
Do serafines
Fabrican ámbar
De los tesoros
De su fragancia.
Si uno te sobra
Despues que partas
De aquellos climas
De bienandanza,
No lo posea
La tierra ingrata
Que es cieno estéril
Sin fe y con manchas.
Cuando en la selva
Mas solitaria,
Entre las juncias
Y entre espadañas
Duerma yo oculto
Como me agrada,

Pónlo en mi pecho
Con confianza,
Que no lo roen
Pasiones bajas,
Ni ambicion ciega
Lo despedaza.
Me dará sueños
De hermosas hadas,
Que habitan grutas
Con esmeraldas,
Y en sus palacios
Veré á Morgana,
Cual mis niñeces
La figuraban.
Si asi lo hicieres,
¡Oh brisa mansa!
Diré en mis himnos
Tus alabanzas.
Dios de los justos,
Sumo Monarca,
Tú de tí mismo
Principio y causa,
Que sondeaste
Con tus miradas
Del primer cáos
Hondas entrañas:
Pues que mas pesan
En tu balanza
Nuestros gemidos,
Nuestras plegarias,
Que las noblezas
Y escudos de armas;
Toma la cuenta,
Premia y regala
Tantos suspiros
Como se exhalan.
Y al del mendigo
Da la abundancia,

Y al del enfermo
Noches calmadas.
Al del cautivo
Vuelve la patria,
Y al del opreso
Libertad santa.
Al que navega
Dále bonanzas,
Y faro y puerto,
Cuando naufraga.
Besos maternos
Tenga la infancia,
Cúmplanse á todos
Sus esperanzas,
Que á mis suspiros
Solo les basta
Ver que ninguno
Llora desgracias.



INDICE.

FIN.

